



TOLSTOY  
RESURRECCION

6

8363



6

8363





CONDE LEON TOLSTOY



# Resurrección

CON UN PRÓLOGO DE

LEOPOLDO ALAS (CLARIN)

Segunda edición

TOMO PRIMERO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228, Apartado Correos 189

Precio de la obra: 3 ptas.



# RESURRECCIÓN

---

OBRAS DE LEÓN TOLSTOY

*que se hallan de venta en esta Casa Editorial*

---

LA SONATA DE KBEUTZER. . . . .	1 tomo
EL MATRIMONIO. . . . .	1 »
AMO Y CRIADO. . . . .	1 »
RESURRECCIÓN. . . . .	2 »
LOS COSACOS.—IMITACIONES. . . . .	1 »
LA ESCLAVITUD MODERNA. . . . .	1 »

---



R 115026

CONDE LEON TOLSTOY

# Resurrección

CON UN PRÓLOGO DE  
LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

Traducción de AUGUSTO RIERA

Segunda edición



TOMO PRIMERO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci. -- Mallorca, 226 y 228

Buenos Ayres  
MAUCCI HERMANOS  
Cuyo, 1070

México  
MAUCCI HERMANOS  
1.<sup>a</sup> del Relox, 1

1901

## ADVERTENCIA

Para la versión española de esta famosa novela, teniendo presente que lo que de ella se ha publicado en Rusia, en la revista «Niwa,» y en las traducciones inglesa, francesa, alemana, y algunas italianas, no forma la obra en su integridad, por haber mutilado la censura oficial en Rusia y la particular en otros países, el original del conde León Tolstoy, se ha tenido á la vista, para la que ofrezco al público, la hecha en italiano por Nina Romanovsky, sacada del MANUSCRITO RUSO y AUTORIZADA POR EL PROPIO TOLSTOY. Así pues, la edición española es completísima y en ella está cuanto su ilustre autor ha querido que fuesen elementos de su novela.

*El Editor.*

Marzo, de 1909.

---

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA



## PRÓLOGO

---

RESURRECCIÓN es, ante todo, un libro edificante; como *El Evangelio*, como el *El libro de Job*, como el *Kempis*, como la *Vida de San Francisco*, como las *Obras de Santa Teresa*. Los misticismos literarios pasan; son una moda, y pasan; el entusiasmo por una literatura exótica, *nueva*, pasa; pero la piedad sincera, real, humilde, seria, queda; y los grandes maestros piadosos del arte, quedan.

Tolstoy estuvo de moda cuando Francia, y en pos de ella, otras naciones, *descubrieron* el genio literario de Rusia; pero este prurito pasó, dejó de ser novedad. Y Tolstoy queda, con una *actualidad* constante; su genio sigue imponiéndose á la atención del mundo intelectual, y sus ideas y sentimientos piadosos triunfan con él, y permanecen, llamando con la voz del arte á los buenos corazones. En la noche serena, estrellada, las chispas de un cohete se confunden, allá en la altura, por un momento, con los

astros. Pasa la hora de la fiesta, mueren los fuegos de artificio, pero las estrellas, que parecían como aquellas chispas, siguen brillando.

Tolstoy, su idea, su arte, su apostolado, nada tiene que ver con pasajeros alardes de dudosos misticismos, que suelen tener de sinceros lo que tienen de enfermizos.

\*  
\* \*

Si me preguntan por el *argumento material* de RESURRECCIÓN, tendré que narrar, en resúmen, algo que recuerda *La dama de las Camelias*, que á su vez parece, en el argumento, un plagio de un drama japonés titulado *Kami ya-Giyé*. La cantatriz O'haré es la querida de Giyé, que quiere volver á estos amores, darles dignidad; el padre de Giyé interviene y consigue el sacrificio de O'haré, que se hace despreciar de su amante para que éste la abandone. Lo mismo que en *La dama de las Camelias*.

EN RESURRECCIÓN, Neklindoff, que sedujo á la Máslova, cuando la encuentra prostituída, condenada á trabajos forzados, quiere reparar su falta, redimir á su víctima, siguiéndola á Siberia, ofreciéndole su mano; pero la Máslova se sacrifica también, oculta su regeneración interior á Neklindoff, le oculta su amor y le declara que prefiere quedarse en Siberia unida á otro hombre, á Simonson.

Pero... no es esto RESURRECCIÓN. Es un libro de moral, como hay varios en la Biblia, escrito sin propósito principalmente artístico, por un gran artista... que, sin querer, produce, ante todo, una obra maestra de arte.

Tolstoy es, antes que nada, un gran artista, mal que le pese. No importa que él, en libros recientes, llegue casi á desdeñar el arte. Cuando, con fines que no fueron segura-

mente de mero amante de la belleza que quiere crearla porque puede, determinó volver á escribir una gran novela, no se propuso, de fijo, demostrar que era el mismo novelista admirable, poderoso de *La Guerra y la paz* y de *Ana Kare-nina*. Pero lo que probó, desde luego, con *RESURRECCIÓN*, fué eso: que seguía siendo el artista de la suprema habilidad.

Fenómeno bastante general en nuestros días, y acaso signo de los tiempos, es el de aficionarse notables artistas de la pluma á la parte útil, noblemente interesada de los asuntos que tratan, y convertirse en sociólogos, en moralistas, etc., directamente, escribiendo, sin el auxilio de una fábula, de aquellas materias que en la vida ó en la idea les interesan, ó haciendo que en sus ficciones artísticas predominen la tendencia, la tésis, la doctrina, el *apostolado*.

Escojamos, entre los muchos que se ofrecen, algunos ejemplos. Zola, además de unirse á la vida social externa de su país en célebres y nobles campañas de actividad y fuerza, escribe indirectamente en sus últimas obras (Lourdes, Roma, París, Fecundidad) con propósito docente, claro; y tal vez perjudicando á veces al valor permanente artístico de la novela. Bourget, que siempre *pecó* por tal inclinación, produce con preferencia libros de enseñanza directa, de doctrina y de *información*. Hasta Faguet, un crítico que solía ser en su crítica más sociólogo que retórico, se entrega á la producción científica inmediata, sin pretexto artístico.

En general, todos estos literatos valen más como tales que como sabios, sociólogos ó filósofos; y sus trabajos artísticos, en que predomina la tendencia, la doctrina, salen perdiendo, literariamente, con este exceso.

De Tolstoy también se ha dicho (por ejemplo, nuestra ilustre Pardo Bazán y el simpático Mr. Berenger) que valía más como poeta, como novelista que en cuanto sociólogo. También podrá ser verdad.

Pero en Tolstoy el artista no ha perdido nada, por culpa del sociólogo. Y además, en Tolstoy hay algo muy superior al sociólogo y que está al *nivel* del artista: el apóstol, el hombre religioso lleno de santa unción.

\*  
\* \*

Parecía, que después de haberse entregado con tan sincero fervor á sus ideas y experiencias de propagandista *sui generis*, de pedagogo singular, de cristiano independiente; después de haber relegado, dentro de su ánimo, á secundario lugar sus facultades de novelista; Tolstoy, al volver á escribir una gran novela de *empeño*, con fines, sin duda extraños, y para él, superiores al del arte, había de mostrarse en decadencia, inferior al autor, mucho más joven y menos tendencioso (aunque siempre mucho), de *La Guerra y la paz* y de *Ana Karenina*. Sin embargo, no ha sido así. RESURRECCIÓN en interés, en fuerza estética, vale tanto como aquellas obras maestras; y aun las aventaja en ciertas cualidades, que justamente son de las que suponen mayor atención al objeto artístico, á la forma, á la composición.

En efecto, en las antiguas obras maestras, Tolstoy llenaba páginas y páginas sin pensar en los inconvenientes de la prolijidad; *predicaba mucho*, sobre todo en la *Guerra y la paz*, y á veces sobre asuntos secundarios y en que sus opiniones particulares eran muy discutibles; por ejemplo, cuando se deleitaba disertando en defensa de su famoso

*fatalismo militar*, como pudiéramos decir, si alguna vez la palabra *fatalismo* pudiera aplicarse á ideas de Tolstoy. Claro que al representar su opinión en este punto, en su héroe ruso, el general Koutouzow, que se dormía en los consejos de guerra; y, en ocasiones, estaba leyendo novelas, mientras le creían estudiando un plan de campaña, el artista nos embelesa con la poesía y profunda observación de su estudio de carácter; pero otras veces la *lección* escueta, la *tésis* directa nos hace impacientarnos.

En RESURRECCIÓN nada de esto; á pesar de que el propósito íntimo del autor es más docente, más *interesado* que nunca, las digresiones doctrinales se nos dan en dosis menores, en estilo elocuente, y casi siempre agregadas, á los pocos renglones, á la acción misma, de modo puramente artístico. Desde este punto de vista, puede decirse que RESURRECCIÓN es la novela más *hábil*, más perfecta de Tolstoy. Además, tampoco encontramos aquí aquella selva de episodios, casi todos interesantes, pero que al fin compli-can y detienen la acción, que se nota en las obras antes citadas. Ahora el autor marcha ceñido al asunto, siempre interesándonos con lo principal, puro novelista de asombrosa sencillez siempre; sin que pierda por ello su trabajo la gran trascendencia moral, la enseñanza profunda y sublime de que hablaremos, aunque muy poco, más abajo.

Lo ha querido Dios; Tolstoy cada vez más olvidado de su genio, humilde de verdad, como buen cristiano, es más poeta, más artista que nunca, sin querer; porque la *gracia* que Dios ha querido llevar á su corazón, también la derrama sobre su arte, piense en ello ó no el artista, pues le ha de servir de instrumento para edificar las almas con el señuelo de la hermosura.

Es claro que el ánimo actual del conde ruso respecto de sus facultades literarias es análogo al que daba á comprender Lope de Vega, cuando, si ello es verdad, al morir decía que todos sus cientos de comedias los daba por un poco de piedad verdadera, en aquel supremo trance.

Un día, San Francisco de Asís, también poeta, artista á su modo, empezó por entretenimiento, á tallar una copa de madera; y vió que hacía primores, que tenía vocación para el caso; y con inocentísima complacencia de santo poeta, se recreaba en su obra; pero después temió que tal ocupación y tal contento no fueran provechosos para el alma... y ya no talló más que corazones de santos.

Análoga disposición parece ser ahora la del espíritu de Tolstoy; y á mi ver, tal sentido tienen, en el fondo, recientes escritos suyos en que no se reconoce todo el valor real de lo estético, de la producción literaria particularmente; pero que acaso más que una doctrina científica representan el estado de ánimo del noble asceta. Sí, un poco asceta, como han solido serlo cuantos han tomado muy en serio el asunto de la perfección moral y religiosa. Tal vez el ascetismo vale más que como criterio y como doctrina rigurosos, como expediente empírico para huir de probables tentaciones.

\*  
\* \*

Y esto me trae, como por la mano, creo, al núcleo de la doctrina, del apostolado de Tolstoy, que en RESURRECCIÓN se manifiesta acaso con más elocuencia que nunca, pero con el mismo profundísimo sentido de siempre.

Mucho quisiera explicarme con suficiente claridad, para



que me entendieran ciertas gentes, acaso bien intencionadas, pero precipitadas en la acción, y al pensar, muy superficiales.

No falta quien quiere incorporar á Tolstoy al ejército de cierto radicalismo exaltado, utópico, que pretende transformar toda la sociedad por una palingenesia de caracter apocalíptico.

Tolstoy no es de esos. Por lo pronto, es claro que hay que separarle de cuantos predicán la violencia, las reivindicaciones saugrientas. El no admite la fuerza, el dolor ajeno causado con intención; no ya para la venganza, ni siquiera para la defensa.—Esta teoría de la no resistencia al mal, podrá admitirse ó no, pero no hay que creer que es un arranque de sentimentalismo sin consistencia filosófica. Extremándola mucho más, un filósofo, ruso también, aunque profesó en Alemania, Spir, nos da su fundamento metafísico; si bien Tolstoy no llega á las afirmaciones del ilustre pensador citado.

Veamos la diferencia y la semejanza. Para Spir, lo real es Dios, lo absoluto; todo lo que no es *por sí*, es una apariencia. El yo, como el individual, el yo del *egoismo* pudiera decirse, es aprensión también; ese yo no es inmortal: lo inmortal en nosotros es lo que de nosotros se adhiere á la verdad y al bien, que son en Dios. Lo demás es sombra. En cuanto al mundo exterior, natural, Spir ni lo afirma ni lo niega; pero no se lo explica. La naturaleza, para él, es inmortal. Dios no ha hecho el mundo, que no se sabe lo que es. El hombre, sin embargo, condicionado por el cuerpo, no debe destruirlo, sino emplearlo para poder realizar la verdad y el bien, que es lo real.

Tolstoy no niega el mundo natural, ni suele ahondar en

el aspecto metafísico de su doctrina; pero refiriéndolo todo á nuestro destino, á lo que debemos hacer, sostiene que lo sustancial en nuestra vida, lo que no es engaño, apariencia, y en definitiva dolor, es el olvido del yo para dedicarnos al bien de los demás. Solo puedo ser feliz cuando no busco mi felicidad en mí, sino en la felicidad de los demás. El mal que los demás me hagan, no es mal, —para mí;—en cambio, lo es el que yo les haga á ellos.

Como se ve, en el resultado moral, la doctrina de Tolstoy coincide casi con la de su compatriota Spir. Consideradas tales doctrinas, podrá parecer cualquier cosa menos superficial é ilógica, la teoría de la no defensa.

Pero Tolstoy *agrega* con gran sentido á mi ver, su doctrina, al Cristianismo. Quiere darle la pátina sagrada de la sublime tradición religiosa, remontándose, por supuesto, á la pureza primitiva. Así como sus teorías de la felicidad lograda por la muerte del egoísmo las expone principalmente en los varios libros que dedicó á la historia de sus creencias, y de modo indirecto en las principales de sus novelas, como veremos luego; la relación de tal criterio al Cristianismo, la estudia de manera especial en su libro acerca de *Los Evangelios*; y desde el punto de vista artístico, en esta nueva novela. Y este es otro aspecto interesante de *Resurrección*, el principal acaso. En *Los Evangelios* y en otras obras, como por ejemplo, en un artículo reciente titulado «Mentiras religiosas,» Tolstoy parece separar la esencia del Cristianismo de lo que, según él, aunque suele unírsele, no solo no le pertenece, si no que es antitético. El lazo del *hebraísmo* religioso con la idea cristiana es solo exterior; lejos de ver como otros, radicales en sentido contrario, en el Evangelio, solo un desenvolvimiento estético,

y activo y lleno de *gracia*, de gérmenes que ya están en el *Antiguo Testamento*, Tolstoy los separa por irreconciliables. Acaso en esto se equivoca por lo extremado de su pensamiento; acaso, vió en este punto mejor Renan, entre otros, encontrando *tradicion cristiana*, por decirlo así, en el espíritu de los grandes profetas; pero en otras relaciones el mismo Renan tiene que reconocer grandes variaciones. Tolstoy tampoco admite la solidaridad entre el Evangelio y el trabajo posterior dogmático de la Iglesia.

Para él, Jesús dice que lleva á Dios dentro de sí; que Dios está en nosotros; es nuestra caridad, que es el bien y la verdad que importan. En este punto, en su libro sobre el *Evangelio* se expresa en términos que hacen dudar si reconoce la transcendencia de Dios. En *Resurrección* ya es otra cosa. Es claramente cristiano, aun insistiendo en su punto de vista; pero Dios, que está en nosotros, es reconocido en su realidad transcendental, aunque no en sentido dualista. Otros libros, novelas ó no, de Tolstoy son profundamente morales; éste, *Resurrección* es además, á veces, profundamente religioso; y cuando lo es, llega á la sublimidad, que le dá como una santa aureola.

Al final, sobre todo, cuando el protagonista, procura penetrar, y penetra, todo el sentido íntimo del *Sermón de la montaña*, Tolstoy se eleva á inmensa altura, como artista y como religioso. En sus teorías sociológicas, aun las más hábiles y generosas, podemos verle en ese nivel en que le vé el crítico francés antes citado; podemos separarnos de su tesis; pero cuando la considera desde esta otra *perspectiva celeste*, pudiéramos decir; cuando se apoya, no en disquisiciones que algunos han tomado por utopias de anarquista pacífico, sino en la *música interior, íntima* del

Evangelio, entonces, al que sea capaz de seguirle en tal jornada, sólo le queda reconocerle el triunfo; sí, triunfa Tolstoy apoyando su pensamiento, su cabeza, sobre el corazón de Cristo, como San Juan en la noche de la cena.

\*  
\* \*

Por donde se vé, que no hay que mezclarle con los *ácratas* y *libertarios*, no ya con los violentos, pero tampoco con los pacíficos. Estos, aún los más simpáticos, pueden proceder de la teoría optimista del *estado natural*, de la artificial, antítesis de la *naturaleza* y *la sociedad*; de Rousseau, en suma; Tolstoy procede de la *Cruz*.

Pero, no sólo se separa en esto de los *ácratas*, *libertarios*, etc., aun los mejores, por los cuales, él siente simpatías que bien demuestra en *RESURRECCIÓN*, por cierto. Se separa en el modo, en el *método* para buscar la salvación social.

Esta cuestión es de capital importancia, y el tratarla con la detención y profundidad convenientes nos llevaría fuera de los límites de un prólogo. Procuraré resumir la idea.

Los reformadores sociales, los de buena fe, los que por real amor á la humanidad aspiran á cambiar la vida pública, corrigiendo sus defectos, buscando en nuevos procedimientos é ideales, el progreso de la sociedad, pueden seguir dos caminos. O dedicarse directa, inmediatamente á procurar en la sociedad misma que los rodea ese cambio, esa reforma, sin empezar por examinarse á sí propios y prepararse á su apostolado con la reforma, con el perfeccionamiento de sí mismos; ó abstenerse de reformar á los

demás, de influir en el medio social, hasta encontrarse dignos de tan magna obra, mediante *reforma interior*, austera educación del alma, para ponerla en estado de poder servir de veras á la mejora social, merced á obras y acciones que supongan equilibrio moral, lucidez y serenidad de espíritu, fundadas en la virtud sólida, en el dominio enérgico de las propias pasiones. El primer camino es el que suelen seguir la inmensa mayoría de los reformistas; se puede decir que Cristo fué quien enseñó á la humanidad á seguir el segundo, por más que hasta ahora no hayan continuado muchos por tan árdua *propedéutica*.

Si se compara, por ejemplo, la vida de los grandes santos, que además fueron *reformistas sociales*, con la vida de los grandes revolucionarios, se verá, en general, que, éstos últimos, atendieron mucho más á la perfección de la sociedad que á la propia; pensaron mucho más en los *vicios sociales*, que en los de su incumbencia. En los otros, en los santos, se vé el cuidado *esencial* de la propia conducta; no ya en ciertas virtudes *cívicas*, que también los reformistas de otro género suelen tener, sino en el esmero de la vida interior, de las virtudes íntimas, base de la sólida caridad. Sirva de ejemplo único, por abreviar, San Francisco de Asís. ¿Quién reformó más que él? ¿Quién influyó más en el cambio íntimo, moral de la sociedad de su tiempo? Pero antes de lanzarse á predicar, y fundar conventos y convertir infieles, empezó por asegurarse de su propia reforma, del cambio interior, de la íntima fortaleza, para poder creerse digno instrumento de la obra que quería emprender. Hasta el día de la suprema prueba, cuando venció repugnancias naturales, besando las llagas del le-

proso, no empezó á creerse digno de procurar la reforma social á que aspiraba.

Tolstoy es revolucionario, reformista de esta clase; la mayor parte de ácratas, anarquistas y libertarios del día suelen ser de la otra. Tolstoy es de los que empiezan por la propia reforma, por la disciplina interior, tanto en su vida real, como en su teoría, representada por la acción de sus personajes. El príncipe Pedro de *La guerra y la paz* es el más gráfico ejemplo de esta creencia y de esta *práctica* de Tolstoy; pero sigue el mismo camino el príncipe Andrés; y en *Ana Karenina* análoga tendencia se puede observar en Levine, que concluye la novela diciendo... «mi vida interior ha conquistado su libertad; ya no estará á merced de los acontecimientos, cada minuto de mi existencia tendrá un sentido evidente y profundo, en que podré inspirar mis acciones: el sentido del bien.»

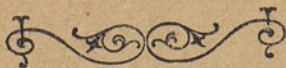
Sigamos con el recuerdo al célebre personaje que disgustado de las grandezas mundanales, busca la paz del alma asociándose á grandes empresas; y en ninguna encuentra el bien que anhela; y entra en la masonería, porque se la pintan como sociedad que busca la reforma del mundo; y sale desencantado de aquella compañía, porque ve en ella... lo que antes decíamos, el prurito noble de hacer bien al prójimo con reformas exteriores, con resortes sociales; pero con la ineficacia que nace de no empezar por una seria, profunda, austera reforma moral del mismo reformador. Y comprende el héroe de Tolstoy que lo que tiene que hacer es... empezar por sí mismo, hacerse él bueno, para poder procurar eficazmente el bien de los demás.

Neklindoff, el protagonista de RESURRECCIÓN, sigue el

mismo camino. Verdad es que se indigna ante las injusticias y torpezas de la ley; que estudia y censura el *derecho* penal y los procedimientos; que se mezcla á la vida de los presidiarios para procurarles alivio... pero no va á esto como el inglés que encuentra repartiendo biblias en Siberia, sino siguiendo la propia reforma, el cumplimiento de un deber personal; y al cerrarse la novela, á pesar de tanta materia de psiquiatría social, por decirlo así, como en ella se ha tratado, lo esencial es todavía la reforma interior de Neklindoff, el nuevo sentido que le encuentra á la vida; la abnegación, el bien; lo que aprendió en el *Sermón de la montaña*, el día que lo leyó á la luz de la aureola espiritual de la gracia...

CLARÍN.

Oviedo, Abril, 1900.







---

---

# RESURRECCIÓN

---

## PRIMERA PARTE

---

Entonces Pedro, adelantándose hacia Jesús, le dijo: «Maestro, ¿cuántas veces tendré que perdonar á mi hermano que me haya ofendido? ¿Tendré que perdonarle hasta siete veces?»

Y Jesús le respondió: «Yo no te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces!»

*Evangelio según san Mateo*

XVIII, 21 y 22.

¡Qué el de vosotros que esté sin pecado le arroje la primera piedra!

*Evangelio según san Juan.*

VIII, 7.

### I

Es en vano que millares y millares de personas, amontonadas en un breve espacio de terreno, se esfuercen en esterilizar la tierra que las sustenta; en vano tratan de aplastar el suelo bajo las piedras, para que la germinación sea imposible; en vano arrancan hasta la postrera brizna de hierba; en vano impregnan el aire de petróleo y de humo; en vano cortan los árboles y echan cuadrúpedos y pájaros; hasta en la ciudad, la primavera es siempre primavera. Resplandece el sol, la hierba rediviva crece no sólo en los senderos y paseos, sino entre las piedras de la calle; los

abedules, álamos y cerezos silvestres esparcen la pompa de sus hojas olorosas y frescas, los tiernos brotes ostentan sus botones prestos á estallar; los gorriones, las palomas, las golondrinas construyen alegremente sus nidos; las abejas y las moscas zumban en el aire extasiadas al sentir de nuevo el calor del sol; todo respira alegría: árboles, pájaros, insectos y niños. Sólo los hombres no cesan de engañarse y atormentarse á si mismos y á los demás; no miran y admiran los hombres en esa mañana de primavera las divinas galas del universo, creado para la dicha de los vivientes, á los que invita á la paz, á la unión, al amor; no estiman esos dones, no comprenden su caracter sagrado; únicamente estiman aquello que han imaginado para engañarse y atormentarse recíprocamente.

En las oficinas de la prisión gubernativa, lo que se consideraba importante y sacro, no era que la primavera esparciese sus galas, sino que los carceleros hubiesen recibido una hoja de papel sellado disponiendo que aquella misma mañana 28 de Abril fuesen conducidos ante la sala del tribunal, dos mujeres y un hombre, para ser juzgados. A causa de tal aviso, el 28 de Abril, un viejo carcelero, á las ocho en punto, entró en el corredor obscuro que conducía al departamento de mujeres. Del opuesto extremo del corredor, salióle al encuentro la carcelera de mujeres, que tenía aspecto enfermizo y vestía una blusa gris y unas sayas negras.

—¿Venis á buscar la Máslova?—preguntó, y al mismo tiempo que el llavero se acercó á una de las muchas puertas que daban al corredor.

El guardián abrió con una gran llave una de las puertas, que al abrirse lanzó una bocanada de aire corrompido; luego gritó:

—¡Máslova! ¡Al tribunal!

Después cerró y quedó inmóvil, en espera de la mujer llamada.

Algunos pasos más allá, en el patio, podía respirarse

una atmósfera pura y vivificante que la brisa primaveral traía de los campos; pero en el corredor, el aire era pesado é impuro, cargado de humedad; un aire que no se podía respirar sin sentirse acometido de una vaga tristeza. Aquella atmósfera abrumaba á la llavera aun cuando ya estaba acostumbrada á ella, y al volver del patio casi quedó sofocada, presa á un tiempo de náuseas y de somnolencia.

Detrás de la puerta de las detenidas reinaba grande agitación y se oían voces que disputaban y un continuo ir y venir de pasos dados por pies descalzos.

—¡Aprisa! ¡despacha!—gritó el guardián abriendo de nuevo la puerta.

Unos momentos después una mujer joven, bien formada, pequeñita, salió rápidamente. Llevaba una capa gris sobre una blusa y unas sayas blancas; los pies, cubiertos con medias de lino, estaban aprisionados en los zapatones gruesos y mal forjados que se dan á las detenidas, y un pañolito blanco tapaba su cabeza, dejando entrever abundante pelo negro peinado con esmero. El rostro de la joven tenía esa palidez característica de aquellos que durante mucho tiempo han permanecido en un lugar cerrado; el contraste con el color de cera de la piel hacía resaltar más el brillo de sus grandes ojos negros y vivos, uno de los cuales parecía tener un poquillo de estrabismo; y toda su persona respiraba una gracia acariciadora. La joven estaba erguida, sacando el pecho, que era amplio y bien formado.

En el corredor inclinó levemente la cabeza y miró al llavero, dispuesta á cuanto le mandara.

Iba á cerrar de nuevo la puerta el guardián, cuando apareció el rostro pálido, severo y rugoso de una vieja con el pelo blanco y la cabeza descubierta. Se puso á hablar en voz baja con la Máslova; pero el llavero la empujó bruscamente hacia dentro y cerró la puerta. Se oyeron carcajadas de mujeres. La Máslova sonrió, acercóse á un venta-

nillo, y al mismo tiempo que aparecía en el otro el rostro de la vieja, se oyó una voz que decía:

—Ten cuidado, no tengas miedo y niégalo todo.

—¡Bah!—repuso la Máslova moviendo la cabeza.—Esto ó aquello lo mismo me dá; tanto me importa. Nada puede ser peor que este presente.

—De fijo que te ocurrirá una cosa ú otra,—replicó el carcelero orgulloso de su gracia.—Ea, vámonos, sígueme.

La cabeza de la vieja desapareció detrás de la ventanilla y la Máslova avanzó por el corredor siguiendo á su custodio con paso ligero. Bajaron la escalera de piedra, pasaron por delante de la puerta de la sala de hombres, fétida y rumorosa, donde algunos ojos curiosos espiaban su paso á través de las hendiduras de la puerta, y llegaron á las oficinas de la prisión. Dos soldados, fusil al hombro, esperaban á la detenida para llevarla al tribunal. El canciller escribió algo y luego dió la hoja impregnada de olor de tabaco á uno de los soldados: éste la metió en la vuelta de la manga de su capote, hizo una seña á su compañero y se puso á la derecha de la Máslova en tanto que aquél se colocaba á la izquierda. En tal disposición atravesaron el corredor, la puerta, el patio exterior, el portal y se hallaron en plena calle.

Los cocheros, los empleados, los obreros, todos los transeútes, se detenían á su paso, y algunos murmuraban:

—¡A esto conduce una mala conducta!

Hasta los niños se paraban, y en su curiosidad había un poquillo de terror, que se disipaba viendo á los soldados que acompañaban á la culpable é impedían que pudiera hacer daño. Un labriego que vendía carbón en mitad de la calle se acercó á la presa, se persignó y le dió un kopek. La Máslova se ruborizó, bajó la cabeza y murmuró algunas palabras.

Trataba de andar á prisa, tanto como se lo permitían sus pies, no acostumbrados á andar mucho, doloridos y desollados por los zapatos de munición. Sin volver la ca-

beza, veía á cuantos la miraban, contenta al pensar que era objeto de la general atención, y saboreando la dulzura de aquel aire primaveral, más grato á sus pulmones emponzoñados por el fétido de la cárcel. Ante una tienda de granos había unas palomas en el suelo; con el pie tocó ligeramente una de ellas que voló rozando su mejilla con el ala. La Máslova sonrió; pero casi en seguida, lanzó un profundo suspiro: pensaba en la realidad, en su situación.

## II

La historia de la Máslova era de las más comunes.

Era hija de una aldeana que ayudaba á su madre á guardar las becerras de un castillo señorial. La aldeana, que no tenía marido, paría todos los años, y, como sucede casi siempre en esos casos, los niños, apenas nacidos, recibían el agua bautismal y luego su madre les dejaba abandonados á pretexto de que nacieron sin desearlos y sólo le servían de estorbo. Así es que bien pronto desaparecían del mundo de los vivos.

Así habían desaparecido ya cinco hijos. El sexto, engendrado por un vagabundo, fué una hembra, lo cual no la hubiese librado de correr igual suerte que los otros, si, por una casualidad, una de las señoras de la casa no hubiese entrado en el establo para reñir á la sierva á causa de cualquier falta. La parturienta estaba tendida sobre la paja y tenía á su lado una criatura llena de salud y vida. La señora riñó á la sierva por la falta cometida y luego por qué dejó entrar una parturienta en aquel sitio; pero advirtiéndole á la niña, se calmó y acabó por ofrecerse á apadrinarla; luego, movida á piedad, hizo dar á la madre leche abundante y algún dinero para alimentar mejor á la pequeñuela. Así vivió la niña, que las dos ancianas señoras llamaban la «salvada».

Tenía la niña tres años cuando la madre enfermó y mu-

rió, y como que su abuela no sabía que hacerse de ella, las dos solteronas la llevaran á su lado, al castillo. Con sus ojazos negros, la niña tenía una vivacidad y una gracia extraordinaria y divertía mucho á sus protectoras. La más joven de las dos, Sofía Ivanovna, la madrina de la niña era la más cariñosa, en tanto que la mayor, María Ivanovna era más severa. Aquélla la deducaba con esmero la enseñaba á leer y soñaba en adoptarla; María, por el contrario, deseaba convertirla en una buena camarera y se mostraba exigente, daba órdenes á la niña, y, algunas veces, en momentos de mal humor la pegaba. Bajo esta doble influencia creció la niña entre camarera y señorita.

El mismo nombre que le daban correspondía á su doble condición: no la llamaban ni Katcha ni Katiénka (1), sino Katiúscha. Cosía, arreglaba las habitaciones, pulía con creta las imágenes, y á veces hacía compañía á sus señoras, y leía para distraerlas.

Muchas veces la habían pedido en matrimonio; pero había rehusado siempre, comprendiendo que le sería muy penosa la vida compartiéndola con un obrero ó con un criado, acostumbrada como estaba á las comodidades de una existencia superior.

De esta manera vivió hasta los dieciocho años. Frisaba en los diecinueve cuando llegó al castillo un sobrino de las señoras que ya anteriormente pasara un verano entero allí, y del que la muchacha se había enamorado. Era oficial de ejército y llegaba de paso para reposar unos días antes de ir á batirse contra los turcos. El tercer día, la víspera de su marcha, sedujo á Katiúscha y partió al día siguiente después de poner en sus manos un billete de cien rublos. Tres meses después, la muchacha no pudo dudar que estaba en cinta.

Desde aquel momento todo la cansó: no pensaba sino en huir para ocultar su deshonra, y servía de mala gana

(1) Katcha es un aumentativo de Catalina; y Katiénka, una voz cariñosa del mismo nombre.

y de cualquier modo á sus señoras. Las dos ancianas no tardaron mucho en advertir su estado. María Ivanovna la regañó un par de veces, y, por último, ambas convinieron en que «debía separarse de ellas»: es decir, acordaron echarla.

Abandonada la muchacha, entró como camarera en casa de un *stanovoi* (1); pero únicamente permaneció allí tres meses porque el *stanovoi*, hombre de unos cincuenta años, dió en requebrarla, y un día que quiso ser demasiado emprendedor, se enfadó, le llamó imbécil y le dió tan fuerte porrazo en el pecho que lo hizo caer de espaldas. Naturalmente fué despedida por desvergonzada. Ya no pudo buscar nueva co'ocación porque se acercaba el término de la preñez. Entró de huesped en casa de una aldeana vieja que vendía vinos y que á ratos perdidos ejercía de comadrona.

El parto sobrevino sin grandes padecimientos; pero la comadrona, habiendo asistido por aquellos días á una aldeana enferma, contagió á Katiuscha una fiebre puerperal. En cuanto al niño fué llevado al hospicio, donde murió pocos días después, á la vista de la misma mujer que lo llevara. Por toda fortuna poseía Katiuscha ciento veintisiete rublos; ciento dejados por su seductor y el resto ganado con su trabajo. Cuando salió de casa de la comadrona sólo le quedaban seis. La mujer había exigido cuarenta por el hospedaje de dos meses; le sonsacó cuarenta más para comprarse una becerra; veinticinco sirvieron para enviar el niño al hospicio, y los demás, ni Katiuscha hubiese podido decir cómo se fueron. Cuando estuvo curada, vióse en la precisión de buscar nuevo acomodo y entró en casa de un guardabosque..

Estaba casado, y á los primeros días empezó á cortejar á la joven como el *stanovoi*. Primeramente Katiuscha trató de esquivar tales persecuciones sin abandonar la coloca-

---

(1) Especie de delegado de policía.

ción; pero el otro era un tuno y era el «amo». Podía mandarla donde mejor le pareciese, y así, después de espiarla largo tiempo consiguió sorprenderla y poseerla. La mujer no tardó en advertirlo, y un día que sorprendió á su marido con Katuscha, pegó á ésta hasta hacerla sangre y la puso de patitas en la calle sin pagarla siquiera.

Katuscha fué á la ciudad y llegó á la casa de una tía suya cuyo marido era encuadernador. En otro tiempo había tenida buena posición; pero, perdida la clientela, se entregó á la bebida y gastaba en la taberna cuanto dinero caía en sus manos.

La esposa tenía una tienda de planchadora, y con su mísero producto, atendía á la manutención de sus hijos y del borrachin. Propuso á Katuscha enseñarle su oficio; pero considerando la existencia penosa de las oficialas de su tía, vaciló, y prefirió dirigirse á una agencia de colocaciones para servir en alguna casa. Encontró lo que buscaba cerca de una viuda con dos hijos; una semana después, el mayor, colegial á quien apenas apuntaba el bozo, dejó los libros para hacerle la corte, advirtiéndolo la madre, y echando á ella la culpa, la arrojó á la calle.

Le costó encontrar nueva colocación. Al cabo, estando un día en la agencia, vió á una señora muy engalanada y alhajada, la cual al enterarse de la condición y circunstancias de Katuscha, le dió su dirección indicándola que fuera á su casa. Y la muchacha fué.

La señora la recibió cordialmente; le le dió pastas y vino y la hizo permanecer en su casa hasta la caída de la tarde. En aquella hora Katuscha vió entrar en la sala á un hombre de alta estatura, con una espesa melena y una gran barba gris, el cual, al cabo de poco rato se le sentó al lado mientras bromeaba con ella. La señora le llamó un momento á la habitación vecina, y Katuscha pudo oír que le decía.

—Es fruta verde, acaba de llegar del campo.

Después llamó á ella y le dijo que aquel señor era un



escritor muy rico, que la regalaría cuanto quisiese si sabía complacerle. Quedó complacido el escritor; le dió veinticinco rublos y prometió que volvería á verla muy pronto.

Aquel dinero se gastó rápidamente. Katiuscha dió una parte á su tía para pagarle la hospitalidad de aquellos días y con el resto compróse unas sayas, un sombrero y cintajos. Al cabo de unos días el escritor le dió una nueva cita, le entregó otros veinticinco rublos y le indicó que alquilara un cuarto amueblado.

En la habitación que el escritor tomó para ella, Katiuscha entró en relaciones con un dependiente de comercio, joven y decidor que habitaba en la misma casa. Enamoróse de él y se lo confesó cándidamente al escritor, que la dejó muy pronto. Pronto la abandonó también el dependiente que le había dejado entrever la perspectiva de un casamiento. La joven hubiese continuado de buena gana viviendo sola en aquel cuarto; pero se le indicó que no era permitido tal libertad sino á las que se decidían á tomar en las oficinas de la policía la cartilla amarilla y se sometían á la inspección médica.

Katiuscha volvió pues á casa de su tía. Esta, viéndola con un traje elegante y con una capa forrada de pieles, no se atrevía renovar sus ofertas de darle trabajo en su taller: se figuraba que su sobrina había subido demasiado alto. Ella misma no consideraba ya posible ocuparse en un taller de lavado y planchado. Miraba con una mezcla de piedad y de desprecio aquellos trabajos tan poco remunerados y tan penosos. Entonces fué cuando, compelida por la miseria, sin poder hallar un protector, cayó en las redes de una alcahueta que atraía á las muchachas para colocarlas en casas de tolerancia.

Katiuscha había adquirido desde mucho tiempo antes el vicio de fumar, y cuando estuvo en relaciones con el dependiente, se dejó arrastrar por la bebida. Gustábale el vino no sólo porque era grato á su paladar, sino porque le procuraba una distracción momentánea, sofocando al pro-

pio tiempo la voz de su conciencia; ya que cuando no había bebido se aburría, y además sentía vergüenza. La alcahueta la invitó á almorzar, y cuando la hubo embriagado, propúsole hacerla entrar en una casa espléndida, la mejor de la ciudad, haciendo brillar ante sus ojos la comodidad y los privilegios de la vida que le proponía. Katiusha debía, pues, escoger entre un puesto humillante de criada, con la casi seguridad de tener que sufrir la obsesión brutal del hombre y acomodarse á una prostitución escondida y precaria, y una posición tranquila y asegurada, una prostitución permitida por las leyes y retribuida con largueza.

Naturalmente, se decidió por lo segundo. Le parecía, además, que así se vengaba del príncipe que la había seducido, del dependiente y de los demás hombres de qué estaba quejosa.

Pero la consideración de más peso, la que antes que otra alguna la convenció, fué que la alcahueta le dijo que podría escoger los trajes que más le gustaran; de raso, de seda, de terciopelo, trajes de baile descotados que permitían la exhibición de garganta y brazos. Cuando Katiusha se vió, con la fantasía, vestida con un traje descotado de seda amarillo claro, con vueltas de terciopelo negro, no supo contenerse y firmó el contrato. En seguida la alcahueta hizo traer un coche y la llevó á una de las casas más conocidas de la ciudad; la de Carolina Albertovna Rosanov.

Empezó, entonces, para la Máslova, una vida de violación incesante de todas las leyes humanas y divinas; esa vida que millares de desgraciadas llevan hoy, no sólo con la autorización, sino con la protección verdadera de un poder legal que pretende mirar por el bienestar del pueblo; vida degradante y monstruosa, que, después de horribles sufrimientos, conduce casi siempre á una decrepitud anticipada, á una muerte prematura.

Durante la mañana y la mayor parte del día, un sueño

pesado, después de los abusos de la noche. Luego, á las tres ó á las cuatro de la tarde, un despertar cansado, unos sorbos de agua de seltz y de café, dar vueltas por el cuarto en camisa, en camiseta, miradas á la calle á través de las rejas cerradae; luego el baño, el apretarse la cintura en un corsé demasiado estrecho, la elección de un vestido, las disputas entre el ama y las demás mujeres, el colorete en las mejillas, el *khol* en las cejas, la comida copiosa y fuerte, el traje de seda clara que deja desnudo la mitad del cuerpo; luego la gran sala, recargada de adornos, iluminada por una luz demasiado cruda, la recepción de los clientes; mímica, baile, dulces, vino, tabaco y un comercio galante con jóvenes y hombres maduros, adolescentes y viejos al borde de la tumba, célibes y casados, con mercaderes y militares, con tártaros, armenios, borrachos y sentimentales, con ricos y pobres, con sanos y enfermos, con brutales y bien educados, empleados, estudiantes, colegiales, gente, en suma, de todas categorías y edades y caracteres. Y gritos, y broma, y risas, y música y tabaco y vino, y vino y tabaco desde la tarde al amanecer. Por la mañana finalmente, la libertad, el sueño pesado. Y así todos los días de la semana, del primero al último. Y al fin de cada semana, la visita impuesta por las leyes á las oficinas de policía; una verdadera exposición en que los empleados y los médicos se mostraban á veces dignos y severos, y otras se divertían en humillar aquel sentimiento de íntimo pudor que la naturaleza ha dado como una salvaguardia no sólo á la raza humana, sino también á las bestias; una verdadera revista de mujeres, después de la cual se levanta un atestado y se les entrega, autorizándolas para continuar aquella vida durante toda la semana siguiente.

Y luego de nuevo aquella existencia, eternamente, en invierno como en verano, los días festivos como los laborables.

Así pasó la Máslova siete años; dos veces cambió de casa; una fué al hospital.

El séptimo año, cuando tenía ventiséis, ocurrió aquel hecho que provocó su detención y la llevó al tribunal, después de una prisión preventiva de seis meses, en compañía de gente que tenía por oficio el robo y el asesinato.

### III

En el mismo instante en que la Máslova, sentada en un cuartito de la audiencia, se quitaba los zapatos que le martirizaron los pies durante el trayecto de la prisión al tribunal, el príncipe Dimitri Ivanovitch Neklindoff, el que la sedujera, se despertaba en su blando lecho cubierto con un fino edredón.

Se incorporó mostrando una elegante camisa de noche, de holanda, y en tanto que fumaba un cigarrillo que acababa de encender, pensó en lo que hiciera la víspera y en lo que debía hacer aquel día.

Recordó la velada pasada en casa de los Korchaghin, matrimonio muy rico y considerado, con cuya hija, al decir de las gentes, debía de contraer matrimonio. Tiró el cigarro y alargó la mano hacia una petaca de plata para tomar otro; pero de repente cambió de pensamietno, y levantándose valerosamente, saltó de la cama y metió los pies en las zapatillas.

Se puso una elegante bata; con paso lento, pero fuerte y vivaz pasó al tocador que estaba junto al dormitorio. Allí empezó por limpiarse los dientes con unos polvos especiales, se enjuagó con elixir oloroso; luego se acercó á un lavabo de mármol y se limpió con esmero las manos, cuidando mucho de las uñas que llevaba muy largas; hecho esto, abrió del todo el grifo y se lavó la cara y el cuello.

Pasó luego á otro cuarto donde había un aparato de duchas, y el chorro de agua refrescó su cuerpo musculoso

que presentaba un principio de obesidad; se secó con tohallas esponjosas, cambió de camisa y se puso unos botitos relucientes como un espejo.

Luego sentóse al tocador y se peinó la barba negra y los cabellos ya muy claros.

Todos los objetos de su uso, ropa blanca, corbatas, alfileres, botonadura, eran de primera calidad; muy sencillos, poco vistosos, pero de mucho valor.

Terminó de vestirse cachazudamente y después fué al comedor, que era una sala grande, de la cual el día anterior tres hombres habían enlucido el entarimado con gran trabajo.

Contenía un enorme *buffet* de encina y una mesa desmesurada de la misma madera que tenía los pies imitando zarpas de león.

Sobre la mesa, cubierta con un mantel finísimo y bien planchado, había una cafetera de plata, llena de un café que esparcía en torno grato perfume, una azucarera de plata, un tarro de manteca y una cestita con panecillos y bizcochos.

Cerca del servicio estaba el correo de la mañana; cartas, periódicos y un cuaderno de la *Revue des Deux Mondes*.

Neklindoff se disponía á enterarse de las cartas, cuando llegó una mujer entrada en años, vestida de negro y con una cofia blanca de punto.

Era Agripina Petrovna, la camarera de la anciana princesa madre de Neklindoff, muerta poco tiempo antes, y que quedó como ama de llaves del hijo.

Agripina Petrovna había hecho muchos viajes al extranjero con su ama, y en el porte, y por las maneras parecía una gran señora; habitaba en casa de los Neklindoff desde la infancia, y conocía al príncipe cuando á éste le llamaban aún «Mitenka» (1).

—Buenos días, Dimitri Ivanovitch.

---

(1) Diminutivo cariñoso de Dimitri.

—Muy buenos días Agripina Petrovna. ¿Qué hay de nuevo?

—Una carta para vos. La camarera de los Korchaghin la ha traído y espera en mi cuarto,—dijo Agripina Petrovna entregando la carta con sonrisa maliciosa.

—Bien,—dijo Dimitri tomando la carta; pero al notar la sonsisa de Agripina Petrovna, su rostro se obscureció; aquella sonrisa significaba que aquella mujer creía que iba á casarse con la hija de los Korchaghin que le enviaba aquella carta.

Y aquella suposición no le placía.

—Decid á la camarera que aguarde.

Agripina Petrovna salió, no sin antes arreglar unos cachivaches que estaban revueltos sobre un mueble.

Neklindoff rompió el sobre perfumado y sacó una carta escrita en líneas desiguales sobre papel de lujo, con caracteres ingleses de angulosos trazos.

«Según la obligación que me he impuesto de convertirme en vuestra memoria,—decía la carta,—os recuerdo que hoy, 28 de Abril, debéis formar parte del jurado de la Audiencia, y que os será imposible venir con nosotros y Kolosov á visitar la galería Z... como nos prometisteis ayer con vuestra habitual ligereza, á menos que estéis dispuesto á pagar por haber faltado á la sesión una multa de trescientos rublos, los mismos que rehusásteis por vuestro caballo.

»Me he acordado de esto, ayer, después que salisteis: no lo olvidéis, pues.

PRINCESA M. KORCHAGUIN.

En la otra página habia escrito:

«Mi madre me encarga que os diga que vuestro cubierto estará puesto hasta la noche; venid de todos modos, á cualquiera hora que sea.

M. K.»

Neklindoff frunció el entrecejo.

Aquel billete era como una continuación del asedio que de dos meses á aquella parte le pusiera la princesa Korchaghin para que quedase encerrado en una red cada día más tupida.

Además de la indecisión que experimentan siempre los hombres ya maduros, habituados á la vida de fáciles placeres, Neklindoff tenía otra razón para no comprometerse en aquel momento, aun cuando estuviese decidido á casarse.

Naturalmente, el motivo aquel no podia ser el que, ocho años antes, sedujera y abandonara á Katiusha. Repugnábale pensar en aquello; pero jamás se le habría ocurrido que pudiera ser un obstáculo para casarse con la princesa.

El verdadero motivo era que sostenía relaciones íntimas con una mujer casada; relaciones que muchas veces había querido romper; pero que quería continuar su amante.

Neklindoff era muy tímido con las mujeres; y aquella timidez había inspirado á María Vasilievna, el deseo de subyugarlo.

La mujer aquella logró envolverlo en las mallas de unas relaciones que cada vez le absorbían más, y por otra parte, se le hacían pesadas. No supo al principio resistir la tentación, y después, sintiéndose culpable, no se atrevía á romper el lazo sin el consentimiento de su amante. Tal consentimiento estaba bien lejos de darlo; amenazaba, por lo contrario, con matarse si la abandonaba después del sacrificio que hiciera por él.

Aquella misma mañana, el correo trajo una carta del marido de su amante, mariscal de la nobleza. El príncipe reconoció la letra y el sello, se ruborizó y sintió aquel impetu de energía que le dominaba siempre al advertir un peligro.

Pero su conmoción se calmó bien pronto cuando hubo leído la caata.

El marido de María Vasilievna anunciaba al príncipe que una reunión extraordinaria del Consejo que presidía se verificaría á fines de Mayo y le rogaba su asistencia para que le «apoyara» porque se tratarían dos cuestiones importantes: la de las escuelas y de los caminos, y tanto á una como á otra harían ruda oposición los reaccionarios.

Aquel mariscal de la nobleza era muy liberal en el fondo, y con otros liberales luchaba contra la reacción que se entronizó durante el reinado de Alejandro III; la lucha le absorbía por entero, tanto, que no le quedaba siquiera tiempo para advertir que su mujer le engañaba.

Neklindoff recordó las angustias que más de una vez había sufrido; recordó que un día, imaginando que el marido había descubierto la traición de su esposa, habíase preparado para batirse con él, decidido á disparar al aire; recordó la tremenda escena ocurrida con su amante, un día en que ésta, movida por un arrebato de desesperación se precipitó corriendo hacia el lago para ahogarse.

—No puedo hacer nada, ni ir á verla á ella antes de tener contestación,—pensó.

Ocho días antes había escrito á su amante una carta muy enérgica, en la cual se reconocía culpable y se declaraba dispuesto á cualquier sacrificio para rescatar su falta, pero terminaba diciendo que las relaciones debían cesar en bien de ella misma.

La contestación á la tal carta era la que no venía, y la que él esperaba.

Sin embargo le parecía de buen agüero no tener respuesta, porque si su amante no consintiera en romper, ya le habría escrito y habría ido á verle, como ya hizo otra vez...

Neklindoff había oído hablar de cierto oficial que hacía la corte á María Vasilievna, y aun cuando le indignaba la existencia de un rival, pensaba que así podría acabar



de una vez con aquel embrollo que ya pesaba sobre su conciencia.

Neklindoff encontró en la correspondencia una carta del administrador de los bienes que provenían de su madre. Le decía que era precisa su presencia allí para los derechos de sucesión y para decidir en definitiva cómo debían ser administrados sus bienes. Se trataba de saber si era mejor administrarlos como en tiempo de la difunta princesa ó reuniéndolos en una sola mano, para emprender la cultura extensiva del suelo. El administrador afirmaba que la cultura sin intermediarios rendiría mayores provechos.

Luego se excusaba por no haber mandado tres mil rublos al príncipe, y aseguraba que los enviaría por el próximo correo.

Tal retardo provenía de que los aldeanos no querían ó no podían pagar, y muchas veces era preciso recurrir á la fuerza para cobrar lo debido.

Tal carta alegró y entristeció á un tiempo á Neklindoff.

Se alegraba de ser dueño de un patrimonio tan vasto, y que ahora era suyo sin restricción. Por otra parte recordaba que, en su primera juventud, con el impulso generoso propio de la edad y seducido por las teorías de Spencer y de Henry George, no sólo había pensado, proclamado y escrito que la tierra no puede ser en ningún caso propiedad individual, sino que, para poner de acuerdo los actos con los principios, había cedido á los aldeanos las tierras heredadas de su padre.

Ahora que la muerte de su madre había hecho de él un gran propietario, se veía obligado á escoger entre dos clases de vida: ó renunciar á sus dominios, como dos años antes hiciera con los doscientas hectáreas que provenían de su padre, ó, asumiendo la posesión de sus bienes, reconocer implícitamente, por modo tácito, pero eficaz, como falsos y engañosos los principios que en otro tiempo sos-

tuvo. Lo primero le era imposible, porque tales dominios constituían toda su fortuna.

No tenía valor para volver á entrar en el ejército, pues estaba demasiado acostumbrado á la vida ociosa y elegante, y además, hubiera sido un sacrificio inútil, porque Neklindoff no tenía ya ni la convicción ni la voluntad de su juventud.

Sin embargo, el renegar de aquellos principios generosos y desinteresados que otro tiempo constituían su orgullo, le causaba honda pena.

Por eso la carta de su procurador le produjo cierta turbación.

#### IV

Una vez tomado el café, Neklindoff pasó á su despacho para ver la citación que marcaba la hora en qué debía estar en el tribunal, y para escribir antes á la princesa. Pasó primeramente por un cuarto que era su estudio de pintor, donde un cuadro no acabado estaba sobre un caballete. El cuadro, en el que trabajaba hacía ya dos años, y los bocetos que había en las paredes, le recordaron la incapacidad que tenía para hacer progresos en la pintura; esto lo atribuía á un excesivo refinamiento de gusto estético; pero de todos modos no le placía aquella incapacidad.

Siete años antes dejó el servicio militar creyendo poseer una irresistible vocación por la pintura, y ahora debía convenir en que no tenía derecho á despreciar, como lo hacía, las demás ocupaciones. Dió una ojeada llena de fastidio al lujo de la habitación y entró en el despacho malhumorado.

Era un gran cuarto, elegante y provisto de todas las comodidades posibles. Neklindoff se acercó á un escritorio y cogió la hoja de citación que le invitaba á estar en la Audiencia á las once; luego escribió á la princesa dándole las gracias por su invitación, y afirmando que haría

cuanto pudiera para no faltar á la comida; pero de repente lo desgarró por parecerle que era demasiado confidencial. Escribió otro que le pareció demasiado frío y casi ofensivo; lo rompió nerviosamente y tocó la campanilla. Apareció un criado de aspecto grave, con la cara afeitada y con un delantal de tela gris.

—Haced el favor de avisar el coche.

—En seguida, Alteza.

—Decid al criado de los Korchaghin que espera, que doy gracias y que procuraré no faltar.

—Bien, Alteza.

—Esto no es muy delicado, pero no puedo escribir; así se lo diré luego,—pensó Neklindoff, y fué á vestirse.

Cuando llegó á la puerta, el coche que usaba siempre, muy elegante, con aros de goma en las ruedas, le esperaba.

—Ayer tarde, cuando llegué á casa de los príncipes Korchaghin,—dijo el cochero, volviendo á medias el cuello musculoso y bronceado,—el lacayo me dijo que Vuestra Alteza acababa de salir.

—Hasta los cocheros saben mis relaciones con los Korchaghin,—pensó Neklindoff, y aquello trajo de nuevo á su memoria el problema que tanto le ocupaba durante los últimos tiempos: ¿debía casarse ó no con la Korchaghin?

Le inducían al matrimonio dos consideraciones: la posibilidad de llevar una vida reposada y la esperanza de que la familia y los hijos, darían un objeto noble á su vida que ahora se presentaba vacía é insulsa. Pero otras consideraciones de diferente orden le disuadían de ello: primeramente el temor de perder la libertad que sienten los solterones empedernidos, y luego el temor del misterio que toda mujer encierra. En favor de su matrimonio con Missy había la consideración de que provenía de buena familia y que en todo, en el vestir, en el hablar, en el andar, hasta en el reír, la princesa se apartaba de lo vulgar por propia «dístinción», por una gracia innata.

El príncipe no hubiera podido encontrar una expresión más propia para denotar aquella cualidad que tanto apreciaba. Luego la princesa le distinguía entre todos, lo cual indicaba que le comprendía, y esto, á juicio suyo, era una prueba indubitable del talento de la joven.

Había también razones particulares contra su matrimonio con Missy: le habría sido posible encontrar otras mujeres con más méritos que la princesa y más dignas de él; además ésta tenía ya veintisiete años y era natural que hubiese amado á otros, pensamiento que no podía sufrir. Su vanidad no admitía que hubiese podido, ni aun en lo pasado, amar á alguien que no fuera á él, siquiera Missy no pudiera prever que debía encontrarle en el camino de su vida.

De tal modo se contrabalanceaban los argumentos en pro y en contra de su matrimonio, que Neklindoff, riendo para su capote, se comparaba á la burra de Buridán, pues lo mismo que aquélla, no sabía de qué haz de alfalfa comer.

—Antes de saber lo que resuelve María Vassilievna y de poner término á mis relaciones con ella, no puedo resolver nada,—pensó en su interior; y aquel compás de espera antes de tomar una resolución, le agradó muchísimo.

—De todos modos pensaré en esto más tarde,—añadió, en tanto que el carruaje se paraba sin ruido en el patio del Tribunal. Ahora se trata de cumplir el encargo que me ha dado la sociedad, con la escrupulosidad de que hago siempre gala en mis acciones; sin contar además con que estas sesiones acostumbran á ser muy interesantes.

Penetró en el vestíbulo.

## V

En los corredores del Tribunal se notaba ya gran movimiento: los ordenanzas corrían de aquí para allá llevando tarjetas y recados; ujieres, abogados y empleados pasaban

de una á otra parte; litigantes y acusados, aburridos, andaban arrimados á las paredes ó esperaban sentados.

—¿El Tribunal del distrito?—preguntó Neklindoff á un ordenanza.

—¿Cuál? ¿El civil, ó el criminal?

—Soy jurado.

—Entonces id á la Sala de la Audiencia. Tomad á la derecha, y luego á la izquierda la segunda puerta.

Neklindoff siguió el camino indicado; en la puerta había dos hombres: un comerciante de rostro plácido que evidentemente había comido y bebido copiosamente y estaba de buen humor, y un dependiente de origen hebreo. Neklindoff se acercó á ellos, que estaban hablando del precio de la lana, y preguntó si aquella era la Sala de los jurados.

—Sí, señor; esta es. De fijo que también sois uno de nuestros colegas,—añadió plácidamente.

Y al oír la respuesta afirmativa de Neklindoff, añadió con el mismo tono:

—Trabajaremos juntos. Yo soy Baklascivo, comerciante de segunda clase,—y tendió al príncipe su ancha mano.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

Neklindoff se nombró y entró en la pequeña sala de los jurados.

—¡Su padre estaba agregado á la alta servidumbre del emperador!—murmuró el judío,

—¿Y es rico?—preguntó el comerciante.

—Riquísimo.

En la sala se hallaban unas diez personas de todas clases y condiciones; unas permanecían sentadas, en tanto que otras andaban y trababan conocimiento unas con otras.

Había un militar de uniforme: otros con los vestidos de los días festivos, y uno solo vestía el traje «nacional». Aun cuando algunos de ellos habían tenido que dejar sus ocupaciones y se dolían de ello, mostraban de todos modos en su semblante cierta satisfacción que provenía del orgullo

que les inspiraban las altas funciones que iban á cumplir. Algunos jurados cambiaban sus tarjetas, otros trataban de adivinar el nombre de sus colegas, y todos á un tiempo hablaban de la primavera, que aquel año se había adelantado, y del proceso en qué iban á intervenir.

Entre aquellos jurados, que no conocían aún á Neklindoff, hubo algunos que se apresuraron á presentarse á él.

Evidentemente pensaban que aquello era un gran honor, y Neklindoff lo encontraba muy natural.

Si alguien le hubiera preguntado por qué se imaginaba estar más alto que los otros, no hubiera sabido qué responder. Su vida entera no patentizó en él ninguna cualidad escepcional; el saber hablar bien el inglés, el alemán y el francés, el llevar trajes y ropa blanca, y corbatas y alfileres comprados en las principales tiendas, eran cosas que únicamente él las sabía, y no podían ser causa de su superioridad. Y, sin embargo, de ésta tenía conciencia profunda, y aceptaba las demostraciones de homenaje como una cosa que se le debía, y que hería su orgullo si le faltaba.

Una herida de tal género le esperaba en la sala de los jurados. Entre éstos se hallaba cierto Pedro Gerassimovitch, del cual Neklindoff no se acordaba nunca del apellido. Había sido maestro de las hijas de su hermana, y luego, al terminar sus estudios, fué profesor de un Liceo. Por su familiaridad, por su risa fuerte y por su «vulgaridad», como decía la hermana de Neklindoff, siempre había sido antipático al príncipe.

—¿Cómo? ¿Vos también aquí?—dijo riendo fuerte y adelantando hacia él.—¿No habéis podido escabulliros?

—No lo he intentado siquiera,—dijo Neklindoff.

—¡He aquí lo que se llama tener valor cívico!—exclamó riendo todavía más fuerte Pedro Gerassimovitch.—¡Me parece que vamos á divertirnos! Cuando tendréis hambre ó sed, no os darán de comer y beber.

—¡Creo que este hijo de pope un día me va á hablar de

túl—pensó Neklindoff, y tomando un aire muy triste, como si en aquel momento le anunciaran la muerte de toda su parentela, se apartó de él y se acercó al corro que se había formado alrededor de un caballero de alta estatura, barbudo y muy imponente, que parecía contar algo importante.

Hablaba del juicio que se celebraba en el Tribunal civil, como de una cosa que le fuera familiar, y nombraba á los abogados célebres y á los jueces por sus nombres y apellidos, y contaba el giro especial que había sabido dar á la causa un abogado, á consecuencia de lo cual, la parte que tenía toda la razón, que era una señora anciana, se veía obligada á pagar una gran suma á la parte contraria.

—Es un abogado de genio,—dijo al terminar.

Los otros le escuchaban con gran respeto, y alguno se atrevía á añadir alguna palabra, pero él le interrumpía, como si nadie más pudiese estar al corriente del asunto.

Por más que Nekiindoff había llegado un poco tarde, la sesión no principiaba aún, porque uno de los jueces tardaba en llegar.

## VI

El presidente, por lo contrario, había llegado temprano. Era un hombre alto, buen mozo, con patillas que empezaban á ser grises. Tenía mujer, pero lo mismo que él llevaba una vida desarreglada. Ambos trataban de no molestar uno al otro.

Por la mañana había recibido un billetito de una institutriz suiza que el año anterior estuvo en su casa; de paso para San Petersburgo, le decía que le esperaría de tres á seis en la fonda de Italia. Así es que quería empezar y acabar pronto la sesión, para tener tiempo de ver, antes de las seis, aquella Clara, de cabellos rubios, con la cual el año pasado empezó una intriga en el campo.

Entró en su cuartito y cerró la puerta con cerrojo. Luego tomó del armario dos pesas de gimnasia é hizo con ellas veinte movimientos en alto, hacia abajo, á los lados, hacia adelante y hacia atrás. Después dobló ligeramente las rodillas por tres veces alzaudo las pesas sobre su cabeza.

—Nada refuerza tanto como la hidroterapia y la gimnasia,—pensó tocando con la mano izquierda, en la cual brillaba un anillo de oro, el biceps de su brazo derecho.

Todavía faltábale hacer algún movimiento, cuando alguien empujó la puerta desde fuera.

El presidente escondió con precipitación las pesas y recorrió el cerrojo.

—Dispensad,—dijo.

Entró en el cuarto un juez de baja estatura, con lentes de oro, los hombros angulosos y el rostro malhumorado.

—Mateo Nikitich no ha llegado como de costumbre,—dijo con tono áspero.

—Sí, siempre se retarda.

—Eso es no tener conciencia—añadió el juez con rabia, encendiendo un cigarrillo.

Este juez que era un hombre muy metódico, se había peleado por la mañana con su mujer; ésta, habiendo gastado demasiado pronto todo el dinero del mes, le pidió más, y como él se lo rehusara, surgió una riña que terminó afirmándole su esposa que al volver á su casa no encontraría comida. Bajo esta amenaza salió de su casa y temía que su mujer cumpliera lo dicho, porque sabía que era capaz de cualquier cosa.

—Después que digan que es preciso vivir honestamente y seguir la moral,—pensó: y miró al presidente radiante de salud y de alegría, con la cara satisfecha y que arreglaba artísticamente sus patillas con sus blancas manos.—Siempre está satisfecho y de buen humor, y yo estoy aburrido de continuo.



El relator entró en aquel momento con los autos de un proceso.

—Gracias—dijo el presidente encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué proceso vamos á discutir primero?

—Me parece que el del envenenamiento,—contestó el relator, simulando indiferencia.

—Bien está. Vaya por el envenenamiento,—dijo el presidente, y pensó que debía ser un asunto muy sencillo que le permitiría marcharse antes de las cuatro. Y Mateo Nikitich, ¿no ha venido todavía?

—Aun no.

—Y Breve, ¿está aquí?

—Sí,—contestó el relator.

—Pues bien, decidle si le veis que la primera causa será la de los envenenadores.

Breve era el substituto del fiscal que debía sostener al acusación aquel día.

En el corredor encontró efectivamente á Breve que, con la cabeza inclinada, el uniforme desabrochado, y una cartera bajo el brazo, caminaba rápidamente, corriendo casi, pisando fuerte y haciendo ademanes con el brazo que le quedaba libre.

—Miguel Petrovitch desea saber si estáis dispuesto,—le dijo el relator.

—Sí, estoy pronto. ¿Por qué causa empezaremos?

—Por la de los envenenadores.

—Está muy bien,—contestó el substituto.

En realidad le parecía todo lo contrario. Hasta las dos de la madrugada había estado en compañía de un amigo bebiendo y jugando. Luego había ido con otros á la casa de Ienocinio donde seis meses antes estaba aún la Maslova. Así es que no había dormido en toda la noche y le faltó tiempo para enterarse de las causas. De buena gana le hubiese dado una ojeada rápida; pero el relator, que sabía que Breve no estaba preparado, aconsejó por lo

mismo al presidente que despachara primero aquella causa.

Conservador intransigente, Breve era ortodoxo hasta el extremo, como todos los alemanes empleados en Rusia; y el relator liberal, casi radical, le miraba con malos ojos y envidiaba su puesto.

—¿Y la causa de Skoptzy?—preguntó el relator.

—He dicho ya que no puedo,—replicó el fiscal.—Me faltan testimonios y así lo diré al Tribunal.

—Pero ..

—No puedo,—repitió.

Y siempre gesticulando se metió en su cuarto.

No era en verdad la falta de prueba la que hacía aplazar de continuo la causa de Skoptzy. Consideraba que vista en una gran ciudad donde los jurados son por regla general personas cultas, el proceso debía terminar con una absolución; y por eso, de acuerdo con el presidente, deseaba transferirlo á una ciudad de provincias, donde los jurados, aldeanos en su mayor parte, estaban más propensos á condenar.

En los corredores la animación y el movimiento iban aumentando.

La gente se acercaba principalmente á la sala civil donde se resolvía el proceso del cual había hablado anteriormente aquel caballero de aspecto imponente que ya hemos visto. Durante un momento de calma salió de la sala la anciana que aquel «genial abogado» había sabido despojar en favor del propio cliente, aunque éste no tuviera ningún derecho, y estuvieran persuadidos de ello los jueces, el cliente y el mismo abogado.

Era una mujer gorda, con un traje verdoso y unas flores descomunales en el sombrero; al salir de la sala se paró en el corredor, y agitando las manos regordetas repetía á su abogado:

—¿Y qué sucederá ahora? ¿Qué va á suceder ahora?

El abogado miraba las flores del sombrero y evidentemente no la escuchaba, absorbido por alguna idea fija.

En seguida se abrió la puerta de la sala y con paso rápido apareció el famoso «genial abogado» con el rostro radiante de triunfo: suyo era el mérito de que la vieja de las flores quedara sin un cuarto, en tanto que su cliente, que le había dado diez mil rublos, ganó más de cien mil. Todos los ojos se volvieron hacia él, y al advertirlo pareció decir á todas:

—¡Señores, no necesito para nada vuestra admiración! Y pasó ante todos de un modo digno.

## VIII

Mateo Nikitich había llegado por fin, y el ujier, un hombre flaco con el cuello largo, que arrastraba una pierna, entró en la sala de los jurados. Este ujier era honrado é inteligente, pero no podía estar mucho en ningún empleo porque se emborrachaba. Tres meses antes una señora que protegía á su mujer, le colocó en el Tribunal, y aquel empleo parecía gustarle y lo conservaba.

—¿Estais todos reunidos, señores?—preguntó poniéndose los lentes.

—Todos, á lo que parezca,—dijo el comerciante plácido.

—Vamos á verlo en seguida.

Sacando del bolsillo una lista empezó á preguntar el nombre á cada uno, mirando á los jurados ora por sobre los lentes, ora á través de ellos.

—J. M. Nikiforoff, consejero de Estado.

—Soy yo,—dijo el señor importante que estaba al corriente de todas las causas.

—Iván Semenovitch Ivanoff, coronel retirado.

—Aquí estoy,—dijo el que iba de uniforme.

—Pedro Daklasciff, comerciante de segunda clase.

—Presente,—contestó el buen hombre, y añadió sonriendo:

—Estoy dispuesto.

—Príncipe Dimitri Neklindoff, teniente de la Guardia.

—Soy yo,—contestó el nombrado.

El ujier, mirando á Neklindoff por sobre los lentes con respetuosa deferencia, hizo una cortesía, queriendo distinguirle de los otros jurados. Después continuó:

—Capitán Jorge Dimitrievitch Dancenکو, Gregorio Effimovitch, comerciante,—y así seguido.

Todos los jurados estaban presentes.

—Ahora, señores, hacer el favor de pasar á la Sala,—dijo el ujier con amabilidad indicando la puerta.

Todos se movieron y cediéndose uno al otro el paso con cortesía, entraron en la Sala.

Era una pieza larga con una tribuna en el fondo á la que se subía por tres escalones; en el centro de la tribuna había una mesa grande con un tapete verde adornado con una franja de un verde más oscuro, y tres sillones con el respaldo de encina tallada. Colgaba de la pared un retrato del Emperador con uniforme de gran gala de general, con un pie adelantado y la mano en la empuñadora de la espada; á la derecha, en un ángulo, una imagen de Cristo con la corona de espinas, dos filas de sillas para los jurados, una mesita para los abogados y el banco del fiscal; á la izquierda una mesita para el relator, y, cerca del sitio reservado al público, el banco de los acusados que estaba todavía vacío. Todo esto ocupaba la mitad de la Sala que una barandilla dividía en dos partes. En la otra mitad algunos bancos dispuestos sobre gradas se elevaban hasta la pared del fondo.

En el primer banco estaban sentados cuatro mujeres y dos hombres que parecían obreros; evidentemente les impresionaba el aspecto del local y se hablaban en voz baja.

Introducidos que fueron los jurados, el ujier se adelan-

tó hacia el centro de la sala y con voz tonante, como si tratara de asustar á todos los presentes, gritó:

—¡El tribunal!

Todos se levantaron y en la tribuna aparecieron los tres jueces: primeramente el presidente con sus hermosas patillas, luego el juez de los lentes de oro y de la cara triste, más huraña todavía, porque antes de entrar en la sala había encontrado á su cuñado que le previno que su hermana no preparaba decididamente comida.

—Paciencia, será preciso que vayamos á un restaurant —añadió el cuñado riendo.

—Maldito si esto me da ganas de reir, —dijo el juez poniéndose cada vez más mohino.

Por último venía el último juez, aquel Mateo Nikitich que siempre se hacía esperar. Tenía una gran barba, una mirada bondadosa y padecía un catarro intestinal; aquella misma mañana el médico le había aconsejado un nuevo régimen que le había hecho permanecer un rato más en casa.

Al entrar tenía el aspecto muy preocupado. Por costumbre se fijaba en todas las circunstancias fortuitas, á fin de que le dieran una respuesta á la pregunta que se hacía; en aquel momento había decidido que si el número de los pasos que diera desde la entrada de la sala á su poltrona era exactamente divisible por tres, el nuevo régimen le curaría el catarro, y en caso contrario no. Los pasos habían sido veintiséis, pero al último añadió otro pasito muy corto, y así, después de contar el vigésimo séptimo se sentó en su sillón.

El aspecto del presidente y de los jueces con sus cuellos recamados de oro era muy imponente, Los tres lo comprendieron, y como confusos de su propia grandeza se sentaron, bajando modestamente los ojos hacia la mesa con el tapete verde, sobre el cual había dispuestos un instrumento triangular con el águila imperial arriba, varias

plumas, hojas de papel en blanco y varios otros cachivaches del oficio.

Al mismo tiempo que los jueces entró el sustituto del fiscal, andando aprisa y con la cartera bajo el brazo. Se sentó en un banco y empezó á hojear rápidamente el apuntamiento del proceso, aprovechando el tiempo que le quedaba. Era aquella la cuarta vez que sostenía una acusación, y ambicioso como era y decidido á abrirse paso, creía indispensable que todos los procesos en que interviniera terminaran con condena. De aquel proceso de envenenamiento tenía una idea sumaria y había preparado un esbozo de requisitoria, pero le faltaban aún algunos datos y los iba reuniendo á fuerza de tomar apuntes.

Al otro lado de la tribuna el relator repasaba un diario denunciado que había podido procurarse con gran trabajo. Se proponía hablar de ello al juez del catarro intestinal que sabía que comulgaba en sus ideas; pero antes quería enterarse bien del artículo denunciado.

## VIII

Después de dar una ojeada al proceso y de preguntar algo al ujier, que contestó afirmativamente, el presidente dió orden de introducir á los culpables. Se abrió una puerta y entraron dos guardias con una gran gorra de pieles y los sables desnudos; detrás venían los acusados; un hombre de pelo rojo y cara pecosa y dos mujeres. El hombre llevaba el traje de los presos; tenía casi escondidas las manos dentro de las mangas muy largas; el aspecto tranquilo, impassible. Se sentó en la esquina del banco para dejar sitio á las mujeres, miró al presidente fijamente y empezó á contraer la boca como si hablara para su sayo.

Junto á él se sentó una mujer entrada en años, con traje de presa también, pálido el rostro, sin pestañas ni cejas, enrojecidos los ojos. Se sentó tranquilamente, arreglando

las sayas que se le habían enganchado á un clavo, y miró hacia el tribunal. ●

La tercera acusada era la Máslova. Apenas entró, las miradas de todos los hombres se fijaron en ella y permanecieron clavadas en aquel rostro blanco y cariñoso, en aquellos ojos negros, profundos y centelleantes, en aquel cuerpo bien formado. Hasta uno de los guardias la miró con insistencia; pero luego, comprendiendo su desacato, apartó de ella los ojos y miró hacia la ventana que tenía enfrente.

El presidente esperó que los acusados estuviesen sentados y luego se volvió hacia el escribano.

Empezó el juicio con las formalidades de costumbre: llamamiento de los jurados y suplentes, multas á los que no comparecieron, lectura de las excusas presentadas por los que no vinieron, sustitución de éstos por los suplentes.

Una vez constituido el jurado, el presidente rogó al pope (1) que hiciera prestar juramento.

El pope, un viejo de cara hinchada y amarillenta, con un traje de color de café, una cruz de oro pendiente del pecho y una condecoración al lado, adelantóse hacia el altar arrastrando los pies.

Los jurados se acercaron también al altar.

—Favorécnos,—dijo el pope tocando su cruz de oro y esperando que todos los jurados estuviesen cerca.

Era pope hacía cuarenta y siete años; prestó sus servicios al tribunal desde que se instituyó el jurado, así es que se alababa de haber hecho jurar á millares y millares de personas. Añadía que hasta en su vejez trabajaba por la iglesia, por la patria y por la familia, á la que dejaría una herencia, un capital de más de treinta mil rublos sin contar la casa. Se preparaba ya para celebrar su jubileo como lo hiciera el arcipreste de la catedral. El pensamiento de que

---

(1) Sacerdote.

el Evangelio prohíbe el juramento, y que toda su ocupación que consistía en hacer prestar juramento, era poco honrada, no le remordía la conciencia, antes por lo contrario, se complacía en ello porque le daba ocasión de trabar conocimiento con personas de alto copete. Había hecho amistades con el «célebre abogado» que merecía todo su respeto, porque en sólo un proceso, el del despojo de la vieja, ganó diez mil rublos.

El pope, después de revestir la casulla, dijo á los jurados:

—Levantad la mano derecha y poned así los dedos.— Y levantó su mano regordeta que tenía un hoyuelo en cada dedo, acercando las yemas del pulgar y del índice como si fuera á tomar un polvo.

—Juro ante el Santo Evangelio y por la Cruz de nuestro Señor que en el proceso...—empezó, parándose á cada frase.—No bajéis la mano hermano; tenedla así,—se volvió hacia un joven que había dejado caer la mano,—que en el proceso en qué..

El caballero importante, el coronel retirado, el comerciante y otros jurados, tenían los dedos bien unidos como deseaba el pope; otros parecían hacer aquella ceremonia de mala gana. Unos repetían las palabras con voz recia y empuje; otros en voz baja y tartamudeando, quedándose atrás y atrapando luego al pope como asustados de su falta.

Hecho el juramento, el presidente invitó á que los jurados nombraron un jefe. Pasaron á la sala de deliberaciones y encendieron un cigarrillo.

Alguien aconsejó que eligieran al señor majestuoso y así se hizo sin discusión. Tiraron los cigarrillos y volvieron al tribunal. Allí el señor majestuoso declaró al presidente que él era el elegido; luego se sentaron todos.

Todo se hacía sin interrupción y con cierta solemnidad. El cumplimiento de todas aquellas fórmulas y ceremonias



daban una especie de satisfacción á los mismos magistrados y les confirmaba en la persuasión de que cumplían un deber social. Esto también creía Neklindoff.

El presidente hizo una arenga á los jurados recordándoles sus derechos, sus deberes y la responsabilidad que les incumbía. Mientras hablaba no sabía estarse quieto ni un momento. Tan pronto se voíva á derecha como á la izquierda, se apoyaba en el respaldo del sillón, se inclinaba hacia adelante, hacia atrás, manoseaba los objetos todos de la mesa. Les recordó á los jurados que tenían el derecho de preguntar á los acusados por mediación del presidente; de examinar de cerca todas las pruebas, y que debían pronunciar un fallo recto basado en su convicción y conservar secreto su voto y no revelar nada á nadie. En otro caso se expondrían á los rigores de la ley.

Todos escuchaban con respetuoso recogimiento. El comerciante que respiraba con fuerza y esparcía en torno un tufo de vino, aprobaba cada frase con un movimiento de cabeza.

## IX

Terminada su arenga, volvióse el presidente hacia los acusados.

—Simón Kirtinkin, levantáos.

El llamado se puso en pie con sobresalto.

—¿Vuestro nombre?

—Simón Petrovitch Kirtinkin,—respondió con voz estridente y sin vacilar, probando que ya sabía lo que le preguntarían.

—¿Vuestro estado?

—Soy aldeano.

—¿De qué provincia y distrito?

—Provincia de Tula, distrito de Kaprivo, ayuntamiento de Kiompiankoie, aldea de Borki,

—¿Cuántos años tenéis?

—Treinta y cuatro, nací en...

—¿Qué religión profesáis?

—La rusa ortodoxa.

—¿Estáis casado?

—No.

—¿Qué oficio tenéis?

—Trabajo como mozo en la hostería Mauritania.

—¿Habéis sido procesado?

—No he podido ser nunca condenado porque siempre he vivido...

—¿No habéis sido procesado?

—Tan cierto como que Dios existe, ¡no!

—¿Os han entregado copia del acta de acusación?

—Sí me la dieron.

—Sentáos. Eufemia Ivanovna Botchkova,—continuó el presidente volviéndose hacia una de las mujeres.

Simón permanecía de pie y tapaba á la Botchkova.

—Kirtinkin, sentáos.

Kirtinkin permanecía de pie. Para hacerle sentar se le acercó rápidamente el relator el cual, inclinando la cabeza y abriendo con severidad los ojos, murmuró á su oído con voz trágica:

—¿Habéis oído? Sentáos.

El acusado se sentó de golpe como se levantara, arregló la blusa y continuó mascullando palabras para sí.

—Vuestro nombre,—dijo el presidente á la vieja con aire aburrido y sin mirarla y hojeando unos papeles.

La Botchkova tenía cuarenta y tres años, habitaba en la ciudad y servía de camarera en la misma posada Mauritania; no había sido nunca procesada, se le había entregado copia del acta de acusación. Respondía con voz firme y á cada una de sus respuestas acompañaba una mirada que parecía querer decir á cuantos la miraban;

—Bien, sí; yo soy Eufemia Botchkova, y no permito que nadie se ría de mí.

Acabado el interrogatorio, se sentó sin que se lo mandaran.

—Vuestro nombre,—dijo el presidente á la tercera acusada.

—Es preciso levantarse, añadió con gran dulzura viendo que la Máslova permanecía sentada.

La Máslova se levantó con gran serenidad, irguiendo la cabeza, y sacando el pecho, y fijó sus ojos negros y sonrientes en el rostro del presidente.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamaban Limbov,—respondió aprisa.

En tanto que empezaba el interrogatorio, Neklindoff miraba atentamente á los acusados á través de sus lentes.

—No es posible,—pensó, sin apartar la vista de la joven.—¿De dónde vendría ese nombre de Limbov?

El presidente quiso hacer otra pregunta, pero el juez de los anteojos le detuvo con un gesto murmurándole algo con furia. El otro contestó con un movimiento afirmativo y de nuevo se volvió hacia la acusada.

—¿Cómo Limbov?—dijo;—os llaman de otro modo.

La acusada callaba.

—Os he preguntado vuestro verdadero nombre.

—El de bautismo,—sugirió el juez de aire mohino.

—Antes, me llamaban Catalina.

—Es imposible,—proseguía Neklindoff. Pero ya no conservaba duda alguna de que se hallaba en presencia de aquella muchacha que en otro tiempo había amado, que en un momento de locura sedujo y abandonó, que había querido olvidar porque aquel recuerdo le era harto penoso y le humillaba en su orgullo, tan pagado de su honradez.

No cabía duda; era ella. Ahora reconocía claramente en su rostro aquel sello particular y misterioso que caracteriza á cada persona y la determina de un modo preciso, haciéndola completamente distinta de las demas. A pesar de la palidez anormal y de tener las mejillas y la parte infe-

rior de la cara un poco más carnosas, en el rostro, en la boca, en los ojos algo bizcos y sobre todo en la sonrisa ingénua, en la mirada, en la gentileza y gracia de toda su persona, reconocía aquel sello.

—Debéis responder pronto,—dijo con dulzura el presidente.—¿El nombre de vuestro padre?

—Soy ilegítima.

—No importa. Decid el nombre de vuestro padrino.

—Miguel.

—¿Qué delito puede haber cometido?—se preguntaba Neklindoff con ansia.

—¿Vuestro apellido?

—Me llamaban Máslova; como á mi madre.

—Vuestra condición.

—Ciudadana.

—¿De religión ortodoxa?

—Ortodoxa

—¿Y la profesión? ¿Qué oficio ejerciais?

La Máslova no contestó.

—¿Qué oficio teniais?

—Estaba en una casa.

—¿Pero en qué casa?—insistió con tono severo el juez de los anteojos.

—Bien lo sabéis,—replicó la Máslova siempre sonriendo: un rubor súbito enrojeció sus mejillas; miró hacia la Sala y después se fijó de nuevo en el presidente.

Había algo tan extraño en la expresión de su rostro, tan atroz y desgarrador en el sentido de aquellas palabras, de aquella sonrisa, de aquella ojeada que dió al público, que el presidente bajó la cabeza y durante un instante hubo completo silencio en la Sala.

Luego resonaron carcajadas y alguien silbó entre dientes. El presidente levantó la cabeza y prosiguió el interrogatorio.

—¿No habéis sido nunca condenada?

—Nunca, — contestó en voz baja la Máslova suspirando.

—¿Habéis recibido copia de la acusación?

—Sí.

—Sentáos.

La acusada se sentó levantando sus sayas como una gran señora y metió las manos, blancas y pequeñas, en las mangas de la blusa sin dejar de mirar al presidente. Su rostro tenía la primitiva palidez y serenidad.

El presidente llamó á los testigos, los mandó á otra sala y llamó al perito médico. Luego se levantó el relator y empezó la lectura de los autos. Su voz era alta y resonante; pero como leía rápidamente, resultaba monotonamente ronca.

Los jueces parecían y estaban aburridos, murmurándose palabras al oído; uno de los guardias se llevó varias veces la mano á la boca para ahogar un bostezo. Kirtinkin no cesaba un momento de contraer la boca; la Botchkova estaba erguida, seria, tranquila y de cuando en cuando escondía un dedo bajo el pañuelo para rascarse la cabeza. Máslova á veces permanecía impassible siguiendo con atención las palabras del relator; pero otras hacía ademán de levantarse; se ruborizaba, suspiraba profundamente, cambiaba de posición las manos, luego volvía á mirar al relator.

En la primera fila de los jurados, Neklindoff, sentado en su silla, no perdía de vista á la Máslova; y en su alma se realizaba un trabajo profundo y doloroso.

## X

El acta de acusación decía así:

«El 17 de Enero de 18... murió en un cuarto de la posada Mauritania, Ferapont Smielkov de Siberia, comerciante de segunda clase, de muerte repentina. El certifica-

do del médico de la cuarta división aseguraba que la muerte había sido producida por un aneurisma, causada por el abuso de las bebidas alcohólicas, y el cadáver fué sepultado. Pero cuatro días después de la muerte de Smielkov, llegaba de Petersburgo un llamado Timockin, comerciante de Siberia, compatriota y compañero del difunto, el cual informado de las circunstancias de la muerte, sospechó que ésta no fuera natural y si producida por un veneno dado por algunos malhechores que se habían apoderado de una sortija de brillantes y de una gruesa suma de dinero: con efecto, Smielkov tenía mucho dinero, que no se le encontró después de muerto.

»Se ordenó una información que ha dado los siguientes resultados:

»1.º Smielkov poco antes de morir había cobrado del banco 3800 rublos; en la maleta no se le encontraron sino 312 rublos y 16 kopecks.

»2.º La víspera de su muerte, Smielkov pasó el día entero con la prostituta Liubka (Catalina Máslova) parte de él en la posada Mauritania y parte en su casa. Antes de ir con Smielkov á la posada, había ido ya allí Catalina Máslova para tomar dinero y abrió la maleta en presencia de los criados de la posada, Eufemia Botchkova y Simón Kirtinkin, con la llave que le dió el mismo comerciante. Mientras la prostituta Liubka abrió la maleta, Botchkova y Kirtinkin, presentes, pudieron ver varios fajos de billetes de cien rublos.

»3.º Vuelto Smielkov de la casa de tolerancia á la posada Mauritana junto con la Liubka, ésta, por consejo de Kirtinkin le hizo beber un vaso de cognac en el cual vertió unos polvos blancos que Kirtinkin le proporcionara.

»4.º Al día siguiente la Liubka, ha vendido á su patrona, la alcahueta Rosanov, testigo, una sortija de brillantes que pretendió haberle regalado el interfecto.

»5.º La camarera de la posada, Eufemia Botchkova,

depositó en el Banco, al día siguiente de la muerte de Smielkov, la cantidad de 1800 rublos.

»La autopsia del cadáver de Smielkov, hecha con todas las formalidades que requiere la ley, ha patentizado la existencia en las vísceras, de substancias venenosas, que avaloran la hipótesis de un crimen.

»Interrogados como acusados la prostituta Liubka, Kirtinkin y la Botchkova, éstos no se han declarado culpables. Pero la Liubka ha declarado que Smielkov, estando en la casa de tolerancia donde, según su expresión, trabajaba, la había enviado á la posada para tomar dinero, 40 rublos, ni más ni menos, como pueden declarar la Botchkova y Kirtinkin que estaban presentes y que le han visto abrir y cerrar la maleta. En cuanto al envenenamiento la Liubka contesta que, vuelta por segunda vez al cuarto de Smielkov, ha vertido unos polvos blancos en un vaso de cognac; pero que lo hizo así creyendo que se trataba de un narcótico para dormirlo y poder volver á su casa: añadió que no tomó dinero alguno y que la sortija le fué regalada por el mismo Smielkov para consolarla cuando ella llorando quería marchar porque le había pegado.

»Eufemia Botchkova afirma que no sabe absolutamente nada de la desaparición del dinero y que no estuvo siquiera en el cuarto, donde únicamente entró la Liubka; que si algo se robó sólo pudo hacerlo la Liubka cuando vino la primera vez con la llave de la maleta.»

Al llegar á tal punto, la Máslova se estremeció abriendo la boca como para gritar, y se volvió hacia la Botchkova.

«Interrogada luego la Botchkova acerca del origen de los 1800 rublos depositados por ella en el Banco, manifestó haberlos ganado en doce años de trabajo al lado de Simón Kirtinkin, con el cual pensaba unirse en matrimonio.

»Simón Kirtinkin, en un primer interrogatorio, confesó haber robado el dinero á instigación de la Máslova, que

fué á la posada con la llave, y haberlo compartido con la Máslova y la Botchkova.»

De nuevo la Máslova se estremeció, se puso en pie, movió los brazos y empezó á hablar. Pero el relator la contuvo y continuó:

«Kirtinkin confesó lo dicho. Pero en el segundo interrogatorio negó lo del robo y lo de los polvos, echando toda la culpa á la Máslova. Por lo que toca al dinero depositado en el Banco, confirma la declaración de la Botchkova y dice que son producto de las propinas de los pasajeros.»

Continuaba el documento hablando de los careos de los testigos y demás incidentes y concluía así:

«El comerciante de segunda clase Smielkov, abandonándose á la embriaguez y al libertinaje, entró en relaciones con una prostituta apodada Liubka, por quien se encaprichó, perteneciente á la casa de tolerancia de la Rosanov. El 16 de Enero de 18... encontrándose en la casa citada, envió á la Liubka á la posada donde paraba, dándole la llave de la maleta para que cogiera 40 rublos, para pagar el gasto hecho en la citada casa. Catalina Máslova, apodada Liubka, entrada en el cuarto del comerciante, se puso de acuerdo con los dos criados Kartinkin y Botchkova para robar gran parte del dinero y de los objetos preciosos contenidos en la maleta del comerciante y repartírselos luego; como así ocurrió.»

Máslova se estremeció de nuevo y toda su cara se encendió.

«La Máslova ha recibido por su parte una sortija de brillantes y sin duda, alguna pequeña suma de dinero que habrá ocultado ó perdido quizá, visto el estado de embriaguez en qué se hallaba. Para ocultar el hurto, los tres acusados han hecho que Smielkov volviera á la posada y lo han envenenado con un veneno que tenía Kartinkin. Siguiendo tal plan, la Máslova ha inducido al comerciante á volver á la posada para pasar allí la noche juntos. Ya



reunidos, la acusada vertió los polvos en el vaso de Smielkov y le hizo beber, lo que le produjo la muerte.

»Por todas las indicadas razones, Simón Kirtinkin de treinta y cuatro años, aldeano, Eufemia Botchkova, de cuarenta y cuatro, y Catalina Máslova, de veintisiete, son acusados de haber el 17 de Enero de 18..., puestos de acuerdo, robado al comerciante Smielkov una sortija de brillantes, y la suma de 2.500 rublos, y, para desembarazarse de él, héchole beber veneno, que produjo la muerte del predicho Smielkov.

»Estos delitos están previstos en los párrafos 4 y 5 del artículo 1453 del Código penal; por lo que Simón Kirtinkin, aldeano, Eufemia Botchkova y Catalina Máslova, ciudadanas, se presentan al tribunal de la Audiencia con el concurso del jurado.»

Terminada la lectura, el relator juntó cuidadosamente los pliegos y se sentó, acariciándose el pelo con la mano. Los presentes lanzaron un suspiro de alivio pensando que el juicio empezaba, que todo se aclararía pronto y que la justicia seguiría su curso. Sólo Neklindoff no experimentaba aquel sentimiento. Estaba asustado del delito de la Máslova á quien diez años antes conociera una niña pura é inocente.

## XI

Apenas terminada la lectura del acta de acusación, el presidente consultó á los jueces y luego, volviéndose hacia Kirtinkin con una expresión que parecía querer significar: «Ahora si que vamos á saberlo todo punto por punto,» dijo:

—Simón Kirtinkin.

Este se levantó con las manos pegadas á los costados, inclinándose hacia adelante y sin cesar de mover los labios.

—Estáis acusado de haber, el 17 de Enero de 18..., jun-

to con Eufemia Botchkova y Catalina Máslova, robado de la maleta del comerciante Smielkov dinero que le pertenecía, traído arsénico aconsejando á la Máslova que se lo echara en el vino, por lo que murió Smielkov. ¿Os reconocéis culpable?

—Es imposible, porque nuestro oficio de servidores...

—Esto lo diréis luego. ¿Os reconocéis culpable?

—No... Tengo, sin embargo...

—Después, después lo diréis,—interrumpió el presidente con calma y severidad. ¿Os reconocéis culpable?

—Es imposible porque...

De nuevo el relator dió un salto hacia Simón Kirtinkin y con un «¡silencio!» trágico le contuvo.

El presidente, como para significar que aquella primera parte estaba acabada, se volvió Eufemia Botchkova.

—Eufemia Botchkova, estáis acusada de haber, el 17 de Enero de 18..., en compañía de Simón Kirtinkin y Catalina Máslova, robado de la maleta del comerciante Smielkov dinero y una sortija, repartiendo el producto entre todos, y, para ocultar el delito, dado veneno á Smielkov, que murió á causa de ello. ¿Os reconocéis culpable?

—No soy culpable de nada,—respondió la acusada con voz franca y áspera.—Ni siquiera he puesto los piés en el cuarto. Esta perdida, que ha entrado, puede haber hecho lo que decís.

—Esto lo diréis luego,—respondió el presidente con voz tranquila y firme.—¿No os reconocéis culpable?

—No soy yo quien ha tomado el dinero: no soy yo quien ha hecho beber el veneno; no he entrado siquiera en el cuarto, porque si hubiese sido yo...

—¿Y os reconocéis culpable?

—No, nada.

—Bien. Catalina Máslova,—empezó de nuevo el presidente vuelto hacia la tercera acusada.—Estáis acusada de haber entrado en la habitación que en la posada Mauritania ocupaba el comerciante Smielcov y de haberle robado

nna sortija y dinero...—Pronunciaba las palabras como las de una letanía que se sabe de memoria, y se interrumpió un momento inclinándose hacia el juez quien le hizo notar que entre las pruebas de convicción faltaba algo...— y dinero; de haber vuelto luego á la posada y haber hecho beber un vaso de arsénico á Smielkov, lo que le produjo la muerte. ¿Os reconocéis culpable?

—No, no soy culpable de nada,—contestó rápidamente la acusada,—como lo dije al principio lo digo ahora: no he robado nada, nada, nada en absoluto; la sortija me la dió él mismo.

—¿No os reconocéis, pues, culpable de haber robado dos mil quinientos rublos?

—Digo que no he tomado sino cuarenta rublos.

—¿Y de haber dado al comerciante Smielcov el vino envenenado?

—Esto es verdad; pero me habían hecho creer que aquello era un nárcótico y que no produciría ningún mal. Nunca seré capaz de envenenar á nadie; ante Dios juro que no tenía ninguna mala intención.

—Así, pues, no confesáis haber robado la sortija y el dinero; ¿pero reconocéis por otra parte haber echado los polvos en el vino?

—Sí, lo reconozco; pero creía que era unos polvos para hacer dormir; se los he dado para que se durmiera; no he querido, no he pensado nunca que pudieran hacerle daño...

—Bien.

Y satisfecho del resultado obtenido, el presidente se apoyó en el respaldo de la poltrona con las manos extendidas sobre la mesa.

—Ahora contad la verdad por entero; una confesión sincera podrá mejorar vuestra situación.

La Máslova miraba fijamente al magistrado; pero callaba y se ruborizaba; comprendíase que se esforzaba en vencer la vergüenza.

—Contad como ocurrió todo.

—¡Cómo ocurrió!—exclamó con impetu la joven.—Fui á la posada, me condujeron á la habitación donde estaba él ya muy embriagado...

Diciendo «él» parecía sorprendida ó que experimentase terror, y abrió desmesuradamente los ojos y luego continuó:

—Quería marcharme y no me lo permitió.

Calló de nuevo como si hubiese perdido el hilo del discurso ó como si otro recuerdo asaltara su mente.

—¿Y luego?—preguntó el presidente.

—Luego,—replicó,—quedéme allí algún tiempo y después volví á casa.

En aquel momento el sustituto se incorporó apoyándose sobre un codo.

—¿Queréis hacer alguna pregunta?—indicó el presidente. Contestando afirmativamente el fiscal, le indicó que podía interrogar.

—Quería saber si la acusada tuvo antes relaciones con Simón Kirtinkin,—preguntó el sustituto sin mirar á la Máslova, frunciendo el entrecejo y apretando los labios.

El presidente repitió la pregunta. Máslova asustada miraba al fiscal.

—Sí, conocía á Simón.

—Quisiera saber aún en qué consistían tales relaciones, y si eran frecuentes.

—¿En qué consistían? Me recomendaba á los forasteros que iban á la posada, pero entre él y yo, no había ninguna otra relación, — contestó la joven con inquietud volviendo los ojos del presidente al sustituto, y de éste al presidente.

—Quisiera también saber por qué Kirtinkin recomendaba siempre á la Máslova en vez de recomendar á las otras muchachas.

Y entornó los ojos con una expresión picaresca preñada de reticencias.

—No lo sé. ¿Cómo queréis que lo sepa? Recomendaba á quien quería,—replicó girando los ojos con espanto, y deteniéndolos un instante en Neklindoff.

—Quizá me ha reconocido,—pensó el príncipe, y toda su sangre subió á sus mejillas.

Pero la Máslova no se había fijado verdaderamente en él, y su mirada asustada se fijó de nuevo en el fiscal.

—Así, pues, la acusada niega haber tenido relaciones íntimas con Kirtinkin; está bien; no se me ocurre preguntar nada más.

El sustituto se sentó de nuevo, y pareció que escribía algo.

En realidad no escribía nada, y se limitaba á pasar la pluma sobre las palabras del acta de acusación, porque había observado que todos los abogados y procuradores, después de cada pregunta toman apuntes destinados á reforzar todos los argumentos con qué piensan aplastar al adversario.

Ocupado en discutir con el juez de las antiparras sobre la conveniencia de servirse de las preguntas preparadas por escrito, el presidente dejó pasar algunos instantes, y luego preguntó:

—¿Qué ocurrió luego?

—Era ya de noche, — contestó la Máslova, ya más tranquila, mirando al presidente,—y yo, una vez que hubedado al ama el dinero, y subí á mi cuarto, estaba á punto de acostarme, cuando Berta, una de mis compañeras, vino á llamarme.

—Mira que tu comerciante ha vuelto y quiere que vayas con él.

Yo rehusé bajar; pero el ama me lo mandó. El,—pronunció de nuevo esta palabra con terror,—estaba allí en el gran salón. y quería ofrecer bebida á todas las muchachas; pero no tenía dinero encima y el ama se negó á hacerle crédito, y entonces me ordenó ir á la posada, me

indicó donde estaba el dinero y la cantidad que debía tomar. Yo hice lo que mandó.

Entretanto el presidente discutía en voz baja con el juez, que tenía á su izquierda, sin oír una palabra de lo que decía la Máslova; pero, queriendo hacer creer que lo había oído todo, repitió la última palabra:

—Le habéis obedecido. ¿Y entonces?

—Hice cuanto me había indicado. Tomé cuatro billetes de diez rublos.

La Máslova se interrumpió aún, como presa de un terror súbito, y luego continuó;

—Entré en la habitación, pero no sola; conmigo vinieron Kirtinkin y ésta.

Indicó á la Botchkova.

—No es verdad; no llegué á entrar;—dijo la Botchkova, pero el relator la hizo callar en seguida.

—Entonces, en su presencia, tomé los cuatro billetes de diez rublos,—prosiguió la Máslova frunciendo el entrecejo y sin mirar á la Botchkova.

—Quisiera saber si la acusada, al tomar los cuarenta rublos, ha visto cuánto dinero quedaba en la maleta,—interrumpió de nuevo el fiscal.

Máslova se estremeció; sin darse cuenta de ello comprendía que aquel hombre quería su perdición.

—No lo he contado; no he visto sino que había billetes de ciento.

—Así, pues, la acusada confiesa que ha visto billetes de cien rublos; está bien; no tengo que preguntar ya nada más.

—Habéis, pues, llevado el dinero,—dijo el presidente en tanto que miraba el reloj.

—Sí.

—¿Y después?

—Después, el comerciante, ha querido que volviera con él.

—¿Y cómo le habéis dado los polvos?

—¿Cómo? Los he echado en el vino y se los he dado á beber.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Porque no quería dejarme,—respondió la joven con un suspiro profundo, después de un instante de silencio. —Yo estaba cansada, aburrida, y, saliendo un momento al corredor, dije á Simón Kirtinkin: ¡Qué contenta quedaría si me dejase volver á casa! Simón contestó: También nosotros estamos cansados; démosle unos polvos que le hagan dormir y así podrás marcharte. Yo creí que se trataba de una cosa inofensiva, consentí, y los tomé con intención de ponérselos en el vaso. Al volver á entrar, el mercader, que se había ya metido en la alcoba, me ordenó darle de beber; yo vertí de una botella que estaba sobre la mesa, grandes chorros de cognac en dos vasos, uno para él y otro para mí; en el suyo eché los polvos. Pero os aseguro que de ninguna manera lo hubiese hecho de saber que...

—¿Y cómo ha sido que la sortija se hallara en vuestro poder?

—Me la había regalado él mismo.

—¿Cuándo os la dió?

—Cuando volvimos á la posada. Yo quería marcharme pronto, y me rompió la peineta que llevaba en la cabeza. Entonces me eché á llorar, y él, para consolarme, se quitó el anillo que llevaba en el dedo y me lo dió.

El teniente fiscal se incorporó de nuevo y con su aire de mansedumbre pidió permiso para hacer algunas preguntas.

—Quisiera saber,—empezó,—cuánto tiempo permaneció la acusada en el cuarto de Smielkov.

Un nuevo acceso de terror estremeció á la Máslova, que contestó rápidamente:

—No me acuerdo.

—¡Ah! ¿La acusada no recuerda si entró en algún otro cuarto al salir del que ocupaba el mercader?

La Máslova reflexionó un momento, luego repuso:

—Sí, entré en una habitación contigua, que no estaba ocupada.

—¿Y por qué entró?

Esta vez, dominado por su impulso, hizo la pregunta directamete á la acusada.

—Para tranquilizarme un poco y esperar el coche.

—¿Y Kirtinkin estuvo en el cuarto con la acusada ó nó?

—Sí; también él vino.

—¿Pór qué?

—Porque el comerciante había pagado unas copas de cognac y lo bebimos juntos.

—¡Ah! ¡Bebistes juntos!... ¿Y de qué hablaron la acusada y Kirtinkin? ¿De qué hablaron?—recalcó el sustituto.

La Máslova se irguió, movió los brazos y contestó con brío:

—¿De qué hablamos? No me acuerdo. Haced de mí lo que queráis. No soy culpable. Ya os he dicho todo cuánto sabía.

—No he de preguntar nada más,—terminó el fiscal bajando la cabeza y tomando rápidamente algunas notas, que afirmaban que la acusada se había metido en un cuarto con Simón.

Siguieron unos instantes de silencio.

—¿No tenéis más que decir?

—Lo he dicho todo,—contestó la Máslova con un suspiro; y se sentó.

Entonces, el presidente tomó algunas notas; escuchó lo que le decía uno de los jueces en voz baja y declaró suspendida la sesión por diez minutos. El juez que habló con el presidente era el mismo que por la mañana había ensayado un nuevo método curativo, y que, sintiéndose un



vacio en el estómago, había manifestado el deseo de hacerse un masaje y de tomar algún cordial. Esta y no otra era la causa que indujera al presidente á levantar la audiencia.

En seguida magistrados y jueces y jurados se movieron y salieron de la sala, con la conciencia de haber cumplido una parte de los santos deberes que la sociedad les imponía.

En la sala de los jurados, Neklindoff se sentó junto á una ventana y se sumergió en los recuerdos del pasado.

## XII

Era verdaderamente Katiuscha. Neklindoff recordaba las circunstancias en que conociera á la muchacha. La había visto por primera vez cuando, estudiando el tercer curso en la Universidad, fué á pasar el verano con sus tías, en tanto que preparaba su tesis de bachiller. Habitualmente pasaba el verano con su madre y su hermana en una gran posesión que tenían cerca de Moscou; pero habiéndose casado aquel año su hermana, Neklindoff, que debía preparar su tesis y no quiso acompañarla á los baños, fué á casa de sus tías, seguro de que allí podría trabajar con tranquilidad.

Tenían las hermanas de su madre mucha afección por su sobrino y por su parte las amaba mucho, sabiendo que debía ser su heredero, y le placía en gran extremo la sencillez de costumbres de aquellas dos ancianas.

Se encontraba entonces en aquel estado de ánimo asequible á todo entusiasmo, propio de los jovenes, que, por su impulso, empiezan á comprender la belleza de la vida, y á apreciar su importancia; que en tanto que se dan cuenta de la difícil tarea impuesta al hombre, conciben la posibilidad de perfeccionar hasta lo infinito su propio sér y la humanidad entera, dedicando todas sus fuerzas á ideal tan alto, con el firme convencimiento de alcanzar

aquel grado de perfección que han soñado como ideal de la vida.

Aquel año, en la Universidad, había leído las obras de Spencer y Henry George sobre la propiedad de la tierra, y aquella lectura le había conmovido profundamente, tanto más cuanto que él era hijo de una rica propietaria.

El patrimonio de su padre no era muy grande, pero su madre llevó en dote diez mil fanegas de tierra. Entonces, por primera vez, había comprendido la enorme injusticia de la propiedad inmueble individual, y en seguida distribuyó entre los aldeanos las tierras heredadas de su padre, porqué era él uno de aquellos para quienes el hacer un sacrificio en nombre de las exigencias de la moral, constituye un verdadero deleite.

Sobre tal tema preparaba su tesis, que tenía por título: «La propiedad inmueble.»

La vida que llevaba en el campo, al lado de sus tías, era muy tranquila.

Se levantaba por las mañanas muy temprano, á veces á las cuatro, se bañaba en un río que corría al pie de la colina, y luego volvía á casa antes de que saliera el sol, en esa hora en que todo el país está bañado por una ligera niebla, y el rocío cubre aún hierbas y flores. Algunas mañanas, después de tomar café, se ponía á escribir ó á leer libros; pero, las más de las veces, salía para pasear por prados y bosques.

Antes del almuerzo echaba un sueño en cualquier rincón del huerto, después almorzaba en compañía de sus tías, y luego daba un paseo á caballo ó en barca á lo largo del río.

A veces por la noche, y especialmente en las de luna, se sentía invadido por la savia juvenil, por el exceso de vida, y bajando al jardín paseaba hasta el alba, acariciando los sueños de su fantasía.

Así en el seno de aquella felicidad tranquila, pasó los

primeros meses de su estancia, sin advertir siquiera la figura esbelta, los negros ojos de Katiuscha.

Criado bajo los amorosos ojos de su madre, Neklindoff conservaba aún, á los diecinueve años, la inocencia de un niño; según él, la mujer de sus sueños debía ser su esposa; las otras, aquellas con quienes ¡no hubiese podido casarse, eran sencillamente personas.

Aquel verano mismo, en la fiesta de la Ascensión, fué á visitar á las tías una señora de los contornos que tenía dos hijas y un hijo colegial, y un joven pintor, aldeano de nacimiento, amigo del hijo.

Después del té, los jóvenes organizaron un *gorielki* (1), en el prado, acabado de segar. Katiuska tomó parte en aquel juego.

Llegó un momento en que Neklindoff debía correr al lado suyo; gustóle aquello, pero no se le ocurrió que entre él y la niña pudiese surgir ningún afecto profundo. Según la regla del juego, Katiuscha y Neklindoff debían darse la mano, y el joven pintor debía cogerlos.

—Me costará trabajo atraparlos,—pensó este, á pesar de que corría mucho con sus piernas cortas y musculosas de aldeano.

—¡Una! ¡dos! ¡tres!—dijo batiendo palmas.

Conteniendo apenas la risa Katiuscha, cambió de sitio con Neklindoff, estrechó con su pequeña mano la gruesa de él, y corrió hacia la izquierda con un leve crujido de la almidonada falda. Neklindoff corría mucho, y como no quería que lo atrapara el pintor, redobló su velocidad, de modo que en un momento estuvo al fin del prado: luego se volvió y vió que el otro iba detrás de Katiuscha que, con sus ligeras piernas, corría, como un gamo, alejándose hacia la izquierda.

Había allí una mata de lilas, de la cual habían decidido

---

(1) Juego de los niñas rusos.

no pasar, pero Katiuscha, sonriendo á Neklindoff, le indicó que fuera hacia allí, y pasó de la mata.

Neklindoff comprendió y fué hacia ella, pero como detrás de las lilas había un estanque seco cubierto de ortigas, tropezó y cayó pinchándose las manos y mojándose con el rocío que caía; luego se levantó, y, riéndose de su caída, volvió á correr. Sin cesar de sonreírle con sus ojos negros, Katiuscha corrió hacia él y le tendió la mano.

—¿Os habéis pinchado?—le preguntó mirándolo fijamente en tanto que respiraba afanosamente y con la mano libre se arreglaba las trenzas.

—No sabía que hubiese aquí un estanque,—contestó él sin abandonar la mano de la muchacha. Y como ella se acercara un poco más, de repente, sin saber cómo, le apretó más fuertemente la mano y la besó en la boca. La joven retiró con presteza la mano y dió algunos pasos hacia atrás; luego cogió dos ramos de lilas, y dándose con ellas contra las mejillas que le abrasaban, corrió hacia el grupo que formaban los otros muchachos.

Desde aquel momento las relaciones entre Neklindoff y Katiuscha se modificaron. Se encontraban en aquella situación propia de un joven y de una niña, ingenuos ambos, ambos inocentes, que se sienten inclinados uno al otro. Bastaba que Katiuscha entrara en el cuarto del joven, ó que éste desde lejos viera el vestido de color de rosa y el delantal blanco de ella, para que todo se le antojara bañado por el sol, y todo fuera más bello, más alegre, más importante, y la vida más placentera.

Las mismas sensaciones experimentaba ella.

Por lo que hace á Neklindoff, no era solamente la presencia de Katiuscha lo que le alegraba; el solo pensamiento de que la niña existía, bastaba para inundar de dicha su alma: Katiuscha se conmovía únicamente al pensar que él existía, que vivía á su lado. Si recibía una carta poco cariñosa de su madre, si su tesis no adelantaba, si sentía aquella tristeza infinita, propia de la edad juvenil,

bastaba el pensamiento de que Katiuscha existía para disipar su malhumor.

Katiuscha estaba muy ocupada en casa; sin embargo tenía tiempo para todo, y en los momentos de reposo leía. Neklindoff le prestaba á Turghenieff y á Dostojewski, pero lo que más le había impresionado era la *Calma después de la tempestad* de Turghenieff. Conversaban en voz baja tan pronto en el corredor como en el balcón, á veces en el cuarto de María Paulovna, la anciana camarera de las solteras, en el cual dormía Katiuscha y á veces tomaba té Neklindoff. En presencia de aquella mujer, sus conversaciones tenían gran dulzura; pero cuando estaban solos se sentían embarazados, y sus ojos empezaban á hablar un lenguaje más expresivo que las palabras que proferían, se turbaban y no se atrevían á permanecer juntos.

Así continuaron durante todo el tiempo que Neklindoff permaneció junto á sus tías. Estas advirtieron lo que ocurría y se asustaron de ello y lo comunicaron por carta á la princesa Elena Ivanovna, madre de Neklindoff.

María Ivanovna, una de las tías, temía que Dimitri estuviera enredado con la muchacha; pero su temor era vano, porque Neklindoff amaba sin darse cuenta de ello, como saben amar las almas ingenuas, y esto les preservaba á él y á la muchacha de una caída. El, no sólo no la deseaba, sino que la sola posibilidad de tal deseo le inspiraba terror. Más fundado era el temor de la otra solterona, que, con su alma poética, temía que Neklindoff, dado su carácter firme, se enamorara seriamente de Katiuscha y se casara con ella, sin cuidarse para nada de su origen y condición.

Si entonces Neklindoff hubiera podido darse cuenta de su amor por Katiuscha, ó si alguien hubiera tratado de convencerle de que no era posible ligar su porvenir al de aquella muchacha, de fijo que contestara que no había motivo para dejar de casarse con ella, desde el momento que la amaba. Pero sus tías no le expresaron sus temores

y marchó sin siquiera formarse idea clara del amor que le había inspirado Katuscha. Creía que el sentimiento que le inspiraba la muchacha, era sólo una parte de aquella inmensa alegría de la vida que ocupaba todo su ser, y al partir, cuando Katuscha, junto con sus tías le seguía desde la galería con sus ojos negros llenos de lágrimas, sintió la impresión de que, en aquel instante, se destrozaba algo bello y sagrado de su vida, algo bello y sagrado que jamás volvería á renacer. Y una tristeza infinita invadió su alma.

—Adiós, Katuscha, gracias de todo,—dijo en voz baja subiendo al coche.

—Adiós, Dimitri Ivanovitch, —respondió ella con su voz melodiosa, y conteniendo con gran esfuerzo las lágrimas que velaban sus ojos, corrió á su cuarto para llorar con entera libertad.

### XIII

Transcurrieron tres años antes que Neklindoff viera de nuevo á Katuscha. Cuando la volvió á ver,—iba á saludar á sus tías antes de incorporarse al regimiento de la guardia, de qué había sido nombrado teniente,—era ya un hombre hecho, bien distinto del ingenuo muchacho que tres años antes visitara aquellos lugares.

Entonces era leal, desinteresado, presto á sacrificarse para cumplir una buena acción; ahora era un libertino que no pensaba sino en hacer sus gustos. Antes se le aparecía el mundo como un misterio, como un enigma, que se aprestaba á descifrar con alegre entusiasmo; ahora todo le aparecía claro, sencillo, subordinado á sus exigencias personales. Entonces experimentaba un deseo imperioso de comunicarse con la naturaleza, con los filósofos, con los poetas que habían pensado y vivido antes que él; ahora lo que estimaba necesario eran los amigos, los compañeros, los usos de la sociedad mundana. Entonces la mujer se le

antojaba un sér misterioso y atractivo, al que el misterio añadía un encanto más; ahora todas las mujeres, fuera de sus parientas y de las esposas de sus amigos, tenían una significación precisa; ser el instrumento de su placer. Entonces no sentía ningún afán por tener dinero y apenas gastaba la tercera parte del que le asignaba su madre, y renunciaba á la herencia paterna para entregarla á los aldeanos: ahora los mil quinientos rublos que mensualmente la entregaba su madre, no le bastaban, y muchas veces había tenido con ella, á propósito de intereses, disgustos de que le remordía luego la conciencia. Entonces creía que su «yo» era un sér intelectual; ahora imaginaba que su «yo» era un hermoso animal, sano y robusto.

Una transformación tan radical hizo que dejara de creer en sí para creer en los demás; porque tener fe en sí mismo no parecía muy difícil.

Creyendo en sí, era preciso resolver muchas cuestiones en daño del egoísmo plácido y brutal; creyendo en los otros no había que resolver nada; todo quedaba resuelto en contra del «yo» intelectual y en favor del «yo» material. Además, creyendo en sí se exponía á la reprobación social; creyendo en los demás todos aprobaban y alababan su conducta.

Si Neklindoff leía ó discutía de Dios, de la verdad, de la riqueza ó de la pobreza, los que le rodeaban encontraban irracionales sus discursos, casi ridículos, y la madre y las tías, con ironía amable le llamaban; «Nuestro caro filósofo.» Pero si leía novelas ó contaba anécdotas demasiado libres, ó bien iba al teatro francés y contaba después con brío las *pochades* que había visto, entonces todos le alababan y animaban. Cuando vivía casto y había decidido llegar así á casarse, sus padres temieron por su salud; y la madre, á quien el solo pensamiento de que pudiese casarse con la Katuscha desesperaba, estuvo contenta al saber que Dimitri había birlado su amante, una francesa, á un amigo. Cuando al ser mayor de edad Neklindoff, firme en

sus opiniones de que la propiedad territorial era injusta, había repartido la heredada del padre entre los aldeanos, espantó con su acción á su madre y á sus parientes, y por largo tiempo fué objeto de sus burlas y de su reprobación; no habían cesado de repetirle que, con sus dones, en vez de enriquecer á los aldeanos, les empobreció: éstos, efectivamente, se habían dado por completo á la bebida y renunciado al trabajo.

Pero cuando, entrado en un regimiento de la guardia imperial, y frecuentando la sociedad más aristocrática, empezó á derrochar su dinero hasta el punto de que su madre vió mermar su capital, la anciana princesa no lo sintió casi, pues le parecía lógico y bello que gustara todos los placeres de la vida en el seno de una sociedad selecta.

Luchó Neklindoff al principio contra aquella nueva manera de entender la vida; pero la lucha le ofrecía grandes dificultades, porque cuanto para él constituía lo bueno, era reputado de malo por los otros, y viceversa. Así Neklindoff cesó de creer en sí mismo y creyó en los demás. Tal renuncia de su propia personalidad le fué al principio dolorosa; pero bien pronto la olvidó fumando y bebiendo, vicios ambos que le proporcionaron horas de grato solaz. Dado su caracter ardiente se entregó por completo al nuevo sistema de vida, que merecía la universal aprobación, y así ahogó aquella voz imperiosa que reclamaba de él acciones bien diversas.

Tal transformación, empezada al llegar á Petersburgo, se completó al ser admitido en la guardia imperial.

La vida militar pervierte ya por sí misma á los hombres, poniéndolos en un estado de inercia completa, ó por lo menos de ausencia de toda ocupación racional y útil, y, librándolos de los deberes humanos, les impone un simulacro de honor del regimiento y de la bandera, y les da un poder ilimitado sobre muchas personas de una parte, y les obliga por otra á una sumisión de esclavos tan inútil como vergonzosa. Cuando á la perversión general que crea



la vida militar, se une la perversión que emana de la riqueza y de la proximidad de la familia del czar, como sucede á la guardia imperial, la unión de esas dos perversiones origina un estado de ánimo que, con razón, puede llamarse una verdadera locura de egoísmo.

Sumido en tal locura vivió Neklindoff desde que, entrando en la guardia, llevó igual vida que sus compañeros. Su única ocupación consistía en ponerse un uniforme galoneado, que otras manos cepillaban y pulían, colgar de la cintura una espada que otros limpiaran, montar un fogoso caballo, que habían educado y preparado otros para él, mandar las maniobras á los soldados ó pasarles revista, saltar obstáculos, esgrimir el sable, tirar al blanco, enseñar á los otros aquellos mismos ejercicios.

En derredor suyo había solamente jóvenes y viejos, pertenecientes á las familias más aristocráticas y el Emperador mismo con su corte, que no solamente aprobaban sus ocupaciones, sinó que le alababan y se le mostraban reconocidos. Luego los teatros, los bailes, las mujeres. Y al día siguiente nuevos paseos á caballo, saltos de obstáculos, esgrima, las mismas locuras desenfrenadas, y el vino, la murmuración y las mujeres.

Tal género de vida debía ejercer una acción tanto más funesta sobre Neálindoff y sus compañeros, cuanto que el hombre que la lleva sin ser soldado no puede dejar de sentir en el fondo de su conciencia un remordimiento; mientras que el militar tiene la convicción de que cumple con su deber. Se enorgullece de tal género de vida, sobre todo en tiempo de guerra; y este era el caso de Neklindoff, que entró á servir al principiar la guerra contra los turcos.

—Nosotros,—piensan ellos,—estamos prontos á sacrificarnos, así es que por mucho que nos divirtamos no causamos mal á nadie y sería una locura no hacerlo.

Así pensaba Neklindoff también en aquel período de

su vida y gozaba al sentirse libre de los vínculos morales que se impuso en su primera juventud.

En tal estado de locura crónica vivía cuando, tres años después de su encuentro con Katiuscha, volvió á la casa de sus tías.

#### XIV

Neklindoff tenía varios motivos para visitar á sus tías: en primer lugar, su castillo se hallaba en el camino que debía seguir para juntarse á su regimiento; en segundo lugar, las solteronas le habían escrito muchas veces diciéndole que anhelaban verle; y, por último, tenía él muchas ganas de ver de nuevo á Katiuscha. Quizá en lo íntimo de su sér alentaba una intención poco generosa respecto de la muchacha; pero no quería confesársela á sí mismo. Únicamente convenía en que quería ver de nuevo aquellos sitios en que pasara horas felices con ella, y verla á ella misma y á sus dos tías, un poco regañonas; pero que siempre se manifestaron cariñosas y buenas para con él.

Llegó á fines de Marzo, el viernes santo, con una helada y una lluvia tremendas; así es que al llegar á la posesión estaba calado y tiritando, pero fuerte y lleno de energía como siempre.

—Con tal que aun esté ahí,— pensó mientras atravesaba el patio lleno de nieve que cayera de los techos y miraba aquel edificio que tan familiar le era.

Esperaba que correría á su encuentro al ruido de la campanilla; pero no fué así. En el umbral de la puerta del departamento destinado á la servidumbre, halló á dos criadas con los pies descalzos y remangadas las sayas, que se disponían á limpiar el suelo. Pero Katiuscha no aparecía por ningún lado. Tan sólo vió á Tikon, el antiguo servidor que, provisto de un delantal blanco, se aprestaba á dedicarse también á la limpieza.

En la sala encontró á Sofía Ivanovna con un traje de seda y una cofia de punto.

— ¡Gracias á Dios que has venido! — dijo besándole.

— María está un poco indispuesta y se ha quedado un ratillo en la iglesia después de la comunión.

— Gracias, tía Sofía, — replicó el mozo besándole la mano. — Dispensad; os he mojado.

— Ve á mudarte á tu cuarto; estás calado, pobrecillo... ¡Ya tienes bigote! ¡Katuscha, Katuscha, el café pronto!

— En seguida, — contestó desde el corredor la voz dulce y melodiosa que tan bien recordaba el príncipe. Su corazón se inundó de alegría. ¡Era ella! ¡Aun estaba allí! Fué como si un rayo de sol apareciera entre las nubes.

Alegremente siguió á Tikon que le condujo á su antiguo cuarto. Quería preguntarle algo de Katuscha, de la vida que llevaba, si se había prometido. Pero no se atrevió y limitóse á preguntarle por sus sobrinillos, por el viejo caballo, por Polkan el perrazo del guarda. Todos estaban vivos y buenos menos Polkan, que murió de hidrofobia el verano último.

Iba á mudarse el traje cuando oyó pasos conocidos y un modo de llamar á la puerta que conocía muy bien. Era ella. Se echó la capa sobre los hombros y gritó:

— ¡Entrad!

Era ella, Katuscha; pero aún más mona y alegre que otras veces; siempre eran los mismos ojos negros, la sonrisa ingenua, el mismo delantal blanco, de una nitidez exquisita. Traía por encargo de sus tías una pastilla de jabón perfumado y dos tohallas; una fina de tela, otra esponjosa. El jabón apenas salido de la caja, las tohallas, ella misma, todo era lindo, fresco, intacto é inspiraba alegría, admiración. Los labios frescos y rojos de la muchacha se contraían para no dejar escapar una sonrisa de alegría, como cuando estaba en su presencia años antes.

— Bienvenido Dimitri Ivanovitch, — dijo con timidez, y una oleada de rubor coloreó sus mejillas.

—Buenos días... ¿Cómo estás? ¿Cómo estáis?—No sabía si tratarla de tú ó de usted y sentía que él mismo se ruborizaba.

—Gracias. La tía me ha dicho que os trajera ese jabón de rosa que tanto os gusta,—dijo poniendo la pastilla sobre la mesa y las tohallas en el brazo de un sillón.

—Dimitri Ivanovitch tiene su jabón,—contestó gravemente Tikon, indicando con la mano un neceser de cuero rojo con adornos y cierre de plata.

—Dad gracias á mi tía. ¡Cuán contento estoy de haber venido!—añadió luego, y sintió después que su alma se inundaba de la dulzura y de la serenidad gustada otras veces.

Por toda respuesta, la muchacha sonrió y salió del cuarto.

Las dos solteronas que siempre habían adorado á Neklindoff, acogieron á éste con inmensa alegría. Dimitri iba á la guerra y en ella podía quedar herido ó muerto, y este pensamiento las conmovía.

Neklindoff había ido con la intención de pasar únicamente un día; pero la vista de Katuscha modificó su plan y telegrafió á su amigo Schembok que fuera á buscarle en vez de esperarle en Odesa como habían quedado. Faltaban dos días para la Pascua; los pasaría en la antigua casa. Desde el primer instante Katuscha le inspiró el mismo afecto que en otro tiempo, como antes no podía verla sin una profunda emoción; con vivísima alegría escuchaba su voz, su risa, sus pasos; le turbaba la mirada de sus negros ojos sonrientes; se confundía al ver que se ruborizaba. Comprendía que estaba enamorado; pero no como en el tiempo en que creía que no se puede amar sino una vez; ahora amaba, sabía amar, gozaba íntimamente; pero sabía en qué consistía su amor y cual sería probablemente su término.

Como en casi todos los hombres, había en Neklindoff dos naturalezas bien distintas; una que gozaba haciendo el

bien aun á costa de propios sacrificios; otra brutal, egoísta, sin freno, capaz de sacrificar á su placer la humanidad entera. En su estancia en Petersburgo, el bruto había dominado; ahora que á la vista de Katiuscha se despertaban los sentimientos de otro tiempo, el hombre moral levantaba la cabeza, reclamaba sus derechos. Durante dos días se trabó reñida batalla en su interior, casi sin darse cuenta de ello. Neklindoff sentía íntimamente que debía partir, que no había ningún motivo justificado para prolongar su estancia; pero experimentaba una felicidad tan grande, un bienestar tan hondo, que ahogaba la voz del deber y no partía.

La víspera de Pascua, el pope y el diácono llegaron en trineo para bendecir los panes según costumbre. Con gran trabajo habían salvado las tres verstas de camino que mediaban de la iglesia al castillo para celebrar la misa de media noche. Neklindoff asistió con las tías y la servidumbre á la ceremonia; pero no podía apartar los ojos de Katiuscha que tenía el incensario.

Cambiados tres besos con el pope y con sus tías, Neklindoff iba á entrar en su cuarto, cuando en el corredor oyó la voz de María Paulovna, la vieja camarera, que se preparaba á ir á la iglesia con Katiuscha, para asistir á la bendición de los panes.

— También iré yo,—pensó.

El estado del camino hacía imposible ir en coche ó en trineo; pero Neklindoff que en casa de sus tías estaba como en la propia, dió orden de ensillar el viejo caballo, se puso su uniforme de gala, se echó una capa sobre los hombros y en aquel rocín tan gordo y de pesado paso, fué á la iglesia, desafiando nieve y barro.

XV

Aquella misa de media noche debía quedar en la memoria de Neklindoff como uno de los más suaves é indelibles recuerdos.

Cuando, después de una larga caminata por entre las tinieblas, que sólo de cuando en cuando se iluminaban con la blancura de la nieve, llegó al atrio de la iglesia, la ceremonia había ya empezado.

Había gran número de fieles. A la derecha estaban los aldeanos; ancianos con los trajes cosidos por sus propias manos, envueltas y apretadas las piernas por tiras de lienzo blanquísimo; jóvenes vestidos de paño nuevo, con fajas de vivos colores en la cintura y botas altas. A la izquierda, las aldeanas con pañuelos de seda roja en la cabeza, corpiños de terciopelo con mangas rojas y sayas verdes, azules, encarnadas, escocesas, con zapatos nuevos; las viejas se habían colocado modestamente al fondo, con sus pañolitos blancos y sus sayas grises; entre ellas muchachos con los trapitos de cristianar y los cabellos llenos de pomada.

Los hombres se persignaban muchas veces; las mujeres y en especial las ancianas, fijaban sus ojos descoloridos en el *icono* rodeado de cirios ardiendo, se daban golpes en la frente, en el pecho y el vientre con todos los dedos reunidos y murmurando una plegaria en voz baja, tan pronto se inclinaban hacia adelante con reverente conformación como se dejaban caer de rodillas. Los niños imitaban á los mayores, y su plegaria era más fervorosa cuando sentían pesar sobre ellos la mirada de sus padres.

El *iconostass* (1) resplandecía como un ascua de oro, á la

---

(1) Altar cuajado de imágenes sacras.

luz de innumerables cirios y de un gran candelabro. De los dos coros que acompañaban los rezos, surgía un canto alegre y con los mugidos de los bajos se confundían las notas agudísimas de los niños.

Neklindoff pasó adelante y fué al centro de la iglesia, donde estaba la aristocracia. Había allí un propietario con la mujer y el niño vestido de marinero, un stanovoi, un empleado de telégrafos, un mercader con altas botas y el *starosta* (1) con su medalla. Detrás de la mujer del propietario estaba María Paulovna, con un traje de tornasol lila, y Katuscha, con un vestido blanco, un cinturón azul y un lazo rojo en su pelo negro.

Todo era bello, alegre, solemne: el pope que llevaba el manto de plata salpicado de áureas cruces; el sacristán con la estola recamada de oro y plata; el canto alegre de los coros, el gesto con que el pope levantaba el candelabro de tres brazos, bendiciendo á los asistentes, y el modo como estos le interrumpían á cada instante, diciendo: «¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha resucitado!» Todo era bello; pero más bella que todo, Katuscha, con su traje blanco y el cinturón azul y el lazo rojo entre las negras trenzas y los ojos que le centelleaban de alegría.

Neklindoff estaba seguro de que sin volverse le veía, y tuvo una prueba de ello cuando, al pasar por su lado para aproximarse al altar, le susurró:

—La tía ha dicho que habrá cena después de la segunda misa.

La joven sintió subir la sangre al rostro, como siempre que veía á Neklindoff, y sonriente y feliz repuso, fijando sus ojos negros en los suyos:

—Ya lo sé.

En aquel instante el sacristán, que pasaba entre los fie-

---

(1) Hombre elegido por los aldeanos para cuidar de los intereses de la iglesia.

les recogiendo limosnas, llegó junto á Katuscha y, sin verla, la tocó con la estola; evidentemente lo hizo no queriendo molestar á Neklindoff tropezando con él; pero el príncipe quedó maravillado. ¿Cómo no comprendía aquel hombre que cuanto había en la iglesia y fuera de ella, y en el mundo entero, sólo existía para Katuscha; que todo podía hundirse y desaparecer menos ella, que formaba el centro del Universo? Por ella brillaba el oro en los altares, por ella sola ardían los cirios en los candelabros, por ella sola ascendían hacia las altas bóvedas aquellos cantos de regocijo. «¡Es la Pascua del Señor! ¡Alegraos, hombres!» Todo cuanto de bueno y de bello existía, era exclusivamente para ella. Y Katuscha debía comprenderlo; así lo creía él en tanto que contemplaba aquella figura esbelta bajo del vestido blanco; y la expresión de alegría que se revelaba bajó el rostro seriecito de la muchacha, bien claro decía que los sentimientos de ella no diferían del estado de ánimo de Neklindoff.

Durante el intervalo que medió entre la primera y la segunda misa, Neklindoff salió de la iglesia. La multitud se abrió á su paso y lo saludaba reverentemente: algunos le reconocían; otros preguntaban: «¿Quién es?»

Bajo el atrio los mendigos le rodearon: les distribuyó las monedas que llevaba en el bolsillo y bajó las gradas.

Las tinieblas se habían aclarado un poquillo; pero no aparecía aún el sol. La multitud que salía al patio se sentaba sobre las tumbas; pero Katuscha tardaba en aparecer. Neklindoff se detuvo para esperarla, en tanto que la muchedumbre continuaba saliendo y que el suelo resonaba bajo los herrados zapatones de los aldeanos. Un viejo tembloroso, cocinero de María Ivanovna, detuvo á Neklindoff y le besó tres veces; luego su mujer, una viejecilla arrugada, sacó de un pañuelo un huevo pintado (1) de

---

(1) Es costumbre del pueblo ruso regalar huevos pintados y besarse tres veces el día de Pascua.



amarillo y se lo ofreció. Detrás de ellos se aproximó sonriendo un aldeano joven y membrudo con una blusa nueva y una faja verde.

—¡Cristo ha resucitado!—exclamó alegremente y aproximándose á Neklindoff le besó tres veces en plena boca, raspándole y punzándole con su barba dura é impregnándole de su olor de aldeano.

En tanto que Neklindoff le devolvía los besos y aceptaba de él un huevo rojo obscuro, apareció el traje tornasolado de María Paulovna y la adorada cabecita negra con el lazo rojo. Katuscha lo vió en seguida entre la multitud, y su rostro brilló de alegría. Se paró un instante con María Paulovna para dar limosna á los pobres. Uno de estos, un desdichado que tenía la nariz roída por una llaga asquerosa, se acercó á ella. Katuscha buscó algunas monedas, se las dió y luego, sin el más leve signo de repugnancia, cambió con él los tres besos. Su mirada encontró la de Neklindoff y pareció preguntarle:

—¿Hago bien en besar á este infeliz?

—¡Oh, si adorada mía!—pareció responderle él;—haces bien; todo eso es hermoso, y yo te amo.

Las dos mujeres bajaron las gradas y Niklendoff se aproximó á ellas. No tenía intención de felicitarles las buenas pascuas; pero anhelaba estar cerca de ellas.

—Cristo ha resucitado,—dijo María Paulovna, y después de enjugarse los labios besó al joven.

—Es verdad, El ha resucitado,—replicó Neklindoff devolviendo los besos. Luego echó una mirada á Katuscha que se ruborizó y se acercó.

—Cristo ha resucitado, Dimitri Ivanovitch.

—En verdad ha resucitado.

Se besaron dos veces; después se pararon, como preguntándose si los besos debían ser tres; de repente se decidieron, se besaron por tercera vez y sonrieron.

—¿No volvéis á la iglesia?

—No, Dimitri Ivanovitch,—replicó la muchacha, respi-

rando á plenos pulmones como después de una fatiga agradable y mirándolo con ojos obedientes, puros y enamorados.

Cuando un hombre y una mujer se aman, llega siempre un momento en que el amor asciende á tal altura, que no tiene nada de cálculo ni de sensualidad y las dos almas se confunden en una sola. Este era el momento que Neklindoff había conocido en aquella hora de Pascua.

Ahora, sentado en la sala de los jurados, en tanto que su pensamiento evocaba todas las circunstancias de sus relaciones con Katuscha, sólo aquel momento resurgía claro, borrando todo lo demás; una cabecita negra con un lazo rojo, peinada con esmero, un traje blanco, plegado en el corpiño; los costados y la cintura esbeltos, un pecho apenas formado, aquel rubor, aquellos ojos negros radiantes, aquella expresión de pureza y de un amor profundo é inocente, no sólo para él sino para todo lo bueno y lo bello, más aun, para todo lo creado, como lo probaban los besos dados al mendigo. Aquella noche había sentido en su alma un amor sin límites, porque lo había sentido en sí mismo, y le parecía que la muchacha formaba con él un solo sér.

¡Oh, si todo hubiese podido terminar en aquel instante, en aquel sentimiento experimentado en la iglesia y en el atrio! Pero no; ¡detrás de aquello venía lo triste y doloroso que pasó entre ellos!

Tales eran los pensamientos que ocupaban su mente, en tanto que, sentado junto á la ventana, estaba en la sala del Jurado

## XVI

De vuelta de la iglesia Neklindoff cenó con sus tías y para «tomar fuerzas,» según la costumbre del regimiento, bebió mucho vino y aguardiente. Luego subió á su cuarto y vestido como estaba se echó sobre la cama y no tardó

en dormirse. Un ligero golpe dado en la puerta lo despertó; comprendió que era ella y se puso en pie, restregándose los ojos:

—¿Eres tú, Katiuscha? Entra.

Abrió un poco la puerta.

—La colación está dispuesta,—dijo, radiante de alegría como si se tratara de un gran acontecimiento. Llevaba aún el vestido blanco; pero se había quitado el lazo rojo del pelo.

—Voy en seguida,— contestó tomando un peine.

Ella se paró un momento; Neklindoff lo advirtió y dió un paso hacia ella; pero en el mismo instante giró la muchacha sobre sus talones y se marchó con su paso ligero y menudo.

—¡Qué torpe he sido en no detenerla!—pensó Neklindoff, y salió corriendo para alcanzarla.

No sabía lo qué quería; pero una voz misteriosa le decía que debiera haber hecho lo que hacen los otros hombres en casos parecidos.

—Katiuscha, espera,—gritó.

La muchacha se volvió.

—¿Qué queréis?—preguntó deteniéndose.

—Nada... sin embargo...—y con un esfuerzo sobre sí mismo, le pasó un brazo por la cintura. Ella le miró en los ojos.

—No está bien eso, no está bien, Dimitri Ivanovitch,—dijo ruborizándose casi hasta llorar; y con su mano fuerte se zafó del abrazo.

Neklindoff la soltó y durante un instante sintió vergüenza y asco de sí mismo, pero después pensó que estaba haciendo un papel ridículo. Corrió hacia ella y la besó en el cuello.

Aquel beso era muy distinto de aquel otro ingenuo é inocente dado junto á la mata de lilas, y de los que cambiara horas antes felicitando la Pascua. Este tenía algo terrible y Katiuscha lo comprendió.

—¡Qué hacéis!...—exclamó con voz dolorida, como si Neklindoff hubiese roto en ella algo de infinitamente precioso, y huyó corriendo.

Neklindoff entró en el comedor. Las tías, el médico y una vecina comían los entremeses. No ocurría nada extraordinario y, sin embargo, Neklindoff no sabía lo que se hacía, contestaba al revés. No pensaba sino en Katiuscha, en el sabor de aquel último beso. No podía pensar en nada más. Cuanto entró la muchacha, todo su sér le reveló su presencia, y tuvo que hacer un grande esfuerzo para dominarse y no mirarla.

Terminado el almuerzo, pasó á su cuarto y presa de una emoción vivísima, estuvo mucho rato espiondo todos los rumores para ver si le traían el de sus pasos. El instinto del bruto que vivía en él había resucitado, y aniquilado por completo al hombre bueno y moral que había sido Neklindoff tres años antes y aquella misma noche en la iglesia; ahora triunfaba el animal y dominaba todo su sér.

Aun cuando espionaba á la muchacha, no consiguió verla una vez á solas. Evidentemente ella evitaba el caso. Pero por la tarde, Katiuscha tuvo que entrar en el cuarto contiguo al del príncipe: el médico se quedaba aquella noche y la muchacha debía arreglarle la cama. Neklindoff oyó sus pasos y en seguida, aguantando el aliento y caminando de puntillas como quien va á perpetrar un crimen, fuese detrás de ella.

Teniendo abierta con las manos una funda de tela, se preparaba á introducir la almohada. Se volvió y sonrió; pero no era la sonrisa acostumbrada, alegre y confiada, sino otra lamentable y asustada, como si quisiera advertirle que lo que iba á hacer era malo. Durante un instante Neklindoff se detuvo. Aun podía luchar; por última vez oyó débilmente la voz de su verdadero amor que le hablaba de la muchacha, de sus sentimientos, de lo que sería su vida; pero otra vez repetía: «Mira que dejas escapar «tu»

placer, «tu» felicidad.» Y aquella segunda voz sofocó la primera.

Resueltamente se acercó á la joven y con un impetu bestial é irresistible se apoderó de ella. Abrazándola estrechamente la hizo sentar sobre la cama y, sintiendo que aún debía hacer más, se le sentó al lado.

—Dimitri Ivanovitch... por caridad... os lo ruego... dejadme,—decía con voz lastimera.—Mirad que viene María Paulovna;—añadió luego, soltándose bruscamente.

—Bien; escucha. Esta noche iré á tu cuarto: ¿estarás sola?

—¿Qué decís?... no, por caridad... no,—balbuceó; pero la agitación de todo su sér conmovido desmentía sus palabras.

María Paulovna entró en la habitación con una colcha en el brazo y mientras reñía á Katiuscha porque se había olvidado de las sábanas, lanzó una ojeada de reprobación al joven.

Neklindoff salió del cuarto sin proferir una palabra. Había comprendido por la expresión de su rostro que María Paulovna le acusaba, sabía que tenía razón y que era una fea acción lo que meditaba; pero no se avergonzaba siquiera. El instinto brutal que ocupara el sitio del amor de Katiuscha no le permitía razonar. Quería satisfacción á toda costa. Ya sabía lo que debía hacer para dársela y buscaba los medios.

Durante toda la velada estaba inquieto. Tan pronto en la sala, como en su cuarto, como en el balcón, trataba de verla; pero Katiuscha lo evitaba, y María Paulovna, que había comprendido, la vigilaba sin cesar.

## XVII

De esta manera llegó la noche. Fué á dormir el médico, y las solteronas se retiraron. Neklindoff sabía que María Paulovna estaba en el cuarto de sus tías para ayudarlas á

desnudarse y que Katiuscha estaba sola en la sala de la servidumbre.

Salió al aire libre. La noche era húmeda, templada, el aire estaba impregnado de aquella niebla blanquecina que produce la nieve al fundirse; del río, muy cercano, llegaba un rumor sordo: era el crujido del hielo al romperse.

A grandes pasos, salvando las charcas de barro y de nieve, Neklindoff se acercó á la ventana, desde donde podía mirar á la habitación de la servidumbre. El corazón le latía tan fuertemente que hubiera podido contar sus latidos y la respiración le era penosa.

La pálida luz de una lámpara iluminaba el cuarto. Katiuscha estaba sola, sentada junto á una mesa, pensativa, con la mirada perdida en el vacío; Neklindoff permanecía observándola como para adivinar su pensamiento. La muchacha continuó inmóvil durante unos minutos, luego alzó los ojos, sonrió, movió la cabeza como reprobándose, con un movimiento brusco apoyó las manos sobre la mesa y de nuevo fijó la mirada en el vacío. El la contemplaba y, sin quererlo, escuchaba el rumor que venía del río, aquel crujir continuo, aquel rozar de unas masas contra otras, aquellos chasquidos estridentes que en conjunto formaban un ruido continuo, como el de la leña verde que crepita en el fuego y el cristal que se rompe al tocar el suelo.

Contemplando aquel rostro pensativo, atormentado por un trabajo interno, sintió una gran piedad; pero cosa extraña, aquella piedad acreció su deseo.

Llamó discretamente á los cristales. Katiuscha se estremeció como tocada por una corriente eléctrica y un terror súbito apareció en su rostro; luego se puso en pie y acercándose á la ventana, apoyó la frente contra los cristales. Le reconoció, pero ni aun entonces desapareció la expresión de terror de su cara, que permaneció seria como jamás la había visto el príncipe. Este sonrió y ella hizo lo propio, pero su sonrisa era triste y provenía de un alma

llena de mortal espanto. Con la mano le indicó que saliera para reunirse con él; pero la muchacha movió la cabeza y no se apartó de la ventana; él acercó la boca á los cristales para decirle que saliese; pero Katiuscha se volvió hacia la puerta como si alguien la hubiese llamado.

Neklindoff se alejó de la ventana; la niebla era tan espesa que á cinco pasos no se distinguía sino una masa sombría de la que salía un resplandor rojizo. En el río persistía el mismo rumor del hielo quebrándose, el crujir continuo. De súbito, entre la niebla un gallo cantó en el patio; otro le contestó; luego otros más lejanos en la campiña dejaron oír su grito alternando hasta que todos se confundieron en uno solo. Alrededor reinaba un silencio religioso, únicamente turbado por el rumor del río.

Neklindoff anduvo un rato de aquí para allá metiéndose en los barrizales y luego volvió á la ventana. La lámpara ardía aún. Katiuscha estaba de pie junto á la mesa, incierta, vacilante. El llamó y ella sin, mirar quien llamaba, salió corriendo del cuarto; luego Neklindoff oyó que la puerta se abría y cerraba con violencia. Esperaba con impaciencia, y, de repente, sin hablar, la estrechó entre sus brazos; Katiuscha se apretó contra él, levantó la cabeza y sus labios hallaron los labios que buscaban. Así, de pie en el ángulo de la casa estrechamente abrazados, sentía él crecer el ansia de su deseo; cuando de pronto la puerta chirrió y se oyó la voz rabiosa de Paulovna:—¡Katiuschal

Esta se apartó de sus brazos y entró corriendo en la casa. Neklindoff oyó correrse un cerrojo; se apagó el resplandor rojizo y todo quedó en silencio. La niebla era cada vez más espesa, y del río llegaba el rumor del hielo que se desgarraba.

Se acercó á la ventana, pero no vió nada; llamó pero no obtuvo respuesta; entonces volvió á la casa y subió á su cuarto sin acostarse. Pasado un rato se quitó las botas y descalzo salió al corredor y anduvo con cautela hasta la puerta de Katiuscha, que estaba muy cerca del cuarto de

María Paulovna. Oyó el respirar tranquilo y mesurado de ésta, y ya estaba á punto de llamar á la puerta de la joven cuando oyó que la anciana tosía y se revolvía en la cama. Neklindoff contuvo la respiración.

Pasaron unos minutos, y después se oyó de nuevo la respiración de la vieja camarera. De puntillas, para no hacer ningún ruido, se acercó entonces á la puerta de la joven: todo estaba tranquilo; pero la muchacha no dormía, pues no se la oía respirar. Efectivamente, apenas hubo murmurado:— ¡Katuscha!— se puso en pie y detrás de la puerta, con voz quejumbrosa, le rogó que se marchara.

—¿Qué hacéis?... es imposible... ¿Y las señoras?...—balbuceaban sus labios; pero todo su sér parecía exclamar:— ¡Soy tuya; toda tuya!...

Esto fué lo que oyó Neklindoff.

— ¡Te lo ruego... un solo instante... ábremel... un momento solo... te lo suplico. —murmuraba en el delirio de su pasión.

Un momento de silencio. Después sintió que una mano tocaba la cerradura; cedió la puerta: Neklindoff entró.

— ¡Ah! ¿qué hacéis? ¡dejadme!— balbuceó Katuscha.

El la había abrazado, y estrechándola así, en camisa, la llevaba hacia adentro.

— ¡No, no!... Está mal... ¿qué hacéis?... Dejadme...— proseguía la joven; pero se estrechaba más y más contra él.

\*  
\* \*

Cuando ella, temblorosa y muda, sin contestar á sus palabras, le dejó, salió Neklindoff al aire libre. La noche se aclaraba, á lo lejos aumentaba el crujir del deshielo; ahora se oía claramente saltar y correr el agua rebullendo. La niebla empezaba á disiparse y tras de ella apareció el arco pálido de la luna que iluminó con una luz triste algo pa- voroso. Neklindoff se esforzaba en darse cuenta clara de la importancia de lo que había sucedido.



—¿Qué ha sido, pues? ¿Un gran bien, un gran mal?... Todos hacen lo mismo al fin y al cabo,—se dijo á guisa de resumen, y ya con el ánimo tranquilo volvió á su cuarto, se acostó y durmió.

## XVIII

Al día siguiente llegó Schembok, el amigo de Neklindoff, que era un joven alegre y decididor. Con su generosidad, con sus arranques, con su amabilidad, y con la afectación que demostraba á Neklindoff, se captó en seguida las simpatías de las dos solteras, que tan sólo se asustaban de su generosidad excesiva. Había dado un rublo á un mendigo ciego, después regaló quince como propina á los criados, y habiéndose lastimado una pata el falderillo de Sofía Ivanovna, Sissetka, le vendó la herida desgarrando para ello un pañuelo de finísima tela que usaba. Las buenas señoras no habían visto nunca nada parecido: verdad es que ignoraban que teniendo Schembok más de doscientos mil rublos de deudas, y sabiendo que jamás podría pagarlos, no le importaba nada veinte rublos más ó menos.

Schembok se detuvo un día y á la noche siguiente partió con Neklindoff. No era posible detenerse más porque aquel día era el último de su existencia.

Durante todo aquel día lucharon sin tregua dos opuestos sentimientos en el alma de Neklindoff. Vibraban aún en él los recuerdos de la noche, los recuerdos agudos y sensuales de aquella voluptuosidad, de la cual no obtuvo sin embargo, todo el placer que se prometiera, y le enorgullecía haber conseguido su propósito. Pero, por otra parte, tenía la íntima conciencia de haber obrado mal y de que era preciso reparar este mal, no tanto por Katiuscha como por sí mismo: porque en un ciego egoísmo, Neklindoff no pensaba sino en sí. ¿Cómo juzgaría el mundo su acción? ¿Hasta qué punto le acusaría? Pero el pensamien-

to del estado de ánimo de Katiuscha, lo que á ésta pudie-  
ra ocurrir, no le preocupaba lo más mínimo.

Advirtió además, que Schembok había adivinado sus re-  
laciones con Katiuscha, y esto lisonjeaba grandemente su  
amor propio.

—Ahora comprendo perfectamente tu amor por tus  
tías,—dijo riendo el muchacho.—No es extraño que te  
hayas detenido aquí. Yo en tu lugar hubiese procurado  
alargar la estancia. Tienes razón; es un verdadero capullo  
de rosa.

Neklindof sentía marchar, porque comprendía que  
aquel amor le podía dar aún algún placer; pero, por otro  
lado, aquella marcha precisa le daba el modo de romper  
un lazo que quizá luego le retendría. Pensaba además que  
era preciso darla dinero, no porque Katiuscha lo necesita-  
ra, sino porque así lo hacen todos.

El día de la marcha, Neklindoff, después del almuerzo,  
esperó á la chica en el corredor. Ella al verle quiso meter-  
se aprisa en la sala de la servidumbre; pero él la cerró el  
paso.

—Quería decirte adiós,—dijo agitando nerviosamente  
en la mano un sobre que contenía un billete de cien ru-  
blos.—Quería...

Katiuscha comprendió, frunció la cejas y rechazó aque-  
lla mano.

—No...—dijo él, y le deslizó el sobre por la abertura del  
corpiño.

Luego, como si se hubiese pinchado, apartó la mano,  
fuéase corriendo á su cuarto y paseó con agitación, lamen-  
tándose de aquella escena, como si un mal físico le ator-  
mentase.

—De todos modos, ¿qué hacer? Sucede siempre así. Lo  
mismo hizo Schembok con la institutriz, mi tío Gregorio,  
y hasta mi padre ha tenido un hijo que vive todavía en  
Mitinka. Si así obran todos, ¿por qué he de hacerlo yo de  
otro modo?

Así trataba Neklindoff de olvidar y ahogar sus remordimientos, mas no lo conseguía. El recuerdo de su último coloquio con Katiuscha le oprimía la conciencia. Comprendía que había obrado con la crueldad de un villano, con la villanía de un sér pervertido; era absurdo creerse aún bueno y noble y honrado. No sabiendo cómo arreglárselas tomó el partido de olvidar. Y así lo hizo.

La nueva vida, los amigos, la guerra, le ayudaron á olvidar. A medida que su vida se hacía más activa, el recuerdo se perdía más y más. Al cabo desapareció del todo. Sólo una vez, cuando acababa la guerra, fué á ver á sus tías y supo que Katiuscha había sido arrojada poco después de su marcha, que había tenido un niño y que después la tragó el abismo por completo, sintió oprimírsele el corazón. Calculando el tiempo, pensó que aquel hijo era suyo. Cuando sus tías afirmaron que la muchacha tenía una naturaleza depravada como su madre, esto lo oyó con placer, porque le parecía que disminuía su culpa. Hubiese querido ver de nuevo á Katiuscha y al niño; pero sentía hartó dolor y harta vergüenza, y no dió ningún paso para saber su paradero, así olvidó la propia culpa, y lo olvidó todo.

Ahora, por una extraña combinación, todo lo pasado resucitaba, y se veía forzado á reconocer su crueldad, su falta de corazón, que le habían permitido vivir diez años tranquilamente, cargada su conciencia de tan enorme y grave peso.

Pero estaba lejos de querer declarar públicamente su culpa, de hacer á los otros la confesión que á sí mismo se hacía: temía ahora que la Maslova ó su defensor revelasen aquel pasado y su vileza apareciese patente á los ojos de todos. O esto le preocupaba.

## XIX

En la sala de las deliberaciones, los jurados seguían fumando y esperaban. El comerciante de la cara plácida aprobaba plenamente el modo cómo Smielkov había pasado el tiempo.

— ¡He ahí uno que ha gozado por lo menos! ¡Era un verdadero siberiano! ¡Y qué buen bocado pescó!

El jefe del jurado observaba que todo dependía del peritaje médico. Pedro Gerassimovitch bromeaba con el dependiente hebreo y ambos reían á carcajadas. Neklindoff, sumido en los recuerdos de lo pasado, respondía con monosílabos á los que le preguntaban, y parecía pedir que le dejaran en paz.

Cuando el relator entró á decir que de nuevo debían entrar los jurados en la Sala, Neklindoff experimentó un sentimiento de terror, como si en vez de ir á juzgar, debiese ser él juzgado.

Sentía ya íntimamente ser un vil, indigno de mirar á la cara á los hombres; pero aun tomó asiento con desembarazo en la primera fila de jurados, puso una pierna sobre otra y jugueteó con los lentes.

Los acusados entraron también de nuevo.

Había en la sala nuevos personajes; eran los testigos. Neklindoff observó que la Máslova no apartaba los ojos de una mujer gruesa que estaba en primera fila con un traje llamativo y un gran lazo en la cabeza. Supo en seguida que era ama de la Máslova.

El presidente empezó el interrogatorio de los testigos, preguntando las generales de la ley. Luego entró aquel mismo cura que arrastraba los pies: y con la calma y la seguridad de siempre, hizo prestar juramento á testigos y

peritos. Luego los primeros salieron y únicamente quedó en la sala la Rasanov, la celestina.

Invitada por el presidente á decir cuanto supiera del delito que se perseguía, la Rasanov con acento melifluo y marcadamente alemán hizo una relación detallada de lo ocurrido, alargando el cuello y moviendo la cabeza á cada palabra.

Fué á su casa Simón, el criado de la posada para llevarse á Liubascia (1). Luego, al cabo de unas horas, la muchacha volvió con el mercader que ya estaba «en éxtasis». La Rasanov recalcó mucho esta palabra y continuó:

—En mi casa volvió á beber, pero habiéndosele acabado el dinero, envió para tomar de la posada á esta misma muchacha, que era su «preferida.»

Y señaló á la acusada.

Parecióle á Neklindoff que la Máslova sonreía, y aquella sonrisa le pareció abominable y despertó en su alma un sentimiento vago, extraño, mezcla de repugnancia y de conmiseración infinita.

—¿Qué opinión tenéis formada de la Máslova?—preguntó el defensor de la muchacha ruborizándose, porque era la primera vez que subía á estrados.

—Muy buena opinión; es una muchacha muy instruída y *chic* educada en el seno de muy buena familia y que sabe leer el francés. Quizá bebía demasiado, pero jamás la he visto embriagada por completo; es verdaderamente una buena chica.

Katiuscha miraba á la mujer; después, volviéndose hacia los jurados fijó su vista en Neklindoff, y su rostro tomó una expresión grave y severa. El veía aquellos ojos negros, un poco bizcos, de pupilas centelleantes y luminosas, y por más que le inspiraban terror no podía dejar de mirarlos: Recordó entonces aquella noche pavorosa, la niebla, el hielo que crujía y luego aquel rayo de luna que había iluminado una visión sombría y terrible. Aquellos

(1) Diminutivo de Liubka.

ojos negros que se fijaban en él y en torno de él, le recordaban aquella visión pavorosa.

—Me ha reconocido,—pensó, y como bajo la amenaza de un golpe, se acurrucó en su sillón.

Pero la Máslova no lo había reconocido. Lanzó un suspiro tranquilo y resignado y volvió á mirar al presidente.

A su vez suspiró Neklindoff.

—¡Si acabaran pronto!—pensó.

Experimentaba igual sensación que cuando cazando se veía precisado á matar algún pajarillo herido que, revolviéndose en el morral, le inspiraba lástima, piedad y sobre todo el deseo de terminar pronto para olvidar.

## XX

Pero, como á propósito para desesperar á Neklindoff, el proceso se alargaba. Después de los interrogatorios de los testigos y de la relación del perito médico, después de todas las preguntas que con aire de suprema importancia hizo el fiscal substituto á los testigos, quizá para ganar tiempo, y de algunas preguntas de los defensores, el presidente invitó á los jurados á examinar de cerca las pruebas de convicción, que se reducían á dos: una era un grueso anillo para llevar en el índice y otra un filtro que había servido para descubrir el veneno.

Los jurados iban á examinar aquellas pruebas cuando el substituto pidió que antes se diera lectura del peritaje necroscópico hecho sobre el cadáver. El presidente, que procuraba aligerar el proceso, sabía muy bien que la lectura de aquel documento no podía producir sino fastidio y retardar la hora de la comida; pero no se atrevió á negarse á la lectura. Entonces se levantó el relator, y con su voz monótona empezó á leer una hoja sacada de los autos del proceso.

Resultaba del examen exterior del cadáver:

1.º La estatura de Smielkov era de 1'96 metros.

—¡Un buen cacho de hombre!—murmuró el comerciante al oído de Neklindoff.

2.º La edad debía ser de cerca cuarenta años, á juzgar por el aspecto.

3.º El cadáver estaba hinchado.

4.º La piel verdosa, con puntos negros.

5.º La epidermis formaba muchas pústulas de diverso tamaño; en algunos puntos se había desgarrado y pendía á tiras.

6.º Los cabellos, negros y espesos, caían fácilmente tocándolos.

7.º Los ojos, fuera de la órbita, presentaban los iris aplastados.

8.º De las narices, de las orejas y de la boca entreabierta manaba un pus fétido.

9.º El cuello desaparecía bajo la hinchazón del rostro y del pecho.

Y así continuaba en veintisiete párrafos la descripción del cadáver monstruoso y putrefacto, más grueso aun por la hinchazón, de aquel comerciante que viniera á la ciudad para divertirse.

A medida que el relator leía el peritaje, aumentaba más y más aquel disgusto indecible que experimentaba Neklindoff.

Le pareció entonces que toda la vida de Katuscha y la espuma sanguinolenta y fétida y los ojos fuera de las órbitas, y todas las demás cosas horripilantes en el proceso nombradas, eran obra suya; y parecióle que se sofocaba.

Terminada la lectura del examen exterior, el presidente lanzó un suspiro de satisfacción y levantó la cabeza, esperando que el fiscal quedase ya satisfecho; pero, sin un instante de reposo, el relator emprendiólas con el examen interno. El presidente entonces inclinó la cabeza, y apoyando la mejilla en la palma de la mano, cerró los ojos.

Cerca de Neklindoff el comerciante contenía á duras penas el sueño. Los acusados y los guardias permanecían inmóviles.

Del examen interno resultaba:

1.º La película que reviste los huesos del cráneo se despegaba fácilmente.

2.º Los huesos del cráneo eran de un grueso normal y estaban intactos.

3.º Sobre las capas corticales del cerebro, de un color rosa pálido, aparecían dos pequeñas manchas.

Y así seguía hasta trece párrafos.

Venían por último los nombres de los testigos presentes, las firmas y las conclusiones del perito médico, de las cuales resultaba que la anormalidad del vientre, de los intestinos y de los riñones, comparada en la autopsia, daban derecho á decir, con máxima seguridad, que la muerte de Smielkov fué producida por la ingestión de un veneno tragado juntamente con el vino. No se podía asegurar cuál fuese el veneno; pero sí que fué ingerido al mismo tiempo que el vino.

—Ese hombre era una cuba,—murmuró el comerciante despertándose.

La lectura había durado una hora y todavía no bastó al substituto. Con efecto, apenas acababa aquélla, el presidente se volvió hacia el fiscal y le dijo:

—Creo que será inútil leer lo que se refiere al examen de las vísceras.

—Estimo, por lo contrario, que es preciso,—replicó el fiscal con entonación severa, dando á entender que no estaba dispuesto á ceder en un ápice y que la omisión de la lectura podía dar motivo para recurrir en casación.

El juez de la barba, de ojos bondadosos, que padecía catarro intestinal, sintiéndose débil se dirigió al presidente.

—No sé á qué conduce todo eso.

El juez de los anteojos no dijo una palabra; pero tenía



una expresión ceñuda que indicaba que no esperaba nada bueno ni de su mujer ni del porvenir.

Empezó la lectura del otro documento:

«En el año 18... el 15 de Febrero, yo, abajo firmado, recibía la orden de la sección médica núm. 638,—leía el relator alzando resueltamente la voz para combatir el sueño que se apoderaba de todos,—en presencia del ayudante del inspector médico, he inspeccionado las vísceras, como sigue:

«1. El pulmón derecho y el corazón (en un bocal de cristal, kg. 2,40.)

»2. El contenido del abdomen (en un bocal de cristal, kg. 2,40.)

»3. El abdomen mismo (en un bocal de cristal, kilogramos 2,40.)

»4. El hígado, el bazo y los riñones (en un bocal de cristal, kg, 1,20.)

»5. Los intestinos (en un bocal de greda, kg. 2,40).

En aquel momento el presidente, después de consultar á sus dos colegas, interrumpió la lectura.

—La Sala juzga inútil la lectura de este documento,—dijo. El relator calló y el fiscal substituto apuntó algo velozmente.

—Los señores jurados harán el favor de examinar las pruebas,—añadió luego el presidente.

El jefe del jurado y algunos otros se acercaron con aire embarazado á la mesa, no sabiendo qué hacerse de las manos. El comerciante probó el anillo en su dedo.

—¡Diablo! ¡Vaya un dedo!—exclamó dejándolo de nuevo en su sitio.

Le divertía el concepto que se había formado del envenenado, á quien se imaginaba un coloso de fuerza.

XXI

Terminó así el examen de pruebas. El presidente declaró conclusa la instrucción, y sin un momento de respiro, pensando que así se acabaría antes, y que el fiscal debía tener, como cada hijo de vecino, necesidad de comer y de fumar, le dió la palabra. Pero el fiscal no tuvo piedad de los demás ni de sí mismo. Naturalmente estúpido, había tenido la desgracia de alcanzar una medalla de oro en el instituto y de ser premiado en la Universidad por su tesis «La esclavitud en el derecho romano»; de modo que estaba hueco, satisfecho de su propia existencia, satisfacción á la que contribuía bastante su buena suerte cerca de las mujeres.

Cuando el presidente le concedió la palabra, se levantó despacio, exhibiendo su cuerpo bien formado, é inclinando la cabeza paseó su mirada por la sala; luego empezó á hablar, procurando no fijar la vista en los acusados.

—El hecho que sometemos á vuestro juicio, señores jurados—había preparado tal exordio mientras se procedía á la lectura de los documentos,—es, si puedo expresarme así, un delito característico.

Estimaba que la arenga del fiscal debía siempre tener gran amplitud de criterio y un significado general, como las que pronunciaban los abogados de gran fama. Verdad es que el auditorio se componía de un cochero y tres mujeres; una costurera, una cocinera y la hermana de Simón. Pero aquello importaba poco; también los demás habían empezado así. El fiscal debía estar siempre á la altura de su cometido; esto es, penetrar en las profundidades psicológicas del delito y mostrar al desnudo las llagas sociales.

—Estamos delante, señores jurados, de un delito característico de este fin de siglo; de un delito que encierra en sí el germen particular de aquel fenómeno incipiente de disolución, al cual quedan sujetos en nuestro tiempo esos



elementos de la sociedad que ahora podéis ver sentados en ese banquillo...

El substituto habló largo y tendido, procurando exponer todos los hechos y detalles que logró saber, y no interrumpirse ni un instante haciendo de modo que su discurso durara cinco cuartos de hora. Unicamente se detuvo una vez y tragó saliva durante unos instantes; pero se indemnizó de aquella parada soltando un chorro de elocuencia. Hablaba á veces con acento tierno é insinuante, otras con calma majestuosa, levantando á ratos la voz de un modo formidable y con expresión acusadora. Pero no dió ni una sola mirada á los acusados, que por su parte, parecían comérselo con los ojos.

En su arenga había todo lo que la sociedad acepta como la última palabra de la ciencia; la herencia y el delito innato; Lombroso y Tarde, la evolución y la lucha por la existencia, el hipnotismo y la sugestión, Charcot y el decaimiento de la raza. Según él, Smielkov era la personificación del ruso primitivo, sano y robusto, que por su expansión y generosidad había sido víctima de personas esencialmente perversas, en cuyas manos había caído. Simón Kirtinkin era el producto atávico de una raza embrutecida por larga esclavitud, casi imbécil, sin instrucción, sin principios morales, sin religión siquiera. Eufemia era su digna amante, una víctima fatal de la ley de herencia, que presentaba todos los signos característicos de la degeneración. Pero la causante de todo era la Máslova, verdadera síntesis del fenómeno del decaimiento moral, llevado hasta los últimos límites.

—Esta,—exclamó con énfasis sin mirarla,—ésta, señores jurados, ha recibido cierta instrucción. No sólo sabe leer y escribir, sino que conoce el francés. Es huérfana y probablemente lleva en sí el germen, desde su nacimiento, de su vida delictuosa. Educada por una familia culta y noble, hubiese podido vivir honestamente con su trabajo; pero no, abandona á sus bienhechores y se entrega á sus

pasiones, para satisfacer las cuales entra en una casa de tolerancia. De la instrucción recibida se sirve para influir de aquel modo misterioso que ha revelado la ciencia por boca de Charcot, y que se conoce con el nombre de sugestión. Con tal sistema, sabe captarse las simpatías y la confianza de Smielkov, el buen ruso, confiado y generoso, á quien saquea primero, y deja después sin vida con indecible ensañamiento.

—Creo que se excede un poco,—dijo el presidente al juez de los anteojos.

—Sí, es un imbécil acabado,—replicó el otro.

—En vuestras manos tenéis, señores jurados, la suerte de esas tres personas; pero también en vuestras manos está en gran parte el destino de esa sociedad que os ha escogido para que deis un gran ejemplo en vuestro fallo. Compenetraos bien del delito, del peligro constante que constituyen para la sociedad esos individuos llamados patológicos y poniendo un dique á su contagio, defended á la sociedad que con harta frecuencia padece sus ataques.

Y como oprimido por la importancia del acuerdo que se debía tomar, el substituto, evidentemente satisfecho de su discurso, se dejó caer en un sillón.

Dejando aparte todas las flores retóricas, vino á decir en suma que la Máslova, hipnotizando al mercader, le había inspirado confianza ciega y que, enviaba á la posada para tomar algún dinero, concibió el designio de apoderarse de todo el que en la maleta había. Sorprendida por Simón y Eufemia, hubo de partir con ellos y luego, vuelta á la posada con el forastero, le mató para ocultar el delito.

Luego se levantó del banco de los abogados un hombre de mediana edad, con frac y pechera almidonada. Este, abogado de Kirtikin y de la Botchkova por trescientos rublos, pronunció un discurso muy habil, justificando á sus clientes y echando toda la responsabilidad sobre la Máslova. Negaba que pudiese darse fe al relato de la muchacha, envenenadora confesa, y no creía por lo tanto que Simón

y Eufemia estuviesen presentes cuando abrió la maleta. No cabía dudar que los mil ochocientos rublos fueran producto del trabajo de aquellas buenas gentes que á veces recibían cinco rublos de propina en un solo día.

En cuanto al dinero del mercader, la Máslova lo había robado y dado á guardar á alguien ó quizás lo hubiese perdido porque se hallaba en un estado de inconveniencia absoluta. Del envenenamiento, era la Máslova la única culpable, y rogaba por lo tanto al jurado que reconocieran la inocencia de sus clientes respecto al hurto, y que, en cuanto al envenenamiento, no admitieran tampoco su ingerencia y mucho menos su premeditación.

En su peroración, para rebatir los argumentos del fiscal, dijo que la herencia era muy buena teoría científica, pero que de ninguna manera podía aplicarse á la Botchkova, hija de padres desconocidos.

Al oír esto el fiscal, que continuaba tomando notas á escape, frunció el entrecejo y se encogió de hombros con infinito desprecio.

Llegó el turno al defensor de la Máslova que pronunció su discurso con gran timidez y con voz vacilante. No negaba que la muchacha hubiese tomado parte en el hurto, pero afirmó que si había vertido los polvos era con la sola intención de hacer dormir al interfecto. Luego para hacer un alarde de elocuencia, pulsó las cuerdas del sentimiento dijo que la Máslova había sido impulsada á la prostitución por un hombre que quedaba impune, mientras ella sola padecía las consecuencias de su falta. Pero aquella digresión patética al campo de la psicología no tuvo éxito y el presidente le rogó que se ciñera á los extremos de la defensa.

Acabados los discursos de la defensa, de nuevo se levantó el fiscal, quien para demostrar la bondad de su tesis afirmó que no bastaba que la Botchkova fuese hija de padres desconocidos para negar la influencia de la ley de herencia, puesto que las teorías científicas permitían, no sólo de-

ducir el delito de la herencia, sino también la herencia del delito. En cuanto al hombre «imaginario»—pronunció esta palabra de un modo mordaz—que había seducido á la Máslova, replicó que ella era la verdadera seductora á través de cuyas manos habían pasado tantas víctimas.

Dijo y se sentó triunfalmente, y el presidente preguntó á los acusados si tenían que añadir algo en su defensa.

Eufemia Bochkova afirmó de nuevo que no sabía una palabra de nada y denunciaba á la Máslova como la única culpable.

Simón murmuró muchas veces:

—¿Qué queréis?... yo no tengo la culpa... esto es injusto...

La Máslova no pronunció una palabra: cuando el presidente la invitó á decir algo en su defensa, volvió los ojos en torno con una mirada de animal inocente y perseguido que ha caído en el lazo, luego, inclinando la cabeza, rompió en llanto copioso, sollozando convulsivamente.

—¿Qué tenéis?—dijo de pronto el comerciante volviéndose al rumor de un sollozo que ahogó el príncipe sentado á su lado.

Neklindoff no llegaba aún á hacerse cargo de la gravedad de su situación moral. Atribuyó á una excesiva sobreexcitación nerviosa aquel sollozo que se le escapara y las lágrimas que, pugnaban por correr: se caló los lentes y se sonó repetidas veces. El terror de la infamia que caería inevitablemente sobre él cuando todos conocieran su pasado, sofocaba aún aquel sentimiento bueno y noble que renacía en él, y, más poderoso que todo otro sentimiento, el miedo de aquel instante lo avasallaba todo.

## XXII

Después de las últimas palabras de los acusados y de una larga consulta acerca de los extremos que había que

someter á los jurados se formularon las preguntas y el presidente empezó el resumen.

A pesar de que deseaba concluir pronto, y aun cuando la institutriz le esperaba en la fonda, tenía tal costumbre de hablar que, en empezando, no se detenía. Quería persuadir á los jurados á que, si hallaban culpables á los acusados lo declararan, en tanto que si, á su juicio, eran inocentes, debían declararlo también. Podía ocurrir que les creyeran culpables de una cosa é inocentes de otra, y el veredicto debía estar en consonancia.

Explicóles además que debían usar de su derecho con moderación y racionalmente. Quería añadir que si daban á las preguntas una respuesta afirmativa quedaba entendido que admitían cuanto se contenía en la pregunta y que debían especificar aquello que no admitieran. Pero dando una ojeada al reloj advirtió que faltaban cinco minutos para las tres, y decidió pasar á la exposición de los hechos

—Las resultancias de los hechos son, pues, las siguientes:—y empezó el relato de lo que ya habían dicho todos.

Los magistrados escuchaban con aire grave. Sin duda, se decían, que el discurso era bueno, apropiado á las circunstancias y conforme á todas las reglas; pero pensaban que era excesivamente largo, y lo mismo pensaban el fiscal, los defensores y cuantos estaban en la sala.

El resumen de los autos estaba hecho y parecía todo acabado. Pero el presidente creyó necesario añadir unas palabras acerca de los derechos del jurado: les exhortaba nuevamente á usar de ellos con prudencia y atención y mesura.

—Señores jurados,—acabó,—habéis prestado juramento, sois la conciencia de la sociedad; acordáos de ello; acordáos del secreto de la sala de deliberaciones.

Desde el primer instante en que había empezado á hablar, la Máslova había ñjado sus ojos en él y no los apartó un momento, como si no quisiera perder ni una sola pala-

bra, así es que Neklindoff podía mirarla sin que ella lo advirtiera. En su mente ocurría aquel fenómeno acostumbrado que ocurre cuando se mira el rostro de una persona querida que no se ha visto hace mucho tiempo; al principio impresiona por los cambios ocurridos durante la ausencia; luego, poco á poco aparece tal como era algunos años antes, desaparece todo cambio y á los ojos de la mente se manifiesta tan sólo aquel sello especial y exclusivo que caracteriza á cada persona. Sí, era ella.

A pesar de su traje de presa, del cuerpo más grueso, de un ligero engrosamiento en la parte inferior del rostro, de las arrugas que empezaban á marcarse en las sienes y en la frente, de la hinchazón de los ojos, era ella, aquella Katiuschka que, en la noche de Pascua había amado, que le amaba ingenuamente con sus ojos enamorados, llenos de vida y sonriendo de alegría.

—Era preciso de que esta causa tocara á la sección de que formo parte y que la viera aquí en el banco de los acusados después de no verla durante diez años... ¿y después? ¡Ah! ¡si al menos acabaran pronto!

Neklindoff se rebelaba contra aquel arrepentimiento que poco á poco sentía iuvadir su conciencia; pensaba que todo aquello era una pura casualidad que no dejaría rastro en su vida. Experimentaba aquel remordimiento que siente un perrito que ha ensuciado una habitación y al al que su dueño atrapa y restriega el hocico contra la piquería. Trata de escapare, de apartarse de aquel sitio; pero el amo inexorable no le deja.

Neklindoff comprendía toda la vileza de su pasado, sentía pesar sobre él la mano de su amo; pero aun no comprendía la gravedad del daño causado, no admitía que hubiese cosa alguna que tuviera acción moral sobre él. Rehusaba creer que todo aquel vicio desplegado ante sus ojos fuese obra suya. Sentado en primera fila entre los jurados, jugaba con los lentes conservando una apariencia de calma y de indiferencia; pero en lo más íntimo de su



sér, se rebelaba la vileza nauseabunda y feroz no sólo de aquella culpa, sino de su vida entera ociosa, depravada y cruel. Y la venda que durante diez años había ocultado, como por encanto aquella culpa y aquella vida, se escurría, se apartaba, y de cuando en cuando, el príncipe lanzaba una ojeada temerosa y furtiva al abismo.

### XXIII

El presidente había terminado su discurso y entregó á su colega del jurado el papel en que estaban contenidas las preguntas. Todos se pusieron en pié; fuéronse á deliberar los jurados, contentos con poder moverse; apenas hubieron entrado en su despacho, se colocó en la puerta un guardia con la espada desnuda apoyada en el hombro; los magistrados salieron de la sala y los acusados fueron sacados también.

En el despacho los jurados empezaron por encender los cigarrillos y se sentaron cómodamente; la reserva artificial que habían observado desapareció, y muy pronto empezó una conversación animada.

—La muchacha no es culpable,—dijo el comerciante plácido,—se ha encontrado enredada sin saberlo y es preciso mostrarse indulgentes con ella.

—Eso lo veremos,—dijo el presidente;—no debemos dejarnos sugerir por nuestras impresiones.

—El presidente ha hecho un buen resumen,—observó el coronel.

—¡Sí, muy hermoso! á mí me daba sueño.

—Lo importante es que los dos criados no podían saber que existía el dinero si no se lo hubiese dicho la Máslova,—indicó el dependiente judío.

—¿Así pues, según vos, es quizá ella quien ha robado?

—No, es imposible, no lo creeré nunca,—dijo el comerciante,—ha sido aquella canalla de los ojos pitarrosos la que lo ha hecho todo.

—¡Sí, sí, todos son unos ángeles!—replicó con sorna el coronel.

—¡Pero si sostiene que no entró siquiera en el cuartol...

—¿Y la creéis? no creo una palabra de esa asquerosa.

—Que vos no la creáis no basta,—interrumpió el dependiente.

—La llave la tenía ella...

—¿Y esto qué prueba?—arguyó el comerciante.

—¿Y la sortija?

—Se la dió él,—gritó el comerciante.—Aquel Smielkov era un borracho que la pegó. Después se comprende que le dió lástima. ¡Toma, no llores! ¡Imaginad pues! ¡Un hombre de 1'96 de alto y que pesaba 128 kilogramos!

—No se trata precisamente de esto,—intervino Pedro Gerassimovitch;—el nudo del embrollo está en saber si es ella quien ha premeditado el envenenamiento ó si son los criados.

—Los dos criados solos no podían hacerlo; la llave la tenía ella.

Esas pregunta y apreciaciones duraron mucho rato.

—Permitid, señores,—dijo el jefe,—sentémonos y hablemos. Haced el favor,—y se sentó.

—Ya conozco yo esa clase de mujeres,—dijo el dependiente judío.

Y para demostrar que para él no admitía duda la culpabilidad de la Máslova, contó que una mujer por el estilo había robado el reloj á un amigo suyo, en las afueras. Por su parte y para corroborar su opinión, el coronel relató el robo, mucho más extraño de un samóvar de plata.

—Señores, os ruego que os enteréis de las preguntas,—dijo el presidente dando con el lápiz sobre la mesa.

De nuevo callaron todos.

«1.º ¿El aldeano Simón Petrovitch Kirtinkin, de 33 años, de Borkí, distrito de Krapivo, es culpable de haber tenido la intención, el 17 de Enero de 18... en la ciudad de N... de envenenar al comerciante Smielkov, con objeto de

robarle; de haberle después, con ayuda de otras personas, vertido veneno en un vaso de cognac causándole la muerte, y, por último, de haberle robado una sortija de brillantes y dinero por el valor de 2500 rublos?

»2.º ¿La mujer Eufemia Ivanovna de 43 años, es culpable del delito de la primera pregunta?

»3.º ¿La mujer Catalina Mikailovna Máslova, de 27 años, es culpable del delito de la primera pregunta?

»4.º ¿La acusada Eufemia Ivanovna Botchkova, no siendo culpable del delito especificado en la primera pregunta, lo es de haberse introducido en el cuarto del citado Smielkov, alojado en la posada Mauritania, en la cual sirve como camarera, de haber abierto la maleta con llave falsa para robar dinero?»

El jefe había leído la primera pregunta.

—¿Qué os parece, señores?

Todos contestaron en sentido afirmativo tanto para el envenenamiento como para el hurto; sólo un viejo recadero que propendía siempre á creer inocente á todo el mundo, no encontró culpable á Kirtinkin. El presidente le explicó de nuevo la pregunta, creyendo que no la había comprendido; pero el otro se aferró en sus trece diciendo:

—Tampoco nosotros somos santos.

A la segunda pregunta respondieron que la Botchkova no era culpable de envenenamiento. El comerciante que deseaba inculpar á la Máslova, afirmó que aquella era la culpable de todo; pero el presidente que quería atenerse á la legalidad, hizo triunfar su parecer y la Eufemia no fué envenenadora.

A la cuarta pregunta contestaron que sí; pero concediendo atenuantes.

La tercera pregunta, la que se refería á la Máslova, suscitó discusión acalorada. El presidente del jurado sostenía que era culpable de envenenamiento y de hurto; el comerciante, el coronel y el recadero sostenían lo contrario, los otros titubeaban. Durante unos momentos pareció que la

opinión presidencial prevalecía, tanto más cuanto que todos estaban cansados, y al afirmar quedaba todo acabado.

Neklindoff, estaba convencido de que la muchacha era inocente y de que tal sería la opinión de todos. Pero cuando advirtió que por la defensa poco hábil del comerciante y por la insistencia del presidente que se aferraba á su opinión sólo porque aquél defendía la contraria, la muchacha iba á ser condenada, quiso intervenir aunque con temor, porque le parecía que todos iban á descubrir la parte de responsabilidad que tenía en el crimen de la Máslova. Pedro Gerassimovitch que se indignaba del tono de autoridad del presidente, le ahorró trabajo.

—Perdón,—dijo,—¿no es posible que después de haber cerrado la muchacha la maleta, la abrieran de nuevo los criados con llave falsa?

—Eso es lo que digo,—apoyó el comerciante.

—Es absurdo que la chica haya tomado dinero. ¿Dónde iba á gastarlo en la situación en que se encontraba?

—Eso es;—repitió el comerciante.

—Lo más probable es que su ida á la posada ha hecho germinar la idea del hurto en los criados, que luego le han echado la culpa.

Pero, Gerassimovitch hablaba con tono irritado, y el presidente, irritado también, sostenía su tesis. Mas, el primero fué tan persuasivo, que todos convinieron en que la Máslova no había tomado parte en el hurto. Luego se discutió la parte que había tenido en el envenenamiento.

El fogoso defensor de la Máslova, el comerciante, sostuvo que la muchacha era inocente, porque no tenía ningún motivo para envenenar; pero el presidente le replicó que era imposible admitirlo, desde el momento en que ella misma contestaba haber puesto los polvos en el vino del difunto.

—Sí, es verdad que se los ha echado, pero creyendo que eran opio.

—Hasta con el opio se puede matar,—intervino el coro-

nel que parecía tener un gusto especial en desviar el razonamiento.

Y contó que la mujer de un primo suyo se había envenenado con opio y hubiese muerto sin remisión á no ser porque un médico muy inteligente le administró á tiempo los debidos auxilios. Hablaba con un tono tal de autoridad y de razón, que ninguno se atrevía de hacerle observaciones. El dependiente incitado por el ejemplo, se decidió á interrumpirlo para contar una historia de su cosecha.

—Hay algunos que están tan habituados al opio,—dijo,—que pueden tomar hasta cuarenta gotas de una sola vez. Yo, por ejemplo, tengo un primo.,.

Pero, el coronel no quiso callar y siguió contando las consecuencias que el opio acarreó á la mujer de su pariente.

—Casi son las cinco,—observó uno de los jurados.

—Así, pues, señores, la reconocemos culpable, pero sin intención de robar; quiere decir que no ha robado dinero; ¿está bien así?

Pedro Gerassimovitch, contento de que hubiera prevalecido su opinión, aprobó.

—Merece las atenuantes,—añadió el comerciante.

Todos estuvieron de acuerdo; tan solo el recadero insistía:

—¡No, no es culpable!

—Pero si nosotros decimos lo mismo,—trató de explicarle el presidente.—Sin intención de robar quiere decir que no es culpable.

—Bien, pongamos ahora las atenuantes y todo estará conforme,—dijo alegremente el comerciante.

Estaban tan cansados y tenían la inteligencia tan embrollada por la discusión sostenida, que á ninguno se le ocurrió añadir; «Sí pero sin intención de matar».

Ni aun Neklindoff lo advirtió á consecuencia de su estado de ánimo.

En tal forma fueron llevadas las respuestas á la sala del tribunal.

Rabelais, cuenta que un jurisconsulto al cual acudieron algunos para obtener un juicio, después de haber consultado todas las leyes y leído unas veinte páginas de jurisprudencia latina sin sentido común, propuso echar al aire unos dados, jugando á pares y nones: si salían pares tenía razón el querellante, si nones, el demandado. Este era el caso.

Si esta decisión y no otra se había tomado, no era porque todos los jurados estuviesen de acuerdo. Pero el presidente del tribunal, en su prisa, tenía la culpa de no haber advertido á los jurados que les era lícito responder usando la fórmula:

«Sí, pero sin intención de matar».

Por otra parte, el coronel, con la historia interminable de la mujer de su pariente, aburrió á todos; Neklindoff, avasallado por el tumulto de sus pensamientos, tampoco se acordó de decir á sus compañeros lo que el presidente se había olvidado: Pedro Gerassimovitch había salido en el mismo momento en que el presidente leía la pregunta y la respuesta; pero, más que todo, la causa del error, fué que todos estaban cansados y deseaban llegar á una solución que les dejase en paz.

Los jurados tocaron la campanilla.

El guardia que estaba á la puerta envainó el sable y se alejó. Los magistrados volvieron á sus puestos y los jurados, uno después de otro, entraron en la sala. El jefe que llevaba con gran solemnidad la hoja, la entregó al presidente; éste la leyó, y haciendo un gesto de extrañeza se volvió hacia sus colegas consultándoles.

Era estúpido, que los jurados, después de justificar el primer caso—«sin intención de robar»—no hubiesen explicado el segundo, omitiendo la fórmula—«sin intención de matar.»—Resultaba que, según el veredicto de los ju-

rados, la Máslova no había robado, pero había matado á un hombre sin motivo alguno.

—Mirad que absurdo han elaborado,—dijo volviéndose hacia el magistrado de la izquierda.—Se trata de trabajos forzados, y sin embargo la muchacha es inocente.

—Inocente, no:—dijo el juez de las antiparras.

—Oz digo que es inocente. Yo creo que sería el caso de aplicar el artículo 817: «Si los magistrados no creen justo el veredicto de los jurados pueden anularlo.» ¿Qué os parece?—Y volviéndose al juez de la derecha.

Este no contestó en seguida; pero dió una ojeada al número de orden del folio que tenía en frente y sumó mentalmente las cifras. Había decidido que si el total era exactamente divisible por tres, debía contestar sí; pero aún cuando el total resultó indivisible, dió su aprobación porque era un buen hombre.

—Sí, tal es mi opinión...

—¿Y vos?—preguntó el presidente al magistrado ceji-junto.

—Imposible,—contestó éste con acento vivo.—Los diarios han publicado ya demasiados artículos contra las frecuentes absoluciones de los jurados. ¿Qué van á decir ahora si los jueces los absuelven?

El presidente miró el reloj. Eran cerca de las cinco.

—¡Qué lástima!—exclamó, y alargó el documento al presidente del jurado.

Todos se levantaron.

El presidente tosió, y luego, balanceándose sobre las piernas, leyó las preguntas y las respuestas. El relator, los abogados y hasta el fiscal, quedaron asombrados. Entretanto los acusados permanecían impasibles; evidentemente no comprendían el alcance de aquellas contestaciones.

Después el presidente invitó al fiscal á proponer la pena para los acusados, y aquél, entusiasmado por el triunfo

que obtenía, bien inesperado, especialmente por lo que hacía á la Máslova, y atribuyéndolo á su propia elocuencia, miró el Código penal y luego dijo:

—Pido que Simón Kirtnikin sea condenado según el art. 1452 y el párrafo 4.º del art. 1453; Eufemia Botchkova según el artículo 1689, y Catalina Máslova según el artículo 1454.

Estos eran los castigos más severos que podían imponerse.

—La sala va á deliberar,—dijo el presidente.

Todos se levantaron y salieron á pasear por los corredores con aquella íntima satisfacción que se siente después de cumplir una acción buena.

—¿Sabéis que hemos cometido una acción infame?—dijo Pedro Gerassimovitch, acercándose á Neklindoff, á quien el presidente explicaba algo.—La hemos enviado á galeras.

—¿Qué decís?—exclamó Neklindoff, que no advirtió entonces la familiaridad insoportable del maestro.

—Ciertamente,—dijo éste;—no habemos puesto en la respuesta: «Culpable, pero sin intención de matar.» Esto se lo explicaba el relator, y el fiscal la condena á quince años de galera.

—Esto es lo que han decidido todos,—observó el presidente del jurado.

Pedro Gerassimovitch contestó que debía haberse consignado que, no robando, no podía haber tenido tampoco la intención de matar.

—Sin embargo, yo he leído en voz alta la respuesta antes de escribirla,—argüía el presidente,—y nadie ha protestado.

—En aquel momento yo había salido de la sala,—replicó Pedro Gerassimovitch.—¿Cómo lo habéis dejado pasar?

—No habría creído nunca...—dijo Neklindoff escusándose.

—Pues ya véis lo que habéis hecho.



—Aún se puede remediar.

—Ahora es demasiado tarde; era preciso advertirlo antes.

Neklindoff miró á los acusados. Estos, cuyo destino se estaba resolviendo, estaban inmóviles, custodiados por los guardias. La Máslova sonreía con frecuencia y Neklindoff sintió surgir en su ánimo un mal pensamiento.

Primeramente, cuando creía que sería absuelta, el pensamiento de que la muchacha permanecería en la ciudad y podría encontrarle algún día le asustaba; ahora la galera y Siberia destruían la posibilidad de todo encuentro. El pajarito, ya medio muerto, acabaría pronto de luchar por la vida, y todo habría acabado, y un olvido completo borraría para siempre hasta la memoria de su existencia.

## XXIV

Pedro Gerassimovitch tenía razón en temer.

Salido de la sala de deliberaciones, el presidente tomó la sentencia y empezó su lectura:

«En el año 18... á los 28 de Abril, por orden de Su Majestad, la sección penal del Tribunal de N... visto el veredicto de los señores jurados, á tenor del art. 775, párrafo 3.º de la Ley de Enjuiciamiento criminal y de los artículos 776 y 777, ha deliberado lo que sigue:

«El aldeano Simón Kirtinkin, de 33 años, y la vecina Catalina Máslova, de 27 años, quedan condenados á trabajos forzados, aquél á ocho y ésta á cuatro, con pérdida de derechos civiles y de todos sus bienes y demás que previene la ley penal, según el art. 25 del Código.

»La vecina Eufemia Botchkova, de 43 años, queda condenada á tres años de reclusión, con pérdida de sus derechos civiles y demás que disponen las leyes, según el artículo 19 del Código penal.

»Los gastos del proceso serán repartidos por partes

iguales entre los tres condenados, y en caso de ser insolventes quedarán á cargo del gobierno.

»En cuanto á las pruebas, la sortija será restituída y el filtro destruído.»

Durante aquella lectura, Kirtinkin permaneció de pie, contrayendo continuamente la boca, y la Botchkova parecía estar completamente tranquila; pero la Máslova, al oír la sentencia, enrojació hasta la raíz de sus cabellos.

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente!—exclamó con voz estridente que resonó por toda la sala.—Es un pecado lo que hacéis conmigo... Nunca he tenido la intención de envenenar yo; nunca lo he pensado. Lo juro, lo juro.—Y cayendo sobre el banco rompió en fuertes sollozos.

Cuando Simón y la Botchkova fueron llevados por los guardias, ella continuaba todavía sollozando, sin advertir lo que pasaba á su alrededor; un guardia tuvo que tirarla de la manga.

—No puede ser, no debe ser que todo acabe así,—dijo de repente Neklindoff, que había sofocado por completo aquel pensamiento egoísta que atravesó su mente. Y sin darse cuenta de por qué lo hacía, quiso ver de nuevo á la joven, y salió apresuradamente al corredor. Sin advertir que con su precipitación podía llamar la atención de los otros, Neklindoff la alcanzó, la precedió algunos pasos y después se paró. Katuscha había cesado de llorar, con el pañuelo se enjugaba el rostro, en el que aparecían manchas rojizas, y sólo de cuando en cuando un sollozo la sacudía violentamente. Al pasar por su lado ni siquiera se volvió. Entonces Neklindoff volvió atrás para ver al presidente, pero éste había ya salido y tuvo que alcanzarlo junto á la puerta.

—Señor presidente,—le dijo, acercándose, en tanto que éste se ponía el abrigo;—señor presidente, ¿puedo hablar un momento con vos de la causa que acabamos de juzgar? Soy uno de los jurados.

—Os conozco; sois el príncipe Neklindoff. Muy conten-

to de veros. Nos hemos ya encontrado otras veces,—y estrechándole la mano le recordó como se habían conocido.  
—¿En qué puedo servirlos?

—Ha habido un error en la respuesta por lo que hace á la Máslova. Es inocente, y sin embargo ha sido condenada á trabajos forzados.

—La Sala ha sentenciado de acuerdo con el veredicto, aunque las respuestas no parecieran en consonancia con la realidad de los hechos,—contestó el presidente, sin dejar de andar.

—Está bien. ¿No hay, sin embargo, un medio de reparar el error?

—Un pretexto para recurrir en Casación se encuentra siempre. Es preciso ver á los abogados.

—¡Este error es una enormidad!

—Mirad, á la Máslova se le presentaban dos caminos,—explicó el presidente queriendo ser cortés con Neklindoff.

—¿Venís por mi camino?

—Sí,—respondió Neklindoff, que se puso el abrigo y le acompañó.

Salieron al aire libre y bien pronto fué preciso hablar más alto, porque el ruido de los carruajes ahogaba su voz.

—Ved que extrañeza,—continuó el presidente.—A la Máslova no se le presentaban más que dos soluciones; ó una absolución libre, computando, naturalmente, la prisión sufrida; ó los trabajos forzados: no había solución intermedia. Si hubiéseis contestado: «Culpable, pero sin intención de matar», hubiese salido absuelta.

—¡Ha sido un error imperdonable!—exclamó Neklindoff.

—¡Y decir que todo dependía de eso!—añadió el presidente con una sonrisa por vía de consolación. Miró el reloj, faltaban tres cuartos de hora para espirar el plazo de la cita.—Id á ver á un abogado y que recurra en Casación. Es cosa sencilla. Norianskaja,—dijo á un cochero que se ofrecía,—treinta kopecks, no pago nunca más.

—Suba Su Excelencia.

—Hasta la vista, pues. Si puedo seros útil me hallaréis en casa Dvornikoff, calle Dvorienskaja!—y saludando con cortesía, partió al trote.

## XXV

Su coloquio con el presidente y el aire fresco tranquilizaron á Neklindoff. Pensaba que sus impresiones eran tan vivas, á consecuencia de las circunstancias insólitas de aquel día. ¡Era mucha coincidencia! Pero de todos modos, era preciso hacer lo posible para aliviar la suerte de la muchacha, y hacerlo pronto... Era preciso informarse de dónde vivía un abogado de fama, Fanarín ó Mikinschin.

Neklindoff volvió al tribunal y en el primer corredor encontró á Fanarín, á quien conocía ya de nombre y de vista, y le dijo que desearía hablarle.

—Celebro mucho ponerme á vuestras órdenes,—dijo el abogado.—Estoy algo cansado; pero si el asunto no es largo... Contadme, contadme. Entremos aquí.

Fanarín introdujo al príncipe en un despacho y se sentaron junto á una mesa.

—¿De qué se trata?

—Ante todo os ruego que guardéis absoluta reserva acerca de lo que voy á deciros.

—Se entiende.

—Hoy he formado parte del jurado. Hemos hecho condenar á una mujer á trabajos forzados y era inocente.

Al decir esto se paró y se ruborizó. Fanarín miró á su interlocutor y esperó.

—Hemos condenado á una inocente y deseo recurrir en Casación. De esto quería encargaros.

Anhelaba terminar pronto aquella explicación que le resultaba difícil. Así es que añadió en seguida:

—En cuanto á los honorarios y gastos, pagaré sea cual fuere la suma.—Y se ruborizó.

—¡Oh! en cuanto á eso no hay cuidado,—dijo Fanarín.  
—¿Y en qué consistía el proceso?

Neklindoff lo expuso brevemente.

—Bien está. Mañana mismo empezaré á estudiarlo, y pasado mañana, ó mejor el jueves, id por mi casa á las seis de la tarde y os diré lo que me parece. Ahora vámonos; aún me queda mucho trabajo.

Neklindoff saludó al abogado y salió. Pensando que había hecho ya algo en favor de la Máslova, quedaba más tranquilo.

En la calle respiró con voluptuosidad el aire primaveral. La tarde era espléndida y quiso ir á pie á pesar de que los cocheros le ofrecían sus servicios. Pero muy pronto un aflujo de ideas y el recuerdo de Katuscha y de sus culpas le abrumaron y todo le pareció sombrío y desolado.

—No, no,—se dijo.—Pensaré más tarde en todo eso. Ahora tengo necesidad de distraerme.—Y recordando la invitación de los Korchaghin, miró el reloj. Quizá aún llegaría á tiempo.

Pasaba en aquel instante un tranvía; subió á él. Pero en seguida bajó, tomó un coche, y en diez minutos estuvo en casa de los Korchaghin.

## XXVI

—Subid, Alteza. Os esperan,—dijo el portero abriendo la puerta de encina maciza que giró sin ruido sobre sus goznes.—Los señores comen; me han dicho que en cuanto llegáseis os rogara que subieseis.—Y acercándose á la escalera tocó el timbre.

—¿Hay alguien?—preguntó Neklindoff en tanto que dejaba el abrigo.

—Están los señores Kolossoff y Miguel Sergheievitch; los demás son de casa.

En lo alto de la escalera había un criado de frac y guante blanco.

—Pasad, Alteza; os esperan.

Neklindoff, atravesando un amplio y espléndido salón, penetró en el comedor. Toda la familia estaba reunida en torno de la mesa, á excepción de la princesa Sofía Vasilivna, que desde hacía muchos años no salía de sus habitaciones.

En la cabecera estaba el anciano Korchaghin, á su izquierda el médico y á la derecha un invitado Fran Erano-vitch Kolossoff, exmariscal de la nobleza, ahora alto empleado, correligionario de Korchaghin. Al lado del médico estaba miss Reder, institutriz de la hermanilla de Missy, niña de cuatro años que estaba á su lado. Enfrente Petia, el hermano varón de Missy que estudiaba el sexto año en un liceo, y un estudiante que le daba conferencias. Junto á estos dos se sentaba Miguel Sergheievich ó Mischa Teleguin, primo de Missy, y enfrente de él Catalina Aleschevna, solterona de unos cuarenta años. Al final Missy y al lado suyo un puesto vacío.

—¡Ah! ¡héos aquí! ¡bienvenido! Sentáos; ya estamos acabando,—dijo Korchaghin, levantando sus ojos sanguinolentos que parecían no tener párpados, en tanto que comía con fatiga y prudencia con los dientes que le quedaban.—Esteban,—y se volvió con la boca llena hacia el gordo y majestuoso mayordomo indicándole el sitio vacío.

Neklindoff había visto muchas veces al viejo Korchaghin comiendo; pero entonces aquel rostro colorado, con los labios sensuales, aquella cara rodeada por la blanca servilleta, el conjunto de aquella figura obesa del general, le produjeron indecible disgusto. Involuntariamente recordó que el viejo príncipe, cuando era gobernador de una provincia, había hecho azotar y oprimir sin piedad á cuantos no se congraciaron con él.

—Vuestra Alteza será servida al momento,—respondió Esteban.

Neklindoff dió la vuelta á la mesa, estrechando la mano á todos los comensales, los cuales, exceptuando las señoras y el anciano Korchaghin, se ponían en pie para saludarlo. Aquel dar la mano á todo el mundo, le pareció sobremanera ridículo y odioso. Se excusó de su tardanza é iba ya á sentarse en el puesto vacío que había entre Missy y Catalina Alexchevna; pero el príncipe insistió en que tomara algo de los entremeses que había en una mesa: jamón, caviar, arenques y queso.

Neklindoff creía tener poca hambre, pero en cuanto hubo tomado un poco de queso no pudo contenerse y comió con avidez.

—Supongo que venís de remediar las plagas sociales,—dijo Korchaghin con una punta de ironía, adoptando las palabras de un periódico reaccionario que combatía el jurado.—¿Habéis absuelto á los culpables y condenado al inocente?

—Algo... algo se ha hecho,—replicó Neklindoff.

—Dadle de comer,—exclamó Missy sonriendo, como para recordar con el «dadle» su intimidad con él.

Kolossoff entre tanto, exponía con brío y en voz alta el asunto de un artículo que combatía el jurado.

Missy, como de costumbre, estaba muy *distinguée* y llevaba un traje muy elegante; pero poco llamativo.

—Debéis estar muy cansado,—dijo volviéndose hacia Neklindoff.

—No, no mucho. ¿Habéis ido á ver la galería?

—No; lo hemos dejado para otro día. Hemos estado en casa los Solomatoff á jugar al *lawntennis*; y os aseguro que mister Kruko es un jugador sin rival.

Neklindoff había ido allí para distraerse. Comunmente le placían casa y gente, tanto por el lujo que halagaba su gusto, como por la atmósfera aduladora que le envolvía como en una continua caricia. Pero, por un extraño in-

comprensible caso, todo le parecía odioso en aquel instante. Todo, desde el portero á los criados, desde los invitados á la misma Missy le parecía artificioso y poco atractivo. Le chocaba el tono autoritario y vulgar de Kolossoff, el aspecto sensual del hocico del viejo Korchaghin, las palabras francesas de Catalina Alexchevna, las caras asustadas de la institutriz y del estudiante; y más que todo le chocó aquel «dadle» de Missy... En su modo de juzgar á la princesa, Neklindoff vacilaba siempre entre dos opuestos pareceres: tan pronto se le aparecía como iluminada por un rayo de luna, bella, fresca, inteligente; como vista bajo una luz demasiado cruda que no le permitía ver lo que en ella faltaba. Tal era el caso de aquel día. Neklindoff veía todas las arrugas del rostro, el pelo rizado artificialmente, los codos angulosos, la uña ancha del pulgar que recordaba la del viejo príncipe.

—Es un juego aburridísimo,—exclamó Kolossoff refiriéndose al *tennis*;—era mucho más divertido el *laptá* que jugábamos cuando niños.

—No podéis juzgar porque no lo habéis probado,—replicó Missy,—es un juego muy divertido.

Parecióle á Neklindoff que pronunciaba el «muy» con afectación.

Se entabló una discusión muy animada sobre ello, en la que tomaron parte Miguel Sergeievitch y Catalina Alexchevna. Sólo la institutriz, el preceptor y los niños callaban, evidentemente aburridos.

—¡Yal siempre discusiones,—exclamó riendo fuerte el viejo Korchaghin, y quitándose la servilleta apartó la silla con estrépito.

Todos se levantaron, se acercaron á una mesilla donde había tazas de agua tibia y perfumada y se enjuagaron la boca.

—¿No es cierto,—dijo Missy volviéndose hacia Neklindoff,—que en el juego se revela el carácter de las personas?



Había notado en el rostro de Neklindoff una expresión preocupada y anhelaba saber que causa la producía.

—No sé; no me he fijado nunca en ello,—dijo el príncipe.

—¿Queréis ver á mamá?—preguntó Missy.

—Sí, sí,—contestó con un tono que indicaba que no tenía voluntad, en tanto que sacaba un cigarrillo de la petaca.

La princesa le miró con muda interrogación y él lo comprendió y sintió vergüenza.

—Tiene razón,—pensó,—eso es ir á aburrir á las gentes.

Y esforzándose en ser cortés, añadió que estaría muy contento si la princesa consentía en recibirle.

—¡Cómo consentir! Mamá estará contentísima. También está allí Ivan Ivanovitch y podréis fumar.

La dueña de la casa, la princesa Sofía Vasilievna, hacía ya ocho años que recibía á sus invitados sentada en una poltrona, rodeada de blondas, de cintajos, de terciopelo, de oro, de marfil, de bronces artísticos y de flores. Entre todos sus amigos distinguía mucho á Neklindoff porque había sido muy amiga de su madre y porque era un joven inteligente que deseaba que se casase con Missy.

Para llegar á las habitaciones de Sofía Vasilievna, era preciso atravesar dos salas. En la primera, que era muy amplia, Missy, que precedía á Neklindoff se detuvo y apoyando las manos sobre el respaldo de una silla dorada, le miró fijamente. Tenía muchas ganas de casarse y Neklindoff era un buen partido; además, le gustaba; y la princesa, que se había acostumbrado al pensamiento de que sería suyo, procuraba alcanzar su objeto con aquella obstinación inconsciente propia de los enfermos neuróticos. Ahora anhelaba provocar una explicación.

—Veo que os ha sucedido algo,—empezó;—¿qué os ocurre?

Recordó á la muchacha vista en el tribunal, frunció el entrecejo y arrugó la frente. Pero quiso ser sincero.

—Una cosa extraña, maravillosa y grave.

—¿Qué es ello? ¿No puedo yo saberlo?

—Por ahora no; permitid que me calle. Lo que me ha sucedido es tan extraño que no me lo explico todavía bien.—Y se ruborizó.

—¿No me lo queréis decir?—preguntó la joven: los músculos de su cara se contrajeron y por un movimiento nervioso su mano hizo deslizar la silla hacia adelante.—Está bien, vamos.

Y con un movimiento de cabeza que indicaba que quería sacudir ideas molestas é inútiles, volvió á andar rápidamente. Parcióle á Neklindoff que había contraído los labios con afectación para ocultar las lágrimas y esto le produjo disgusto y vergüenza á la par. Pero comprendía que á la menor debilidad se comprometía sin remisión, aquellos vínculos le daban ahora más temor que nunca: así, sin proferir palabra, la siguió á las habitaciones de la princesa.

## XXVII

La princesa Sofía Vasilievna había terminado su comida compuesta de alimentos escogidos y muy nutritivos que ingería á solas á fin de que nadie la viera entregándose á ocupación tan poco poética. Tenía al lado del sillón una mesita con café y fumaba un cigarrillo perfumado. Delgada, alta, morena, con los dientes largos y grandes ojos negros, tenía la manía de ser joven aun.

Se murmuraba mucho de sus relaciones con el médico, y Neklindoff, que jamás se fijara en ello, aquel día no sólo lo recordó sino que le produjo mala impresión al verle al lado de ella con la barba partida y llena de pomada. Cerca de la princesa, en un sillón bajo y blando, estaba Kollosoff tomando café.

Missy entró en la estancia con Neklindoff, pero no se quedó.

—Cuando mamá estará cansada, venid á buscarme,— dijo á Neklindoff en un tono que indicaba que no guardaba recuerdo de las anteriores palabras.

—Buenos días, amigo mio; sentaos y contadme algo,— dijo la princesa abriendo la boca y enseñando los dientes, tan bien imitados que podían pasar por naturales.—Me han dicho que habéis vuelto del tribunal de mal humor. Con efecto, creo que debe ser un deber muy penoso para las personas de corazón,—añadió en francés.

—Sí, es verdad, tenéis razón. Siente uno la propia pequeñez... comprende que no tiene derecho á juzgar.

—*Comme c'est vrai!*—exclamó Sofía Vasilievna como si advirtiera la verdad de la observación y tratando de adularle como hacia siempre con sus interlocutores.—¿Y vuestro cuadro?—preguntó poco después.—Tengo muchos deseos de verlo; si no estuviese mala ya habría ido á vuestra casa.

—Lo he dejado, —replicó secamente Neklindoff, aburrido al advertir que trataba de lisonjearle. Por más esfuerzos que hacía no acertaba á ser cortés.

—¿Sabéis que el mismo Refrín me ha dicho que el príncipe tiene verdadero talento?—dijo la princesa volviéndose hacia Kolossoff.

Persuadida de que era imposible atraer á Neklindoff á una conversación amena é intelectual, la princesa preguntó á Kolossoff su parecer acerca de un nuevo drama y lo dijo en un tono como si su parecer debiera resolver toda duda y cada palabra fuese digna de esculpirse en mármol.

Kolossoff censuró el drama aprovechando la ocasión para exponer sus teorías sobre arte. La princesa se maravillaba de lo acertado de sus juicios; á veces trataba de defender al autor, pero bien pronto se declaraba vencida y asentía á las palabras del altó empleado.

Neklindoff miraba y oía; pero todo tomaba á sus ojos un significado diverso. Advertía que ninguno de los dos interlocutores daba importancia al drama, que uno no la concedía al otro; pero que hablaban por satisfacer la necesidad de mover los músculos de la lengua y de la garganta después de comer. Veía que Kolossoff estaba semi embriagado aun cuando no dijera ni hiciera ninguna inconveniencia. Y veía además que, de cuando en cuando, Sofía Vasilievna miraba hacia la ventana con temor, producido porque los últimos rayos de sol que daban en ella, podían llegar á su cara é iluminar con luz demasiado cruda su vejez llena de afeites y retoques.

—¡Eso es!—exclamó oyendo una observación de Kolossoff, y al mismo tiempo tocó un timbre.

El médico, sin decir palabra, como si fuera uno de la casa, salió.

—Felipe, haced el favor de bajar esta cortina,—dijo al criado que entró,—la princesa.

Y en tanto que seguía con sus ojos negros los movimientos todos del criado, se lanzó á una discusión sobre el misticismo y la poesía.

—Felipe, no es esta la que debéis bajar, sino la otra,—exclamó interrumpiendo su disertación.

El criado, un buen mozo de amplio tórax y poderosos músculos, se inclinó como para excusarse y luego pasó á la otra ventana. La princesa tampoco tuvo suerte aquella vez por más que el criado se esmeraba en servirla. De nuevo interrumpió aquella su explicación para decir á Felipe que se equivoca continuamente y que le atormentaba sin compasión. Los ojos de Felipe relampaguearon.

—«¡Ahora la envía al diablo!»—pensó Neklindoff observando aquel juego de fisonomías. Pero el hermoso Felipe sofocó aquel movimiento de impaciencia y empezó á hacer con gran calma lo que le ordenaba Sofía Vasilievna, toda falsedad y malicia.

—Las teorías de Darwin son una gran cosa,—decía Ko-

lossoff arrellanándose en el sillón,—pero se exageran mucho.

—¿Creéis vos en la herencia?—preguntó la condesa á Neklindoff, cansada de su mutismo obstinado.

—No, no creo...—replicó Neklindoff, absorto en las extrañas imágenes que surgían en su fantasía. Al lado de Felipe, que hubiese sido un espléndido modelo para un pintor, se imaginaba á Kolosoff desnudo, con su gran barriga de sandía, la cabeza calva y los brazos sin músculos; trató siempre de imaginarse los hombros de Sofía Vasilievna, tal como debían ser bajo las sedas y terciopelos que los cubrían; pero la imagen era demasiado repulsiva y procuró desvanecerla.

La princesa le miró de alto á bajo y luego dijo:

—Me parece que Missy os espera; id con ella; oiréis un nuevo trozo de Grieg...

—Si no ha de tocar nada,—pensó Neklindoff.—¡Qué manía de mentir tiene esta vieja!

Y levantándose, estrechó la mano descarnada y transparente, cubierta de sortijas, que le tendía la princesa.

En el salón encontró á Catalina Aleschevna, que lo acompañó.

—Veo que el oficio de jurado es propio para dar malhumor,—díjole en francés.

—Sí, dispensadme; no puedo remediar el tedio que siento; lo cual me da derecho á aburrir á los demás.

—¿Por qué estáis así?

—Permitid que lo calle,—replicó Neklindoff buscando el sombrero.

—¡Cómo! ¿No recordáis que afirmasteis muchas veces que es preciso decir la verdad? ¿Por qué no queréis ahora decirla? ¿Te acuerdas, Missy?—se volvió hacia ésta, que entraba.

—Entonces se jugaba y en los juegos se puede decir la verdad,—contestó Neklindoff,—pero en la vida real somos

tan malos... á lo menos soy yo tan malo, que no debo hacerlo.

—Nada tan malo como empeñarse en tener malhumor; —indicó Missy.—Yo no me empeño nunca en ello y por eso estoy siempre alegre. ¿Queréis venir? Trataremos de ocultar *votre mauvaise humeur*.

Neklindoff experimentaba lo que el caballo que sabe que lo acarician para ponerle el freno. Aquel día no estaba dispuesto á sufrir la voluntad ajena. Se excusó diciendo que tenía que ir á su casa y se despidió.

Al saludarlo, Missy retuvo su mano más de lo acostumbrado y dijo:

—Recordad que lo que es importante para vos lo es también para vuestros amigos; ¿vendréis mañana?

—No lo creo,—contestó Neklindoff avergonzado sin saber de qué ni por qué. Y salió rápidamente.

—¿Qué quiere decir?—preguntó Catalina Aleschevna apenas hubo salido Neklindoff.—*Comme cela m'intrigue!* Quiero saberlo á toda costa. Será probablemente *une affaire d'amour propre; il est très susceptible notre cher Mitra!*

—*Plutôt une affaire sale,*—estuvo á pique de decir Missy; pero no soltó aquella pulla de mal género. Mirando á lo lejos, con un rostro sin alma, bien diverso de aquel con que miraba á Neklindoff, exclamó:—Todos tenemos días buenos y días malos.

—¿Es posible que éste también me engañe? Después de lo que ha mediado, estaría mal por su parte,—pensaba.

Si Missy hubiese debido explicar qué entendía por «lo que ha mediado», se hubiera encontrado bien apurada; pensaba que él no sólo había despertado una esperanza sino que le había hecho una promesa casi; no eran palabras determinadas, pero sí miradas, sonrisas, reticencias. Todavía lo creía suyo y tener que renunciar á él le hubiese sido penoso.

XXVIII

—¡Es una acción vergonzosa la mía, una vileza!—pensaba Neklindoff yendo hacia su casa.

La impresión de pena que experimentó después de su coloquio con Missy no le había abandonado aún. Neklindoff se decía que en rigor no era culpable para con la princesa, que entre ellos no había ocurrido nada que pudiera ligarle, que jamás le había hablado formalmente de matrimonio; pero al mismo tiempo sentía que tácitamente le había hecho muchas promesas; y nunca, sin embargo, como aquel día, comprendió la imposibilidad de casarse con ella.

—¡Es una acción vergonzosa, una vileza!—repetía, pensando no sólo en sus relaciones con Missy sino en su vida entera.—Sí; todo es vergonzoso en mi existencia,—pensó al entrar en su casa.

—Esta noche no ceno,—dijo al criado que le siguió al comedor en que estaba dispuesta la cena y el té.—Idos á dormir.

—Sí, señor,—contestó el criado y empezó á quitar la mesa.

Neklindoff le miraba y sentía ira: quería que le dejaran en paz, que le dejaran solo.

Cuando el criado se alejó, Neklindoff se acercó al samovar para prepararse el té; pero oyendo los pasos de Agripina Petrovna, se apresuró á pasar al salón para no verla y cerró con llave.

Allí era donde tres meses antes murió su madre.

Apenas entrado, al débil resplandor de dos lámparas encendidas ante los retratos de su padre y de su madre,

Neklindoff recordó que las últimas relaciones tenidas con su madre habían sido indignas de un hijo. Durante aquellos días había deseado su muerte, no por el deseo de hacerla y mandar, sino para no ver el espectáculo de aquel dolor que no podía soportar, de aquella enfermedad que á él mismo le atosigaba por acción refleja.

Miró el retrato, ejecutado por un pintor famoso. Allí estaba representada su madre en traje de baile, descotada, semi desnuda. Aquello le apenó y le disgustó á un tiempo. Mucho más, recordando que tres meses antes aquella misma mujer había agonizado y muerto, casi debajo del retrato que tan bella la reproducía, fría, parecida á una momia, disecada, exhalando un olor agudo, penetrante, sofocante, inaguantable, que aun le parecía sentir.

Recordó otra cosa dolorosa. El día antes de su muerte la princesa le había llamado, y tomando entre las suyas descarnadas, su mano, le había dicho con inconcebible angustia:

—No me acuses, Mitra, no me acuses si no cumplí siempre con mi deber,—y bajó las pestañas de aquellos ojos casi apagados, apuntaron las lágrimas.

—¡Dios mío, Dios mío, qué horror!—exclamó Neklindoff sin apartar los ojos de aquel retrato de mujer semi desnuda.

Aquella garganta le recordó otra mujer joven, Missy, que una noche le había llamado con un pretexto cualquiera para que la admirase en traje de baile. Y el recuerdo de aquel pecho bellissimo, de aquellos brazos, le llenó de disgusto... ¡Y aquel viejo príncipe de instintos bajos y bestiales, con su cruel pasado!... ¡Y aquella madre con su reputación de borracha!... ¡Todo era horrible!... Todo inspiraba vergüenza, repulsión, náuseas.

«Sí, sí,—pensaba Neklindoff,—Era preciso romper aquel falso lazo con los Korchaghin, librarse de Sofía Vasilievna, y de la herencia, y de todo, para vivir fuera de aquella



atmósfera viciada. Ir al extranjero, á Roma... terminar su cuadro...»

En aquel instante se acordó de que había dudado de su talento.

«No importa, —se dijo,— ¡por lo menos respiraré libremente! Primero iré á Constantinopla, luego á Roma.»

Sólo faltaba arreglar lo del jurado, ver á su abogado.

De repente se representó con indecible claridad la imagen de la acusada con sus ojos negros que bizqueaban. ¡Cómo lloró al oír la sentencia que la condenaba!...

Neklindoff echó el cigarrillo en el cenicero, encendió otro y paseó á largos pasos por la sala. En su mente se evocaron, uno tras otro, todos los momentos de su vida pasados con ella. Y recordó las últimas escenas; la pasión que le subyugara, la desilusión harto pronta. ¡Oh, aquel traje blanco, aquel lazo rojo, aquella misa de media noche!

«Yo la amaba aquella noche de pascua; yo la amaba verdaderamente con amor puro y suave, como la amé aquel primer estío que pasé en casa de mis tías para hacer mi tesis!»

Y se volvió á ver joven y bueno, entusiasta y enamorado como estaba entonces y le invadió una tristeza infinita.

Había un tal abismo entre el joven que era entonces y el que fué después, que casi era más profundo que el que separaba la Katiuscha de la noche de Pascua de la Máslova que se sentara en el banquillo de los acusados. Entonces era libre, en la flor de la vida, confiando en el porvenir, lleno de ilusiones; ahora se sentía aherrojado en la red de una vida fastidiosa, mezquina, á la cual no veía salida porque hasta le faltaba voluntad para huir de ella. Entonces estaba orgulloso de su rectitud, tenía á gala no mentir jamás; ahora vivía en plena mentira, una mentira que la sociedad que le rodeaba admitía como verdad. ¿Cómo romper las relaciones con Sofía Vasilievna y su marido,

de modo que pudiera marchar con la cabeza erguida» ¿Cómo romper con lealtad sus relaciones con Miss? y ¿Cómo resolver la contradicción manifiesta entre la injusticia de la propiedad individual de la tierra, y la posesión de los extensos dominios heredados de su madre?

¿Y Katiuschka? ¿Cómo reparar el daño que le hiciera? ¡Ahora no podía pensar ya en abandonarla! No, era imposible dejar así á una mujer á la que tanto adorara y limitarse á pagar á un abogado para salvarla de una pena que ni siquiera merecía!... ¿Reparar su culpa con dinero, como la otra vez?... Y se le presentó el instante aquel en que en el corredor, le había deslizado en el corpiño el sobre con el dinero, y había huído después.

—¡Oh, aquel dinero, aquel dinero!—exclamó Neklindoff con repugnancia y terror.—¡Oh, qué horror! Únicamente un hombre vulgar, un villano podía cometer tal acción. ¿Yo soy, pues, un hombre vulgar y vil?... ¿Es posible?—Pronunció estas palabras en alta voz, deteniéndose de golpe.—¿Es posible que yo sea un vil?

Parecióle que una voz respondía:

—¿Qué eres si nó?... ¿Es esta la única acción malvada de tu vida?

Neklindoff seguía acusándose. ¿No eran una indignidad sus relaciones con María Vasilievna y su amistad con el marido? ¿Y la herencia aceptada sabiendo que cometía una injusticia? ¿Y su existencia ociosa y corrompida? ¡Sí, era un vill! El mundo podía juzgarle como quisiera, él podía engañar al mundo; pero le era imposible engañarse á sí mismo. Y de repente comprendió que la sensación de náusea que le producían la sociedad, el príncipe, Sofía Vasilievna, Missy, los criados, no era otra cosa que el asco de sí mismo. En tanto que reconocía su propia vileza sentía una impresión placentera y consoladora.

No era la primera vez que en Neklindoff se producía esa sensación que él llamaba «purificación del alma.» A largos intervalos la había experimentado. Después de esos

periodos de lucidez, fijaba las reglas de su vida diciéndose: «Ahora principia una nueva existencia» un camino en el que debía perseverar; pero, poco á poco la seducción del mundo le arrastraba, le hacía caer de nuevo y más bajo que antes. Así se había rehabilitado muchas veces á sus propios ojos. La última fué cuando presentó su dimisión de teniente de la guardia y marchó al extranjero á estudiar la pintura. Desde entonces hasta aquel día. Neklindoff había pasado un largo período sin cuidarse de la palmaria contradicción que existía entre la vida que llevaba y las exigencias de la propia conciencia. Ahora que lo advertía, se horrorizaba.

El contraste era tal, que dudaba hasta de la posibilidad de una purificación.

—No, no, es inútil,—le sugería una voz interna tentadora.

«He tratado ya muchas veces de corregirme, de hacerme mejor, y nunca he tenido voluntad para ello! ¿Para qué probar de nuevo? Además, tampoco soy yo solo; todos son así!»

Pero en Neklindoff, había despertado aquel yo libre intelectual, que es el sólo verdadero, el sólo eterno, el único poderoso, al cual, en lo sucesivo, debía prestar fe. La distancia entre lo que era y lo que debiera haber sido, era inmensa; pero al hombre moral que resurgía, todo le aparecía posible.

—Sí, desgarraré la mentira que me tiene envuelto en sus lazos,—dijo resueltamente en alta voz.—Cueste lo que cueste, diré siempre la verdad, sólo la verdad, á todos, como exige mi conciencia. Diré á Missy que soy un libertino y que no puedo casarme con ella. Diré á María Vassilievna... no, no, á ésta no le diré nada; diré á su marido que mentí á su amistad y que soy un vil. Haré de la herencia materna lo que la justicia demanda... Diré á Katuscha que he sido un vil, que soy muy culpable para con ella, trataré de aliviar su suerte por todos los medios,

la rogaré que me perdone... ¡sí! le pediré perdón como lo piden los niños.

Se detuvo un instante.

—¡Me casaré con ella si es preciso!

Neklindoff cruzó los brazos sobre el pecho como cuando era niño, y alzó los ojos con expresión ferviente:

—¡Dios mío, ayúdame, enséñame, haz que sea de nuevo bueno y puro!

Suplicaba á Dios que le confortara y purificara y su ruego había sido ya atendido.

Sentía en sí, no sólo la libertad y la fuerza y la alegría de la vida, sino también toda la potencialidad de lo bueno; se sentía con fuerza para cumplir todo lo que de bueno y bello puede cumplir un hombre. Comprendía esto y los ojos se le llenaban de lágrimas. Y eran las suyas lágrimas buenas, porque nacían del júbilo de la resurrección moral de aquel yo que durante tantos años había dormido en su seno; y eran quizá un tanto malas porque en aquel llanto había algo de enternecimiento de sí mismo al sentir renacer su virtud.

Neklindoff sintió un gran calor, se acercó á la ventana que daba al jardín y la abrió.

La noche iluminada por la luna, fresca, era de una calma purísima; durante unos momentos se oyó á lo lejos ruido de ruedas, después todo quedó de nuevo silencioso. Ante la ventana, un alto álamo proyectaba su sombra en el suelo del gran patio vacío, dibujando extrañas figuras; á la izquierda, una casita con el techo blanco, bajo aquel rayo argentado de luna, enviaba cerca del álamo la sombra oscura de las paredes.

Neklindoff contemplaba el jardín, el techo iluminado por la luna, y la sombra del álamo; escuchaba aquel silencio majestuoso, respiraba aquel aire fresco y vivificante y de su corazón conmovido salió una exclamación de júbilo.

—¡Dios mío! ¡qué hermoso es esto, qué hermoso es!

Y pensaba que también era bella la transformación indecible que se estaba operando en su alma.

## XXIX

La Máslova fué vuelta á la prisión hacia las seis de la tarde, cansada, con los pies doloridos por aquella larga caminata insólita de quince verstas, hambrienta, aniquilada, por la severa condena que tan impensadamente la hería.

En el tribunal, durante el intervalo, mientras los guardias comían pan y huevos, la boca se le hacía agua. Había comprendido que tenía hambre; pero le parecía que el pedir la humillaba demasiado; después habían pasado tres horas, se habían calmado la ansias del hambre, y únicamente le quedaba una debilidad grande. En tal estado oyó la lectura de la sentencia.

Primeramente creyó la Máslova haber oído mal; no podía dar crédito á lo que oyera, no podía concebir la idea de la galera.

Pero, viendo las caras tranquilas y reposadas de los jurados y de los jueces que habían oído la sentencia como la cosa más natural, se había vuelto con aquel grito de protesta que resonó por toda la sala:

—¡No soy culpable!

Hasta au grito se acogió como una cosa normal, acostumbrada, y al advertirlo ella, es cuando rompió en amargos sollozos, y comprendió que debía someterse á aquella injusticia cruel que tan dolorosamente la hería.

Lo que más la extrañaba, era que aquella condena feroz se la infligieran, no unos viejos, sino aquellos mismos jóvenes que siempre parecían acariciarla con los ojos. Recordaba haber visto aquel sustituto fiscal con aspecto bien distinto; y hasta los otros, en tanto que ella esperaba la sentencia en el cuarto de los acusados, habían inventado una estratagema para pasar ante la puerta y mirarla.

¡Y esos mismos hombres la condenaban ahora á cuatro años de trabajos forzados á pesar de su completa inocencia!...

Lloró largo rato; luego se calmó y quedó en un estado de extrema postración intelectual en el cuarto de los acusados, esperando que la condujeran fuera. Solamente un deseo sentía bien claro y preciso: fumar.

Así la encontraron Kirtinkin y la Botchkova, conducidos después de la sentencia á la misma estancia; y de repente la Potchkova, empezó á injuriarla y á llamarla presidiaria.

—¡Cómo has mentido, canalla! En vano has mentido... Ya tienes lo que te mereces... En presidio no podrás bromear.

La Máslova, con las manos en las mangas de la blusa, la cabeza inclinada sobre el pecho y la mirada inmóvil, fija sobre el sucio pavimento, respondió varias veces:

—Yo no os digo nada, dejadme en paz.

Se estremeció, cuando, fuera ya Kirtinkin y la Botchkova, entró el guardia y le entregó tres rublos.

—¿Eres tú la Máslova? Toma, te los envía una señora.

—¿Qué señora?

—¿Qué señora? Toma sin charlar tanto. ¿Será preciso que te dé explicaciones?

El dinero provenía de la Rosanov. Antes de abandonar el tribunal, había preguntado al ujier, si podía enviar algún dinero á la Máslova, y á su respuesta afirmativa, se quitó el guante de gamuza de tres botones para sacar del bolsillo de las sayas, un portamonedas elegante, del que tomó un billete de dos rublos y medio, añadiendo cincuenta kopecks.

Luego los dió al ujier, quien á su vez los entregó al guardia.

—Os ruego,—había dicho la Rosanov,—que se los déis á la Máslova.

El guardia se ofendió de la sospecha que encerraban las

palabras de la alcahueta, y por tal causa había contestado de mala manera á la Máslova.

La joven quedó contentísima; aquel dinero representaba el medio de satisfacer su deseo.

—¡Con cuánto gusto fumaría un cigarrillo!—pensaba.

Y todas sus facultades estaban absorbidas por aquel deseo, el cual llegó á tal grado de intensidad, que le hacía aspirar ávidamente el aire impregnado de olor de tabaco que venía de los corredores.

A las cinco se dió orden de volverla á la prisión; los dos soldados se le acercaron.

Los siguió resignada, y al llegar á la puerta, entregó veinte kopecks, rogándole que le comprase dos panes y cigarrillos.

—Está bien, está bien,—dijo el soldado sonriendo;—compraré lo que pedís.

En el trayecto, hasta la prisión, no le fué posible fumar, así es, que la Máslova llegó á la cárcel sin haber podido satisfacer su deseo.

En el momento de entrar, una conducción de presos venía en sentido contrario.

Los había jóvenes y viejos, barbudos é imberbes, rusos y extranjeros, y el ancho vestibulo se llenó de polvo, de ruido de zapatones, de crujir de cadenas, y de exhalaciones agudas de sudor.

Pasando junto á la Máslova, la miraban todos de pies á cabeza y algunos la dirigían la palabra.

—¡Qué chica tan bonita!

—¡Buenas tardes, prenda!

Un joven moreno, con grandes bigotazos negros, dió un salto hacia ella, armando gran ruido con la cadena y la besó á boca llena.

La Máslova le rechazó bruscamente.

—¡Cómo! ¿No te acuerdas ya de tu amigo? ¡No hay que hacer aspavientos!—exclamó riendo y con los ojos brillantes.

—¿Qué ocurre aquí?—exclamó el vicedirector acercándose.

Y como el detenido se apartara aprisa, se volvió hacia la Máslova reprobándola.

—¿Y tú, por qué estás aquí?

La Máslova quería excusarse y decir que la habían traído del tribunal; pero era tanta la depresión de su alma, que no supo qué contestar.

—Viene de la audiencia, señor,—dijo uno de los soldados, dando dos pasos adelante y saludando militarmente.

—Bueno, pues, lleváosla de aquí. ¿Qué indecencia es esta?

—Sí, señor.

—¡Sokoloff, llévala aprisa! —gritó el vicedirector.

El llavero se acercó, y dándole un fuerte empujón, la condujo hacia el corredor del departamento de mujeres. Allí la registraron con cuidado y no hallándole nada pecaminoso, pues había escondido los cigarrillos dentro del pan, la volvieron á la sala de donde saliera por la mañana.

### XXX

La prisión de la Máslova era una gran cuadra de siete metros por cinco, con dos ventanas y una estufa; á lo largo de las paredes había una especie de camas de campaña que ocupaban los dos tercios de la estancia; en la pared, frente á la puerta, había un *icono* de color obscuro, cubierto de polvo y con un ramo de flores secas en la placa; y en el ángulo, cerca de la puerta, donde el pavimento estaba ennegrecido, había un cubo que echaba un olor pestilente y completaba el mobiliario de la sala.

Se había girado ya la visita de la noche, y los habitantes de aquel triste sitio que eran diez, y tres niños, estaban ya á punto de dormir.

Entraba aún por la ventana un rayo de luz; dos mujeres, sin embargo, estaban todavía bien despiertas, una que



había sido detenida por no poder presentar documentos comprobando su personalidad; otra, una tísica condenada por hurto, medio incorporada en la cama, con la blusa debajo de la cabeza, los ojos muy abiertos y esforzándose por sofocar la tos que la ahogaba.

Había tres mujeres, todas con la cabeza desnuda, y con camisas de tela grosera, que miraban á los detenidos que desfilaban por el patio, y otras, sentadas en la cama, co-sían.

Estas últimas eran tres.

Una, la vieja que habló por la mañana con la Máslova, cuando ésta fué á la Audiencia, y que era una mujer robusta y alta, con el rostro ceñudo y lleno de arrugas, y una gran peca con vello en la mejilla. Se llamaba Korablova, y había sido condenada á trabajos forzados por haber muerto á golpes de seguir á su marido que trataba de abusar de su hija.

Esta era la que tenía mayor autoridad entre todas las detenidas y la que vendía el vino á las demás. Al lado de ella había una mujer de baja estatura, con la nariz chata, y los ojos negros y pequeños. Era guardavía y purgaba tres meses de cárcel por no haber hecho á tiempo la señal de alarma al pasar un tren, ocasionando esto una desgracia.

La tercera se llamaba Fedossia ó Fenitchka, como la llamaban sus compañeras; con su carita sonrosada y blanca, sus grandes ojos azules de niña, y las trenzas rubias que ceñían su cabeza, era muy bonita; tenía apenas dieciseis años, y estaba presa por haber tratado de envenenar á su marido en seguida de casarse; pero durante los ocho meses de libertad provisional que precedieron á la vista de su causa, no solamente se había reconciliado con su marido, sino que vivió con él en buena armonía. A pesar de éste, de su suegro, y más aún de la suegra, que la quería mucho y que la defendió con gran calor, el tribunal la enviaba á Siberia á trabajos forzados.

Fedossia, buena, alegre, sonriente, dormía junto á la Máslova y no solamente la quería mucho, sino que le prestaba cuantos servicios podía.

Otras dos mujeres estaban sentadas en la cama y no trabajaban. Una, de unos cuarenta años, pálida, delgada, con el rostro arrugado, que mostraba las huellas de una belleza marchitada muy pronto, tenía entre los brazos un niño y le daba de comer. Cuando el stanovoi fué á su aldea para llevarse á un joven que debía prestar servicio militar, los aldeanos se habían opuesto á ello diciendo que era una cosa contraria á las leyes, y deteniendo al stanovoi impidieron la marcha del conscripto: aquella mujer, tía del joven, había sido una de las más encarnizadas, atreviéndose á detener por la brida el caballo del funcionario. Por tal delito estaba en la prisión. La otra, una viejecita de mediana estatura, con el pelo blanco y la espalda doblada, estaba en la otra extremidad de la sala, cerca de la estufa y fingía reñir á un niño de cuatro años que corría á su alrededor en camisa, repitiendo siempre las mismas palabras entre alegres carcajadas:

—¿A qué no me atrapas? ¿A qué no me atrapas?

La viejecita acusada de haber pegado fuego á una granja junto con su hijo soportaba con resignación su estancia en la cárcel, y únicamente la afligía el recuerdo de su hijo que estaba en la cárcel también, y de su marido anciano que, sin los cuidados de nadie, pues la nuera se había escapado, debía estar en su casa lleno de inmundicia.

Cerca de la ventana, otras cuatro mujeres, aproximándose á la reja, conversaban con los detenidos que pasaban por el patio. Una de ellas que estaba en la prisión por hurto, era una mujerona de cabellos rojos, de carnes flácidas y colgantes, con la cara pálida y amarillenta, que con voz ronca y destemplada, soltaba de continuo palabras soeces. Al lado suyo había una mujer que parecía una niña de diez años, que reía continuamente de lo que veía en el patio. Tenía negros los ojos, que brillaban en su rostro

pecoso, y por su elegancia la llamaban Choroschavka—la Bonita,—y fué condenada por hurto é incendio. Detrás de ella había una mujer alta, delgada, en cinta, con un vientre enorme y un aspecto que daba compasión, cubierta con una camisa sucia y asquerosa. Esta, acusada de encubridora de hurtos, no decía palabra, pero sonreía con complacencia, mirando con curiosidad lo que ocurría en el patio.

La cuarta era una aldeana de mediana estatura, con los ojos saltones y el rostro bondadoso, detenida por contravenir á la ley que prohíbe vender vino en el campo. Miraba también por la ventana, como las demás, pero sin decir nada y sin cesar un instante de hacer calceta. Tenía junto á sí dos hijos, el niño que jugaba con la viejecita y una niña de siete años, rubia y esbelta que escuchaba atentamente, con los ojos muy abiertos, las blasfemias que la mujerona decía á los hombres, repitiéndolas luego en voz baja, como para imprimirlas en la memoria.

La última era una presa alta, bien formada, con el pelo rizado y los ojos hermosos; era hija de un diácono y había ahogado á su hijo en un pozo. Sin fijarse en nada de lo que ocurría á su alrededor, iba de un lado para otro de la sala á grandes pasos, descalza, con una camisa gris y sucia, atenta tan sólo á su pensamiento.

### XXXI

Cuando se oyó el ruido del cerrojo y la Máslova entró en la sala común, todas se volvieron hacia ella; hasta la hija del diácono se paró un momento frunciendo el entrecejo; luego, sin proferir palabra, volvió á emprender sus paseos con paso largo y firme.

La Korablova cesó en su costura y miró á la muchacha con muda interrogación á través de los cristales de sus lentes.

—¿Cómo? ¿Has vuelto? ¡Yo que creía que serías absuelta!  
—Y se quitó los anteojos y dejó su labor sobre la cama.

—Todas creíamos que te absolverían, chica,—dijo la guardavía.—Parece que Dios lo ha dispuesto de otra manera.

—¿Te han condenado?—preguntó Fedossia con tierna compasión, mirando á la Máslova con sus ojos azules de niña.

Y su rostro se nubló y le temblaron los labios como si fuera á llorar.

Máslova no contestó palabra: se fué hacia á su sitio, al lado del de la Korablova, y se sentó.

—Quizá ni siquiera has comido,—dijo la Fedossia acercándose.

Tampoco contestó la Máslova. Sacó el pan del bolsillo y lo dejó sobre la almohada; se quitó la blusa empolvada y el pañolito de la cabeza.

La viejecita jorobada que jugaba con el muchacho, se acercó á su vez.

—¡Chist!—dijo al muchacho que miraba el pan con ojos codiciosos.

Después de todo lo que había sufrido durante todo el día, la muchacha al verse rodeada de rostros amigos que la miraban con cariño, sintió formarse un nudo en su garganta y aunque hizo esfuerzos para contener el llanto, no pudo evitarlo, y rompió en amargos sollozos.

—Ya te había dicho yo que tomaras un buen defensor y así hubieses salido libre.

La Máslova no pudo contestar. Sollozando sacó los cigarrillos del pan y los alargó á la Korablova, la cual, sacó uno de la cajetilla, lo encendió, y se lo alargó á la Máslova.

Esta, sin dejar de sollozar, aspiró con delicia el humo del tabaco. Después con voz alterada, profirió:

—¡Trabajos forzados!

—¿No temen á Dios esos asesinos?—exclamó Korablova.—¡Condernar á una inocente!

En aquel instante sonaron carcajadas entre las mujeres que miraban al patio por la reja. Hasta la niña reía, y su risa argentina se mezclaba con la risa gutural y cascada de las viejas.

—¡Ah, canalla! ¿Qué demonios hace ahora?—exclamó la mujer peliroja riendo á carcajadas; y pegándose contra la reja, profirió palabras obscenas é insensatas.

—¡Anda, estúpida! ¡vaya un modo de reirse!—dijo la Korablova, y volviéndose hacia la Máslova, preguntó:

—¿Cuántos años?

—Cuatro.

Y las lágrimas que corrían abundantes de sus ojos, mojaban el cigarrillo. Lo tiró con furia y tomó otro. La guardavía lo recogió y lo guardó.

—A lo que se vé,—dijo,—hacen lo que quieren.

Y siguió hablando sin tregua en voz baja.

Las demás mujeres se habían apartado de la ventana y acercádose á la Máslova. La primera fué la vendedora de vino con su chiquilla.

—¿Por qué tanta severidad?—preguntó, sin dejar de hacer calceta.

—Porque no hubo dinero. Con dinero se hace lo que se quiere. Aquel de la nariz remangada es capaz de sacar seco del agua á uno que se ahoga.

—¡Yal—intervino la Choroschavka,—pero ese por menos de mil rublos no te escucha siquiera.

—Se vé que era tu destino,—afirmó la viejecita.—Imaginar que después de haber robado la mujer á otro han encarcelado al marido, y á mí, á mi edad...—y por centésima vez volvió á contar su historia.—Se vé que de la prisión y el mendigar nadie puede estar libre.

—Siempre sucede así,—dijo la vendedora de vino, mirando la cabeza de su hija, á la que aguantó entre las rodillas mientras sus dedos ágiles se perdían entre el pelo.—

¿Por qué vendes vino?... Pues no sé qué había de hacer para que mis hijos no se murieran de hambre...—Y prosiguió en su operación de busca y captura.

La Máslova, al oír la palabra vino, recordó que tenía sed.

—De buena gana bebería un trago,—dijo á la Korablova, en tanto que enjugaba sus ojos con las mangas de la camisa.

—¿Por qué no? ¿Tienes dinero?—replicó la otra.

## XXXII

La Máslova sacó el dinero del pan y alargó á la Korablova el billete nuevo. Lo tomó ésta, y aunque no sabía leer creyó lo que le decía la Choroschavka, que le afirmaba tener un valor de dos rublos y medio. Luego se acercó á la estufa, que era donde escondía la botella.

Las mujeres se alejaron, y la Máslova, después de sacudir el polvo de la blusa y del pañuelo, se sentó en la cama y empezó á morder el pan.

—Te había guardado té,—dijo Fedossia tomando una tetera de hojadelata.—Ahora quizá esté frío.

La bebida estaba helada, pero la Máslova la tomó y fué bebiendo á sorbos.

—Toma, Finaska,—añadió echando un trozo de pan al niño que la miraba con avidez.

Entretanto Korablova había traído la botella de vino y el vaso. Máslova los tomó y ofreció vino á su vendedora y á Choroschavka. Las tres formaban como la aristocracia de aquel lugar, porque tenían dinero y se tenían mútuas consideraciones.

Al cabo de algunos momentos, la Máslova se reanimó y empezó el relato de lo que la había ocurrido, remedando los ademanes y la voz del fiscal, y haciendo hincapié con preferencia sobre cuanto le había producido mayor impresión. Particularmente le había llamado la atención que to-

dos aquellos hombres la hubiesen mirado con preferencia á ella, no tan sólo en la sala del tribunal, sino también en el cuarto de los acusados, donde algunos habían entrado expresamente.

—Hasta los soldados,—añadió,—vienen á verte. A veces entra alguno que pide una tarjeta ó cualquier otro objeto; pero se advierte que lo que quiere es mirarla á una, y entonces te devora con los ojos.

Diciendo esto sonreía levantando los ojos con admiración.

—Todos son así,—dijo la Korablova.—Son como las moscas que acuden á la miel; á todos les pasa lo mismo...

—Hasta aquí,—interrumpió la Máslova,—me ha ocurrido lo mismo. Al entrar encontré un grupo de presos que venían de la estación y se me han echado encima. ¡Por fortuna ha venido el vicedirector en mi auxilio! Había uno especialmente pegajoso.

—¿Qué aspecto tenía?—preguntó la Choroschavka.

—Moreno, con bigote...

—Sería él.

—¿Quién él?

—El, Ischegloff, el que acaba de pasar por aquí.

—¿Quién es ese Ischegloff?

—¡Cómo! ¿no conocéis á Ischegloff, que se ha escapado dos veces de presidio?... Ahora le han cogido de nuevo; pero no importa, se escapará tra vez. ¡Figuráos que hasta los carceleros tienen miedo de él!

La Choroschavka que distribuía las cartas á los detenidos, estaba siempre al corriente de cuanto ocurría en la prisión.

—¡Con tanto escapar, veo que no escapa del todo!—exclamó la Korablova,—dime;—añadió, volviéndose hacia la Máslova,—¿qué ha dicho el abogado acerca del recurso contra la sentencia?

—¡No sé nada!—contestó la Máslova.

La mujer gorda y alta, de rostro amarillento, habíase acercado entretanto á las que bebían vino, y hundiendo la mano en la mata de su pelo, rojo, espeso y rizado, empezó á rascarse furiosamente la cabeza.

—Yo te lo diré, Catalina,—dijo á la Máslova.—Primera-mente debes decir que no estás conforme con la sentencia, y después recurrir al abogado.

La Korablova se volvió, contestando con voz iracunda:

—¿Qué vienes á hacer aquí tú? Se conoce que has olido el vino: ya sabemos lo que tenemos que hacer sin necesidad de que tú nos lo enseñes.

—No hablo contigo, cállate.

—¡Oídlal ¿Quieres ó no vino?

—Bueno, dale también á ella,—dijo la Máslova, dispuesta siempre á compartir con los otros lo que tenía.

—¡Tontal... ¡Le daré lo que necesita!

La pelirroja empezó á resoplar contra la Korablova.

—¡Ya sabes que no te tengo miedo!

—¡Asquerosa! ¡Carne de galera!

—Lo dirás por tí.

—¡Mala sangre!

—¿A mí, á mí esto? Tú sí que eres una asesina,—gritó la mujerona furiosa.

—Apártate, te digo,—exclamó la Korablova amenazadora.

Pero la otra se acercaba más y más, y la Korablova le dió un empujón en mitad del pecho, gordo y plácido. Esto es lo que parecía esperar la otra, pues con un ademán rápido le cogió el pelo, tratando de abofetearla con la otra mano; la Korablova se la cogió con fuerza, y durante algunos minutos pugnaron las dos por derribarse. Máslova y Chorochavka trataban de librar el pelo de su compañera; pero la otra apretaba de firme. Sólo un momento soltó la trenza, pero fué para arrollarla más estrechamente alrededor de la muñeca, en tanto que la Korablova, con la cabe-



za baja, pegaba á su adversaria y trataba de morderle la mano. Las mujeres se habían agrupado en torno de las dos combatientes, y trataban de separarlas, lanzando agudos gritos; hasta la tísica, sacudida por un golpe de tos, miraba á las que se peleaban. Los niños lloraban y se apretaban unos contra otros asustados. De repente comparecieron los carceleros atraídos por el escándalo. Las contendientes fueron separadas; y entonces la Korablova, arreglándose el pelo desgredado, y la otra, tratando de ocultar el pecho que se veía por la camisa desgarrada, empezaron á gritar, á dar explicaciones, á quejarse.

—Sí, sí, sé perfectamente que la causa de todo es el vino y mañana se lo diré al director, que os castigará,—decía la llavera.—No tengo tiempo de escuchar vuestras historias. ¡Cada cual á su sitio y silencio!

Pero el silencio tardó en restablecerse. Las dos mujeres siguieron blasfemando, y ambas se achacaban mutuamente la culpa de la riña. Al cabo se aquietaron y salieron los carceleros.

La viejecita se arrodilló entonces ante el icono y empezó á rezar sus oraciones.

—Ya dos mujerotas de galera se han pegado,—empezó de repente desde el otro extremo de la cama la pelirroja, con su voz ronca, acompañando cada palabra con una horrenda blasfemia.

—Mira que te rompo la cabeza,—replicó Korablova, blasfemando á su vez.

Durante un instante callaron.

—Si no me hubiesen detenido la arranco los ojos,—continuó la primera, á la que Korablova contestó en el mismo tono.

Al cabo se calmaron las dos mujeres y todo permaneció en silencio.

La mayoría se habían acostado y algunas murmuraban entre dientes. Sólo la viejecilla rezaba, y la hija del diácono pasaba por la sala.

La Máslova no dormía. Pensaba que era una mujer de galeras, que ya dos veces la habían llamado así, y aquel pensamiento le parecía atroz. La Korablova, que le daba la espalda, se volvió hacia ella.

—No lo habría pensado nunca,—dijo la Máslova en voz baja.—¡Pensar que hay otras que salen bien libradas y que, yo siendo inocente, he sido condenada!

—No te asustes,—decía la Korablova consolándola.—En Siberia también hay gente y podrás arreglarte.

—Sí, sí, me arreglaré; pero entre tanto sufriré mucho, pues estaba acostumbrada á una vida cómoda. ¡No merecía yo parecida suerte!

—No se puede ir contra la voluntad de Dios,—dijo la otra.—El es quien lo dispone todo.

—Ya lo sé, pero cuesta mucho resignarse.

—¡Oye á aquella simple!—hizo la Korablova, llamando la atención de la Máslova, hacía unos sollozos que se oían al otro extremo de la cama común.

La pelirroja lloraba. La habían insultado y pegado, sin poder obtener una gota de aquel vino que deseaba tanto!... Siempre en su camino había hallado burlas, blasfemias, injurias, golpes... Quiso confortarse evocando la memoria de su primer amor con Jedka Molodonkoff, un obrero joven; pero de repente recordó como había terminado aquel amor la noche terrible en que Molodonkoff, borracho, le había lanzado, por broma, un vaso de vitriolo, riendo descompasadamente con los amigos, en tanto que ella se retorció á impulsos del dolor... Y aquel recuerdo le produjo una gran piedad hacia sí misma, hizo que se sintiera abandonada y prorrumpió en amargo llanto, como un niño, quejándose y tragándose sus lágrimas amargas...

—¡Pobrecita!—exclamó la Máslova,—¡da lástima!

—Sí, que da lástima; pero por lo menos, que respete á los otros.

XXXIII

Al despertar al día siguiente, Neklindoff sintió la impresión de que en su existencia había ocurrido algo muy grave, y antes de recordar siquiera lo que era, comprendió que sólo podía ser un acontecimiento noble y profundo; Katiuscha, el juicio, la necesidad de decir en lo sucesivo la verdad entera y de romper con toda mentira.

Por extraña combinación, aquella misma mañana llegó la carta que Neklindoff esperaba con tanta impaciencia y de la que tenía ahora más necesidad que nunca. María Vassilievna le devolvía su libertad y le deseaba felicidad completa en el matrimonio que consideraba próximo.

—¡Matrimonio!. —exclamó él con ironía;—¡cuán lejos estoy de ello!

Recordó lo que se propusiera la víspera: revelar su culpa al marido y ofrecerle una reparación. Pero, pensándolo mejor, no le parecía natural aquello.

—¿Para qué hacer infeliz á un hombre cuando no sabe nada? Si me lo pregunta, se lo confesaré todo; pero ir á decirselo expresamente, es inútil.

También pensó que no era fácil hablar sinceramente á Missy. Creyó que lo más prudente era no ir á casa los Korchaghin, y decir la verdad cuando le interrogaran.

Con Katiuscha debía ser todo muy claro y definido.

—Iré á verla á la cárcel, la rogaré que me perdone, y si es preciso me casaré con ella;—pensaba, y aquella idea de sacrificarse, de casarse á fin de dar satisfacción moral al deber, le conmovía.

Desde hacía mucho tiempo, Neklindoff no había empezado un día con tanto valor de ánimo. Explicó á Agripina Petrovna que en lo sucesivo no tenía ya necesidad ni de aquella casa ni de sus servicios. Si continuaba viviendo en

aquella casa tan grande, era porque debía casarse; ahora, declarando que no quería habitarla, daba á comprender que renunciaba al matrimonio.

La anciana ama de llaves la miró con extrañeza.

—Os doy gracias por los servicios que me habéis prestado, pero no necesito ni tantos criados ni un palacio como éste. Deseo que arregléis mi ropa y después Natascha—era la hermana de Neklindoff,—os dará las órdenes oportunas.

Agripina Petrovna movió la cabeza.

—¡No necesitáis nada más?

—No, nada. Tened la bondad de decir á Kornei que, aunque le he anticipado dos meses de sueldo, está libre desde este momento.

—¿Lo habéis pensado bien, Dimitri Ivanovitch? Si vais al extranjero, al volver, bien necesitaréis una casa.

—No habéis comprendido. No voy al extranjero.

De repente se ruborizó hasta la raíz del pelo.

—Es preciso que se lo diga todo,—pensaba.—Es inútil callar. ¡Precisa una confesión completa!...

—Me ha sucedido,—empezó hablando en alta voz,—un caso muy grave y extraño. ¿Recordáis la Katiuscha de mi tía María Ivanovna?

—Sí, yo la enseñé á coser.

—Pues ayer estuvo procesada en el tribunal, y yo era uno de los jurados.

—¡Ah, Dios mío! ¡Pobrecita! ¿De qué la acusaban?

—De homicidio. ¡Yo tengo la culpa!

—¿Cómo la culpa?... ¡Es muy extraño lo que decís!—Por sus viejos ojos pasó como una luz vivísima: conocía la historia de la Kautischa.

—Sí, sí, la causa de todo soy yo; esto es lo que cambia por completo mi porvenir.

—No comprendo qué tenga que ver eso con vuestra vida,—dijo Agripina, conteniendo una sonrisa.

—Ya que yo tengo la culpa de que haya llegado á tal estado, debo hacer lo posible para socorrerla.

—Esto depende de vuestra buena voluntad; pero gran parte de lo que ha ocurrido no es culpa vuestra. No debéis apesadumbraros por ello; hace tiempo que se apartó del buen camino. ¿Quién tuvo la culpa?—concluyó con gravedad.

—Yo, y por eso quiero repararla.

—En cuanto á eso, creo que será difícil.

—También lo creo yo; pero de todos modos trataré de lograrlo. En cuanto á vos, ya sabéis lo que dispuso mi madre...

—No pienso en mí. La difunta princesa fué tan generosa conmigo, que no necesito nada... Mi sobrina me ha llamado ya varias veces á su lado; iré á vivir con ella. Pero creed que hacéis mal en tomároslo tan á pecho; si no hubiera sido con voz, hubiera sido con otro.

—Yo lo creo de otro modo. Arreglad la ropa y no me sermoneéis... Os doy gracias por todo.

Desde que Neklindoff comprendiera que llevaba una vida inmoral y se inspiraba desprecio á sí mismo, sentía por Agripina y por Kornei grande estima y afecto; hubiese querido confesar su culpa también á Kornei; pero no se atrevió á hacerlo.

Yendo hacia el tribunal, conducido por el mismo cochero, á través de las mismas calles, Neklindoff se sentía un hombre completamente distinto del día antes.

Su matrimonio con Missy le parecía imposible. Ayer le parecía que la princesa hubiese sido felicísima; ahora se reputaba indigno, no sólo de casarse con ella, sino de estar á su lado.

—Si me hubiese conocido á fondo, ni siquiera hubiese consentido en recibirme. ¿Cómo podría ser feliz ni estar tranquilo siquiera pensando que Katiuscha está en la carcel y que mañana ú otro día irá á presidio? Y en tanto que esa infeliz, caída en el abismo por mi culpa, sufriría en Siberia, yo me divertiría con una mujer joven ó votaría en la asamblea al lado del mariscal de la nobleza, á quien he

engañado de un modo indigno. No, no, es imposible. Voy á hablar con el abogado y después, después la veré, la hablaré y haré que me perdone.

Al pensar que tenía que volver á verla, que le confesaría sus faltas, que le prometería repararlas en lo posible y casarse con ella, se sentía conmovido hasta lo indecible.

### XXXIV

Al llegar al tribunal, Neklindoff halló en el corredor al ujier y le preguntó dónde podían verse los presos ya condenados. El ujier contestó que estaban en diversas prisiones y que antes de que se decidiera definitivamente acerca de su suerte, sólo el fiscal general podía otorgar permiso para verles.

— Os acompañaré yo mismo después de la sesión,— dijo; — ahora no se puede ver al fiscal.

Neklindoff dió las gracias al ujier y estaba para entrar en la sala de los Jurados cuando salieron los otros, dirigiéndose hacia la sala del tribunal.

El mercader de la cara plácida, que había comido bien y bebido mejor, como de costumbre, saludó á Neklindoff como á un viejo amigo; hasta Pedro Gerassimovitch no despertó la antipatía que inspiraba al príncipe por su familiaridad habitual.

Neklindoff hubiese querido revelar á los Jurados las relaciones que tuvo con la acusada del día anterior.

—Ayer,—pensaba,— debía levantarme y confesar mi culpa ante el público.

Pero cuando en la vasta sala entraron los tres magistrados, el sacerdote, los guardias, los Jurados que se sentaron majestuosamente, sintió un recogimiento grave y solemne, y comprendió que ni el día anterior se hubiese podido atrever á turbar aquella majestad, aquellas funciones augustas.

Después del juramento de los Jurados y de la arenga

del presidente, Neklindoff asistió á las mismas formalidades preliminares. Se trataba de un hurto. El acusado, joven de veinte años, delgaducho, estrecho de hombros y con el rostro anémico, estaba sentado en el banquillo, entre dos soldados con el sable desenvainado y miraba á hurtadillas á los que encontraban. La acusación decía que junto con un compañero había descerrajado la puerta de un almacén y robado por valor de rublos 3'75. Resultaba que el *gorodovoy*,—agente de policía,—había sorprendido al acusado y á su cómplice; que ni uno ni otro negaron, que los dos fueron arrestados; el cómplice había muerto y ahora sólo se juzgaba al joven. Sobre la mesa, como pruebas materiales, estaban los objetos robados.

Los debates seguían el mismo curso que el día anterior: las pruebas, los peritajes, los juramentos, los testigos, los interrogatorios. El *gorodovoy* contestó á todas las preguntas del presidente, del fiscal y del defensor con respuestas breves:

—Sí, señor; no señor; no lo sé; eso es.

Evidentemente sentía piedad por el acusado y no quería agravar su situación.

El otro testigo, un viejecillo bilioso, propietario del almacén, al ser preguntado si los objetos presentes eran suyos, contestó que sí de mala gana. Cuando el fiscal le preguntó si tenían importancia para él, prorrumpió así:

—¡Maldito lo que me importan esas cosas! Si hubiese sabido que me tenían que dar tantos quebraderos de cabeza, no sólo no me hubiera quejado, sinó que hubiese pagado algo para evitarme tantas molestias. He gastado ya cinco rublos en coches y además estoy enfermo: padezco de una hernia y tengo reumatismo.

El acusado lo confesaba todo, hablando en voz baja y mirando alrededor como una bestezuela caída en una trampa, con ojos sin expresión.

El hecho era muy claro; pero el fiscal, como el día antes hacía preguntas sugestivas como si se tratara de sorpren-

der en contradicción á un culpable muy temible. Luego, en la requisitoria, sostuvo que el hurto se cumplió en lugar habitado y con fractura, circunstancias por las cuales el acusado merecía una condena severísima. El defensor combatía los argumentos del fiscal y sin negar el delito decía que el culpable no constituía para la sociedad el peligro que aseguraba el acusador. El presidente, que representaba la imparcialidad y la justicia, explicó á los jurados lo que ya sabían y lo que no podían saber. Del mismo modo que el día antes había intervalos en la sesión, se fumaba, el ujier anunciaba en voz alta la entrada del tribunal y los guardias estaban sentados, tratando de sacudir el sueño.

Según se desprendía del proceso, el acusado había sido puesto por su padre en una fábrica de tabaco, donde permaneció cinco años, siendo despedido al cabo de ellos por algunas diferencias surgidas entre el principal y varios operarios. Al encontrarse sin ocupación, se arrastró por las tabernas, gastando el poco dinero que tenía; en una hostería conoció á su cómplice y los dos, embriagados, habían descerrajado la puerta de un almacén, tomando los primeros objetos que encontraron. Ahora este muchacho debía ser considerado como un sér peligroso para la sociedad.

—Sí, es un sér peligroso,— pensaba Neklindoff,— como la acusada de ayer. Estos son peligrosos; ¿qué somos nosotros entonces? ¿Qué soy yo, libertino y seductor, y toda esta sociedad que sabiéndome tal, no solamente no me desprecia, sino que tiene conmigo toda clase de consideraciones y me estima?

Aparecía claramente que el acusado no era un delincuente excepcional, sinó un pobre hombre que hurtó porque las circunstancias le impulsaron á ello. Resultaba también de un modo claro que para evitar casos parecidos era preciso suprimir las circunstancias que los engendraban,



esas circunstancias que se llaman necesidad, ignorancia, miseria.

—Hubiese bastado, —pensaba Neklindoff mirando el rostro pálido y miedoso del muchacho,—que un hombre hubiese sentido compasión por este infeliz y hubiese ido en su auxilio. Hubiera bastado que cuando después de doce horas de trabajo, se bebía su jornal en la taberna con compañeros de más edad que él, un hombre le hubiese dicho:

—¡No vayas á la taberna, haces mal! El joven se hubiese abstenido y ahora no estaría ante nosotros.

Pero no había aparecido jamás ese hombre benéfico, en tanto que trabajaba como un negro. Lo que había aprendido entre sus compañeros es que se tiene por listo, aquel que sabe beber y blasfemar, y mentir al prójimo. Y cuando enfermizo y corrompido, vagando sin dinero por la ciudad, sin ocupación ninguna, habíase apoderado de unos trastos viejos, la sociedad, para enmendarle, le castigaba. ¡Era una cosa abominable!

Absorto en tal pensamiento, Neklindoff no seguía siquiera las fases del proceso, aquellos hechos que pasaban ante los ojos de su espíritu, le disgustaban. Y le maravillaba que antes no lo hubiese advertido, que no lo advirtieran los otros.

### XXXV

Apenas suspendida la sesión por unos instantes, Neklindoff salió al corredor decidido á no poner de nuevo los pies en la sala. Que hicieran del infeliz lo que quisieran; pero de ninguna manera quería prestarse á tomar parte en tal comedia.

Se informó de donde estaba el despacho del fiscal y se dirigió allí. El portero no le quería dejar franco el paso, afirmando que estaba muy ocupado; pero Neklindoff le apartó y dirigiéndose á un empleado le expuso su preten-

ción. El título de príncipe y el elegante traje de Neklindoff hicieron efecto, y pasó.

El fiscal estaba en pie, disgustado por la insistencia del príncipe.

—¿Qué deseáis?—preguntó con tono severo.

—Soy jurado; me llamo Neklindoff y es absolutamente preciso que vea á la Máslova,—replicó rápidamente ruborizándose, y comprendiendo que cumplía una acción de decisiva influencia en su vida.

El procurador era un hombre moreno, de mediana estatura ojos vivos y pelo y barba espesos.

—¿Máslova? Sí, la conozco... Está acusada de envenenamiento. ¿Y por qué deseáis verla?—dijo con calma, y luego, para corregir la aspereza de sus palabras, añadió:—No puedo dar permiso sin conocer el motivo de vuestra petición.

—Debo verla para un asunto que me interesa mucho,—replicó ruborizándose más.

—¿Pero, ha sido ó no condenada?

—Sí; fué condenada á cuatro años de trabajos forzados, y es inocente.

—¿Sí?—repuso el fiscal sin parar mientes en lo que de la inocencia de la Máslova decía Neklindoff.—Si se la condenó ayer, debe estar en la cárcel provisional y allí se permite ver á los detenidos. Os aconsejo, pues, que vayáis allí.

—Es que necesito verla pronto.

—¿Y por qué necesitáis verla?

—Porque ha sido condenada á trabajos forzados siendo inocente. Yo sólo soy el culpable.

—¿Cómo es eso?

—Yo la seduje y la he llevado á la abyección en que vive. Sin mi falta no se hallaría en tal situación.

—No comprendo, qué tenga qué ver eso con la entrevista que solicitáis.

—Quiero seguirla y... casarme con ella.—Y como siem-

pre al hablar de su resolución, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿De veras?—dijo el fiscal.—Es un caso singular. Si no estoy equivocado, sois consejero de la ciudad de Krasnopiorsch,—añadió, acordándose de haber oído hablar de Neklindoff que ahora le decía una cosa tan rara.

—Dispensad, creo que esto no tiene ninguna relación con mi petición,—replicó Neklindoff impacientándose.

—Es verdad,—contestó el fiscal sin inmutarse y casi sonriendo.—Pero vuestro deseo es tan extravagante, se aparta tanto de lo vulgar y corriente...

—¿Tendré el permiso?

—Sí; ahora lo escribiré. Sentáos, os lo ruego.

Y acercándose á la mesa empezó á escribir.

Neklindoff permaneció de pie hasta que el fiscal le entregó la carta mirándole con curiosidad.

—Debo declarar, además, que me es imposible continuar ejerciendo el cargo de jurado.

—Para esto precisa motivos plausibles.

—El motivo es que considero cada sesión del tribunal no sólo inútil, sino indigna.

—¿Sí?—replicó el fiscal sonriendo, como si aquella declaración le divirtiera.—Comprenderéis, sin embargo, que, en calidad de magistrado, no puedo estar de acuerdo con vos. Os aconsejo que esto lo declaréis al tribunal. Si éste admite la excusa, bien; sino os impondrá una multa.

—Ya lo he dicho,—afirmó Neklindoff,—y os aseguro que no vuelvo á entrar en la sala del tribunal.

—Tenía el deber de decíroslo,—repuso el fiscal inclinando la cabeza.

Apenas salió Neklindoff, entró uno de los magistrados.

—¿Quién estaba aquí?—preguntó.

—Neklindoff, ese que en el consejo de Krasnopiorsck siempre proponía extravagancias. Ahora quiere casarse con una presa condenada á trabajos forzados.

—¿Es posible?

—Me lo acaba de decir... y parecía bajo el imperio de una gran exaltación mental.

—La juventud de hoy día creo que no tiene cabal el juicio...

—Sí; pero ese no es tan joven...

—¿Sabéis que vuestro tan alabado Yvaschencoff nos ha aburrido? Habla como una taravilla.

—Es preciso hacerle callar. Es un caso de obstruccionismo.

### XXXVI

Apenas salido del despacho del fiscal, Neklindoff se dirigió á la cárcel. Pero allí no estaba la Máslova y el director le explicó que debía estar en la cárcel vieja donde estaban los condenados á destierro.

Catalina Máslova estaba con efecto, en la cárcel vieja. Entre las dos prisiones había un largo trecho; así es que Neklindoff aún cuando no perdió un minuto de tiempo, llegó después del mediodía. Quiso acercarse á la puerta del edificio altó y sombrío; pero el centinela no lo permitió y tocó una campanilla. Apareció un llavero á quien Neklindoff enseñó su permiso; pero el llavero rehusó dejarle entrar sin consentimiento del director y Neklindoff tuvo que esperar á éste.

En tanto que subía la escalera, oyó tocar en el piano una rapsodia de Liszt.

Neklindoff preguntó á la criada si el director estaba en casa y le dijo que no.

—¿Cuándo estará?

—Voy á preguntarlo.

Calló el piano y se oyó una voz agria que decía:

—No está ni estará en todo el día. Decídselo al que pregunta.

Principió de nuevo la rapsodia; pero luego calló el piano, se oyó remover una silla y parció que la pianista se

aprestara á salir para saber quien era que á tales horas llamaba.

—Papá está fuera,—empezó á decir con voz ágría una señorita fea y paliducha. Pero al ver á un joven elegante se humanizó.

—Pasad, si lo deseáis. ¿Qué queréis?

—Quisiera ver á una presa; el fiscal me ha dado permiso.

—¡Ah! de esto no sé nada,—contestó la joven.—Papá está fuera. Pero si queréis ver al vicedirector, le encontraréis en su despacho. ¿Queréis decirme vuestro nombre?

—Os doy muchas gracias,—replicó Neklindoff, sin contestar á la pregunta.

Apenas llegaba al final de la escalera oyó de nuevo el ruido del piano.

En el patio halló un empleado quien le dijo que teniendo permiso para la cárcel nueva no podía dejarle entrar en la vieja y que, además, la hora de visita había pasado.

—Venid mañana á las diez; es la hora de visita y además el director estará en su despacho.

Neklindoff volvió hacia su casa sin acordarse sino de Katuscha y de las conversaciones tenidas con el fiscal y los empleados. El hecho de haber procurado ver á Katuscha por todos los medios posibles, de haber manifestado su decisión el fiscal, de haber ido á las dos cárceles le había sobreexcitado los nervios, que no querían ahora calmarse.

Al llegar á su casa sacó el cuaderno de sus notas en que consignaba sus impresiones y escribió así:

«Hace dos años que no escribo nada de mi vida, porque la juzgaba una puerilidad, creo que lo es; es un diálogo entre mi conciencia y con aquel «yo» verdadero é intelectual que vive en todo hombre. Durante esos dos años, este «yo» había quedado obscurecido. Ahora ha despertado á impulso de un hecho extraordinario. El 28 de Abril, en la audiencia, en un proceso en que tomé parte como jurado,

he visto en el banquillo de los acusados, con traje de presa, á mi Katuscha, aquella niña que sedujo, y, por un error mío, ha sido condenada á trabajos forzados. En este instante vengo de la cárcel y de ver al fiscal. No me la han dejado ver; pero he resuelto hablarla, pedirla perdón, expiar mi culpa hasta con el matrimonio. ¡Dios mío! ayúdame... ¡Siento que una alegría inmensa inunda mi corazón!.»

### XXXVII

Aquella misma noche, la Máslova, hundida en una cama, no podía conciliar el sueño; con los ojos muy abiertos, contemplaba tan pronto la puerta como la hija del diácono que continuaba paseando, y un tropel de pensamientos asaltaban su mente. Pensaba que no le convenía hacer caso á ningún preso; pero que debía tratar de unirse á un carcelero, á un escribano, á un empleado. ¡Las mujeres gustan tanto á todos! Lo que la horrorizaba era el pensamiento de que podía adelgazar: aquello sería su ruina.

Recordaba que en la audiencia la habían mirado de un modo complaciente todos los magistrados, los soldados, su defensor. Recordó que la Berta le dijo que un estudiante á quien quería cuando estaba con la Rosanov había ido á preguntar por ella. Se acordaba de todo y de todos, menos de Neklindoff.

La Máslova no guardaba ni un vago recuerdo de su infancia, de su juventud, de sus amores con Neklindoff. Aquellos recuerdos, que le eran más dolorosos, los tenía guardados en lo más íntimo de su alma, encerrados bajo llave para siempre y ni aún en sueños habría visto á Neklindoff.

Cuando en la sala del tribunal fijó en él su mirada, no le reconoció; no tanto porque el príncipe llevaba la barba y estaba bastante cambiado, sino porque jamás pensaba en él. Había sepultado todos sus recuerdos una noche negra y tremenda, cuando Neklindoff, de vuelta de la guerra, había rehusado ir á casa de sus tías.

Hasta aquella noche, en la esperanza de verle, no le causaba pena aquella criaturita que llevaba en sus entrañas. Pero después todo cambió, y aquel niño que debía nacer le parecía insoportable carga.

Aquella noche las tías esperaban á Neklindoff; pero éste había teleografiado que no podía detenerse porque debía estar en Petersburgo el día siguiente, y Katiuscha, sabiéndolo, fué á la estación para verle. Katiuscha ayudó á desnudar á las solteronas y después se puso un pañuelo en la cabeza, tomó consigo una niña, hija de la Maska, la vieja cocinera, y se fué á la estación, donde á las dos de la madrugada debía estar el tren que conducía á Neklindoff.

Era una noche tempestuosa de otoño; soplabá fuertemente el cierzo y la lluvia caía en gruesas gotas. La obscuridad era tan grande que ni el suelo se veía. Katiuscha, aun cuando conocía muy bien el camino, se extravió en el bosque, obscuro como boca de lobo. Cuando llegó á la estación, el tren iba ya á marchar. La campana había dado dos toques.

Al llegar al andén, Katiuscha vió al príncipe de pie en un vagón de primera clase. En el departamento, iluminado por una luz muy viva, dos oficiales jugaban á cartas. Neklindoff, apoyado en uno de los sillones, con la camisa muy blanca y pantalones de caballería, reía estrepitosamente. Katiuscha llamó á los cristales con sus dedos rígidos por el frío; pero en aquel momento sonó de nuevo la campana y se movieron los coches. La joven llamó de nuevo y se acercó á la ventanilla; pero el vagón huía y Katiuscha empezó á andar de prisa para atraparlo. Uno de los oficiales trataba de bajar el cristal y no consiguiéndolo, Neklindoff se acercó á la ventanilla.

El tren había acelerado su marcha y aunque Katiuscha corría para ver de nuevo al príncipe, los coches de primera estaban ya lejos y por su lado avanzaban y desapare-

cían los de segunda y tercera clase, á pesar de que ella no cesaba de correr. De repente salió del andén cubierto y una ráfaga de viento le arrancó el pañuelo de la cabeza y le pegó las sayas á las piernas.

—¡Tía Mikailovna! ¡Tía Mikailovna!—gritaba la muchacha siguiéndola de lejos,—habéis perdido el pañuelo.

Katuscha se paró bruscamente, volvió hacia atrás la cabeza y prorrumpió en amargo llanto.

—¡Se va!—gritó.

El, sentado en una poltrona de terciopelo, en un vagón elegante y bien iluminado, bromeaba y bebía, ella, en cambio, abandonada en mitad de las tinieblas, bajo el viento y la lluvia, ¡lloraba, lloraba! A tal pensamiento se tiró al suelo y sollozaba tan desesperadamente, que la niña asustada, le suplicó:

—¡Tía, vamos á casa!

Katuscha no contestaba. Estaba resuelta.

—Cuando venga otro tren,—pensaba,—me echo bajo la máquina, y ¡así acaba todo!...

De repente sintió removerse algo en sus entrañas. Era él, el niño, su niño; y por él olvidó cuanto la atormentaba un momento antes, su odio contra el príncipe, su deseo de vengarse de él matándose.

Tranquilizada, se puso de nuevo el pañuelo y, cansada y angustiada, se fué hacia casa, con el vestido chorreando y manchado de barro.

Desde entonces empezó en su ánimo la transformación que debía traerla á la situación en que se hallaba.

Primero había tenido fe en Dios, en cuanto la tienen los demás, pero desde aquella noche cesó de creer en Dios, no comprendió que ninguno creyera, y pensó que cuanto se decía de El y de sus leyes era engaño é injusticia. ¡Neklin-doff que la amaba, de quien sabla que era amada, se burlaba de sus sentimientos!... ¡Y Neklin-doff era mejor que los demás hombres que ella conocía!... ¡Cómo serían los otros!



Los demás acontecimientos la confirmaron en tal creencia. Las solteronas la echaban de casa cuando no servía para bestia de carga; las demás personas la habían tratado sin compasión. Las mujeres se aprovecharon de ella para ganar dinero; los hombres, desde el viejo *stanovoi* al carcelero, la consideraron como instrumento de placer. Ninguno la quería para otra cosa. De aquello la persuadió el viejo escritor que conociera poco después de su caída. Solía decir que el placer era la felicidad, la estética, la poesía de la vida. Cada cual vivía para sí mismo y para la consecución del propio placer, y Dios y el bien eran vanas palabras.

Cuando alguna vez se preguntaba por qué existía tanto mal en la tierra, por qué todos hacían mal á los demás, por qué era tan universal el padecimiento, se respondía á sí misma que todo aquello eran pensamientos molestos y que era preciso suprimirlos. Bebiendo y fumando se olvidan todas las supersticiones.

### XXXVIII

Al día siguiente, era domingo, cuando á las cinco de la mañana resonó en el departamento de las mujeres el acostumbrado silbido, la Korablova despertó á la Máslova.

—¡Mujer de galeral—pensó esta con terror, restregándose los ojos y respirando con fatiga el aire pesado y fetido. Quería dormirse de nuevo; pero el miedo venció al sueño. Se puso en pie, se sentó después á la orilla de la cama y miró á su alrededor.

Las mujeres estaban todas levantadas. Unicamente dormían los niños. La vendedora de vino se vestía procurando no despertar á los niños. La tísica, apretándose las manos contra el pecho, con el rostro amoratado, tosía de un modo horrible, y en los momentos de respiro se quejaba casi á gritos. La pelirroja contaba alegremente un sueño

que había tenido. La viejecita, de pie ante la imagen santa, murmuraba sus plegarias. La hija del diácono, sentada en la cama, miraba en torno con los ojos aún cargados de sueño. La Koroschavka se arreglaba su pelo negro grasiento.

Resonaron pasos en el corredor; fué quitado el cerrojo, con gran estrépito y entraron dos carceleros con pantalones grises muy cortos que quitaron el cubo fétido de la sala.

Las mujeres habían salido al corredor para lavarse. Pero allí la pelirroja y otra mujer salida de otra cuadra se enzarzaron y de nuevo resonaron blasfemias, golpes y quejas.

—¿Quieres callar?—gritó un llavero dando una puñada tan fuerte sobre la espalda gorda y desnuda de la roja, que resonó por el corredor.—¡Ya verás si te oigo otra vez!

—Estás de broma, viejo demonio,—contestó la mujerona.

—¡Pronto, pronto! A arreglarse para la misa.

La Máslova tuvo apenas tiempo de peinarse. Apareció el director acompañado de un carcelero.

—¡Contestad á la lista!—gritó un empleado.

De las otras cuadras habían salido las demás presas. Formaron en dos filas á lo largo del corredor. No faltaba ninguna. Una de las llaveras las acompañó á la capilla.

La Máslova y Fedossia estaban en el centro de la columna formada por más de cien mujeres. Todas llevaban pañolito blanco en la cabeza y tenían de igual color la blusa y las sayas; sólo de cuando en cuando se veía un vestido de color distinto; eran las mujeres que habían ido á ver á sus maridos. Al dar la vuelta á un corredor la Máslova se encontró con la cara repugnante de su enemiga, la Botchkova, y la señaló á Fedossia.

Bajada que fué la escalera, entraron las mujeres en la iglesia, persignándose. Se sentaron en los bancos de la izquierda, apretándose unas contra otras. Luego entraron

los presos destinados á ir á Siberia, que se colocaron á la derecha.

La capilla recién construida y muy adornada, gracias á la munificencia de un comerciante que se gastó muchos miles de rublos, resplandecía como una ascua de oro.

Durante unos momentos no se oyó sino ruido de toses, de gente que se sonaba, gritos de niños y de cuando en cuando ruido de cadenas. De repente los carceleros se acercaron unos á otros formando dos filas, por entre las que pasó el director, que se colocó delante de todos.

Empezaba la función sacra.

### XXXIX

El sacerdote se puso una especie de sobrevesta muy incómoda, de una tela de brocado muy gruesa. Cortó después en muchos pedacitos un pan que colocaba sobre un plato; después en tanto que rezaba en voz baja, echaba pedacitos en un cáliz. Entre tanto el diácono leía y rezaba sin perder momento, en un slavo casi incomprensible. Se advertía en seguida que la mayoría de las plegarias eran invocaciones al cielo en favor del Czar y de la familia imperial.

Después el diácono leyó algunos versículos del *Libro de los Apóstoles*, con voz tan extraña y ronca, que no se entendía una palabra. El sacerdote leyó luego el Evangelio del día con voz clara y distinta. Era el trozo del Evangelio de San Marcos en el que se explica como Cristo, después de resucitado, antes de ir á sentarse á la diestra de Dios Padre, se presentó á María Magdalena, luego á los once apóstoles, ordenándoles que predicasen el Evangelio á las gentes; añadiendo que aquel que no creyera se hundiría en la ruina eterna y que, en cambio, el que hubiese creído en El, se salvaría y tendría poder sobre los espíritus malignos y podría curar á los hombres de las enfermedades, coger

las serpientes, entender las lenguas nuevas, y no morir aunque tomara veneno.

Pero lo que constituía la substancia verdadera de la función sacra, era la suposición de que los trocitos de pan cortados por el sacerdote y echados en el vino pudiesen, por virtud de algunas oraciones, transformarse en el cuerpo y la sangre de Cristo. El sacerdote, con movimientos uniformes y regulares, según le permitía el saco de brocado en que estaba metido, levantaba las manos en alto: luego se arrodillaba, después besaba el altar; pero el acto esencial era hacer pasar muchas veces una servilleta sobre el cáliz y el plato. Aquel era el momento en que pan y el vino se transformaban en el cuerpo y la sangre de Cristo.

—¡A la santa, pura y bendita madre de Dios!—exclamó luego el sacerdote; y en seguida el coro, con un cántico solemne, contestó que era bello y justo tributar gloria á la que, permaneciendo virgen, había dado vida á Jesucristo, y que por eso cantaban sus alabanzas querubines y serafines.

Después de eso, la transformación podía creerse cumplida. El sacerdote sumergió de nuevo el pan en el vino y se lo puso en la boca, persuadido de que había comido un trozo de la carne de Dios, y bebido un sorbo de su sangre.

Después sosteniendo el cáliz con las manos, se volvió hacia los presentes y les invitó á comer el cuerpo y á beber la sangre de Dios.

Algunos niños se adelantaron. El sacerdote les preguntaba el nombre, les daba una cucharada del sacro manjar, y el diácono les enjugaba la boca en tanto que repetía el versículo: «Los niños comen la carne de Dios y beben su sangre.»

Después, de lo cual el sacerdote encerró el cáliz y una vez ingeridas las últimas partículas del cuerpo y de la sangre Divinas, se relamió con cuidado el bigote, se limpió los labios y con buen humor y desenvoltura bajó del altar pisando fuerte.

Pero aquella vez, á la función que terminaba se añadió otra, para consuelo de los presos. De pie, ante la aurea imagen de aquel Dios cuya carne y sangre acababa de ingerir, entre el resplandor de muchas hachas encendidas, empezó una oración larguísima.

—Jesús mío dulcísimo; Jesús, gloria de los apóstoles, señor omnipotente; Jesús, salvación mía, mi redención, mi amor; Jesús mío bueno, sálvame por tu intercesión...

De cuando en cuando se detenía para tomar aliento, se persignaba, se inclinaba y todos los asistentes le imitaban; se inclinaban el director, los carceleros, los presos, que entrechocaban á veces sus cadenas. Luego añadía, invocando siempre á Cristo:—Jesús mío bueno, Jesús mío fortísimo, Jesús mío glorioso ..—y aquel nombre de Jesús, tantas veces repetido, le salía como un silbido de entre los labios. Al final del versículo arremangaba las vestiduras forradas de seda y se arrodillaba y tocaba con la frente al suelo, mientras el coro, arrodillado, repetía las últimas palabras: —¡Jesús, hijo de Dios, sálvame! Luego todos se levantaban, y los hombres, con un movimiento brusco echaban hacia atrás los cabellos que les caían sobre la frente, con un ruido sombrío de cadenas, que atormentaban los jarretes de los pies descarnados.

Así continuó mucho rato. Había terminado el rezo que concluía con la palabra «sálvame,» y ahora empezaba otro que decía «aleluya,» y así como antes debían los asistentes inclinarse una vez, ahora les tocaba inclinarse dos; por lo cual todo el mundo se alegró cuando el sacerdote cerró el libro con un suspiro de satisfacción.

Faltaba la última ceremonia. El sacerdote había tomado del altar una cruz dorada y esmaltada y llegó con ella al centro de la iglesia. Primero la besó el director, después los carceleros, por último los demás, abalanzándose unos sobre otros, insultándose y blasfemando en voz baja. Y como el director cuchicheaba con el sacerdote, éste inclinaba de cualquier modo la cruz que á veces daba en las narices de

los presos, que se esforzaban sin embargo en llegar hasta ella.

De aquel modo concluyó la función cristiana que se cumplía para edificación moral de los hermanos extraviados.

## XL

A nadie, empezando por el sacerdote y el director y acabando por la Máslova, se le ocurría que Jesús, cuyo nombre se escapaba sibilante de los labios del sacerdote, que lo alababa y lo invocaba por modo tan extraño, había vedado no sólo todas aquellas habladuras sin sentido, todas aquellas fórmulas y ritos sobre el pan y sobre el vino que cumplía el sacerdote, sino que había prohibido del modo más absoluto que unos llamaran maestros á los otros, había prohibido las oraciones en los templos ordenando que se rogara en la soledad; había prohibido los mismos templos diciendo que venía para destruirlos, porque hay que rogar no en los templos sino en lo más íntimo del alma; y más que todo había prohibido no sólo juzgar, encerrar y atormentar, como allí se hacía á sus semejantes, sino toda violencia, todo abuso sobre las personas, proclamando que había venido para dar libertad á los esclavos y á los oprimidos.

A nadie se le ocurría que cuanto se realizaba en aquel lugar era una befa de la religión de Cristo; que aquella cruz de oro y esmalte que el sacerdote había tomado del altar y alargaba á los infelices, no era otra cosa que la imagen del patíbulo al cual subiera el Cristo por haber prohibido todo cuanto allí se hacía en su nombre. A nadie le pasaba por las mientes que los sacerdotes comieran y bebieran *realmente* la carne y sangre de Dios.

Si el sacerdote podía hacer todo aquello con tranquilidad de conciencia, era porque desde la infancia le habían enseñado que aquella era la fe única y verdadera, porque había sido la fe de sus padres y antepasados. No creía que

el pan se transformara en carne ni que fuera ventajoso á la salud del alma pronunciar determinadas palabras, ni que se hubiese tragado un trozo de Dios—en esto nadie puede creer—pero tenía por seguro que era preciso creer en ello. La razón más convincente era que desde los dieciocho años sacaba de aquel oficio y de aquellas ceremonias el dinero necesario para mantenerse y mantener á su familia.

En igual razón se fundaba la creencia del diácono, que había olvidado hasta los fundamentos de su religión. Sabía que para cada función existe una tarifa fija, que los verdaderos cristianos pagan con alegría, y así gritaba, cantaba, rogaba, leía, convencido de que aquello era necesario para él como lo es al comerciante vender carbón, harina, patatas.

El director y los carceleros no sabían ni de lejos cuál era la esencia de la fe de Cristo ni cuál era el significado de aquellas funciones que se cumplían en la Iglesia. No trataban siquiera de inquirirlo. Sabían que se cree, que es necesario creer porque así lo hacen todas las autoridades reconocidas empezando por el Czar. Tenían la percepción vaga de que la fe cohonestaba la crueldad de sus funciones y esto les tranquilizaba. Quizás privada de aquella fe, hubiese habido muchos que no se hubiesen atrevido á atormentar á su prójimo. El director, por ejemplo, que era un hombre de carácter bondadoso, no hubiese podido perseverar en su ocupación si no hubiese tenido un auxiliar y un sostén en aquella fe. Por eso, durante la ceremonia se había mostrado respetuoso, compungido, lleno de devoción.

Entre los presos, la mayoría comprendía que aquella fe era una hábil mentira inventada en daño de los hombres. Pero estimaba al propio tiempo que en aquel *icono* dorado, en aquella cruz, en aquel momento, en aquel «¡Jesús, ayúdame!» «¡Jesús, sálvame!» se encerraba un poder miste-

rioso, desconocido, potente, capaz de dar grandes comodidades en esta vida y gran bienestar en la otra.

Cierto era que muchos de ellos habían tratado de alcanzar aquellas comodidades por medio de tales ritos y tales rezos y que no habían conseguido su objeto; pero cada uno creía ser una excepción, un caso de mala suerte, que no podía bastar para destruir aquella fe, origen de una institución admitida por los sabios y por el metropolitano. (1)

Tal era la creencia de la Máslova. En tanto que duraba la función, sentía, como las demás, una mezcla de veneración y de aburrimiento. Al principio no se había fijado en nada, pero luego advirtió detrás del director un aldeano de barba clara y rubia—era el marido de Fedossia, el cual no apartaba los ojos de su mujer—y empezó á mirarlo y habló en voz baja con su compañera y de un modo distraído se inclinaba y se persignaba, tal como hacían las otras.

## XLI

Aquella misma mañana Neklindoff se levantó temprano y salió de casa.

La ciudad parecía dormir aún. Unicamente un campesino iba de puerta en puerta con su carrito voceando con voz ronca: ¡Leche! ¡Leche! ¡Leche!

Apenas habían empezado las primeras lluvias de primavera.

En las plazas apuntaban las primeras hierbas de los jardines, los plátanos sacudían sus hojas verdes y olorosas y las ventanas de las casas se abrían de par en par al soplo de la brisa templada. En las calles, las puertas de las casas se abrían perezosamente.

En la plaza del mercado que debía atravesar Neklindoff un tropel de gente se agolpaba frente á la fila de tiendas.

---

(1) Dignidad superior de la jerarquía eclesiástica rusa.—N. del T.



Junto á las tabernas había obreros bien ataviados y libres del acostumbrado trabajo; mujeres con pañuelos de colores vivos en la cabeza y mantillas recamadas de azabache.

Los *gorodovi* estaban de pie, inmóviles, á lo largo de los paseos, junto á los cuadros de verdura, por sobre los cuales, corría alegremente una multitud de niños. Por las calles frescas y húmedas aún en la parte de la sombra, resonaba incesantemente el rodar de los carros pesados, el correr de los coches y campanillas de los tranvías, al que se mezclaba el sonido y el eco de las campanas convocando á los fieles á asistir al oficio divino, igual en un todo al que se celebraba en la capilla de la cárcel. Algunos de los que pasaban endomingados, tomaban el camino de su parroquia.

El cochero condujo á Neklindoff hasta la calle donde estaba situada la cárcel.

Cuando Neklindoff llegó, estaba aún cerrada la prisión.

Había cercana á ésta, varias casas bajas de madera, y más lejos, se erguía imponente el edificio de piedra, al cual estaba prohibido acercarse. Algunos hombres y mujeres estaban á cien pasos de distancia, llevando lios en la mano, en tanto que el centinela, con el fusil al hombro, paseaba arriba y abajo, rechazando bruscamente al que trataba de acercarse.

Cerca de las casas de madera, un liavero con uniforme galoneado y con una libreta en la mano apuntaba los nombres de todas las personas que deseaban ver á los presos.

Neklindoff se acercó á su vez, dió el nombre de Máslova, que apuntó el carcelero, al cual preguntó por qué no dejaban entrar todavía.

—Están celebrando la misa; al acabar, ya se abrirá la puerta.

El príncipe se mezcló por entre la turba que estaba esperando.

En aquel instante, un hombre, con el traje derrotado, los pies descalzos y un sombrero lamentable, se adelantó hacia la puerta de la cárcel.

—¿Dónde vas?—gritó el centinela.

—¿Y tú, por qué gritas tanto?—respondió el hombre sin asustarse y volviendo hacia atrás.—Si no me dejas esperaré; pero es inútil que grites como si fueras un general.

Una carcajada de aprobación se escapó de entre la multitud.

La mayoría de los visitantes llevaban trajes raídos y haraposos; pero había algunas personas de aspecto muy elegante.

Al lado de Neklindoff, había un caballero bien vestido, de muy buen aspecto, que llevaba un lío de ropa blanca. El príncipe le preguntó si era la primera vez que iba á la prisión; contestó el otro que venía, regularmente, cada domingo y que iba á ver á su hermano, condenado por falsificación.

Estaba á punto de preguntar á Neklindoff el objeto de su visita, cuando su atención se fijó en dos nuevos recién llegados, un estudiante y una señorita con el rostro cubierto por un velo, que venían en un carruaje tirado por un caballo de pura raza.

El estudiante traía un gran lío, y acercándose á Neklindoff, le preguntó que debía hacer para entregar aquel pan que llevaba de limosna.

—A mi novia se le ha ocurrido esta idea. Aquella joven es mi novia. Su familia nos ha autorizado para traer esto á los presos.

Neklindoff contestóle que era la primera vez que iba y que ignoraba lo que le preguntaba. Le aconsejó que se dirigiera al carcelero.

En aquel mismo momento se abrieron de par en par las altas y férreas puertas de la prisión, y apareció un oficial, seguido de un carcelero. Tomó la libreta en que esta-

ban apuntados los nombres de los visitantes y anunció que estaba libre la entrada.

El centinela se hizo á un lado, y la multitud, como si temiera perder tiempo, corrió hacia la puerta, empujándose y atropellándose.

Un carcelero, contaba, en alta voz, las personas que pasaban, y otro las numeraba á su vez, tocando con la mano á cada uno.

Esto se hacía para que á la salida, no pudiera quedar encerrado nadie en la cárcel ni pudiera huir ninguno de los detenidos.

Apenas pasada la puerta, había una gran sala con un nicho en el que se veía un crucifijo.

—¿Para qué esto?— se preguntó á sí mismo Neklindoff; é involuntariamente, pensó que la imagen de Cristo, más bien debía ser signo de liberación que de cárcel.

Neklindoff andaba despacio dejando pasar á los demás visitantes, y en su ánimo, se agitaba un tropel de sentimientos; sentía terror de aquellos delincuentes, y una compasión indecible hacia los que estaban encerrados en aquel triste sitio sin culpa alguna, como el muchacho del día anterior y como la Máslova; sentía también una mezcla de emoción y de temor al pensar en que iba á encontrarse con Katiuscha.

En tanto que Neklindoff atravesaba la puerta de la gran sala, el director pronunció algunas palabras; pero el príncipe, absorto en sus ideas, no las oyó, y siguió el tropel de la gente que se dirigía al departamento de los hombres. Al entrar en el locutorio, sintió un rumor ensordecedor de centenares de voces que chillaban, y únicamente cuando se hubo acercado y advirtió tantas personas amontonadas junto á una reja como moscas en el azúcar, comprendió de qué se trataba.

La estancia estaba dividida por dos rejas que llegaban desde el techo al suelo; detrás de una estaban los presos, ante la otra, los visitantes, de modo que unos estaban se-

parados de los otros, por un espacio de tres metros, por el cual, se paseaban los carceleros. Así resultaba imposible, no solamente hacer pasar ningún objeto, sino hasta verse las caras los que no tenían muy buena vista. Aquí y allá aparecían rostros pegados contra la reja; maridos, mujeres, hijos, padres y conocidos que hacían esfuerzos sobrehumanos para entenderse.

Pero á causa de la distancia, era difícil hablar, y como cada cual quería hacerse oír y la voz del vecino sofocaba la suya propia, todos gritaban á voz en cuello tratando de sobreponer la suya á la del vecino.

Al lado de Neklindoff había una vieja con un gran pañolón en la cabeza, con el rostro pegado á la reja y la barba temblorosa, que gritaba algo á un joven pálido, con la cabeza rapada, que, frunciendo el entrecejo, la escuchaba atentamente.

Cerca de la vieja, un joven aguzaba el oído para recoger las palabras de un preso que tenía el rostro demacrado por los muchos sufrimientos, y que gesticulaba y movía la cabeza.

Había también un hombre que de cuando en cuando daba un grito tremendo y reía. Al lado de éste, una mujer con un niño en brazos, sollozaba sentada en el suelo; quizá era la primera vez que veía con uniforme de preso y con la cadena al pie, á un hombre de pelo gris que estaba en frente de ella.

Detrás de la mujer, el portero con el cual había hablado Neklindoff, hablaba en voz alta con un preso calvo y de ojos relucientes que estaba al otro lado de la reja.

Cuando Neklindoff comprendió que debía hablar en aquellas condiciones, sintió un sentimiento de rebelión contra la gente que había creado institución tan feroz, y se maravillaba de que los demás no se rebelaran. Permaneció cinco minutos en aquel cuarto, dominado por una tristeza indefinible.

Sentía que no era igual que los otros aún, y que todavía era incapaz de luchar contra la fuerza de las cosas.

—He venido con un objeto,—se dijo para reanimarse,—y es forzoso que lo logre.

Y buscando con los ojos á alguien que representara á la autoridad en aquel sitio, vió á un hombre con bigote y traje de oficial que paseaba por detrás de todos los visitantes.

—¿Podríais decirme, señor, donde están las mujeres, y cómo se hace para hablar con ellas?

—¿Buscáis el departamento de mujeres?

—Sí, señor.

—Debisteis decirlo en el vestíbulo. ¿Por quién preguntáis.

—Por Catalina Máslova.

—¿Una detenida política?

—No; es sólo...

—¿Ha sido ya juzgada?

—Sí; fué condenada hace dos días,—repuso Neklindoff con tono humilde, temiendo que su interlocutor perdiera el interés que parecía sentir por él.

Y realmente pareció que su dulzura había conmovido al hombre terrible.

—Si queréis ir al departamento de mujeres, pasad por aquí, replicó el oficial, juzgando por el traje que Neklindoff era digno de ser atendido.

Y volviéndose, luego, hacia otro empleado, todo lleno de medallas, le dijo:

—Sindoroff, acompaña al señor al departamento de las mujeres.

En aquel instante se oyeron sollozos desgarradores junto á la reja.

Todo le parecía extraño á Neklindoff y más que todo, que debiese dar las gracias á todos los empleados de la cárcel, congraciarse con todos los ministros de aquella crueldad.

El empleado condujo á Neklindoff al locutorio de las mujeres.

## XLII

Este, como el de los hombres, estaba dividido en tres partes por dos rejas; pero era mucho más pequeño y había menos número de visitantes y de presas: sin embargo, había un alboroto casi tan grande como en el primero. En el espacio que quedaban entre las dos rejas, paseaban los llaveros y la llavera mayor, que se distinguía por su uniforme con galones en las mangas.

Como en el locutorio de los hombres todos tenían el rostro pegado á la reja, y en tanto que unos, poniéndose de puntillas, sobresalían de la cabeza de los demás para hacerse oír mejor, otros sentados en el pavimento, conversaban entre sí.

Lo que más llamaba la atención entre las presas era una gitana delgaducha, con el pelo alborotado y el pañolito puesto de cualquier modo sobre los negros rizos: estaba casi en el centro de la reja y con voz estridente y ayudándose con gestos vivacísimos trataba de hacer entender algo á un gitano con una blusa morada y una faja á la cintura.

Al lado del zingaro había un soldado sentado en el suelo hablando con una prisionera; luego un aldeano joven, con la barba rubia y el rostro colorado por el esfuerzo de contener las lágrimas, hablaba con una presa rubia graciosa, que le contemplaba con dulzura con sus ojos azules. Eran la Fedosia y su marido. Varios hombres y varias mujeres más, de uno y del otro lado, hablaban también en voz alta ó se contemplaban en silencio.

Entre aquellas mujeres que estaban detrás de la reja, no aparecía la Máslova. Pero como enfrente de Neklindoff había una joven, y como comprendió de repente que debía ser ella, sintió palpitar el corazón con violencia, y pa-

recióle que le faltaba el aliento. El instante decisivo había llegado.

Se acercó á la reja y reconoció en seguida á la Katiuscha que, de pie detrás de Fedosia, escuchaba las palabras de su compañera y sonreía. No llevaba el uniforme gris de presa, sino un corpiño blanco y ceñido que dibujaba la curba del pecho: bajo el pañolito salían dos ricillos de su pelo negro y fino.

—Hé aquí el momento en que se resuelve todo,—dijo Neklindoff.

Y se preguntaba como debía llamarla.

—Quizá se acercará ella misma,—pensó después.

Pero la Máslova no se acercaba, porque creía que iría Berta, y no imaginaba que aquel caballero estuviera allí esperándola.

—¿A quién deseais ver?—preguntó al príncipe uno de los carceleros.

—A Catalina Máslova,—respondió con esfuerzo.

—Máslova, un señor pregunta por tí,—gritó el carcelero.

La Máslova se volvió, levantó la cabeza, sacó el pecho con aquella expresión de serenidad que tan bien conocía, y con una muda interrogación en los ojos, miró á Neklindoff. No lo reconoció; pero comprendiendo por el traje, que era un hombre rico, sonrió alegremente.

—¿Qué queréis?—preguntó sin dejar de sonreír y mirándole con sus ojillos vizcos.

—Quería decir...—Neklindoff titubeaba; no sabía si decirle de tú ó de vos: se decidió por lo último y prosiguió sin levantar la voz,—quería veros,.. yo...

—¿Qué demonios me cuentas?—gritó á su lado un hombre.—¿Lo has tomado ó no lo has tomado?

—Está á punto de morir; está muy débil,—voceaba otro.

La Máslova no podía comprender las palabras de Neklindoff; pero en tanto que hablaba pareció que un rayo de luz atravesara su mente, trayendo á ella los recuerdos que siempre rechazaba. La sonrisa desapareció de sus labios y en su frente se marcó una arruga dolorosa.

—No oigo lo que me decís,—gritó, en tanto que fruncía más el entrecejo.

—He venido...

«Cumplo mi deber; la sinceridad de mi arrepentimiento me lo impone...»—pensaba entre tanto Neklindoff; y sus ojos se llenaron de lágrimas, formóse un nudo en su garganta, y aferrándose con las manos á las rejas, hizo un esfuerzo para contener el llanto.

—A no ser por la enfermedad, no se marcha,—gritaba entre tanto una mujer.

—Te juro que no sé nada,—exclamaba otro.

La Máslova advirtió la emoción del príncipe y pareció conmoverse á su vez; brillaron sus ojos, y un rubor desigual apareció en las pálidas mejillas. Pero el rostro conservaba su expresión severa, y los ojos un poco vizcos, miraban siempre con atención.

—Me parece que os reconozco; pero no me acuerdo bien,—gritó.

—He venido para pedir os perdón,—profirió de repente Neklindoff con voz alta y firme, como quien pronuncia una frase largamente estudiada. Sintió vergüenza y miró á su alrededor; pero comprendió que debía sufrir aquella vergüenza que lo purificaba más y más. Continuó en alta voz:

—¡He hecho mal, he sido un vil... perdóname!

Inmóvil, sin hablar, ella no apartaba la mirada de él. Entonces éste se apartó de la reja con un esfuerzo supremo para ocultar las lágrimas.

Entre tanto el director, que habia hecho acompañar á Neklindoff, y que evidentemente se interesaba por él, se le acercó y preguntóle por qué no hablaba con la presa.



Neklindoff se sonó para ocultar mejor su emoción, y contestó luego que era imposible hablar á través de la reja, porque no se entendía una palabra.

El director pensó algunos minutos.

—Bien, bien,—dijo,—haremos que salga un momento. María Karlovna,—dijo á una carcelera,—haced salir á la Máslova.

### XLIII

Al cabo de algunos minutos apareció por una puerta lateral la Máslova, se acercó á Neklindoff, y parándose junto á él, le miró fijamente. Como dos días antes, su pelo negro caía en abundantes rizos sobre la frente, y su rostro blanco y lindo tenía una expresión dulce de gracia y de calma; de cuando en cuando sus ojos negros relucían con extraña luz bajo los párpados hinchados.

—Aquí podréis hablar,—dijo el director, que se apartó en seguida.

Neklindoff se acercó á un banco que había junto á la pared, y la Máslova, mirando al vice-director, se encogió de hombros con un gesto de extrañeza, y se sentó en el banco, al lado de él, arreglándose las sayas.

—Sé que me será difícil obtener vuestro perdón...—empezó Neklindoff; pero se interrumpió, sintiendo que las lágrimas le impedían proseguir.—Lo sé; pero si no puedo borrar lo pasado: haré cuanto me sea posible... Decid, pues.

—¿Dónde me habéis visto?—preguntó la Máslova al cabo, sin responder á la pregunta de su interlocutor.

—¡Dios mío, ayúdame!—rogaba mentalmente Neklindoff.—¡Dime lo que debo hacer!

Y miraba aquel rostro tan cambiado.

—Hace dos días,—dijo,—en vuestro proceso, era yo uno de los jurados. ¿Me habéis reconocido?

—No he tenido tiempo de reconocerlos,—contestó la Máslova.—No os he mirado siquiera.

—¿No nació un hijo?—preguntó Neklindoff, sintiendo que se ruborizaba.

—Sí: nació y murió en seguida, á Dios gracias,—contestó con voz sorda y con ira, procurando evitar su mirada.

—¿Por qué?

—Porque yo estaba muy enferma y á punto de morir también.

—¿Mis tías os arrojaron de casa?

—Sí; ¿quién queréis que tuviera una criada con un hijo? Al advertirlo me pusieron en la puerta... Vale más olvidar todo esto... No me acuerdo de nada; ¡el pasado queda sepultado para siempre!

—No, no queda sepultado; no puedo permitir que todo acabe así; debo rescatar mi culpa.

—No hay que rescatar nada; ¡lo pasado, pasado está!—exclamó la Máslova.

Y volviéndose de repente hacia él, le miró con una sonrisa que quería ser atractiva y que á Neklindoff le pareció espantosa.

La Máslova no había pensado jamás en ver de nuevo al príncipe, y menos en aquel sitio. Por eso, al aparecer, sintió honda emoción, porque le atrajo la memoria de un pasado, del que no quería acordarse. Recordó entonces vagamente un mundo nuevo de sentimientos puros, é ideales en que aparecía un joven que la había amado; después la crueldad incomprensible de ese hombre, la larga serie dolorosa de humillaciones y padecimientos que siguieron á aquella breve felicidad, y de la que duraban todavía las consecuencias. Sintió hondo dolor; pero no sintiéndose con fuerzas para dominar sus propios sentimientos, obró en aquella ocasión como siempre; sepultó los recuerdos importunos bajo un velo de niebla, adaptándolo á la corrupción actual. Mentalmente había comparado al hombre que tenía ante ella, al joven que amara en otro tiempo, y hallando la comparación hartamente triste, acabó por borrar la imagen que le era cara. Así es que aquel señor elegante,

bien vestido, con la barba perfumada, no le parecía aquel Neklindoff que amara un día, sino uno de aquellos que aprovechan las mujeres de su calaña para procurar sacar el mayor partido posible.

La Máslova callaba, calculando mentalmente como podría sacar partido de él.

—Lo pasado es pasado,—dijo.—Ahora me envían á Siberia.

Y cuando profirió el nombre terrible, temblaron sus labios.

—Sé con seguridad que sois inocente,—observó Neklindoff.

—Sí, soy inocente. No soy ni ladrona ni asesina... Dicen que todo ha dependido del abogado... Ahora habrá que hacer un recurso y esto costará mucho dinero...

—Ya lo he pensado yo; ya he hablado con un abogado.

—Es necesario tomar uno bueno y no reparar en gastos.

—Haré cuanto pueda.

Quedaron un momento en silencio; luego ella sonrió con la misma sonrisa de antes.

—Ahora os ruego que me deis dinero... No, no tanto, con diez rublos basta.

—Sí, todo el que queráis,—respondió Neklindoff. Y ruborizándose de nuevo sacó una cartera del bolsillo.

Katuscha miró al director, que se paseaba á lo largo de la estancia.

—Haced de modo que el director no lo vea... Esperad que vuelva la espalda, porque si no me lo quitaría.

Keklindoff, que iba á darle el billete de diez rublos, viendo que el director se volvía hacia él, escondió el dinero en la mano.

—Esto es una mujer muerta,—pensaba entre tanto; y contemplaba aquel rostro con los párpados hinchados, tan querido en otro tiempo, aquellos ojos que tan pronto seguían los pasos del director con expresión de rabia, como se volvían hacia la mano que guardaba el dinero con co.

diciosa avidez. De nuevo oyó aquella voz tentadora que hablara la noche anterior, que ahora trataba de disuadirle de su deber, y preguntaba qué ventajas sacaría de su buena acción.

«Nada podrás hacer de esa mujer, es un yugo que te impones, que te impedirá ser útil á tí mismo y á los otros. Dala dinero y olvídala para siempre.»

Comprendió que en aquel momento se realizaba en su alma algo importante y solemne, que la suerte de su vida íntima estaba como sobre los platillos de una balanza: bastaba un mínimo esfuerzo para que se inclinara á un lado ó á otro. Hizo aquel esfuerzo; invocó á Dios que la noche anterior se revelara á él, y Dios vino en su ayuda. Neklindoff decidió decirselo todo de repente.

—Katuscha—empezó.—He venido para pedirte perdón y no me has dicho todavía si me perdonabas, si me perdonarás...

La Máslova no le escuchaba, miraba tan pronto la mano del príncipe como al director, y cuando éste volvió la espalda, cogió con ademán rápido el billete y se lo escondió en la cintura.

—¡Decís unas cosas tan extrañas!—replicó la Katuscha con una sonrisa, que á Neklindoff se le antojó burlona.

Advertía en el ánimo de ella algo que le era hostil, algo que la obligaba á ser lo que era y le impedía llegar hasta su corazón. Pero lejos de apartarlo, aquélla le atraía con la fuerza irresistible de las cosas nuevas.

Comprendía que debía devolverla á sí misma y que la empresa sería ardua; pero la misma dificultad hacía que anhelara proseguirla.

Experimentaba hacia ella un sentimiento desconocido hasta entonces, en que no había ni una mínima parte de egoísmo; no pedía nada para sí, le bastaba únicamente que se despertara moralmente y volviese á ser la niña de diez años antes.

—¿Katuscha, por qué hablas así?... yo bien te reconozco; ¿te acuerdas de cómo eras en Panovo?

Pero ella no quería ceder.

—¿A que despertar lo pasado? —preguntó con voz seca frunciendo el entrecejo.

—Lo evoco porque debo repararlo, porque lo quiero, Katuscha...

Había empezado así para manifestarle su deseo de casarse con ella; pero en aquel instante encontró su mirada y notó una expresión tan terrible, tan dura y tan brutal que no se atrevió á proseguir.

En aquel instante empezaban á salir los visitantes. El director se acercó á Neklindoff y le hizo observar que la hora de la visita había pasado.

La Máslova se levantó, esperando con sumisión á que la despidiera.

—Adiós, tengo muchas cosas que deciros; pero como veis no tenemos tiempo,—dijo Neklindoff, y le tendió la mano.

—Me parece que ya me lo habéis dicho todo.

Le alargó la mano; pero sin estrechar la que le tendía el príncipe.

—No, no; trataré de veros aún en otro sitio para hablaros libremente, y entonces os diré una cosa muy grave.

—Como querais; venid si así os agrada,—y sonrió como sonreía á los hombres á quienes quería gustar.

—Katuscha, ¡os amo más que á una hermanal—fueron las últimas palabras de Neklindoff.

—¡Es extraño!—repetía entre tanto la joven, que, inclinando la cabeza desapareció detrás de la reja.

#### XLIV

Neklindoff esperaba que después de la primera entrevista, una vez que Katuscha hubiese comprendido que trataba de regenerarla, hubiese sido de nuevo la niña que

en otro tiempo conociera. Pero comprendió con terror que Katuscha había desaparecido y que sólo quedaba la Máslova, y esto le causaba un asombro doloroso. Le asombraba que Katuscha no sólo no se quejara de la abyección en que había caído, sino que parecía casi complacerse en ella.

No podía ser de otro modo. Para que un hombre trabaje, es preciso que crea que su profesión es útil é importante.

Comunmente se cree que el ladrón y el asesino y la prostituta deben avergonzarse de su sistema de vida. No es así. Las personas que por azares de la suerte ó por errores propios llegan á una falsa posición, se connaturalizan de tal modo con ella que no hay quien les quite de la cabeza que su oficio es bueno, y para confirmarse en tal opinión se mantienen dentro de los círculos que están formados por sus iguales y dónde se aprueba altamente sus acciones.

La sociedad se asombra ante los ladrones y los asesinos que se alaban de sus atrocidades; ¿pero es porque el número de ladrones y asesinos es relativamente pequeño y porque los que juzgan tienen distintos puntos de vista que los juzgados? ¿No sucede acaso un hecho parecido entre los ricos que alaban sus propias riquezas, que son producto de un robo; entre los generales que alaban sus victorias, que en nada difieren de un asesinato; entre los poderosos que deben el poder á una superchería?... Si en esos no advertimos la perversión de sus ideas, es sin duda porque el círculo de personas que profesan tales ideas es más vasto, porque nosotros mismos formamos parte de él.

La Máslova se había formado también un concepto parecido de su propia existencia y del puesto que ocupaba en la sociedad. Aun cuando prostituta y condenada, sentía que podía justificarse en virtud de sus propias teorías. Según la Máslova, la mayoría de los hombres jóvenes y viejos, instruidos é ignorantes, poderosos y humildes, úni-

camente vive para satisfacer los deseos de placer sensual que procura una mujer atractiva, y á tal fin tienden todos sus esfuerzos aun cuando finjan pensar ú ocuparse en otra cosa.

Ella, mujer, guapa, podía entregarse ó rehusarse y por lo tanto era una persona necesaria, y á la que se debía rogar. Toda su pasada vida y su existencia actual la confirmaban en tal idea, Durante diez años había visto que todos los hombres, empezando por el mismo Neklindoff y acabando por el carcelero, la habían buscado. Pero no se había fijado en los que pasaron por su lado sin tener necesidad de ella. Así, pues, todos los hombres se le antojaba que esperaban el momento de posesionarse de ella, valiéndose de todos los medios: de la seducción, de la violencia, del dinero, de la astucia.

Así interpretaba la Máslova la existencia, y tal interpretación le agradaba más que otra alguna, porque un cambio de ideas le hubiese hecho perder, á sus propios ojos, aquel valor que le conferían sus teorías de la vida. Para no perder aquel valor, se mantenía dentro del círculo de personas que pensaban como ella, y ahora, comprendiendo que Neklindoff quería llevarla á un mundo distinto, se rebelaba, temiendo perder aquella estima que por sí misma sentía.

Por igual razón olvidaba hasta el recuerdo de su primera juventud y de sus amores con Neklindoff. Estaban demasiado en contraposición con sus actuales teorías. Las había encerrado cuidadosamente en una celda de su memoria como las abejas tapan herméticamente los nidos de los gusanos, á fin de que no las estorben en su trabajo. A sus ojos, Neklindoff no era el joven á quien amara, sino un rico señor de quien era preciso aprovecharse, y con el cual era lícito tener tratos como con los demás hombres.

—No la he dicho lo principal; no la he dicho que quería casarme con ella; pero lo haré de todos modos, — pensó Neklindoff.

Bajo la puerta los carceleros contaban cada persona que salían y le daban un golpe en la espalda; pero aun cuando tocaron á Neklindoff no se ofendió éste; no lo advirtió si- quiera.

## XLV

Neklindoff se había propuesto cambiar radicalmente su modo de vivir; alquilar la gran casa en que vivía y entrar de huésped en algún restaurant ó fonda. Pero Agripina Petrovna le convenció de que hasta la llegada del invierno no podía hacer nada, pues las casas no se arrendaban, y además, en algún sitio tenía que vivir y tener los muebles.

Así, pues, todo quedó temporalmente como estaba y por aquellos días empezó en la casa un trabajo activísimo en el que se emplearon Petrovna, Kornei, la vieja cocinera y los dos *dvornik*. Se trataba de sacudir todas las prendas de lana y de peletería, que después de sentir el peso del brazo de los criados que las golpeaban sin piedad, quedaban encerradas en fundas de tela impregnadas de fuerte olor de naftalina.

Mirando al patio desde la ventana, Neklindoff experimentaba un sentimiento de asombro ante todos aquellos trastos inútiles, cuyo único objeto parecía ser dar ocupación á los brazos de Agripina Petrovna, Kornei, los dos *dvornik* y la cocinera.

—Por ahora, hasta que la suerte de la Máslova se decida, no cambiaré de modo de vivir,—pensaba.

El día prefijado, Neklindof fué á casa de Fanarin. El abogado habitaba una magnífica casa de su propiedad; en la escalera había grandes jarrones con flores, de las ventanas pendían cortinajes suntuosos; había por todas partes aquel lujo especial propio de las personas que se han enriquecido en breve tiempo y que denuncian ganancias obtenidas sin mucho trabajo.



En el salón, los clientes, aburriéndose junto á una me-  
silla en que había diarios ilustrados, esperaban turno. Un  
joven pasante que reconoció al príncipe, le dijo que le  
anunciaría en seguida al abogado; pero en aquel instante  
se abrió la puerta y salieron un caballero de mediana  
edad y el mismo Fanarin. En el rostro de ambos se leía  
aquella expresión de las gentes que han hecho un negocio  
poco honesto, pero muy ventajoso.

—¡Fué culpa vuestra, querido!— exclamaba Fanarin  
riendo.

—¡Ja! ¡ja! ¡El paraíso es una gran cosa... cuando no hay  
pecados de por medio!

—¡Se ve que conocéis el paño!

Y los dos reían á carcajadas.

—¡Oh, príncipe, pasad!—exclamó Fanarin advirtiendo  
á Neklindoff. Y despidiendo con un gesto al cliente ante-  
rior, hizo pasar al príncipe á su despacho, que tenía un  
aspecto lujoso y severo.—F'umad, os lo ruego,—y se sentó  
en frente de él en tanto que con dificultad contenía una  
sonrisa de satisfacción por el negocio de que antes tra-  
tara.

—Gracias... He venido para ver lo de aquel proceso...

—En seguida, en seguida. ¡Ah! ¡qué torpes son esos co-  
merciantes ricos!—exclamó.—Ese que acaba de salir tiene  
más de doce millones de rublos y habla aún como un al-  
deano. Antes que soltar un billete de veinticinco, se deja-  
ría hacer pedazos.

«El habla como un aldeano y tú estás pensando en bi-  
lletes de veinticinco»,—pensó Neklindoff, experimentan-  
do un asco profundo por aquel hombre que, por halagar-  
le, le decía lo contrario de lo que debía haber dicho al  
otro cliente.

—¡Estaba harto de él! ¡Qué vulgar! ¡Qué canallesco!—  
repuso luego con el tono del que quiere justificarse de no  
haber hablado todavía al cliente del asunto para que  
vino.

—Hablemos, pues, de ese proceso. Lo he estudiado atentamente y he hallado varios puntos que repruebo: el abogado defensor no valía un comino: ha dejado escapar todas las ocasiones para intentar el recurso de casación.

—¿Y qué habéis decidido?

—Un momento... Decidle,—dijo volviéndose hacia el pasante,—que, como le había dicho, yo no cedo. Si puede, bien; si no, que haga lo que quiera.

—No consiente.

—¡Bueno, allá se las haya!—exclamó su abogado; pero su rostro perdió su expresión alegre, y quedó pensativo y sombrío.

—Ved,—dijo tratando de dar á su semblante una expresión amable,—dicen que los abogados contamos mucho dinero de poca cosa; acabo de salvar á un deudor de una quere:la injusta y ahora cargo con las costas... Además me ha costado el asunto mucho trabajo... Así, pues, como decía, el proceso que os interesa ha sido llevado de una manera lamentable; faltan motivos plausibles para recurrir en casación. Sin embargo, se puede intentar y he preparado esto...

Y desplegó un pliego manuscrito que leyó rápidamente, saltando todas las formalidades y subrayando las frases que lo merecían.

«En la sección penal, etc., etc. En sentencia pronunciada, etc., etc., tomando por base el veredicto, etc., etc., la llamada Máslova ha sido reconocida culpable de envenenamiento realizado en la persona del comerciante Smielkov, y según los artículos 14 y 15, etc., del Código penal, ha sido condenada á trabajos forzados, etc., etc.»

Se detuvo un momento como si escuchara con complacencia la lectura de su prosa, aun cuando ya estaba acostumbrado á ella.

«Esta sentencia,—prosiguió con acento de convicción—es la consecuencia lógica de errores y vicios de procedimiento muy graves, por la cual razón se requiere que sea

anulada. Ante todo, durante la instrucción la lectura del dictamen médico legal sobre las vísceras del difunto fué interrumpida por el presidente.»

—Esto es un primer motivo.

—Pero si era el fiscal quien pedia la lectura,—exclamó con asombro Neklindoff.

—No importa. También podía servir para la defensa.

—Era inútil.

—Bien, pero siempre es un motivo.

«En segundo lugar, en su discurso, para mejor describir el carácter de la Máslova, el abogado defensor ha hecho alusión á la caída moral de la acusada, y el presidente le ha interrumpido diciendo que se ciñera á la cuestión, siendo así que el exacto conocimiento del carácter de la acusada es de gran importancia para contestar debidamente á las preguntas.»

—¡Y van dos!

Fanarin miró á Neklindoff.

—Pero si hablaba tan mal que no había quien le entendiera...—dijo Neklindoff más y más asombrado.

—No podía decir nada bueno, porque es un bobo redomado,—replicó riendo el abogado,—pero eso no impide que sea un motivo. Sigamos.

«En tercer lugar, el presidente, no obstante lo dispuesto en el párrafo 1.º del artículo 101 del Código penal, ha omitido explicar en las conclusiones cuáles elementos jurídicos entran para constituir el concepto de la culpabilidad: como también ha dejado de advertir que, aun admitiendo que la Máslova hubiese vertido el veneno á Smielkov, tenían los Jurados la facultad de excluir en ella la intención de matar, reconociéndola culpable, no de un delito, sino de un simple error, cuya consecuencia, inesperada para la acusada, ha sido la muerte del comerciante.» Este es el principal.

—Pero nosotros mismos podíamos comprender nuestro error.

—Vengamos al cuarto motivo,—prosiguió el abogado.

«La respuesta del Jurado á la pregunta de la Sala, relativa á la culpabilidad de la Máslova, implica una contradicción evidente. La acusación supone que Catalina Máslova ha envenenado á Smielkov con intención de robarle; así, pues, el hurto sería el único móvil del delito. Los Jurados, descartando en su contestación el hurto, resulta claro que han querido excluir también la intención de matar, y sólo por un error, ocasionado por el incompleto resumen del presidente, no han expresado la contestación en los debidos términos. Tal respuesta exigía necesariamente la explicación de los artículos 808 y 816 del Código penal, etc., etc., y exigía una explicación del presidente á los Jurados; de donde la necesidad de empezar nuevos debates y una nueva respuesta acerca de la pregunta relativa á la culpabilidad de la acusada.»

—¿Por qué, pues, no se ha explicado el presidente?

—También yo quisiera saberlo,—dijo riendo Fanarin.

—¿Así, pues, el tribunal de casación reparará el error?

—Según quien presida. Pasemos á otra cosa.—Y continuó leyendo:

«Tal veredicto no podía conferir á la sala el derecho de someter á la Máslova á la sanción penal de los artículos etcétera, etc., y de aplicarle el párrafo 3.º del etc., etc., sin cometer una grave infracción legal.

«Por todos los motivos expuestos, tengo el honor de rogar etc., etc., que se case la sentencia á tenor de los artículos etc., etc., y que se envíe esta causa á nueva vista.

—Esto es todo cuanto podía hacerse y se ha hecho. Todo dependerá ahora de la persona que presida el tribunal. Si tenéis alguna influencia poderosa, usadla.

—Tengo alguna.

—Y hacedlo pronto, porque luego empezarán las vacaciones. En caso de que se deseche el recurso, no queda sino el de una súplica á S. M. Imperial.

—Gracias... ¿Cuánto he de daros por vuestro trabajo?

—El pasante que os dará el recurso copiado, os dirá la suma.

—Quería aún haceros otra pregunta. El fiscal me ha dado permiso para visitar á esa muchacha en la cárcel; pero me han dicho que para obtener una entrevista fuera de las horas de reglamento, precisa permiso del gobernador. ¿Es esto cierto?

—Sí, es exacto; pero el gobernador está ausente y en su lugar está el vicegobernador. Pero, éste es tan imbécil, que dudo que podáis...

—¿Maslenikoff?

—Ese mismo.

—Le conozco,—replicó Neklindoff, y marchó hacia la puerta.

En aquel momento entro rápidamente en el despacho la mujer del abogado; una señora pequeñita, feísima, vestida de un modo original que hacía resaltar aún más su fealdad. Compareció de un modo triunfal, seguida de un hombre alto y delgado, con una cara de color terroso y el pelo pegado á las sienes y á la frente.

—Anatolio,—dijo abriendo la puerta,—te espero dentro de un momento. Aquí está Simón Franovich que me ha prometido recitar una de sus poesías, y tú debes leer algo de Garscin.

Neklindoff intentó salir, pero la mujer del abogado, después de cambiar con éste algunas palabras en voz baja, se volvió hacia él.

—Príncipe, os conozco, ya es inútil una presentación; os ruego que honréis nuestra lectura literaria; será muy interesante, porque Anatolio lee maravillosamente.

—Ved si tengo ocupaciones y bien de diverso género,—dijo el abogado sonriendo é indicando con un gesto á su mujer, como queriendo decir que no podía resistir á una persona tan fascinadora.

Pero Neklindoff, cuyo rostro, se había velado con una expresión de gravedad y malhumor, dió cortesmente las

gracias á la mujer del abogado por el honor que le hacía, y se excusó por no tener tiempo.

—¡Qué remolón! —dijo la mujer en cuanto se hubo marchado.

En el salón, el pasante dió al príncipe el recurso en limpio y al ser preguntado por lo que valía, dijo que Anatolio Simeonvitch no se ocupaba jamás en tales asuntos y que únicamente lo había hecho esa vez por deferencia. Los honorarios los fijaba en mil rublos.

—¿Quién debe firmar el recurso?—preguntó Neklindoff.

—Lo puede hacer la misma acusada; pero si hubiese algún obstáculo, se encargará el señor Fanarín de ello.

—No, no, yo iré por la firma,— dijo Neklindoff satisfecho de alcanzar una nueva ocasión para ver á la Katiuscha antes del día fijado.

## XLVI

En el corredor de la prisión, aquella misma mañana, á la hora acostumbrada, resonaron los silbidos de los carceleros sonó el ruido de cadenas, las puertas que daban al corredor se abrieron y algunos presos sacaron el cubo de madera que echaba un olor nauseabundo; todos se lavaron, se vistieron, salieron á los corredores donde recibieron agua hirviente para hacer el té. Formaba el tema de todas las conversaciones el castigo de la *rosga* que debían sufrir dos prisioneros aquel mismo día.

Uno de ellos, el dependiente Vasiliev, que en un momento de celos había matado á su propia amante; era un joven muy leído, á quien querían mucho sus compañeros de prisión por su jovialidad, generosidad y por el modo resuelto como trataba con los jefes. Conocía bien la ley y exigía su exacto cumplimiento. Tres semanas antes, un carcelero había pegado á un preso porque sin querer, manchó con el plato de la sopa su uniforme nuevo. Vasiliev

había intervenido y tomando partido por el preso, observó que ninguna ley consentía que se pegara á los prisioneros.

—Ya le haré yo conocer las leyes,—exclamó el carcelero llenándole de improperios.

Vasiliev contestó con otros insultos, y como el carcelero levantara la mano contra él, le había contenido por las muñecas y echádole fuera de la cuadra. El carcelero dió parte al director y le arrancó la orden de poner á aquél en una celda de rigor.

Son éstas unos calabozos fríos y sin luz, que se aseguran por la parte de fuera con grandes cerrojos; no hay ni cama ni silla, así es que el preso se ve obligado á estar sentado ó tendido sobre el sucio pavimento, sufriendo el martirio de las ratas que abundan y que son tan atrevidas que le arrancan el pan de las manos y le muerden cuando está inmóvil.

Vasiliev contestó que no iría al calabozo porque no había cometido ningún delito, y como el carcelero quisiera llevárselo á viva fuerza, con ayuda de dos compañeros, había podido escapársele de entre las manos. Pero entonces acudieron todos los carceleros y entre ellos uno llamado Petroff, famoso por su fuerza, y entre todos habían acabado con la resistencia del prisionero. Luego habían redactado un parte como si hubiese habido un principio de rebelión, y poco después había bajado una hoja que ordenaba que se diera treinta golpes de *sorga*,—especie de látigo de mimbres entrelazado,—á cada uno de los dos culpables principales, que eran Vasiliev y el vagabundo Niepomniatchi.

El castigo debía verificarse en el locutorio de las mujeres y su anuncio hecho la última noche á todos los prisioneros suscitaba animadas disputas.

Korablova, Choroschavka, Fedossia y la Máslova, sentadas en un rincón, rojas y excitadas por el vino bebido que ahora no faltaba nunca á la última y que compartía gene-

sosamente con sus compañeras, bebían té y hablaban del castigo.

—Únicamente ha defendido á un compañero, decía la Korablova.

—Dicen que es un bravo muchacho,—observó la Fedossia.

—Harás bien en decírselo á él, Mikailovna,—dijo la guardavía, aludiendo á Neblindoff.

—Se lo diré,—contestó la Máslova, echando la cabeza atrás y sonriendo,—y lo hará por mí.

—Sí, ¿pero cuándo vendrá él?—dijo Fedossia suspirando.—Ahora es cuando deben castigarle.

—He visto una vez como pegaban así á un aldeano: mi suegro me había enviado al *starosta*,—empezó la guardavía,—yo al llegar veo...

Pero aquella relación que amenazaba ser muy larga fué interrumpida por ruido de pasos en el corredor.

Las mujeres callaron y escucharon.

—Ya lo han sacado esos demonios: ahora le pegarán de un modo terrible; le odian porque no es humilde,—dijo la Choraschavka.

No se oyó ruido durante un rato y la guardavía pudo contar y describir el terror experimentado viendo como pegaban á aquel aldeano. A su vez, Choraschavka, contó que Ischegloff había recibido aquel castigo sin exalar una queja. Luego, Fedossia, puso en su sitio la tetera, la Korablova y la guardavía volvieron á su trabajo y la Máslova se sentó en la cama con aire aburrido, pasando los brazos bajo las rodillas y entrelazando los dedos. Iba á echarse, cuando entró de repente la carcelera diciendo que un visitante la esperaba en el despacho del director.

—Háblale de nosotros,—le recomendó Menschova, la viejecita acusada de incendiaria, en tanto que la Máslova se arreglaba el pañolito ante un espejo quebrado,—dile que no hemos sido nosotros los que hemos pegado fuego, que ha sido el otro asesino; que lo ha visto hasta el obrero. Di-



le que haga llamar á Dimitri; que lo sabe todo y lo contará todo. Es una injusticia; nos han metido en la cárcel á nosotros, en tanto que él se divierte con la mujer de otro.

—¡Ciertamente que es una injusticia!—dijo la Korablova

—Lo diré, estad segura,—contestó la Máslova; y dirigiéndose á la Korablova:—es preciso que beba para tener valor.

La otra le vertió medio vaso de vino que la Máslova bebió de un trago. Luego, secándose los labios y repitiendo con tono alegre:—Para tener valor,—siguió á la carcelera hacia el corredor.

## XLVII

Neklinboff hacía ya algún rato que esperaba en el vestíbulo de la cárcel. En la puerta de la prisión el príncipe había llamado, presentando el permiso del fiscal al carcelero de turno.

—¿A quién buscáis?—preguntó éste.

—Deseo ver á la presa Máslova.

—Al presente es imposible. El director está ocupado.

—¿Dónde? ¿En su despacho?—preguntó Neklindoff.

—No, en el escritorio.

Parecióle al príncipe que al contestar el carcelero vacilaba algo.

—¿Quizá es hoy día de asueto?

—No, se trata de un asunto interno.

—¿Cuándo podré verle?

—Dentro de un rato vendrá; por ahora esperad.

En aquel instante entró un sargento mayor con el bigote impregnado de humo de tabaco y el rostro sudado que, volviéndose severamente hacia el carcelero, le gritó:

—¿Por qué habéis dejado entrar aquí dentro?...

—Me han dicho que el director estaba aquí,—intervino Neklindoff, asombrándose de la inquietud manifiesta del sargento.

En aquel mismo momento, se abrió la puerta y entró Pedroff agitado, con el rostro sudoroso.

—Me parece que se acordará durante mucho tiempo,— dijo volviéndose hacia el sargento.

Este indicó á Neklindoff con los ojos y aquél se calló, frunció el entrecejo y salió.

—¿Quién deberá acordarse?... ¿Por qué están tan agitados hoy? ¿Por qué el sargento me ha señalado con los ojos? —pensaba entretanto el príncipe.

El sargento se volvió hacia él y le dijo:

—Aquí no se puede estar; haced el favor de pasar al despacho del director.

Neklindoff iba ya á seguirlo cuando se abrió una puerta detrás de él y entró el director, más agitado aún que sus dependientes; suspiraba y tenía el rostro trastornado, pero al ver al príncipe, se volvió hacia el carcelero:

—Fedotoff, llama á la Máslova, de la quinta cuadra.

—Haced el favor de pasar,—dijo á Neklindoff.

Entraron en una habitación pequeña con una ventana donde había un escritorio con algunas sillas.

El director se sentó.

—Hay deberes muy penosos y dolorosos,—suspiró en tanto que sacaba del bolsillo un cigarro.

—Se ve que estáis muy cansado,—observó el príncipe.

—Estoy cansado de mi cargo; exige el cumplimiento de deberes graves y tristes. Siente uno el deseo de mejorar la suerte de esos desgraciados y á veces la hacen más penosa. Me tarda la hora de verme libre... Hay deberes muy penosos.

Neklindoff no comprendía la causa de tanta pena; pero le veía tan apesadumbrado que sentía piedad de él.

—Creo que el cumplimiento de esos deberes, os ha de ser pesado, pero, ¿por qué habéis aceptado el cargo?

—Es que tengo familia y no tengo fortuna.

—Pero si os desagrada...

—Trato de hacer el bien según mis fuerzas. Hago cuan-

to puedo para endulzar su suerte... otro en mi lugar obraría de muy distinto modo... pero pensad que tengo dos mil presos y ¡de qué raza! ¡gran Dios!

Empezó á contar entonces una riña entre dos presos que acabó con un homicidio; pero fué interrumpido por la entrada de la Máslova que llegó precedida del carcelero.

Neklindoff la divisó en el umbral de la puerta antes de que la viera el director. Tenía el rostro colorado, y seguía al guardián con brío y ligereza, sonriendo: al ver al director lo miró con espanto; pero se tranquilizó y se volvió alegremente hacia el príncipe.

—Buenos días,—le dijo arrastrando las sílabas, en tanto que le estrechaba fuertemente la mano.

—Os he traído la instancia que debéis firmar,—dijo Neklindoff asombrándose de aquella acogida.—El abogado la ha extendido, ahora es preciso que la firméis y luego la enviaremos á Petersburgo.

—¿Y por qué no? la firmaremos... Todo se puede hacer en este mundo,—contestó sonriendo.

Neklindsff sacó del bolsillo una hoja doblada y se acercó á la mesa.

—¿Se puede escribir aquí?—preguntó al director.

Este se volvió hacia la Máslova:

—Acércate y siéntate: ¿sabes escribir?

—En otro tiempo sabía,—contestó ella sentándose y arreglándose las sayas y las mangas del corpiño; luego tomó rápidamente la pluma con su mano pequeña y nerviosa y se volvió sonriente hacia Neklindoff; éste le indicó donde era preciso poner la pluma y ella mojola con precaución la sacudió sobre el tintero y escribió su nombre.

—¿Debo hacer algo más?—preguntó luego mirando tan pronto al director como al príncipe y poniendo la pluma á veces sobre el tintero y á veces sobre la carpeta.

—Quería deciros una cosa,—dijo Neklindoff, quitándole la pluma de las manos.

—Decid, pues,—contestó la joven; y bien fuera que la

asaltara un pensamiento imprevisto, bien fuese sueño, de repente se puso seria.

Entonces el director se levantó y salió del cuarto; el carcelero, que acompañara á la Máslova se sentó lejos de la mesa, junto á la ventana y Neklindoff quedó á solas con ella.

## XLVIII

Aquel era el momento decisivo.

Neklindoff no cesaba de acusarse por no haberla dicho que deseaba casarse con ella la primera vez que le habló. Estaba sentada junto á la mesa, enfrente de él, y como en aquella habitación clara veía de cerca el rostro de la muchacha después de tantos años, reparó en las arrugas dolorosas de los ojos y de la boca, los ojos hinchados, y sintió gran piedad.

Inclinóse sobre la mesa para que no le oyera el carcelero, que era un hombre de tipo hebreo con patillas grises, y dijo así:

—Si no obtenemos ningún resultado, haremos una instancia á la Magestad Imperial; haremos cuanto sea posible.

—¡Ah! ¡si hubiese sido antes!... ¡Si hubiese tenido un buen abogado!—interrumpió ella.—Pero mi defensor era un imbécil que no sabía sino echarme requiebros.—Y acompañó estas palabras con una carcajada.—Si hubiese sabido entonces que me reconceríais, hubiese ocurrido todo de otro modo... Ahora todos me creen una ladrona.

—Me parece que hoy le pasa algo,—pensaba Neklindoff, é iba á exponer su pensamiento, cuando la Máslova, volvió á hablar.

—Sabed que quiero deciros una cosa. Hay en la cárcel una viejecita muy buena que todos extrañan que esté presa, y también está preso su hijo. Les acusan de haber pegado fuego á una casa; pero son inocentes, y ahora que me conocéis—la joven volvió la cara hacia el príncipe mirán-

dole fijamente,—me ha rogado que os hablara de su hijo. Le llaman Menschoff... ¿Lo sabéis pues? Es una viejecita tan buena, tan buena, que en seguida se comprende su inocencia. Hacedlo, querido... —Y, sonriendo, bajó los ojos.

—Bien, bien, me informaré,—respondió Neklindoff que se asombraba cada vez más del tono desparpajado de la muchacha.—Ahora quisiera hablaros de una cosa muy importante. ¿Os acordáis de mis palabras de la última vez?

—¡Diantre!.. Habéis hablado mucho la última vez... ¿Qué me habéis dicho?—replicó riendo siempre mientras movía la cabeza mirando á un lado y á otro.

—Os dije que había venido para pedir os perdón.

—¿Por qué continuáis hablando de perdón?... Perdón... perdón... todo cosas inútiles... Vale más...

—Os decía que quiero reparar mi culpa,—continuó Neklindoff—y no sólo con palabras, sino con hechos. He decidido casarme con vos.

El rostro de la Máslova tomó una expresión indecible de espanto, y sus ojos, fijos en él, parecieron mirarle sin verle.

—¿A qué viene ahora eso?—pronunció con ira contenida, frunciendo el entrecejo.

Siento que debo hacerlo, os lo juro ante Dios.

—¿Qué demonio habláis de Dios ahora?... ¡Nunca decís las cosas á tiempo!... ¡Dios!... ¿Quién es Dios?.. Entonces sí que debísteis acordaros de vuestro Dios,—prorrumpió y quedó con la boca abierta.

Entonces advirtió Neklindoff que olía á vino y comprendió aquel estado de insólita excitación.

—¡Ea, calmáos!—dijo.

—¡Ah, dice que me calmel ¿Quizá creéis que estoy borracha? Sí, estoy borracha, pero sé lo que digo,—empezó la Máslova hablando muy aprisa, en tanto que un rubor vivaz enrojecía su rostro.—Yo soy una mujer de galera, y vos un rico señor, un príncipe. No debes emporcarte acercándote á mí .. Vé con tus princesas.

—Cualquiera crueldad que digas, no puede llegar á lo que me remuerde mi conciencia,—susurró tembloroso Neklindoff.—No puedes imaginar siquiera, cuán culpable me siento respecto de tí.

—Ya, me siento culpable,—remedó ella con ira.—Entonces, no te sentiste culpable y me has tirado al rostro cien rublos; helos aquí, tómalos, que son el precio de tu amor.

—He sido un vil, fui cruel,—repetía el príncipe.—Pero ahora he decidido no dejarte más y sabré mantener cuanto he prometido.

—¡Oh, por eso que lo dices, no lo harás!—contestó riendo á carcajadas.

—¡Katiuschal

—Apártate, aléjate de mí. Yo soy carne de galera, y tú, príncipe, y tu puesto no está aquí,—gritó descompuesta por la ira, arrancando su mano de la de Neklindoff. Y como un tumulto de odio agitaba su alma, se apresuraba á decir cuanto sentía:

—¡Te serviste de mí para tu placer en esta vida, y ahora quisieras salvarte, gracias á mí, en la otra!... Me eres odioso con estos lentes, con estos hocicos gordos y asquerosos... ¡Apártate, te digo! ¡Fuera, fuera!

Y con ímpetu nervioso se puso en pie.

—¡Oye, tú, vamos á armar un escándalo! ¿Quién te ha permitido?...—dijo el guardia que oyendo aquellos gritos, se aproximó.

—No, no, yo os ruego que la dejéis,—repuso Neklindoff.

—La presa no puede de ninguna manera...—quiso observar el otro.

—Esperad, os lo ruego,—insistió el príncipe.

El llavero volvió á la ventana, y la Máslova se sentó de nuevo con los ojos bajos, entrelazando los dedos de sus pequeñas manos.

Neklindoff, ante ella, no encontraba palabras.



—¿No me crees, pues?

—¿Que te casarás conmigo? Eso no sucederá nunca; antes me mato, mira.

—Y sin embargo, quiero serte útil.

—Eso vos lo diréis. ¡No tengo ninguna necesidad de vos, os lo digo en serio!... ¡Oh! ¡por qué no morí aquella noche! —exclamó luego rompiendo en amargo llanto, que movía á piedad.

Neklindoff no fué capaz de pronunciar una palabra, pero viendo aquellas lágrimas desoladas, no pudo contener el llanto.

Así pasaron algunos minutos de silencio; luego la Máslova, miró al príncipe, y viendo su rostro, bañado en lágrimas, pareció asombrarse, y se secó la cara con el pañuelo.

Entretanto el carcelero se había acercado, diciendo que el coloquio había durado bastante.

—Estáis demasiado agitada ahora,—le dijo Neklindoff en tanto que la joven se levantaba,—si me es posible, volveré mañana; entretanto reflexionad acerca de lo que os he dicho.

Katiuscha no contestó, y sin darle siquiera una mirada, siguió al carcelero.

—Muchacha mía, ¡ahora sí que has subido á la cucaña! —le dijo la Korablova cuando Máslova entró en la cuadra. —Se vé que está enamorado de tí de veras; aprovéchate. Te salvará, porque á los ricos todo les es posible.

—Es cierto,—dijo la guardavía.—Un pobre diablo debe pensarlo mucho antes de casarse; pero un rico lo hace en un momento.

—¿Le has hablado de mí? —preguntaba la anciana Menschova.

La Máslova no contestaba á sus compañeras. Tendida sobre la cama, tenía los ojos fijos en un ángulo obscuro de la sala, mientras se producía en ella una especie de transformación penosa.

Las palabras de Neklindoff le habían recordado aquella sociedad en que tanto sufriera, y á la cual, al huir, colmó de maldiciones; ahora le era imposible el olvido que hasta entonces ahogara todos sus recuerdos; y por otra parte vivir con la memoria de aquel pasado le parecía demasiado doloroso...

Luego, al anochecer pareció tranquilizarse, pidió vino y se embriagó con las compañeras.

## IXL

—¡Así ocurre todo en este mundo!—pensaba Neklindoff al salir de la cárcel.

Y en su mente se formaba un concepto exacto de la propia culpa.

Si no hubiese tratado de repararla, no hubiese comprendido toda la enormidad de ella, ni siquiera hubiese comprendido Katiuscha todo el daño que se le había causado.

Ahora comprendía el estrago inmenso causado á la infeliz y le parecía que ella misma debía haberlo advertido. Comprendía que hasta entonces había jugado con sus propios sentimientos y sentía indecible horror... ¡Dejarla! Sentía que era imposible, y no obstante, no se daba cuenta cabal de la manera cómo en lo sucesivo se arreglaría para hacer menos penosas para ambos sus relaciones con la Máslova.

A la salida, un carcelero con el pecho cubierto de cruces y el rostro hipócrita, se le acercó con aire misterioso y le alargó una carta.

—Un billete para Su Excelencia,—dijo.

—¿De parte de quién?

—Leed y lo sabréis. Se trata de una acusada política. Soy carcelero de la fortaleza... me lo ha rogado... y aunque esté prohibido, por humanidad...

Neklindoff se extrañaba que un carcelero encargado de



la custodia de los presos políticos, pudiera entregar cartas de los presos en presencia de todos.

No sabía que aquel hombre, además de carcelero servía de espía.

Era una carta escrita con firme pulso, que decía así:

«Sabiendo que venís á la cárcel y os interesáis por la suerte de una persona, deseo veros. Pedid una entrevista conmigo y os indicaré cosas importantes para vuestra protegida y para los detenidos políticos.

»Vuestra siempre reconocida

*Vera Bogoduchovskaja.»*

—¡Bogoduchovskaja! ¿Quién es?—pensó Neklindoff, todavía absorto á consecuencia de su entrevista con la Máslova!

Aquel nombre le parecía desconocido. Era la hija del diácono encontrada en una cacería de osos.

Vera Bogoduchovskaja había sido maestra en una aldea del gobierno de Novgorod, donde Neklindoff fué á parar con varios amigos durante una partida de caza. En aquella ocasión, la humilde maestra se había dirigido á él á fin de que le diera el dinero preciso para seguir un curso de la Universidad; el príncipe le otorgó el favor y después olvidó favor y favorecida.

Ahora aparecía claro que habiendo sabido que Neklindoff iba á la cárcel, donde estaba como detenida política, quería serle útil.

Neklindoff recordó con gusto aquellos tiempos pasados en que conoció á la Bogoduchovskaja.

Era en carnaval, en una aldehueta, perdida entre bosques.

La caza era espléndida; los cazadores traían como trofeo los despojos de los osos y estaban almorzando cuando entró el hostelero diciendo que la hija del diácono deseaba decir dos palabras al príncipe Neklindoff.

— ¿Es bonita?—preguntó uno.

— ¡Cállate! —replicó Neklindoff.

Y se levantó de la mesa asombrado de que la hija del diácono quisiera hablar con él.

Encontró en otra habitación á una muchacha pobrememente vestida, muy fea, pero con unos ojos que eran espléndidos.

— Aquí está el príncipe, Vera Efremovna,—dijo el hostelero.— Podéis hablarle; yo salgo.

— ¿En qué puedo yo seros útil?—le preguntó Neklindoff.

— Yo... yo... Ved, sois rico, gastáis el dinero en divertirós... en cacerías,—contestó la muchacha, embrollándose.

— Yo, en cambio, desearía ser útil á mis semejantes, y no me es posible, porque no tengo instrucción.

— Y yo podría...

— Soy maestra y desearía ir á la Universidad; pero no me lo permiten... no es eso... es que no tengo el dinero preciso... Eso es lo que os ruego... Sed generoso... Acabare mis estudios y os lo devolveré!

Sus ojos eran tan bondadosos y sinceros, su timidez y su energía tan conmovedoras, que Neklindoff, como le ocurría algunas veces, se interesó por la muchacha, la comprendió, se compadeció de ella.

— Yo pensaba que los ricos que hacen daño cuando cazan los osos y embriagan á los aldeanos, podían hacer también buenas obras... Me bastarían ochenta rublos.

Y como le pareciera que Neklindoff rehusaba con su mirada seria y escrutadora, añadió con ira:

— Pero... si no me los queréis dar, gracias de todos modos.

— Al contrario, y celebro que se me haya presentado la ocasión...

Comprendió la muchacha que el príncipe le otorgaba el auxilio que necesitaba, se ruborizó y calló.

—Si queréis aguardarme un instante,—dijo Neklindoff, —vuelvo en seguida.

Saliendo del cuarto vió que uno de sus compañeros espiaba detrás de la puerta; pero sin contestar á las bromas de los demás compañeros, fué á buscar el dinero y lo entregó á la muchacha.

—Ahí tenéis; pero ni una palabra de gracias; soy yo quien debe darlas.

Ahora, recordando aquella tarde, Neklindoff sentíase complacido.

En la mesa por poco riñe con un oficial que le daba broma acerca de la muchacha. ¡Qué magnífica le pareció aquella caza y qué alegre hizo el viaje de vuelta!

Neklindoff recordó el sentimiento de alegría, de bienestar, de satisfacción, que llenaba entonces todo su sér. Los pulmones aspiraban fuertemente el aire helado, la nieve, cayendo de los árboles le azotaba el rostro, el cuerpo estaba sumido en una dulce somnolencia, y en su alma, no sentía ni remordimientos, ni molestias ni miedo, ni deseos!...

—¡Cuán feliz era entonces! —pensaba Neklindoff.—¡Y cuán desdichado ahora! Entonces todo me parecía fácil y alegre, mientras que ahora, todo me parece difícil, y triste!

Evidentemente Vera Efremoyna, se había convertido en una revolucionaria y la habían encarcelado por sus opiniones. Neklindoff decidióse á pedir permiso para verla. Tal vez ella le sugiriese, en efecto, algo interesante que pudiera suavizar la suerte de la Máslova.

Y pensando en el pasado indestructible, lleno de ligerezas y alegrías, y en el penoso presente, encaminóse hacia su domicilio.

L

Al día siguiente, al despertar, Neklindoff recordó los acontecimientos de la víspera y sintió miedo; pero no por ello desistió de su obra de redención. Movido de tal idea salió de casa y fué á la de Maslennikoff, para obtener permiso de ver á la vieja Menschova y á la Bogoduchovskaja que podía ser útil á la Máslova.

Neklindoff conocía á Maslennikoff, de cuando éste era cajero en el regimiento. Entonces era un oficial bondadoso y servicial. Pero ahora Neklindoff le veía bajo otro aspecto, desde que había renunciado á la carrera de las armas. Se había casado con una mujer rica é imperiosa, que exigió que abandonara el ejército y tomara un empleo civil. Reía su esposa de él y le acariciaba y cuidaba como á un hermoso animal domesticado.

Neklindoff había estado en su casa una vez; pero como aquel matrimonio le había parecido poco interesante, no volvió. Al ver al príncipe, Maslennikoff se puso radiante de alegría. Conservaba su rostro colorado y su buena figura. Antes llevaba un uniforme que le sentaba muy bien; ahora un traje de última moda que modelaba su cuerpo bien formado.

Había entre ellos bastante diferencia de años; pero se hablaban de tú.

—Gracias por tu visita,—dijo,—ven á ver á mi esposa; aún faltan diez minutos antes de empezar la sesión. El gobernador se ha marchado, y ahora tengo yo la autoridad,—añadió con una alegría que no podía disimular.

—Vengo á pedirte un favor.

—¿Qué favor?—preguntó Maslennikoff, con tono inquieto y severo, poniéndose en guardia.

—Hay una persona en la cárcel,—el rostro del goberna-

dor se nubló más,—por cuya suerte me intereso. Quisiera hablarle fuera del locutorio. Me han dicho que dependía de tí.

—*Mon cher*, estoy dispuesto á servirte, y te serviré; pero soy rey nada más que de momento.

—¿Puedo contar con el permiso?

—Sí...

—¿De quién se trata?—añadió.

—De una mujer.

—¿De qué se la acusa?

—De envenenamiento: pero es inocente.

—Eso son los tribunales. *¡Ils n'en font point d'autres!*—dijo en francés, sin saber por qué.—Sé que tú no eres de mi parecer; pero yo así lo creo. *C'est mon opinion bien arrêtée.*—Era una opinión que iba extrayendo desde hacía cerca de un año, de un periódico conservador y retrogado. —Tú eres un liberalón.

—No sé si lo soy ó no,—dijo Neklindoff;—lo que sé es que, buenos ó malos, los tribunales de ahora son mejores que los de antes.

—¿A quién has tomado por abogado?

—A Fanarín.

—¡Ah, Fanarín!—exclamó con tono de mofa Maslennikoff.

Se acordaba que el año anterior en un proceso en que figuraba como testigo, Fanarín le estuvo fastidiando media hora, burlándose de él cortesmente á fuerza, de preguntas.

—No te aconsejaría yo tal elección; Fanarín es *un homme taré*.

—Quisiera pedirte otro favor,—replicó Neklindoff sin contestarle;—hay en la prisión una pobre maestra, una desdichada á quien quisiera ver. ¿Me puedes dar permiso también para verla?

Maslennikoff inclinó la cabeza y se puso pensativo.

—Creo que está presa por delito político.

—Sí, me lo han dicho.

—Las entrevistas con los acusados políticos, no son permitidas sino á los parientes. Te daré un permiso general para visitar la prisión... *Je sais que tu n'en abuseras point.* ¿Cómo se llama tu *protégée?*... ¿Bogoduchovskaja?... ¿*Est-elle jolie?*

—*¡Hideuse!*

Maslennikoff movió la cabeza en signo de aprobación, se acercó á una mesa y escribió:

«Permiso al príncipe Dimitri Ivanovitch Neklindoff para ver en el despacho del director de la cárcel á la presa Máslova y á la practicante médica Bogoduchovskaja.»

Y firmó.

—Verás el orden que reina en aquella dependencia, y eso que se trata de gente que está á punto de ir á Siberia. Pero yo me cuido de ello, y esta es una ocupación que se adapta á mis facultades. Hoy ha habido un conato de rebelión. Otros hubiesen dado parte, empeorando la suerte de aquellos desdichados. ¿Sabes lo que hemos hecho? Pues castigar á dos presos y asunto concluído. Es preciso guardarles consideraciones; pero precisa también tener firmeza cuando el caso lo requiere.

—Las dos veces que he estado he salido affligido.

—¿Sí? Debieras ponerte en relaciones con la condesa Passek, ya que te interesas por la suerte de los presos. Es mujer de mucho mérito *et elle fait beaucoup de bien.* Yo la he ayudado en cuanto me ha sido posible, y te aseguro que el régimen carcelario ha mejorado mucho; no se ven ahora los horrores de antes. En cuanto á Fanarín, por más que no le conozco personalmente, te aseguro que es un mal sujeto. En la vista de las causas hace unas preguntas... unas preguntas...

—Muchas gracias,—dijo Neklindoff, tomando el permiso.

—¿Cómo? ¿No pasas á ver á mi mujer?

—No, te ruego que me dispenses; no tengo tiempo.

—No me lo va á perdonar, si le digo que has estado aquí y no la has visto.

Y diciendo esto acompañaba al príncipe hasta el umbral de la primera puerta.

—Pasa un momento á verla, te lo ruego.

Pero Neklindoff fué incommovible. Y en tanto que el criado le daba el abrigo y el bastón, y que el portero abría la puerta, repitió que no tenía tiempo.

—¡Entonces hasta el jueves! —gritó Maslennikoff.—Es su *jour* de recepción; le diré que asistirás.

## LI

Al salir de casa Maslennikoff se dirigió el príncipe á la carcel y llamó á casa del director. Salió la misma criada de la otra vez; se oyeron también los acordes del mismo piano que ahora tocaba, en vez de la rapsodia de Liszt unas variaciones de Clementi.

Se introdujo á Neklindoff en una salita con una mesa de centro que estaba no muy limpia y tenía una lámpara con la pantalla quemada por un lado.

No tardó en comparecer el director con su cara triste y cansada.

—Sentáos; ¿qué deseáis príncipe?—preguntóle acabándose de abotonar el uniforme.

—El vice gobernador me ha dado permiso para visitar la cárcel; es un permiso general. Desearía ver á la Máslova.

—¿La Márcova?—interrumpió el director, que no oyó bien á causa del estrépido del piano.

—No, ¡la Máslova!

—Ah, bien, Máslova.

El director se levantó, y entreabriendo una puerta por donde venían las notas de las variaciones de Clementi:

—Marussia,—dijo con voz quejumbrosa, como si quisiera indicar que aquella música era su pesadilla,—haz el favor de no tocar durante unos minutos; no se puede hablar.

Calló el piano; se oyeron pasos apresurados y alguien se asomó á la puerta del salón. El director, como si se sintiera aliviado por haber cesado la música, sacó un cigarrillo, lo encendió y lo ofreció á Neklindoff, que lo rehusó.

—La Máslova, desgraciadamente no la podréis ver hoy.

—¿Por qué?

—¡Por culpa vuestra!—contestó el director con ligera sonrisa.—Le habéis dado ayer algunos rublos y ha comprado vino, y esta mañana estaba como una cuba, y se peleaba con todas sus compañeras.

—Pero...

—Nos hemos visto obligados á tomar medidas de rigor. Todas son así. Es un vicio que no puede extirparse. Os ruego que no le deis más dinero.

Neklindoff recordó la escena de la víspera y sintió un estremecimiento de horror.

—¿Y á la Bogoduchovskaja, detenida por delito político, se la puede ver?

—¿Por qué no? Sí, podéis verla. ¿Y tú, qué buscas?—añadió volviéndose hacia una niña de cinco ó seis años que iba hacia él sin quitar los ojos de Neklindoff.

—Pues voy á verla,—replicó el príncipe.

—Vamos, pues.

Y alejando de sí á la muchacha con un gesto de ternura, se levantó y salió á la antecámara. Pero aún no habían llegado á ella, cuando ya de nuevo resonaban las notas de Clementi.

—Es una muchacha de mucho talento,—afirmó el director refiriéndose á su hija.—Ahora estudia en el Conservatorio y quisiera dar conciertos.



Al llegar á la cárcel, los llaveros abrieron la puerta saludando. Cuatro presos que llevaban un cubo de madera, al ver á los visitantes, se hicieron á un lado, y uno de ellos miró con expresión siniestra.

—¿Cómo se llama esa detenida que deseáis ver?—preguntó el director.

—Bogoduchovskaja.

—Está en la fortaleza: deberéis esperar algunos minutos.

—¿Podría ver entretanto á Menschoff, madre é hijo, acusados de incendio intencionado?

—¿Los que están en el núm. 21? Sí.

—Desearía verlos en su celda.

—Bueno, pero estaréis mejor en el locutorio.

—Prefiero verlos en su celda.

—Bien, bien; ¡buena ocupación os ha caído!

En aquel instante entró el subdirector, que era un oficial elegante.

—Acompañad al príncipe al 21, donde está Menschoff, —dijo el director,—y luego conducidle de nuevo al despacho. Entre tanto haré llamar á la... ¿Cómo se llama?

—Vera Bogoduchovskaja.

El subdirector, que era un joven rubio, con el bigote lleno de pomada y que trascendía á agua de Colonia, se dirigió á Neklindoff, y le dijo:

—Dispensad, ¿os interesáis por nuestro establecimiento?

—Sí, y me intereso por ese hombre que, según me han dicho, es inocente.

El oficial se encogió de hombros.

—Es posible; á veces ocurren casos así; pero la mayoría de las veces es pura farsa.

Las puertas de la cuadra estaban abiertas y había muchos presos en los corredores. Saludando apenas con una leve inclinación de cabeza á los carceleros, sin fijarse en los presos que se arrimaban á la pared saludando, el subdirector y Neklindoff se hallaron enfrente de otro corre-

dor cerrado por una puerta de hierro, más obscuro y fétido que el precedente. A los dos lados había puertas cerradas por enormes cerrojos, y sobre la puerta unas mirillas de dos centímetros.

—¿Dónde está Menschoff?—preguntó el oficial á un carcelero de cara triste y arrugada.

—En la octava cuadra á la izquierda.

—¿Todas están ocupadas?—preguntó Neklindoff.

—Sí; todas menos una.

## LII

—¿Se puede mirar?—preguntó Neklindoff.

—Sí, sí;—contestó con amabilidad el oficial.

Neklindoff se acercó á una de las mirillas. Un joven alto, rubio, en mangas de camisa, paseaba arriba y abajo; oyendo rumor hacia la puerta, miró hacia ella frunciendo el entrecejo y siguió andando. A través de la segunda mirilla, encontróse Neklindoff con los ojos de un hombre que le miraban asustados, por lo que se apartó. En el tercer cuarto había un hombrecillo acostado, dormido, con la cabeza tapada por su blusa de preso. En otra celda vió á un hombre alto y delgado que estaba sentado con la cabeza sobre el pecho y las manos sobre las rodillas. Oyendo rumor de pasos, miró con indiferencia, como á quien no le importa que le observen ó no, como si, sucediese lo que sucediese, no pudiera mejorar su suerte. Y había en sus ojos una expresión tan dolorosa, que Neklindoff se conmovió, renunció á mirar más, y se apresuró á llegar ante la puerta del 21, que el carcelero abrió á un signo del oficial.

Un joven delgado con ojos redondos y bondadosos estaba cerca de la cama y, en tanto que se ponía la blusa, miraba con espanto á los visitantes. Lo que más llamaba la atención de Neklindoff eran aquellos ojos redondos, bondadosos, aterrados, que vagaban con inquietud del subdirector á él y viceversa.

—Este caballero quiere saber algo del hecho de que se os acusa.

—¡Oh! gracias.

—Me han contado ya vuestra historia,—dijo Neklindoff entrando y quedándose cerca de la sucia ventana enrejada;—pero quisiera que vos me lo explicaráis todo.

Menschoff se acercó también á la ventana y empezó el relato, mirando de vez en cuando al carcelero. Su voz, muy tímida al principio fué adquiriendo firmeza, y cuando el subdirector salió para dar algunas órdenes, se atrevió á ser más explícito.

Juzgando por las palabras y los ademanes, Neklindoff estaba persuadido de tener ante él á un buen muchacho, aldeano sencillo, y experimentaba una sensación extraña al oír aquel relato de boca de un preso en traje de preso. El príncipe observaba el camastro con un saco de paja, la ventana con gruesa reja, las paredes húmedas y negras, y el aspecto de aquel desgraciado que movía á lástima. Se sentía invadido cada vez por más aguda tristeza; anhelaba no creer en las palabras de aquel desdichado; pero, por otra parte, le era también muy penoso pensar que aquel relato pudiese ser una farsa, que aquella cara iluminada por aquellos ojos cariñosos pudiese mentir.

El hecho era claro y preciso. Un mercader de vino le había robado la mujer, poco después de casarse. Acudió á los tribunales, que le dieron la razón y le devolvieron á su mujer, pero al día siguiente, ésta escapó de nuevo y él había ido á casa del comerciante á reclamarla. Le contestó que no estaba allí (él la había visto), y le dijo que se marchara; pero no obedeciendo el aldeano, entre el mercader y su criado le habían apaleado hasta hacerle sangre. Al día siguiente ardía el almacén de vinos, y se le acusaba á él y á su madre de haber atizado el fuego, lo cual era mentira, porque aquel día había estado él en casa de su padrino.

—Así, pues, ¿no tienes ninguna culpa del incendio?

—No, señor; nunca pensé siquiera tal cosa. Ha sido él

mismo quien ha pegado fuego, porque tenía la casa asegurada, y luego nos ha echado la culpa á mi madre y á mí, añadiendo que ya le habíamos amenazado... Sí, es verdad que entonces le amenacé... pero no he pegado fuego á su casa, no estaba allí siquiera cuando empezó el incendio. El solo lo ha hecho. Ha asegurado la casa y la ha quemado para echarnos la culpa á mi madre y á mí.

—¿Es la pura verdad lo que me dices?

—Sí, os lo juro como si estuviésemos ante Dios. ¡Oh! señor, tened compasión de nosotros!—Trató de echarse á los pies de Neklindoff, pero éste se lo impidió.—¡Tened compasión de nosotros, salvadnos, soy inocente!—imploraba; y de repente sus mejillas se contrajeron y rompió en amargo llanto, limpiándose las lágrimas con la manga de la sucia camisa.

—¿Habéis terminado?—preguntó el subdirector acercándose.

—Sí. Tened esperanza: haré por vosotros cuanto pueda;—dijo Neklindoff antes de salir.

El preso le acompañó con la mirada hasta que pudo verlo, y cuando el carcelero hubo cerrado la puerta, se asomó á la mirilla, y siguió con ojos ansiosos al príncipe, que se alejaba por el corredor.

### LIII

Era la hora de la cena y todas las celdas y cuadras estaban abiertas. Neklindoff experimentaba compasión hacia aquellas pobres gentes y vergüenza hacia sí mismo, que podía mirar con indiferencia un cuadro tan doloroso.

En un corredor alguien se apresuró á entrar en una cuadra de la que en seguida salieron muchos hombres que le rodearon.

—Sed generoso, Excelencia, cuyo nombre ignoramos, libertadnos!

—No tengo autoridad aquí; no puedo hacer nada.

—Hacedlo saber á quien corresponda,—dijo una voz;—hace ya dos meses que estamos encarcelados sin motivo.

—¿Por qué?—preguntó Neklindoff.

—Nos han metido en la cárcel; hace dos meses que nos tienen presos y aun ignoramos por qué.

—Es verdad,—intervino el subdirector,—estos son aldeanos que no tienen los papeles en regla. Debimos enviarlos á su provincia; pero habiéndose quemado su cárcel permanecen en esta. Todos los demás han ido ya á sus provincias; sólo éstos quedan aquí.

—¿Cómo? ¿Por esa sola razón?—preguntó Neklindoff parándose.

Unas cuarenta personas rodeaban á Neklindoff y al oficial. Muchas se pusieron á hablar á un tiempo; pero el subdirector las hizo callar:

—¡Silencio! ¡Que hable uno solo!

De entre el grupo se destacó un aldeano, alto, de grave aspecto, de unos cincuenta años, el cual explicó al príncipe que les habían detenido porque no tenían pasaportes ó por mejor decir, porque había transcurrido el plazo para tomar los nuevos desde unos días. Otras veces había ocurrido lo mismo y nunca les habían castigado, pero ahora hacía dos meses que los tenían allí como si fuesen asesinos.

—Todos somos obreros y pertenecemos á la misma asociación... Dicen que se han quemado las cárceles de nuestra provincia; pero nosotros no tenemos la culpa... ¡Sed generoso, salvadnos!

Neklindoff apenas comprendió nada de cuanto el viejo decía. Toda su atención estaba fija en un gran piojo negro que desde los cabellos del obrero bajaba lentamente hacia la mejilla.

—¿Pero es posible que por esto se les encarcele?—dijo volviéndose hacia el subdirector.

—Sí, es verdad; se les debería haber enviado á su país.

Apenas había pronunciado el empleado estas palabras cuando se adelantó un hombre grueso que, torciendo la boca, empezó á lamentarse de que se les oprimiera sin motivo.

—¡Nos tratan peor que á los perros!—dijo.

—¡Oh! éste siempre dice las cosas de un modo... Cállate, ó sinó...

—¿Qué debo, pues decir?—exclamó el aldeano con desesperación.—¿Hemos cometido acaso algún crimen?

—¡Silencio! gritó con imperio el subdirector, y el otro calló.

—¿Qué quiere decir todo esto?—se preguntaba á sí mismo Neklindoff, en tanto que centenares de ojos le espían á través de las rejas.—¿Es verdad, pues, que hay inocentes encarcelados?—preguntó.

—¿Y cómo impedirlo?—contestó el empleado. --Por otra parte si les escucháis á ellos, todos son inocentes.

—¡Pero esos aldeanos que hemos visto no tienen ninguna culpa!

—Es verdad... Nuestro cargo es muy penoso porque tenemos que habérmolas con gente maleante y depravada y si no usamos de gran rigor no nos obedecen. Ayer mismo tuvimos que castigar severamente á dos presos.

—¿Cómo castigar?

—Sí, fueron castigados con la *rosga*, según la orden recibida.

—¿No están abolidas en absoluto las penas corporales?

—Sí; pero no para los culpables que extinguen condena y han perdido todos sus derechos civiles.

Neklindoff recordó el aire de misterio que advirtiera la víspera en la antecámara mientras esperaba á la Máslova y se lo explicó entonces. El castigo se había verificado en aquellos momentos. Y le invadió una sensación de tristeza, de dolor, de asco, de repugnancia física tan honda

como jamás la experimentara. Sin prestar oídos á su compañero ni mirar en torno, Neklindoff apresuró el paso á fin de llegar pronto al despacho del director y salir de aquel lóbrego encierro. Pero el director, hablando con otro se había olvidado de la petición de Neklindoff y se acordó únicamente de ella cuando le vió de nuevo.

—Esperad un momento,—le dijo,—ahora mismo haré que venga. Sentáos.

#### LIV

El despacho del director se componía de dos locales. En el primero,—una habitación con dos ventanas sucias, una estufa descalabrada y la imagen de Cristo, que no falta nunca en los sitios donde se atormenta á nuestros semejantes,—había varios carceleros. En el segundo había unas veinte personas, hombres y mujeres, que hablaban entre sí en voz baja, en grupos ó formando parejas.

El director se sentó en una mesa junto á la ventana, alargó una silla á Neklindoff, quien se sentó al lado y miró á las personas que había en la habitación.

Fijó primeramente la atención en un joven de rostro simpático, con una chaqueta corta, que hablaba con animación con un hombre que llevaba el uniforme de los presos y con una muchacha que estaba á su lado. Cerca de esos tres había un anciano con antiparras ahumadas que escuchaba inmóvil á una joven presa en tanto que un colegial miraba fijamente, con ojos espantados, al viejo, del cual no podía apartar su mirada. Más allá estaba sentada una pareja de enamorados. Ella era muchacha muy joven, rubia y graciosa, con el pelo corto y el rostro enérgico, vestida con mucha elegancia; él, un guapo mozo, con el pelo rizado, con el traje de preso; hablaban en voz muy baja, evidentemente enamorados hasta la locura uno de otro. Cerca de la mesa, una señora con el pelo gris y el traje negro, miraba con ojos amorosos á un joven que se

veía que era su hijo; cuyo aspecto denunciaba la tisis que le destruía, y parecía querer decirle algo; pero las lágrimas la sofocaban en tanto que el joven daba vueltas á una hoja de papel que tenía entre manos, sacudiéndola con rabia.

Más allá había una hermosa muchacha, bien formada, de color sano, con los ojos brillantes, sentada al lado de su madre que lloraba y á la que acariciaba amorosamente el hombro con la mano. Todo era hermoso en ella; las manos largas y blancas, el pelo corto y rizado, la nariz, los labios y más que todo sus dos grandes ojos negros, dulces y leales. En el momento de entrar Neklindoff, aquellos ojos espléndidos se fijaron un momento en él, pero en seguida volvieron á fijarse en su madre. Al lado de los dos enamorados había un hombre moreno, con el pelo alborotado y el pelo sombrío que hablaba con rabia con un visitante y parecía ser un *skopetz* (1). Por último, cerca de la puerta, un joven con una chaqueta impermeable parecía ocuparse más de la impresión que su presencia produciría á los visitantes que de sus palabras.

Neklindoff, sentado al lado del director, miraba en torno con curiosidad intensa. Pronto llamó su atención un niño que, acercándosele, le preguntó con vocecita aguda:

—Y vos, ¿á quién esperáis?

Neklindoff se asombró de tal pregunta, pero viendo aquella cara grave é inteligente de niño, aquellos ojos expresivos y atentos, contestó que esperaba á una conocida suya.

—¿Una hermana quizá?—insistió el niño.

—Nó, no es una hermana,—contestó Neklindoff, más y más asombrado.—¿Y tú, monín, á quien esperas?

—Estoy aquí con mi madre que está presa por causa política.

—María Paulovna, lleváos á Kolia,—dijo el director,

---

(1) Denominación de una secta.



que indudablemente creía contrario á la ley aquel coloquio del príncipe con el niño.

María Paulovna, la espléndida muchacha que Neklindoff había admirado, se levantó mostrando su alta estatura y andando á grandes pasos se acercó al príncipe y al niño.

—De fijo que os preguntaba quién sois,—dijo sonriendo y volviendo hacia él sus grandes ojos brillantes y dulces. En sus palabras había la suave sencillez de quien no duda de que en sus relaciones con los demás debe conservar siempre la afectuosa ternura de una hermana.

—Quiere saberlo todo,—añadió después, y sonrió al niño con sonrisa tan dulce que el niño y Neklindoff le contestaron con otra sonrisa.

—Sí, me había preguntado á quien esperaba.

—María Paulovna, ya sabéis que está prohibido hablar con los extraños,—dijo el director.

—Sí, sí, está bien,—contestó la joven. Y tomando con su mano larga y blanca la pequeña de Kolia, volvió cerca de su madre.

—¿Quién es ese niño?—preguntó Neklindoff.

—Es el hijo de una mujer condenada por delito político; ha nacido en la prisión.

—¿De veras?

—Y ahora va á Siberia con su madre.

—¿Y está joven?

—No puedo contestaros,—dijo el director encogiéndose de hombros.—Aquí está la Bogoducvskaia.

## LV

Desde la puerta del fondo compareció andando con paso ágil, Vera Efremovna, pequeñita, delgada, amarillenta, con el pelo corto y sus grandes ojos bondadosos.

—¡Cuán contenta estoy de que hayáis venido!—exclamó.

estrechando la mano de Neklindoff con efusión. — ¿Todavía os acordáis de mí? Sentémonos.

—No había pensado nunca encontraros en tal sitio.

—¡Oh, en cuanto á mí, estoy bien, tan bien que no puedo desear nada.—Y hablando volvía hacia el príncipe sus ojos redondos con expresión de espanto y movía su cuello largo, delgado y amarillento.

Neklindoff le preguntó por qué estaba en la cárcel; y entonces la Bogoduchovskaja empezó una relación muy animada y pintoresca de su proceso. Su discurso estaba esmaltado de frases científicas y extranjeras; hablaba de propaganda, de desorganización de las masas, de comités, de subcomités, de los cuales, según ella, todos debían tener noticia y que Neklindoff no había oído nombrar nunca. Le explicaba punto por punto todas aquellas cosas, segura de que debían interesarle. Neklindoff, por lo contrario, contemplaba entre el cuello largo y amarillento, aquellos cabellos claros escasos y alborotados, y se preguntaba con asombro qué era lo que la trajo á tal sitio y porqué se alababa de ello.

Tal como era le inspiraba lástima; pero una lástima distinta de la que sintió por los Menschoff, encerrados siendo inocentes en un calabozo fétido: era una lástima que nacía de aquel extraño embrollo de ideas que se había forjado en su mente la joven y por las cuales se creía una heroína.

La misma actitud había ya observado Neklindoff en otras personas que estaban en la habitación. Su presencia había llamado la atención de ellas y comprendió que algunas tomaban una actitud distinta de la acostumbrada por el sólo hecho de estar en presencia de un extraño.

Eso le parecía descubrir en las actitudes y ademanes de la joven vestida de presa y en los mismos dos enamorados. Lo descubriría realmente en las actitudes y los ademanes de todos los que se hallaban á su alrededor, excepto

en los del viejo, del tísico y de la hermosa joven de ojos negros y brillantes.

Vera Efreimovna deseaba interesar al príncipe por la suerte de una compañera suya, Schinstova, que sin pertenecer siquiera al partido, estaba presa por haber encontrado en su poder algunos libros y documentos que le habían dado á guardar. Se sentía en parte responsable de aquella detención y suplicaba á Neklindoff que hiciera lo posible para salvarla.

Por lo que hace á su historia, tenía poco que contar.

Después de terminados sus estudios de comadrona, entró en relaciones con una sección de «libertadores del pueblo»; había leído el *Capital*, de Carlos Marx, y tomó la resolución de consagrarse por completo al progreso de la «revolución».

Sin saber cómo, se encontró afiliada al partido. Primeramente todo marchó bien; pero después habiendo detenido á uno de los compañeros y encontrado cartas y documentos, todos habían ido á parar á la cárcel.

—También yo fui arrestada, y ahora me envían á Siberia... poco me importa, me encuentro bien, muy bien,—dijo con una sonrisa que daba lástima.

Neklindoff quiso saber quién era la joven que tenía á su lado al niño. Era la hija de un general, inscrita desde mucho tiempo antes en las filas de un partido revolucionario y aprisionada por haberse confesado culpable de disparar contra un soldado. Pero en realidad no era culpable. Junto con otros de su partido, habitaba en una casa señalada como foco de conspiración, y donde había una tipografía. Una noche, los polizontes fueron á practicar un registro y los habitantes de la casa, decididos á defenderse, habían apagado las luces y querían destruir cuanto podía comprometerles. Pero la policía había invadido ya el local y en la obscuridad alguien disparó hiriendo mortalmente á un soldado. En los interrogatorios que siguieron había contestado, declarándose autora de la herida y aunque en reali-

dad, jamás hubiese tocado un arma de fuego y fuera incapaz de matar una mosca, habían admitido su confesión como buena. Condenada á trabajos forzados, de un momento á otro partiría para Siberia.

—Es un alma noble, altruista...—repetía Vera Efremovna.

Se notaba que sentía un verdadero placer oyéndose hablar, y tal vez pudiendo manifestar su saber y su elocuencia. Neklindoff se limitaba á hacerle de vez en cuando una pregunta, y ella recomenzaba y no se detenía. Encontró, no obstante, medio de decirle que en el asunto que le recomendaba temía mucho no poder nada, careciendo como carecía de las influencias que la joven revolucionaria se había apresurado á atribuirle.

Luego hablaron de la Máslova. Había sabido su historia como sucede en la prisión, donde acaba por saberse todo, y aconsejaba á Neklindoff que procurara hacerla pasar al departamento de presos políticos ó por lo menos á la enfermería, donde había mucho trabajo y faltaba gente.

Neklindoff le dió las gracias; por lo que hacía á la Schinstova insistió que dudaba mucho de poder servirla, pero que lo probaría en cuanto fuera á San Petersburgo.

## LVI

El director interrumpió su coloquio diciendo que había pasado la hora del permiso.

Neklindoff se levantó y saludando á Vera Efremovna se acercó á la puerta y se paró para observar la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

En vano el director repetía que había pasado la hora; ni los presos ni los visitantes acertaban á moverse.

Dos ó tres grupos solamente se habían levantado y hablaban de pie.

Al saludarse para despedirse rompían muchos en amargo llanto.

La más conmovida de todos era la madre del joven tísico, la cual, antes de abandonarle sollozaba con la cabeza puesta sobre el hombro de su hijo. La bella joven,—Neklindoff sin advertirlo se cuidaba mucha de ella,—estaba de pie ante su madre que lloraba y le decía algunas palabras para calmarla. Los dos enamorados de pie, estrechándose las manos se contemplaban estáticos. El viejo de las gafas azules continuaba con la mano de su hija entre las suyas, inclinando la cabeza á lo que ella le decía.

—Esos son los únicos que son dichosos,—dijo el joven de la americana impermeable á Neklindoff;—esta noche se casan en la prisión, y luego ella le seguirá á Siberia.

—¿Y él?

—Está condenado á trabajos forzados. Dichosos ellos que pueden gozar cierta felicidad entre tanta miseria,—añadió oyendo sollozar al anciano de los lentes ahumados.

—Señores, os ruego que acabéis,—decía el director con voz débil y vacilante.—No me obliguéis á ser severo. Es la hora; lo digo por última vez.

Y se levantaba, se volvía á sentar, daba una chupada á su cigarro, lo dejaba apagar, lo volvía á encender. Se comprendía que por inveterados que fuesen en él los argumentos especiosos que permiten á un hombre hacer sufrir á los otros, sin creerse responsable de este sufrimiento, el director no podía, sin embargo, evitar el que su conciencia lo acusase como á uno de los autores de aquella espantosa angustia que en la sala existía. Y se veía que él también estaba sufriendo, y que un peso enorme le oprimía el pecho.

Al cabo los visitantes y los presos se movieron, unos hacia la puerta del fondo y otros hacia la salida. El primero que salió fué el joven tísico y el último el hombre de los anteojos ahumados, andando con paso lento; después de él salió Neklindoff.

—Menos mal que el director es una buena persona,—decía al príncipe el joven del impermeable, en tanto que

los dos iban hacia la puerta de salida. —Pero de todos modos son sesiones extraordinarias. ¡Además es un verdadero martirio! Todo el mundo lo dice.

—¿Acaso en las otras cárceles estas visitas no se hacen del mismo modo?

—Muy lejos de eso. Todo lo más, se puede ver á los presos políticos á través de dos rejas, como á los presidiarios de derecho común.

Hablando con Medintzeff,—el joven se había presentado con este nombre,—Neklindoff se encontró en la antecámara, donde le alcanzó el director que tenía un aspecto muy cansado.

—Si queréis ver á la Máslova, venid mañana,—dijo, queriendo ser cortés con el príncipe.

—Está bien, gracias,—contestó éste, apresurándose á salir.

Además de la piedad experimentaba aquella misma sensación de náusea moral que advirtiera la primera vez que entró en el locutorio de las mujeres. Eran terribles los sufrimientos de aquel Menschoff, y más terrible la duda que debía sentir acerca de la existencia de Dios y de la necesidad del bien ante la crueldad de los otros hombres; terrible era el caso de aquellos pobres aldeanos que por no tener pasaportes estaban encarcelados tanto tiempo hacía; terrible era la vida de aquellos carceleros ocupados exclusivamente en atormentar á sus hermanos; pero más terrible aún la necesidad que obligaba á aquel director viejo, bueno y de carácter débil á separar la madre del hijo, el hermano de la hermana y las personas que la naturaleza había querido que vivieran indisolublemente juntas.—¿Por qué todo eso?—se preguntaba, y no sabía encontrar respuesta satisfactoria.

LVII

Al día siguiente Neklindoff fué á casa del abogado y le expuso el caso de Menschoff, rogándole que tomara su defensa. Fanarín le escuchó con atención y luego contestó que si el hecho era realmente como lo contaba Neklindoff, defendería á la madre y al hijo sin admitir un céntimo.

El príncipe le habló también de los ciento treinta aldeanos que estaban detenidos sin culpa alguna y le preguntó de quien dependía su suerte y quien era responsable de lo ocurrido. El abogado calló algunos minutos como si buscase y no pudiese dar con la respuesta precisa, y luego dijo:

—¿Quién es responsable?—pensó un momento y:

—Nadie;—dijo,—hablad al fiscal y os dirá que la responsabilidad es de Maslennikoff; hablad á éste y os asegurará que la culpa la tiene el fiscal. En total nadie es responsable.

—Pues bien, ahora voy á ver á Maslennikoff y se lo referiré todo.

—Es inútil, porque Maslennikoff (espero que no será amigo ni pariente vuestro) es un verdadero canalla, y, lo que es peor, un canalla hipócrita.

Neklindoff recordó la definición que de Fanarín le había dado el director y no contestó. Saludó al abogado y se dirigió á casa de Maslennikoff. Quería pedirle dos cosas: que hiciera pasar á la Máslova á la enfermería y que procurara hacer algo en favor de aquellos ciento treinta desdichados que no cometieron más delito que el de no tener sus papeles en regla. No le gustaba tener que pedir algo á

un hombre como Maslennikoff, pero no le quedaba otro recurso para lograr su objeto.

En la puerta de la casa del vicegobernador, Neklindoff vió muchos carruajes parados y esto le recordó lo que había dicho aquél acerca de las recepciones de su mujer. Se trataba de aquel *jour* á que había sido invitado con tantas instancias.

En el momento en que Neklindoff entraba, un siervo que llevaba librea y un sombrero galoneado ayudaba á bajar del coche á una señora muy elegante, que aguantándose la cola del vestido, enseñaba un zapato negro muy bonito.

Entre los coches reconoció al landó cerrado de los Korchaghin, cuyo cochero le hizo un gran saludo cortés y respetuoso, como cumplía á un señor tan íntimo de la casa.

Apenas había preguntado el príncipe al portero si Miguel Ivanovitch,—el nombre de Maslennikoff—estaba en casa, cuando le vió aparecer acompañando á un personaje, á un militar de alta graduación con quien hablaba de una lotería benéfica que debía verificarse en la ciudad dentro de pocos días. Tanto el general como el vicegobernador hablaban mitad ruso mitad francés, y trataban de unos cuadros vivos que las señoras habían proyectado organizar á beneficio de una obra caritativa. El elevado personaje era de opinión que esa era una ocupación excelente para las damas.

—*¡Qu'elles s'amusent et que le bon Dieu les bénisse!*—exclamó Maslennikoff. Luego volviéndose hacia el príncipe. —*¡Buenas tardes, Neklindoff! ¡Eres muy caro de ver! Animo. ¡Allez presenter vos devoirs á madame!* También están los Korchaghin. *Et Nodine Bukshevden. ¡Toutes les jolies femmes de la ville vous attendent, heureux gaillard!*

—*¡Au revoir mon cher!*—dijo el general, estrechando la mano á Maslennikoff.

—*¡Vamos arriba!*—exclamó éste.—No puedes figurarte cuanto celebro que hayas venido.



Y tomando del brazo á Neklindoff, subió la escalera con una rapidez muy grande, vista su corpulencia.

Neklindoff comprendía que el regocijo de Maslennikoff provenía de la atención y finura con que le había tratado el general: todos los actos de cortesía de una persona empingoretada le causaban transportes de alegría parecidos á los que siente un gozquecillo cuando lo acaricia su amo. Tal era el caso de Maslennikoff. No advertía la expresión severa del príncipe y le arrastraba hacia el salón casi á viva fuerza.

—Después, después hablaremos de negocios y haré cuanto querrás,—decía mientras atravesaban un gran salón. A un criado que estaba cerca de la puerta le dijo:—Anunciad á la «general» el príncipe Neklindoff. *Vous n'avez qu'à ordonner*, pero antes debes visitar á mi mujer. La otra vez ya me riñó porque no te conduje á su lado.

El criado le había anunciado ya, así es que cuando entraron los dos, Ana Ignatievna, con una sonrisa radiante, inclinó la cabeza detrás de las cabezas y los sombreros que la rodeaban.

Al otro lado del salón, junto á una mesa, estaban varias señoras, y algunos hombres de levita y de uniforme, luciendo los últimos todas sus condecoraciones. Al extremo opuesto del salón, en torno á otra mesa de té, algunas señoras sentadas hablaban con caballeros que se hallaban delante de ellas de pie, y se oía un zumbido ininterrumpido de voces graves y agudas.

—*Enfin!* ¿Es qué no nos queréis ya conocer?... ¿Os hemos hecho algún daño?—con estas palabras que hacían suponer una intimidación que nunca existiera, Ana Ignatievna saludó al príncipe.—Os conocéis ya... *Madame* Beliavski, Miguel Ivanitch Chernoff. Sentáos cerca de mí. Missy, *venez donc á notre table; on vous apportera votre te...* Y vos,—dijo volviéndose hacia un oficial que hablaba con Missy,—acercáos... Príncipe, ¿queréis té?

—No, no,—decía una voz femenina;—no me convenceis. Decid más bien que no le amaba.

—O mejor, que amaba las pastas.

—¡Siempre bromas sin substancial!—exclamó riendo una señora, fulgurante de seda, oro y piedras preciosas.

—¡Son excelentes! Dadme otro pastelito.

—¿Os vais pronto?

—Sí, hoy es el último día que pasamos aquí.

—Con esta temperatura espléndida se está muy bien en el campo.

Missy con un sombrero y un traje obscuro á rayas que le ceñía el cuerpo y le marcaba las caderas sin hacer una sola arruga, estaba verdaderamente muy bonita. Viendo á Neklindoff, se ruborizó y le dijo:

—Creí que os habíais marchado.

—Poco me falta. Sólo algunos negocios me detienen y hasta aquí he venido para hablar de asuntos serios.

—Id á ver á mamá; creo que quiere veros,—dijo la princesa; y como mentía, y comprendió que él lo adivinaba, se ruborizó.

—Dudo que tenga tiempo,—replicó Neklindoff, fingiendo que no había advertido el rubor de la joven.

Missy frunció el entrecejo, se encogió de hombros y se volvió hacia un oficial muy elegante que estaba cerca de ella y que se ofreció á llevarle valerosamente una taza de té, no sin haber tropezado antes con el sable en las patas de un sillón.

—Debéis hacer algún sacrificio en favor del asilo.

—No rehusó; pero guardo mi generosidad para la lotería. Entonces sí que habrá que verme.

El *jour* de la «generalá» era de los más brillantes y la dama estaba satisfechísima.

—Mika,—dijo Ana Ignatievna, dirigiéndose al príncipe, —me ha dicho que estáis ocupadísimo visitando á los presos. Cómo os comprende. Mika tendrá quizá otros muchos defectos; pero ya sabéis cuán bueno es! Todos esos

desgraciados son para él lo mismo que hijos. *Il est d'une bonté...*

Se detuvo como no encontrando palabras suficientes para expresar la *bonté* del marido, y luego se volvió sonriente hacia una vieja adornada con lazos de color de lila, que entraba en aquel momento. Charlaron un rato de muchas cosas sin sentido común, y cuando hubo hecho lo necesario para no chocar con las conveniencias sociales, Neklindoff se acercó á Maslennikoff.

—¿Puedes concederme algunos minutos?

—Sí, es verdad; entremos aquí.

Los dos penetraron en un gabinetito japonés y se sentaron junto á la ventana.

### LVIII

—Ahora soy todo tuyo. ¿Quieres, quizás, fumar? Espera, no estropeemos algo,—añadió, poniéndole cerca un cenicero.

—Vengo á verte por dos motivos.

—¿Sí?—dijo Maslennikoff, y su rostro tomó una expresión de aburrimiento; no quedaba en él nada que recordara al gozquecillo.

Del salón vecino llegaba una voz femenina que repetía sin cesar:—¡Jamás, jamás lo creeré!—Al mismo tiempo, una voz de hombre contaba una historieta en que sonaban los nombres de la condesa Vorouzoff y de Víctor Apraxin; también se oían fuertes carcajadas y un murmullo confuso de voces.

En tanto que escuchaba á Neklindoff, Maslennikoff no perdía una palabra de lo que se decía en el salón.

—He venido para hablarte aún de aquella joven...

—Sí, ya sé; aquella inocente.

—Quisiera pedirte que entrara como criada en la enfermería.

Maslennikoff se mordió los labios y quedó pensativo.

—Estoy dudando... Mañana consultaré el caso y te enviaré un recado.

—Me han dicho que hay muchos enfermos y que se necesitan enfermeras.

—Sí, sí, no tengas cuidado, de todos modos te diré algo.

—Te lo agradeceré mucho.

En aquel momento resonó una carcajada general y espontánea en el salón.

—Será Víctor,—exclamó Maslennikoff sonriendo;— es muy gracioso cuando está en vena.

—Además,—continuó el príncipe,—hay en la cárcel ciento treinta aldeanos por el solo delito de no tener pasaportes.—Y explicó el caso á Maslennikoff

—¿Cómo lo has sabido?—preguntó éste, y en su rostro apareció una expresión de inquietud y mal humor.

—Fuí á ver á un preso, y aquella pobre gente me ha rodeado y me lo ha explicado.

—¿A quién fuiste á ver?

—A un aldeano acusado, sin culpa, de quien hablé ya á mi abogado; pero no es este el caso. ¿Cómo se explica que tantos desgraciados sin culpa estén en la cárcel sólo por no tener pasaportes?

—Esto es cosa del fiscal,—interrumpió Maslennikoff con tono seco.—El deber del fiscal y de sus sustitutos sería visitar la cárcel para saber si se comete allí alguna injusticia; en vez de eso se pasan la vida jugando de un modo desenfrenado.

—¿Así, pues, no puedes hacer tú nada?—preguntó Neklindoff frunciendo el entrecejo, recordando que Fanarin le había dicho ya que Maslennikoff daría la culpa de todo al fiscal.

—No es eso; necesito informarme. En tu obsequio haré algo y te aseguro que pensaré en todo,—concluyó Maslennikoff, sacudiendo el cigarrillo con su blanca mano ensortijada.

—¡Peor para ella! Es una cenicienta,—exclamó una voz de mujer en el salón.

Y de nuevo se oyó una carcajada general.

—Pasemos otra vez al salón.

—Una pregunta aún. Me han dicho que ayer en la cárcel se infligieron castigos corporales. ¿Es verdad?

—¡Ah! ¿quieres hablar de eso? No, no *mon cher*, veo que no se te puede permitir ir por esos sitios; quieres meter la nariz en todas partes. Ven, ven conmigo, que Anita te llama,—dijo el otro tomando el brazo de Neklindoff, y se mostraba excitado como después de su coloquio con el general; pero ahora su excitación no provenía de un exceso de alegría sino de un principio de inquietud.

Pero Neklindoff se desasíó bruscamente, y sin saludar á nadie, sin proferir una palabra, atravesó el salón, la gran sala, la antecámara, pasó por entre los criados, que se pusieron en pie, y salió á la calle.

—¿Qué tiene? ¿Qué le has hecho?—preguntó Ana á su marido.

—Esto es á la francesa,—dijo uno.

--No, esto es á la zulú.

—¡No hay que extrañarse, siempre ha sido así!

Algunos salieron y entraron otros. Empezó de nuevo la charla, y la salida de Neklindoff dió á la reunión un asunto cómodo sobre el cual, hablar á más y mejor.

Al día siguiente de su visita á Maslennikoff recibió una carta escrita con letra elegante y firme, la cual le informaba de que el vice gobernador había escrito al médico de la enfermería para que tomara á la Máslova y terminaba firmándose: «tu antiguo y afectuoso compañero, Maslennikoff.»

—¡Imbécil!—No pudo por menos de exclamar el príncipe.

Comprendía que con la palabra «compañero» Maslennikoff quería ponerse á su nivel; que aún cuando persuadido de que era un personaje de importancia quería, sino

adularlo, ostentar por lo menos cierta indiferencia de su propia posición, y que por esto se firmaba su compañero.

## LIX

Uno de los prejuicios más generales y arraigados consiste en creer que cada hombre tiene cualidades que le son propias: así se dice que uno es bueno ó malo, tonto ó inteligente, enérgico ó apático. Esto no es verdad en absoluto. Podemos decir que un hombre más bien es bueno que malo, inteligente que torpe, enérgico que apático ó viceversa. Pero diremos una tontería si sostenemos que un hombre es siempre bueno é inteligente y otro siempre malo y torpe; y, sin embargo, siempre clasificamos así á los hombres y esto es ilógico. Las personas son parecidas á los ríos. El agua corre igualmente en todos ellos; pero un mismo río puede ser tortuoso y rápido ó ancho y manso, limpio ó turbio, frío y caliente. Así los hombres; cada cual guarda en sí el germen de todos los vicios y todas las virtudes; tan pronto domina uno como otro; ocurre que un hombre no es siempre igual, siendo siempre el mismo.

Pero es preciso tener en cuenta que muchas veces esos cambios se manifiestan de un modo muy rápido; tal era el caso de Neklindoff. Aquel sentimiento de purificación y de regocijo que sintiera al volver del tribunal y de la cárcel después de su primera entrevista con Katuscha, se había transformado en un sentimiento de terror y repugnancia hacia ella. Se había propuesto no abandonarla, no variar de determinación cuando ella consintiera; pero eso le era penoso y doloroso.

El mismo día Neklindoff fué á la cárcel para ver á la Máslova.

El director le dió permiso para hablarla; pero no en su despacho, sino en el locutorio de las mujeres. A pesar de su bondadoso natural, observó con el príncipe una actitud más reservada: evidentemente después de su entrevista

con Maslennikoff, éste había dado órdenes para usar mayores precauciones con aquel visitante.

—Sí, podéis verla; pero os ruego que no la déis dinero. Por lo que hace á trasladarla á la enfermería, como ya os ha escrito S. E., el médico consiente; pero es ella la que no quiere. Ha dicho que no tiene necesidad de vaciar los servicios de los enfermos. ¡Ah, príncipe, bien se ve que no conocéis á estas clases de gentes!

Por toda respuesta Neklindoff le rogó que le otorgara la entrevista pedida; y el director, llamando al carcelero, le ordenó que acompañara al príncipe al locutorio de mujeres.

El locutorio se hallaba desierto cuando Neklindoff penetró, pero apenas pasados algunos minutos abrióse la puerta del fondo, apareciendo una figura de mujer.

La Máslova estaba ya allí; Neklindoff la vió detrás de la reja con espresión de calma y timidez; luego acercándose á él, murmuró en voz baja, en tanto que le miraba con sus ojos negros:

—Perdonadme, Dimitri Ivanovitch, el otro día no me porté bién.

—No soy yo quien debe perdonaros...—contestó el príncipe.

—Os repito que me dejéis,—prosiguió ella; y en sus ojos oscuros que le miraban intensamente, Neklindoff leyó un pensamiento fijo y hostil.

—¿Por qué debo abandonaros?

—Porque sí...

—Explicáos mejor.

Fijó de nuevo en él aquella siniestra mirada que le pareció preñada de malos pensamientos.

—Os lo digo en serio... dejadme... Será mejor... olvidad ese pensamiento... no puedo hacerlo,—repitió con los labios temblorosos y calló. Luego añadió aún;

—¡Dejadme! Primero me mato.

Neklindoff comprendía que en su negativa había el odio

de una ofensa no perdonada; pero adivinaba también un gran fondo de nobleza. Aquella confirmación de su negativa en un momento de calma destruía todas sus dudas y volvía su alma á aquel estado de conmoción solemne y de gravedad que al principio la había invadido.

—Katuscha, repito lo que te dije: te lo ruego; consiente en ser mi mujer. Si no lo quieres y hasta que lo querrás, seguiré yo siempre tus pasos donde quiera que vayas.

—Esto vos debéis decirlo. Yo no diré una palabra más, —contestó la joven, y sus labios temblaron.

Estaba Neklindoff tan conmovido, que no acertaba á decir una palabra; al fin se repuso algún tanto, y añadió:

—Ahora voy al campo; iré á Petersburgo; haré cuanto pueda por nuestra... por vuestra causa. ¡Ah, si Dios quiere esa sentencia no se cumplirá!

—Y aunque se cumpla... la tendré merecida. Si no por éste, por tantos otros males...—contestó Katuscha, y Neklindoff sintió en su voz el esfuerzo que hacía para contener las lágrimas.—¿Habéis visto á los Menschoff?—añadió después para sofocar su emoción.—¿No es verdad que no son culpables?

—Creo que no.

—Es una viejecita tan buena...—afirmó ella.

Neklindoff la explicó cuanto le había dicho el aldeano, y le preguntó si necesitaba algo. La joven le contestó que no. Siguió un instante de silencio; luego de repente la Máslova profirió:

—En cuanto á la enfermería, si vos lo deseáis, iré... Y os prometo que no beberé más vino.

Sin hablar, Neklindoff la miró en los ojos, que sonreían y sólo tuvo fuerza para contestarle:

—Está bien.

Entretanto pensaba:

—Está cambiada del todo.

Y de la excitación del día anterior, pasó á un senti-



miento nuevo que no recordaba haber tenido nunca. No podía dudar de la potencia del amor.

Vuelta á su cuadra fétida, después de la entrevista, la Máslova se quitó la blusa y se sentó en la cama con las manos en las rodillas.

En la cuadra no quedaban sino la tísica, la aldeana detenida por no haber dejado marchar á su sobrino, la Menschovna y la guardavía con los dos niños. La hija del diácono, en quien se reconocieron los primeros síntomas de la locura el día anterior, estaba en la enfermería. Las demás lavaban la ropa sucia.

La Menschova, dormía en la cama, y los dos muchachos corrían por el corredor del cual estaba abierta la puerta. La Vladimírskacha y la guardavía, sin cesar un momento de hacer calceta con sus dedos ágiles, se acercaron á la Máslova.

—¿Os habéis visto?—preguntaron las dos.

La interrogada movía las piernas que pendían sin tocar al suelo y no contestaba.

—¿Qué tienes, hija?—preguntó la guardavía.—Es preciso no perder el valor.

Tampoco esta vez contestó la Máslova.

—Nuestras compañeras están lavando la ropa,—dijo la Vladimírskacha.—Dicen que hoy han repartido mucha limosna.

—¡Finaskal!—gritó de repente la guardavía, asomándose á la puerta.—¿Dónde estás, pillín?—y dejando la calceta salió corriendo.

En aquel momento resonó rumor de pasos y de voces femeninas, y bien pronto entraron en la cuadra las otras presas, arrastrando los zuecos: todas traían un pan y algunas dos. Fedossia se acercó en seguida á la Máslova.

—¿Qué tienes? ¿Te ha ocurrido algo malo?—le preguntó con dulzura, mirándola con sus ojos azules.—Mira, ya tenemos pan para nuestro té.

—¿Quizá ha cambiado de idea y no quiere casarse?— preguntó la Korablova.

—No, no ha cambiado, soy yo la que no lo quiero,— contestó la Máslova,—y se lo he dicho claramente.

—Esto se llama ser estúpido,—afirmó con su voz ronca la Korablova.

—¿Por qué? ¿Se comprende perfectamente? ¿Cuándo no se puede vivir juntos, qué se saca de casarse?—replicó Fedossia.

—¿Pero tu marido no te sigue?—observó la guardavía.

—¡Eso es otra cosa! Nosotros somos ya marido y mujer. ¿Pero éstos, qué sacarán de unirse no pudiendo vivir juntos?

—¡Tonta! ¿No ves que si se casa con ella puede cubrirla de oro?

—Me ha dicho: donde quiera que vayas, yo te seguiré,—dijo la Máslova.—Bien, que me siga, y si no me sigue, él sabrá por qué... no seré yo quien le ruegue... ahora va á Petersburgo para cuidar de mi causa... ¡todos los ministros son parientes suyos!... pero para mí, siempre es lo mismo, ¡no tengo ninguna necesidad de él!

—Ya lo creo,—exclamó Korablova, pensando evidentemente en otra cosa.—Ahora bebamos un poco de vino.

—¡No quiero! ¡Bebed vosotras, si queréis! Yo pago.—contestó la Máslova.

---

FIN DE LA PRIMERA PARTE

---

---

## SEGUNDA PARTE

---

### I

El recurso de casación de la Máslova, debía verse al cabo de un par de semanas, y Neklindoff quería estar para entonces en Petersburgo.

Caso de que el recurso no prosperara, estaba decidido á elevar una súplica al Emperador como le había aconsejado Fanarin.

Y si hasta la súplica no surtía efecto,—era preciso prever tal caso, ya que, según el abogado, el recurso de casación tenía poco fundamento,—Neklindoff estaba dispuesto á seguir á la Máslova; y como la marcha de la primera expedición hacia Siberia, de la cual formaría parte la joven, quizá se fijara para primeros de Junio, quería prepararse para tal viaje y dar antes una vista á sus posesiones para disponer lo que le conviniera.

Neklindoff partió con tal objeto para Kusminskoje, la propiedad más vasta y cercana, de la cual, sacaba la mayor parte de sus rentas.

Allí había pasado su juventud y vuelto dos veces en su edad madura.

Una de ellas, cuando aún vivía su madre, llevó allí á un administrador alemán, al cual confió el cuidado de la propiedad después de haberse enterado bien del estado en qué se hallaba.

Por eso conocía las condiciones de la propiedad y los pactos que ligaban á los aldeanos con el propietario; pactos de tal naturaleza, que ponían á los aldeanos en la más completa dependencia.

Neklindoff no lo ignoraba, cuando siendo estudiante y profesando las teorías de Spencer y Henry George, había distribuído entre los pobres labradores las tierras que le tocaron en suerte por la muerte de su padre. Pero después del servicio militar y cuando se hubo acostumbrado á gastar más de veinte mil rublos anuales, tales teorías dejaron de parecerle obligatorias moralmente, dejó que el olvido las disipara, y lejos de preguntarse de donde sacaba su madre los medios para subvenir á sus gastos, creía más cómodo no pensar en ello. Ahora, la muerte de su madre y la precisión de cuidarse de su fortuna, ponían de nuevo ante sus ojos el problema de la propiedad territorial poseída por un solo individuo.

Un mes antes, Neklindoff hubiese pensado que intentar variar el sistema existente, era una utopia; que la administración de sus tierras no estaba ya directamente entre sus manos, y, tranquilizándose merced á tales argumentos hubiese continuado viviendo lejos de sus propiedades y cobrando la renta de ellas. Ahora, aun cuando aquel viaje á Siberia y sus relaciones forzosas con leguleyos y empleados de las cárceles le hacían más necesaria que nunca la conservación de su posición social y de sus riquezas, comprendía que le era imposible moralmente dejar las cosas tal como estaban y no introducir profundas modificaciones, aun cuando debiera sufrir menoscabo en sus intereses. Por tal motivo había decidido no cultivar ni administrar directamente sus tierras sino arrendarlas por un pre-

cio módico á los aldeanos á fin de que éstos pudieran hacerse independientes poco á poco.

Cuando el príncipe comparaba la situación de un gran propietario territorial con la de un dueño de esclavos, advertía que servirse para el cultivo de los campos del trabajo de aldeanos sujetos á dura condición y de jornaleros pagados, era poco más ó menos lo que hacía el dueño de esclavos; en cambio, cederles los campos por un precio anual, equivalía á hacerles trabajar tierras que les fueran propias.

Este último sistema no podía considerarse tampoco como una solución completa del problema; pero era un gran paso hacia esa solución, y representaba otro gran paso hacia un mejoramiento justo y humano.

Neklindoff llegó á Kusminskoje hacia medio día. Contra su costumbre, no avisó su llegada, así es que en la estación tomó un coche de alquiler.

Durante el trayecto, el cochero, que se llamaba Jamscik y llevaba una *podokiovka*, que un cinturón ceñía á la cintura, sentado de medio lado, hablaba con el señor, dejando que el caballejo blanco de varas y el rocín de bolea fueran á su paso.

Sin saber que hablaba con el amo de aquella comarca, —á propósito no se había dado á conocer Neklindoff,— Jamscik hablaba del administrador.

—Es un alemán muy elegante,—decía volviéndose á medias y moviendo la fusta,—tiene una troika muy bonita, y cuando sale á pasear con su señora, no hay quien le iguale!... ¡El invierno último había que ver el árbol de Navidad que tenía en su casa!... Yo lo ví porque conduje á muchos invitados... ¡Qué hermosura de árbol! En toda la provincia no había otro igual... Se conoce que roba de una manera... Eso es natural; hace lo que quiere, como si fuera el dueño. Dicen que se ha comprado una posesión magnífica.

Neklindoff creía que no le importaría saber cómo el

alemán había administrado las propiedades. Sin embargo, las palabras de Jamscik despertaron en él un remordimiento que no le abandonó durante todo el trayecto. En tanto que el coche le llevaba, admiraba el encanto de aquel día sereno, las nubes que de cuando en cuando aparecían, los campos verdeantes, los pájaros que cruzaban el aire, los bosques revestidos de nueva y fresca pompa y las yeguas que pacían por los prados; y, sin embargo, de cuando en cuando, algo turbaba la armonía de aquella contemplación, algo enojoso y triste. Y si Neklindoff trataba de precisarlo, las palabras de Jamscik volvían á su mente, trayéndole á la memoria cómo aquel alemán administraba sus tierras.

Cuando llegó á Kusminskoje, aquella impresión se disipó muy pronto, y el príncipe se entregó por entero al examen de los asuntos que le llevaban allí. Un rápido examen de los libros de administración y una conversación con el dependiente que con la mayor ingenuidad del mundo trataba de hacerle comprender las ventajas de que los aldeanos poseyeran campos poco extensos y rodeados de los dominios señoriales, confirmaron á Neklindoff en su idea de prescindir de toda molestia y ceder sus propiedades á los labriegos.

Por los libros y por lo que le dijo el dependiente, supo que los dos tercios de sus mejores tierras de pan llevar estaban cultivadas por medio de braceros y con ayuda de aperos perfeccionados. El tercio restante se cultivaba por medio de arrendamientos de cultivo á razón de cinco rublos por fanega, es decir, que, por aquel precio, el aldeano se comprometía á labrar y rastrillar tres veces la tierra y formar las gavillas, hacer, en fin, todas las operaciones por las cuales un jornalero, aun trabajando á un precio ínfimo, hubiese cobrado diez rublos por fanega. Los aldeanos pagaban á la administración, en jornales, cuanto necesitaban, y lo pagaban á precios muy subidos; trabajaban también en los prados, en los plantíos de patatas, en los bos-

ques, y casi todos estaban en deuda con el administrador. Así las tierras arrendadas de aquel modo á los aldeanos rendían mucho más de lo que realmente podía esperarse y daban un interés de un cinco por ciento.

Todo esto lo sabía Neklindoff desde antiguo; pero ahora le parecía nuevo, le asombraba. Se preguntaba como él, como los demás propietarios no habían advertido la enormidad, la injusticia de tales pactos. Las razones invocadas en contrario por su dependiente que afirmaba que los géneros almacenados deberían venderse á bajo precio, que los aldeanos sacarían gran fruto de la tierra si la trabajaban por su cuenta, que él perdería mucho, confirmaron á Neklindoff en la convicción de que perdería bastante dinero; pero cumpliría una buena acción. Decidió poner en seguida en planta su propósito; el administrador debería pensar en recoger el grano ya sembrado y vender cuanto había en los almacenes así como todas las construcciones inútiles.

Por eso Neklindoff le rogó que avisara para el día siguiente á todos los aldeanos de los tres pueblos que formaban el dominio de Kusminskoje, para participarles su decisión y para fijar el precio del arrendamiento.

Satisfecho de la propia firmeza, que le hizo rebatir las observaciones del administrador y del dependiente, y por su deseo de sacrificarse en favor de los aldeanos, Neklindoff salió del despacho, y meditando sobre el partido que iba á tomar, dió una vuelta alrededor de la casa, entre los arriates floridos en otro tiempo, y ahora descuidados, por la esplanada del lason tennis, á lo largo del paseo de los tilos, donde le gustaba fumar un cigarro, y donde tres años antes coqueteara con la bella Kirimoff, una huéspedea de su madre.

Preparado en breve espacio el discurso que haría el día siguiente á los aldeanos, volvió á casa del alemán, discu-

tiendo,—en tanto que tomaban el té,—acerca del mejor modo de liquidar la herencia y entró en el cuarto que en la casa solariega habían dispuesto para él, con la satisfacción del que va á cumplir una buena obra.

En aquella habitación, aireada y linda, con algunas vistas de Venecia colgadas de las paredes, y un espejo entre las dos ventanas, había una cama de muelles muy bonita y una mesa, sobre la cual campeaban un vaso de agua, una fosforera y un apagador.

Sobre la gran mesa de debajo del espejo, estaba su maleta abierta, en la cual se veía un lujoso neceser y algunos libros; un tratado de «estudios legales sobre la culpabilidad» en ruso, y dos obras, alemana una, é inglesa la otra, sobre el mismo tema.

Tenía el propósito de leer en los ratos que le quedaran libres durante su visita á sus posesiones; pero ahora, mirando los libros, comprendía que no tenía el ánimo dispuesto para tales estudios. Muy otros eran los pensamientos que le ocupaban.

Pero al mirar por casualidad una butaca de palo de rosa con preciosos tallados, que años atrás estaba siempre en el cuarto de su madre, un sentimiento doloroso invadió su alma, pensando que debía renunciar á la casa, que caería en ruinas, al jardín, donde crecería la hierba, á los bosques, que vería talados, á los almacenes llenos de provisiones, á las yeguas y á las máquinas agrarias, á una fortuna que, si no había ganado, conservaba cuando menos. Imaginaba que hubiese sido muy fácil renunciar á todo aquello, y ahora advertía que le daba pena renunciar, no sólo á la casa y á las tierras, sinó á la mitad de las rentas en aquellos instantes en que le eran tan necesarias. Y á su mente acudieron mil sofismas que le representaban como obra de demencia la de entregar sus tierras á los aldeanos, y destruir con sus propias manos su patrimonio.

—No debo poseer tierra en absoluto, y, no poseyéndola,



es absurdo sostener una administración. Además, parto muy pronto para Siberia, y allí no necesitaré ni casas ni posesiones,—decía una voz interna.

—Bien está,—replicaba otra,—pero no pasarás tu vida entera en Siberia... Luego te casarás; quizás tengas hijos, y así como recibiste la fortuna de tus padres, tienes obligación de devolverla á tus hijos. Hasta para con la tierra hay deberes que cumplir... Dar las cosas, destruir, es muy fácil; lo difícil es reconstruir. Examina, escruta profundamente tu existencia, piensa de un modo franco y sin prejuicios en tu porvenir y luego, de conformidad con el juicio que hayas formado, dispón de tu patrimonio.

Neklindoff se hacía aún otra pregunta. ¿Lo que estaba á punto de hacer era producto de un impulso de su propia conciencia ó de la preocupación del juicio que la sociedad formaría de su acto y del deseo de alabarse luego de él?... Y tuvo que confesarse que el juicio de los demás ejercía mucha influencia sobre él. Y á medida que reflexionaba, se le ocurrían nuevas preguntas, y el problema aparecía cada vez más intrincado.

Para sacudir aquel tropel de ideas se echó sobre la cama y trató de dormir; ya pensaría á la mañana siguiente, con la cabeza despejada en aquel problema, que ahora le parecía tan embrollado.

Pero no conseguía dormirse. Por la abierta ventana, junto con el aire fresco y los rayos de luna, llegaban hasta él los chillidos de las ranas y los gorgoros de los ruiseñores, que cantaban á lo lejos en los árboles del parque y bajo su ventana entre las matas de lilas. Y aquellas voces de las ranas y de los ruiseñores, que parecían fundirse en una sola nota, le recordaron la música de la hija del director de la cárcel, y de la cárcel su pensamiento pasó á la Máslova... Cómo le temblaban los labios cuando le dijo:

—¡Lo pasado, pasado está y no debéis resucitarlo!

Luego le pareció que el alemán salía para hacer callar á

las ranas... Había que impedirlo... Pero el otro había bajado ya la escalera y, sin que Neklindoff comprendiera por qué, se transformaba en la Máslova, la cual le reñía:

—¡Apartaos, dejadme! ¡Yo soy una mujer de galeras y vos un príncipe!

—¡No, no debo flaquear!—exclamó Neklindoff estremeciéndose y volviendo en sí.

—¿Pero, en definitiva, lo que he decidido es bueno ó malo?

No lo sabía aún, sólo lo sabría más tarde... Le pareció que bajaba, que bajaba sin descanso, en compañía del administrador y de Máslova, y después todo desapareció entre sombras.

## II

Despertó al día siguiente á las nueve, y en seguida el joven criado encargado de servirle, le trajo las botas relucientes como un espejo, y el agua límpida y fresca, anunciándole al mismo tiempo que los aldeanos estaban á punto de llegar.

Neklindoff saltó de la cama. Aquel remordimiento que sintiera la víspera, al pensar que renunciaba á sus tierras y deshacía su fortuna con sus propias manos, se había borrado sin dejar huellas; hasta lo recordó con asombro en tanto que se apresuraba á vestirse, contento al pensar en aquella acción que comprendía que debía realizar y que le enorgullecía. Desde la ventana veía la esplanada del lawn-tennis, donde empezaban á reunirse los aldeanos.

No en vano habían chillado tanto las ranas por la noche. Por la mañana llovizó y las gotitas de agua perlaban aún las hojas de los árboles y las briznas de hierba. Se sentía un perfume, mezcla del olor de las lilas y del olor acre de la tierra anhelante de más agua. Vistiéndose, Neklindoff observaba á los aldeanos que se iban juntando en la esplanada, saludándose, hablando entre sí, formando

corro, apoyados en sus gruesos bastones. Luego el administrador, hombre robusto y musculoso, con una chaqueta corta que ostentaba unos botones descomunales, vino á decir á Neklindoff que los labradores estaban ya reunidos; pero que podían esperar á que el príncipe tomara el té ó el café,—lo que quisiera,—que estaban ya preparados.

—No, es mejor en seguida,—dijo Neklindoff. Y de repente sintió una gran timidez y como vergüenza al pensar que tenía que hablar á los reunidos. Estaba allí para satisfacer un deseo que no se atrevía ni siquiera á formular; para hacerles un beneficio... y aun se avergonzaba.

Al acercarse Neklindoff á los aldeanos se descubrieron mostrando sus cabezas rubias, rizadas, canosas, calvas: y aquello acentuó tanto su timidez, que durante unos instantes no pudo proferir una palabra. La llovizna no cesaba y se posaba en chispillas sobre la barba, sobre el pelo, en la cabeza de los aldeanos, los cuales miraban á su amo, esperando lo que tenía que decirles, y que, confuso, no abría siquiera la boca.

Rompió aquel silencio fastidioso el administrador, hombre muy seguro de sí mismo, que se preciaba de conocer á fondo á los aldeanos, y que hablaba correctamente el ruso. Vigoroso y bien alimentado, su aspecto formaba extraño contraste con aquellos rostros arrugados y macilentos de los aldeanos, con aquellos hombros delgados y angulosos que se dibujaban harto bien, bajo las chaquetas.

—El príncipe quiere venir en vuestra ayuda; tiene intención de cederos la tierra; pero vosotros no lo merecéis.

—¿Por qué no lo merecemos, Basilio Karlovitch? ¿Es que no hemos trabajado mucho y bien para ti?—contestó un aldeano de pelo rojo.

—Estábamos muy contentos de la difunta princesa y damos las gracias al joven príncipe que no nos olvida.

—Estamos satisfechos de nuestros amos,—dijo otro con

una gran barba y rostro anguloso,—lo que hay es que somos demasiados y no hay sitio para todos.

—Por eso os he hecho llamar, para cederos la tierra ya que la queréis,—dijo Neklindoff.

Los aldeanos callaban como quien no ha comprendido ó no presta fe á las palabras oídas. Luego un mujik, hombre de mediana edad, rompió el silencio.

—¿Qué entendéis por cedernos la tierra?

—Cedérosla en arrendamiento, á fin de que podáis gozar de ella pagando una pequeña cantidad.

Aquellas palabras levantaron un coro de exclamaciones.

—¡Sería una gran cosa!—exclamó un viejo.

—Todo será que podamos pagar el arrendamiento.

—Vuestra proposición es buena y la aceptamos.

—Hasta para vos será mejor: bastará que os paguemos; ¡porque hoy por hoy se hace cada cosa!...

—Lo que se hace proviene de vosotros solos,—replicó el alemán.—Si trabajarais y lo tuvierais todo en orden, mejor irían vuestros negocios.

—¿Qué más podemos hacer, Basilio Karlovitch?—preguntó un viejo de nariz picuda.—Hace ya mucho tiempo que me tienes odio, porque mi caballo entró en uno de tus campos, y ahora quieres vengarte.

—Y vosotros podríais ir con más cuidado.

—Esto es bueno para decir, pero no para hacerlo,—replicó un joven moreno que tenía una cabellera muy espesa.

—Os he dicho que hicierais empalizadas.

—Sí, pero no basta decirlo, sinó que es preciso tener madera,—contestó un labriego pequeño y esmirriado.

—El verano pasado quería yo cercar mi campo, fui á cortar leña y tú me metiste en la cárcel como premio. He aquí la leña que diste para hacer la empalizada.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Neklindoff al administrador.

—*Der cozte Dieb im Dorfe*,—contestó éste y continuó en alemán,—cada año le sorprenden robando en el bosque. Y tú,—añadió volviéndose hacia el aldeano,—aprende á respetar la propiedad ajena.

—¿Quizá no te respetamos?—replicó el viejo.

—No podemos dejar de respetarte porque estamos por entero entre tus manos.

—¡Ea, amigos míos! Ya que no os gusta fatigaros, por lo menos tratad de no hacer daño.

—¡Haceros mal! El último verano quedé arruinado y así estoy. Se conoce que para los ricos no existen tribunales.

—Si obraras como debes no te ocurriría eso.

Así siguieron durante un rato los aldeanos y el alemán, aunque ninguno de los que hablaron supieran á punto fijo porqué lo hacían ni lo qué deseaban. Pero Neklindoff quería acabar cuanto antes aquel asunto y señalar el precio de la tierra y el modo de cobrarlo.

—¿Bueno, qué hacemos, pues, de la tierra? ¿La tomáis ó no? ¿Si os la cedo del todo, qué precio me dáis?

—Como la tierra es vuestra, á vos toca fijar el precio.

Neklindoff propuso una cantidad. Como sucede siempre, aun cuando la suma pedida fuese muy inferior á la que pagaban los aldeanos de los alrededores, todos empezaron á regatear diciendo que era muy caro. El príncipe creía que su proposición sería acogida con entusiasmo; en lugar de ello no hubo ninguna manifestación de alegría y únicamente comprendió que su proposición representaba una ventaja para toda aquella gente cuando al discutir si habia de cederse la tierra á una asociación ó á cada aldeano en particular, empezó una disputa feroz entre aquellos que querían excluir á los menos fuertes y á los más pobres, y estos últimos que no querían ser excluidos.

Al cabo, y gracias á la intervención del alemán, se allanaron todas las dificultades, tanto por lo que hacía al precio como al modo de pago, y los aldeanos se volvieron á

sus casas discutiendo á voces, mientras Neklindoff y el alemán pasaban á su despacho para redactar el acta de cesión.

Todo se arregló conforme deseaba el príncipe; los aldeanos obtenían la tierra en mejores condiciones que los demás de los alrededores; sus rentas bajaban casi la mitad, pero eran grandes siempre, aun sin contar la suma que obtendría por la venta de la selva y de las provisiones almacenadas. Parecía que todo hubiese salido á la medida de sus deseos, y, sin embargo, estaba entristecido, fastidiado, y experimentaba un sentimiento como de vergüenza. Comprendía que á pesar de que los aldeanos le daban las gracias, no estaban satisfechos en el fondo y habían esperado algo mejor. Así, había renunciado á una gran parte de sus riquezas, sin lograr satisfacer los deseos de ellos.

Al día siguiente una vez firmada el acta de cesión, Neklindoff subió en la troika del administrador, que ya le había descrito Jamscik, y saludado por los aldeanos más ancianos que le habían acompañado, y sacudían la cabeza pensativos y vacilantes, fué á la estación. Experimentaba el príncipe aquella impresión desagradable que deja toda obra no acabada; estaba descontento de sí mismo... no sabía explicar por qué estaba descontento, pero en el fondo de su alma sentía una tristeza y una vergüenza indefinidas.

### III

Partiendo de Kusminskoje, Neklindoff fué hacia Pano-vo, otra posesión heredada de sus viejas tías, donde por primera vez había visto á Katuscha.

Decidió arreglar los asuntos de sus posesiones de la misma manera que en Kusminskoje y para ello iba á aquella propiedad al mismo tiempo que para obtener algunos datos acerca de la Katuscha y de su hijo. ¿Era verdad que hubiera muerto?... ¿Cómo había muerto?

Llegó á Panovo por la mañana, y lo primero que advirtió al atravesar el patio de la antigua casa señorial fué el aire de abandono que allí reinaba. El techo, que era de hierro, no había sido barnizado hacía mucho tiempo y estaba cubierto de herrumbre; las puertas de la fachada principal y hasta la portezuela de la parte de atrás, que tantos recuerdos despertaba en la mente de Neklindoff, estaban desvencijadas y enseñaban los travesaños que sostenían sus hojas; las ventanas tenían también un aspecto lamentable y el mismo local de la intendencia, la cocina y las habitaciones de servicio aparecían sucias y abandonadas.

Únicamente el jardín parecía cuidado porque crecían en él toda clase de arbustos. Junto á la puerta, los cerezos, los guindos y los ciruelos, alargando sus ramas cubiertas de flores, semejaban vagamente nubes blancas: en el extremo opuesto, todas las matas de lilas estaban en flor, como doce años atrás; cuando corriendo el *gorielki* con la Katuscha, que entonces era una niña de dieciséis años, Neklindoff cayera, pinchándose las manos. El río corría en su lecho, murmurando junto al molino, donde se precipitaba en cascada, y en los prados que se extendían al otro lado de la corriente, pacían las yeguas y las ovejas de distintos colores.

El mayordomo que era un seminarista que había colgado los hábitos, salió al encuentro de Neklindoff en el patio, sonriendo de un modo jovial, como si se prometiera enseñarle algo extraordinario, y le invitó á entrar en su despacho. El cochecito que había conducido al príncipe desde la estación, se marchó y todo quedó en silencio. Al lado de la ventana estaba una muchacha con los pies desnudos, y detrás de ella un aldeano en mangas de camisa.

Neklindoff se sentó junto á la ventana y en tanto que su mirada se espaciaba por el jardín, escuchó.

Entraba en la estancia una ligera brisa primaveral que

le acariciaba el pelo sobre la sudada frente, agitaba algunas hojas de papel que había sobre la mesa y le traía el olor de la tierra recién removida. En el río sonaban alegremente, confundiéndose unos con otros, los golpes de pala que daban las lavanderas, y el eco los repetía á lo largo del río, fulgurante bajo el sol. De repente un fenómeno extraño se produjo en Neklindoff.

En su mente se veía á sí mismo, cuando era joven todavía é inocente: entonces también escuchaba el golpear de las palas y el caer del agua del molino, entonces también la brisa primaveral hacía ondear el pelo sobre su frente sudorosa, y agitaba las hojas de los árboles. Y no solo volvió á verse tal como era en aquella época, sino que se sintió animado de la misma frescura y pureza, llena la mente de sueños sobre lo porvenir y de ideales grandiosos y soberbios; y al propio tiempo, como sucede en los sueños, sintió que todo aquello había pasado inexorablemente, y le invadió una profunda melancolía.

—¿Cuándo deseáis almorzar?—le preguntó el mayordomo sonriendo.

—Cuando queráis; no tengo apetito. Entre tanto voy á dar una vuelta por el pueblo.

—Si queréis dar una ojeada á la casa, veréis que la tengo en orden interiormente... Si al primer aspecto...

—¡No, no, después! ¿Decidme, vive todavía una mujer que se llama Matrona Kárina?—Era una tía de Katiuscha.

—Sí, habita en la aldea y á lo mejor me fastidia. Tiene un *scinok*,—especie de taberna—por lo cual á veces he de reñirla. Pero, ¿qué le vamos hacer? No quiero denunciarla, porque es vieja y tiene sobrinos,—respondió el mayordomo, siempre con su misma sonrisa.

—¿Dónde vive? Quisiera verla.

—Al fin de la aldea, la tercera cabaña, después de la gran calle. Si queréis os acompañaré.

—No, no, gracias, sabré encontrarla. Os ruego que reu-



náis á los aldeanos, pues quiero hablarles.—Estaba decidido á renunciar en Panovo á sus posesiones como ya lo hiciera en Kusminskoje.

#### IV

Apenas estuvo fuera de la casa, Neklindoff encontró en el sendero la muchacha de los pies desnudos y de la camisa bordada; movía á compás la mano izquierda y con la derecha apretaba contra su cuerpo un gallo rojizo que sacudía su cresta con calma solemne, y de cuando en cuando estiraba una pata negra agarrándose con las uñas á la saya. Acercándose al príncipe, la muchacha acertó el paso, luego, cuando estuvo á su lado, se paró y le saludó echando hacia atrás la cabeza, y, luego, volvió á caminar muy aprisa, teniendo siempre apretado contra el vientre el gallo rojo.

Más adelante, cerca del pozo, Neklindoff encontró á una anciana con una camisa sucia de tela gris que, encorvada bajo el peso, llevaba dos grandes cubos llenos de agua: al estar junto al príncipe, puso en tierra los cubos y le saludó con el mismo ademán que la muchacha. Al lado del pozo, empezaba ya la aldea.

El día era claro, caluroso y, aún cuando sólo eran las diez de la mañana, sofocante; las nubes se amontonaban y á veces tapaban el sol. Vagaba por el aire un olor fuerte de estiércol que provenía de unos carros que se dirigían hacia la montaña y de los montones de fiemo sacado de los patios, ante los cuales pasaba Neklindoff.

Los aldeanos que seguían los carros, descalzos y descubierta la cabeza, con la camisa y los pantalones manchados de estiércol, se volvían para mirar aquel señor alto y gordo, quien con un sombrero gris con una cinta de seda que relucía bajo los rayos del sol subía hacia la aldea, golpeando á cada paso el suelo con su bastón de puño de oro; los que volvían del campo, sentados en sus carros va-

cíos, con el sombrero en la mano, miraban también á aquel caballero que paseaba por sus calles; en las puertas de las casas, las mujeres le seguían con los ojos, señalándolo las unas á las otras.

Ante la cuarta puerta, Neklindoff se paró, porque un carro cargado de estiércol salía de ella con un gran ruido de ruedas. Conducía al caballo un viejo encarnado, vigoroso, descalzo que llevaba unos pantalones destrozados y una camisa sucia que permitía ver los huesos de los hombros.

Cuando el caballo estuvo en la calle, el anciano volvió hacia la puerta y saludó.

—¿Eres, sin duda, el sobrino de nuestra señora?

—Sí.

—Bien venido pues. ¿Has venido para vernos?—dijo el viejo un poco turbado.

—Sí; ¿cómo va de salud?—preguntó Neklindoff para decir algo.

—¡Psehl... ¿Qué quieres que sea de nuestra vida? Es bien poco alegre,—contestó el viejo, que parecía tener ganas de charlar.

—¿Por qué?—replicó el príncipe, entrando en la casa.

—Ciertamente, creo que peor no podría ser,—afirmó el anciano, en tanto que acompañaba á Nekindoff bajo el techo de paja.

—Somos doce en casa,—prosiguió el viejo, é indicó las dos mujeres que, con pañuelo en la cabeza, las sayas levantadas y los piés desnudos y sucios de un líquido amarillento, estaban de pié sobre el fiemo, apoyándose en el mango de unas horquillas.—Cada mes tengo que comprar seis *pud* (1) de pan, y, ¿de dónde queréis que saque el dinero?

—¿Y vuestro pan, no os basta?

—¿Mi pan?—dijo el viejo con ironía.—Mis tierras bas-

---

(1) Medida de peso, correspondiente á 16 y 1½ kilos.

tan sólo para tres personas y este año he recogido ocho sacos de grano que no llegaron ni á Navidad.

—¿Y cómo os arregláis?

—Uno de mis hijos está como jornalero y yo he tomado algunos rublos á préstamo á Su Excelencia. El dinero lo hemos devuelto; pero no hemos podido pagar él impuesto.

—¿Cuánto pagáis?

—Yo pago por la casa diecisiete rublos cada cuatro meses. ¡Qué mala vida es esta!. . No puede uno arreglarse nunca.

—¿Puedo entrar en la casa?—preguntó Neklindoff adelantándose hacia el patio y poniendo los piés sobre el fiemo amarillento que esparcía un olor penetrante.

—¿Por qué no entras?—respondió el viejo, y andando con los piés descalzos que hacían rezumar el líquido amarillento entre los dedos, abrió la puerta de la *isba* (1).

Las mujeres, arreglándose el pañuelo de la cabeza y bajándose las sayas, miraban con espanto á aquel señor con botones de oro que entraba en su casucha. De la *isba* salieron dos muchachitas muy lindas que iban en camisa.

Neklindoff se quitó el sombrero, bajó la cabeza y entró en el recibidor y después en la cocina, impregnada de un olor ácido de manjares. Cerca del horno había una aldeana vieja, con las mangas arremangadas, que preparaba el almuerzo.

—Aquí está el amo, que viene á vernos, -dijo el viejo.

—Sentáos, sentáos, — exclamó la vieja muy amable, mientras se bajaba las mangas.

—He querido ver cómo vivíais, — empezó Neklindoff.

—Vivimos como podéis ver. La *isba* se cae de puro vieja y un día va á caer y á matarnos á todos. Así vivimos y reinamos, - dijo la vieja en tono alegre, moviendo la cabeza.—Ahora estoy preparando el almuerzo. Es preciso que coma la gente que trabaja.

(1) Cabaña del aldeano ruso.

—¿Qué habéis preparado para almorzar?

—¿Qué he preparado? ¡Un manjar magnífico! pan con *kvass* por primer plato, *kvass* con pan por segundo,—contestó la vieja, enseñando los dientes cariaados.

—No, os ruego que os dejéis de bromas y que me enseñéis vuestro almuerzo de hoy.

—¡Ah! ¿quieres ver nuestro almuerzo de aldeanos? ¡Vaya un señor curioso! Veo que quieres saberlo todo; te he dicho que era pan con *kvass* y luego un poco de sopa con *smikti* (1) que las mujeres trajeron ayer, y después unas patatas.

—¿Y esto es todo?

—¿Y qué más quieres? Tenemos también un poco de leche,—dijo la vieja riendo y mirando la puerta abierta.

En el umbral de aquella puerta se agrupaban niños y niñas, mujeres con niños de pecho en brazos, admirando á aquel señor que se tomaba tanto interés por la alimentación de los aldeanos.

—Os digo, señor, que nuestra vida es dolorosa,—exclamó el viejo. Y volviéndose á la gente que estaba en la puerta, gritó:

—¿Qué hacéis aquí?

—Adiós, pues,—dijo Neklindoff confuso, y se alejó experimentando una impresión de vergüenza de la que no podía explicarse el motivo.

Las mujeres y los niños le hicieron paso, y él salió á la calle, prosiguiendo su camino hacia la montaña.

Después de él salieron dos niños descalzos; el más alto llevaba una camisa muy sucia, que probablemente fué blanca alguna vez; el otro una camisa de color de rosa, harapos y desgarrada.

—¿Dónde queréis ir?—preguntó el mayor de los niños.

—A casa Matrona Karina,—respondió el príncipe,—¿la conocéis acaso?

---

(1) Nombre de unos pescados pequeños.

El menor se echó á reír; pero el otro preguntó con seriedad:

—¿Qué Matrona? ¿Es vieja?

—Sí, es vieja.

—¡Oh!—exclamó el primero.—Será la Siemenika. Habita en lo último del pueblo; ya os acompañaremos. Vamos, Fedka, acompañaremos al señor.

—¿Y los caballos?

—No importa, déjalos.

Fedka consintió en seguida, y así los tres continuaron subiendo á lo largo de la calle.

## V

Neklindoff se encontraba mejor en compañía de los muchachos que con los adultos, y empezó á hablarles.

El pequeñín de la camisa de color de rosa no reía ya, y se explicaba como un hombrecito.

—¿Quién es el más pobre de vosotros?—preguntó Neklindoff.

—¿Quién es el más pobre? Miguel es pobre, Simón Markaroff, es pobre, y hasta la Marfa, es muy pobre.

—La Anissia, es la más pobre de todos; es tan pobre que no tiene siquiera una becerra, y vive sólo de limosna.

—Es verdad que no tiene una becerra, pero sólo son tres; la Marfa debe pensar en cinco personas.

—Pero Anissia es viuda.

—Lo mismo le pasa á la Marfa; aunque no lo es, no vive con su marido.

—¿Y dónde está su marido?—preguntó Neklindoff.

—Está en la cárcel.—Y explicó como había ocurrido la cosa.—El último verano, el pobre hombre había cortado dos árboles en la selva del amo; por eso le metieron en la cárcel seis meses antes, mientras la mujer, con tres niños y la madre anciana, tenía que vivir de limosna.

—¿Dónde está la casa de la Marta?

—Aquí está,—contestó el muchacho; y enseñó una casucha, ante la cual había un chicuelo, enteco y pálido.

—¿Dónde estás, Vaaca? ¡Pillastre!—gritó una voz femenina; y salió corriendo de la casa una mujer, con una camisa sucia, y lanzándose ante Neklindoff con rostro espantado, cogió al niño y lo metió en la casa, como si temiese que el forastero le jugara una mala pasada. Aquella era la María, la mujer del hombre que estaba en la cárcel por haber cortado dos árboles en el bosque de Neklindoff.

—¿Y la Matrona, es pobre?—preguntó Neklindoff, al cabo de un momento.

—¡Cómo pobre!—exclamó resueltamente el pequeño.  
—¡Vende vino!

Cerca de la casa, Neklindoff despidió á los muchachos y entró en la *isba*. Era una pieza pequeña y baja de techo, de modo que una persona de alta estatura casi no cabía en ella. En el centro había una estufa y detrás una cama.

—En esta cama,—pensó Neklindoff,—¡ha estado enferma la Katiuscha!

Aquella habitación tenía un aspecto miserable, y grandes telarañas colgaban de todas las paredes. Cuando Neklindoff entró dando con la cabeza en lo alto de la puerta, la anciana preparaba trabajo para sí y para la sobrina mayor.

—¿A quien buscas?—preguntó con voz enfurecida la vieja, que estaba de mal humor porque no le iba bien el trabajo, además de que no le gustaba ver desconocidos en su casa, pues temía que denunciaran que vendía vino, á pesar de la prohibición de las leyes.

—Soy el amo y quisiera hablar con vos.

La vieja calló y miró al príncipe, examinándolo; de repente cambió por completo de expresión.

—¿Eres tú, querido? Y yo, bestia de mí, que no te había conocido. Creí que eras uno de tantos extranjeros.—Su voz tenía un acento de falsa caricia.—¡Dispénsame, por caridad!

—Quisiera hablar con vos, pero sin todos estos testigos, —dijo Neklindoff, dando una mirada á la puerta donde había un grupo de niños y una mujer flacucha, que llevaba en brazos un niño, con una gorrita de punto, pálido, descarnado, consumido por la fiebre, pero sonriente aún.

—¿Qué miráis, curiosos? esperad y os voy á enseñar como se fastidia á la gente; dame el bastón,—gritó la vieja. Y como los niños escapaban, añadió:—¡Cerrad esta puertal

La mujer flacucha la cerró.

—Y yo que pensaba: ¿quién puede ser? Y eras tú, nuestro amo, tan bueno, tan hermoso, tan adorado!—proseguía la vieja.—¿No te da asco entrar en mi barraca? ¡Cuán bueno eres! Siéntate aquí, Excelencia, aquí en este banco.—Y con el delantal limpiaba el asiento.—Yo que pensaba: ¿quién llega ahora? Y eras tú, nuestro amo, nuestro bienhechor, el que nos hace vivir á todos. Perdóname, soy una vieja tonta, estoy casi ciega.

Neklindoff se sentó. La vieja de pié ante él sostuvo con la mano izquierda el codo derecho, apoyó la mejilla en la palma de la mano, y continuó hablando:

—¿Sabes que pareces más viejo, Excelencia? Cuando te conocí eras fuerte y ágil. ¡Cuán cambiado estás! Se ve claro que hasta tú tienes tus quebraderos de cabeza.

—He venido para preguntarte de la Katiuscha Máslova. ¿Te acuerdas aún?

—¿Catalina? ¡Ya lo creo que me acuerdo! Es sobrina mía y he llorado mucho á causa de ella. ¡Sé toda su historia!... Pero, ¿quién no tiene pecados que echarse en cara? Los dos érais jóvenes, se toma el té, se bebe el café juntos y... luego ocurre la desgracia. ¿Qué hacer? Nada te impedía abandonarla, y en vez de eso le diste cien rublos, y ella, la gran tonta, mira cómo ha acabado. Si me hubiese creído, hubiese llevado una vida muy buena. Pero es pre-

ciso confesar que, aunque sea sobrina mía, esa muchacha vale muy poco. Yo le había encontrado una colocación muy buena, pero no quiso sujetarse, insultó al amo y la echaron. Y luego ¿por qué no se quedó en casa del guarda bosque? En vez de portarse bien hizo que la pusieran de patitas en la calle.

—Querría saber algo del niño. Creo que nació aquí. ¿Qué ha sido de él?

—Hice cuanto pude en su favor. Katiuscha estaba muy grave y yo pensaba que quizá no lo contaría; así es que le hice bautizar y le envié al torno... ¿Para qué martirizar á un inocente? Algunos dejan sin comer al niño, que se muere... Yo no quise esto y le envié al hospicio.

—¿Sabíais su número?

—Si lo tenía; pero el niño se murió á los pocos días. Así me lo dijo ella.

—¿Quién?

—La mujer á quien dí tal encargo; se llamaba Malania; ya ha muerto. No llevaba los niños al hospicio hasta que tenía tres ó cuatro y les mantenía con biberón.

—Así, pues...

—Hizo lo mismo con el hijo de Catalina. Lo tendría demasiado tiempo en su casa y enfermó.

—¿Y era un muchacho hermoso?

—Ya lo creo, —replicó adulando la vieja.—Todo tu trato.

—¿Y por qué enfermó? ¿Por falta de alimento?

—Claro está. Ya puedes figurarte que para aquella mujer lo importante era entregarlo vivo. Me contó que había muerto apenas llegaron á Moscou, y me entregó el óbito. ¡Oh! en cuanto á eso era una gran mujer; le gustaba estar siempre en regla.

Por más preguntas que hizo á la vieja, no pudo saber ninguna nueva noticia de su hijo.



VI

Saliendo de casa la vieja, el príncipe dió de nuevo en lo alto de la puerta del *isba*.

En la calle estaban aún los niños que le habían acompañado y otros muchos; había también dos mujeres que tenían niños de pecho y aquella flacucha con el pequeñín que tenía la cara de un viejecito y la sonrisa estereotipada en sus labios. A Neklindoff se le antojaba aquella la sonrisa del dolor. Preguntó quien era aquella mujer.

—Es la Anissia de quien te habíamos ya hablado.

Entonces Neklindoff se volvió hacia ella y le preguntó de qué vivía.

—¿De qué he de vivir, pobre de mí? De limosna.—Y sus ojos se llenaron de lágrimas, en tanto que el niño retorció sus piececitos delgados, delgados, como el cuerpo de un gusano.

Neklindoff sacó la cartera, tomó un billete de diez rublos y lo alargó á Anisia. Pero aun no había dado cuatro pasos, cuando se le acercó una mujer que traía un niño en brazos, luego una vieja, después otra mujer y otra. Todas le explicaban su miseria y suplicaban al príncipe que las auxiliase. Pero Neklindoff tenía únicamente setenta rublos en la cartera, y volvió á casa con el corazón lleno de una tristeza infinita.

El mayordomo fué á su encuentro muy jovial y sonriente, y le explicó que los aldeanos vendrían aquella misma tarde.

—Bien, gracias,—dijo el príncipe. Y sin entrar en casa pareó por las avenidas del jardín que las flores de los manzanos cubrían de una lluvia de pétalos. Y en su mente repasaba el cuadro de todas las miserias que pasaran ante

sus ojos. Moría el pueblo y de aquella lenta agonía se había formado ya como una costumbre. Morían los niños, las mujeres estaban rendidas por un trabajo superior á sus fuerzas, y á todos, y especialmente á los viejos, les faltaban alimentos. Y como á tan triste situación había llegado el pueblo de un modo lento é insensible hasta el punto de no sentir todos su espantoso horror, los ricos creían que era aquella una condición natural; y que así debía ser y no de otro modo.

Todas aquellas verdades aparecían ahora al príncipe con tal evidencia, que se preguntaba asombrado cómo los otros no las advertían, cómo había podido llegar él hasta aquel punto sin verlas, sin comprender que si los viejos y los niños morían era porque la tierra no bastaba para nutrir al ganado, para producir grano y estiércol suficiente. En su mente concibió un proyecto atrevido: ceder en arrendamiento á los aldeanos los campos, mediante una pequeña cantidad, y con esas cantidades formar un capital, propiedad de los mismos aldeanos, con tal que lo empleasen en pagar los impuestos, y en obras de común aprovechamiento. Ni aun ésta era la solución definitiva del problema; pero se le acercaba mucho: por lo pronto renunciaba él á la propiedad inmueble individual, y ésto quería.

Al volver á la casa, el mayordomo le sonrió como de costumbre y le invitó á que pasara al comedor, expresando el temor de que los guisos hechos por su mujer y por su hija quizá no estarían á punto.

La mesa ostentaba unos manteles de tela cruda; en vez de servilletas había unas tohallas bordadas. Una vieja marmita contenía un guiso de patatas y pollo; de aquel pollo ó gallo que por la mañana sacudía solemnemente la cresta. Después vino otro nuevo guiso de aquella misma ave, y una pasta especial muy cargada de queso, con un exceso de azúcar y manteca. En conjunto resultaba una comida poco apetitosa; pero Neklindoff la comió sin advertirlo: tan absorto estaba en el proyecto que acariciaba

y que había disipado la melancolia que sintiera al volver de la aldea.

En el umbral de la puerta aparecía de cuando en cuando la mujer del mayordomo, la hija, medio asustada, quitaba y traía los platos, y el amo de la casa, enorgullecido del talento de su mujer, sonreía cada vez de mejor gana.

Terminada la comida, Neklindoff hizo sentar á su lado al mayordomo y le explicó el proyecto que había concebido, preguntándole su opinión. Sonreía y aprobaba el empleado como contento de tener la misma opinión que el dueño; pero la verdad era que no había comprendido nada de lo que le explicó. No era que Neklindoff se embrollara; pero el hecho de que el príncipe venía con el propósito de renunciar á sus propiedades en favor de los otros, formaba un contraste tan grande con la teoría que aquél se había formado en su mollera acerca de la propiedad, que, al decirle Neklindoff que renunciaba á todo y que así se constituiría un capital para los aldeanos, creyó haber comprendido mal.

—Ya comprendo,—dijo de un modo triunfal;—vos cobraréis los intereses.

—No; escuchad bien. Quiero cederles por completo la posesión de la tierra.

—¿Y así no tendréis ninguna renta?—preguntó el mayordomo dejando de sonreír.

—Precisamente: renuncio á toda renta.

El mayordomo lanzó un profundo suspiro y sonrió de nuevo. Se puso á pensar cómo podría obtener á su vez alguna ventaja, y al advertir que le era de todo punto imposible, se quedó triste, indiferente casi y tan solo continuó sonriendo por complacencia servil.

Advirtiendo que el mayordomo no le escuchaba, Neklindoff dejó de hablar y se sentó en una mesita manchada de tinta, y redactó un esbozo de su proyecto.

El sol se escondía detrás de los tilos y los mosquitos

que entraban por enjambres por la abierta ventana, picaban á Neklindoff.

Cuando hubo acabado de escribir, un rumor confuso llegó á sus oídos desde la aldea: se oía el balar de las ovejas, el abrir y cerrar de puertas, voces de hombres reunidos en grupos. Neklindoff tomó la taza de té que le ofrecía su intendente y fuese hacia la entrada de la aldea donde se habían reunido los labriegos.

## VII

Reinaba grande animación entre la multitud reunida cerca del patio del *starosta*; pero al aproximarse el príncipe cesó todo rumor y los aldeanos se descubrieron.

Eran todos aquellos muy pobres, más que los de Kusminskoje; casi todos llevaban zuecos, y las blusas y camisas que gastaban eran haraposas á más no poder. Había algunos descalzos y únicamente en camisa, que acababan de llegar del trabajo.

Haciendo un esfuerzo para dominarse, Neklindoff habló manifestando su intención de ceder sus posesiones. Entre los que le escuchaban no se notó signo alguno de emoción.

—Porqué,—añadió ruborizándose;—creo que todos tienen derecho á los frutos de la tierra.

—Así es; así debe ser;—afirmaron muchas voces á su alrededor.

Neklindoff continuó su discurso. El fruto de la tierra sería para todos; así estaba dispuesto á cederles los campos por el precio que ellos mismos designaran y á constituir con ese precio un capital del que todos obtendrían provecho.

Sus palabras obtenían aquí y allá signos de aprobación; pero las caras serias de los aldeanos demostraban que, aun cuando no querían avergonzar al que hablaba,—y por eso no le miraban,—no caían en el lazo. Sin embargo,

Nekkindoff se expresaba con mucha claridad; había muchos aldeanos listos. Pero ninguno le comprendía, pues no podían imaginar que un hombre fuera tan generoso y bueno que se despojara de sus riquezas en favor de otros, por propia voluntad, sin obedecer á imposiciones ajenas.

—¿Qué precio fijamos, pues, para arrendamiento?—preguntó Nekkindoff.

—No lo podemos fijar nosotros,—dijeron varias voces. —Vuestras son las tierras; á vos toca decir el precio.

—La suma que pagaréis será también para vosotros, de modo que á vosotros atañe fijarla; en bien de vuestra asociación.

—La asociación es una cosa y el trabajo otra.

—Oid bien,—dijo el mayordomo interviniendo.—El príncipe os da los campos en arriendo, y con el precio de éstos formará un capital que servirá para vosotros mismos.

—Sí, sí, lo hemos entendido,—contestó un viejo malhumorado y sin dientes, sin levantar la vista del suelo,—Es una especie de banco, y deberemos pagar á término fijo... Pues no queremos; estamos ya mal y eso sería la ruina para todos.

De la multitud se levantaron voces de descontento y casi de ira.

—No, no. Mejor es continuar como hasta ahora.

Cuando Nekkindoff les explicó que firmarían un contrato en el cual todos, y él el primero, pondrían la firma, se acentuaron las protestas.

—¿Qué necesidad hay de eso? Hasta ahora hemos trabajado; pues, continuaremos. ¿Para qué la firma? Nosotros somos muy ignorantes.

—No, no lo aceptamos; no estamos acostumbrados. Si queréis hacer algo en favor nuestro, «quitadnos la simiente.»

Esto quería decir que en lo sucesivo fuera el amo quien repartiera la simiente para las futuras cosechas.

—¿No aceptáis? ¿No queréis la tierra?—preguntó Neklindoff á un joven aldeano que estaba de pie, descalzo, ante él, con el rostro sonriente y la gorra entre las manos, en la actitud de un soldado que se descubre la cabeza ante un superior.

—No, señor.

—Eso quiere decir que ahora estáis bien; que lo que tenéis os basta.

—No, señor,—contestó el exsoldado con una alegría poco natural y teniendo la gorra ante el pecho en la actitud del que la ofrece á quien la necesita.

—Reflexionad,—dijo el príncipe, y de nuevo les explicó su proyecto.

—No tenemos que reflexionar; no nos conviene;—replicó el viejo desdentado con aire sombrío.

—Bien. Yo estaré en Panovo todo el día de mañana, y si cambiáis de parecer, venga alguno de vosotros á avisarme.

Los aldeanos no contestaron, y así, sin haber decidido nada, Neklindoff volvió á casa.

—Os digo una cosa, príncipe,—afirmó el intendente;—no lograréis nada. Son gente muy capitosa y desconfiada. Tomados uno á uno, cuando vienen aquí, y les hago sentar y les ofrezco té, parecen unos ministros y ven las cosas por el lado justo. Pero cuando hay muchos juntos, cambian del todo y no son capaces de nada bueno...

—¿Podríamos hacer venir algunos aquí, los más inteligentes? Les explicaría el proyecto de un modo detallado.

—Sí, haré que vengan,—contestó el intendente.

—Bien; que vengan algunos mañana.

—Así lo haré.

Y la sonrisa del mayordomo se acentuó viendo á dos mujeres que estaban cerca de la puerta. Les hizo seña de que le siguieran, y juntos fueron hacia detrás de la casa, en tanto que Neklindoff reflexionaba, matando mosquitos á diestro y siniestro.

Le sacó de su meditación una voz colérica, á la que replicaba la tranquila del mayordomo. Aguzó el oído,

—¿Qué quieres? Ya no tengo fuerza, y ahora quieres acabar de hundirme,—decía una voz de mujer con ira creciente.

—Me había alejado un solo instante,—decía la segunda voz de mujer.. Te ruego que me la devuelvas. ¿Qué gusto hallas en atormentar á la pobre bestia? Además, mis hijos quedan sin leche.

—O pagar en dinero ó con trabajo,—respondía la voz del intendente.

Nekkindoff se acercó. Cerca de la puertecita excusada había dos mujeres con el pelo enmarañado; una de ellas preñada. Al ver al amo las mujeres se arreglaron el pañuelo que les mal cubría el pecho, y el mayordomo sonrió. La cosa era muy sencilla. Las mujeres dejaban que sus vacas pacieran en los prados del dueño, el intendente había secuestrado las de aquellas dos y ahora exigía treinta kopecks de multa.

—Estoy hartó de deciros que cuando llevéis las vacas hacia los prados las vigiléis.

—He tenido que ir á buscar á mi hijo, y entonces se escaparon las vacas.

—No debiste moverte.

—¿Y quién había de cuidar de mi hijo?

—Se te hubiesen comido mucha hierba,—decía la otra mujer,—menos mal; pero ya sabes que apenas han entrado.

—Han estropeado la hierba, y si las dejamos, quedaremos sin forraje;—afirmó el intendente volviéndose hacia el príncipe.

—No mientas, que es pecado,—contestó la otra mujer.

—Nunca mis animales habían entrado en tus prados.

—Bueno; pero ahora que las he pillado, paga ó trabaja.

—Trabajaré, pero dame las vacas,—replicó la mujer con ira.—No tengo un instante de reposo; mi suegra está en-

ferma, mi marido es un borracho; yo sólo he de bastar para todo y las fuerzas me faltan. ¡Ahora, revientate trabajando para éste!

Y rompió á llorar. Neklindoff ordenó que se devolvieran las vacas y entró en la casa, entristecido. Cada vez le parecía más extraño que los otros no vieran lo que era tan claro y evidente.

—¿Has oído? ¡Vaya un prójimo!—decía entre tanto un aldeano joven que montaba una yegua gorda, á otro compañero viejo y amojamado que iba sobre otro caballo. Los dos iban hacia las propiedades del amo para hacer pacer á las caballerías de noche y subrepticamente.

—Mira como crece la hierba,—replicó el otro.—Es preciso que enviemos á las mujeres á segar una poca donde es más espesa; si no se nos tomarían las hoces,

—¡Ya! Pon la firma, dice,—insistía el joven refiriéndose á Neklindoff,—y cuando has puesto la firma te come vivo.

—En cuanto á esto no hay duda,—aseguró el otro.

Siguió un momento de silencio; sólo se oía el golpear de los cascos sobre el suelo endurecido.

—Te doy la tierra de balde, me basta que pongas aquí la firma,—añadió el otro.—¡Nos han fastidiado ya! Ahora ya no sucederá: ya sabemos algo.—Y volviéndose hacia atrás, porque no veía un pollino que debía seguirle, empezó á llamarle por su nombre:—¡Koniask! ¡Koniash!

Pero el pollino habíase metido en los prados húmedos de rocío y brincaba por entre la hierba.

—¡Toma! Ha ido á los prados del amo; ¡ya sabe la costumbre!

## VII

Al volver á su casa, Neklindoff encontró preparada en el despacho del mayordomo una cama alta con dos almohadas mullidas, un edredón y una colcha de seda bordada. El intendente ofreció al príncipe un tente en pie, y como rehusara le dejó solo.



La negativa de los aldeanos no turbó á Neklindoff, y aun cuando hubiesen mostrado desconfianza y hostilidad al contrario de los de Kusminkoje, que aceptaran dándole las gracias, estaba tranquilo y satisfecho.

En la habitación, de dudosa limpieza, hacía mucho calor. Salió al patio con intención de pasar al jardín; pero se presentó á su imaginación el recuerdo de muchos años atrás, de la noche funesta, y no pudo ni quiso pasear por aquellos sitios contaminados por el recuerdo de la culpa. Se sentó en el umbral de la puerta, respirando la brisa templada, contemplando el jardín envuelto en tinieblas, de donde salía el canto de los ruiseñores y el silbido de un pájaro escondido entre una mata que crecía cerca del portal.

Apareció la luna é iluminó poco á poco el jardín florido y la casa, que en aquella hora recordaba vagamente el aspecto de unas ruínas; se oyó á lo lejos el ruido del trueno y una nube oscura cubrió una tercera parte del cielo. Callaron de repente los pájaros; más allá del molino graznaron unos gansos y se oyó el canto de los gallos, que se contestaban unos á otros.

Un proverbio ruso dice que si los gallos cantan antes del crepúsculo, es señal de una noche apacible.

La que iba á empezar era para Neklindoff más que apacible, alegre, feliz. En su mente se despertaba vivaz el recuerdo del verano, pasado en aquellos sitios, cuando aún era joven é inocente. Más que recordarla, revivía su juventud, cuando á los catorce años rogaba á Dios que le revelara la verdad, cuando lloraba sobre las rodillas de su madre y le prometía, antes de partir, que obraría siempre bien y no le causaría ninguna pena; sentíase en el mismo estado de ánimo que cuando él y su amigo Nicolás Irteneff habíanse prometido vivir siempre como hombres honrados, apoyarse mutuamente y hacer felices á los demás...

De repente se acordó que en Kusminkoje había vacilado á la idea de renunciar á su casa, á sus bosques, á sus

campos, é interrogó á su alma; ¿le disgustaba perder todo aquello? No, y le pareció imposible que hubiese vacilado. Luego vió cuanto le había ocurrido durante el día; la casa del a'deano pobre; la de Matrona Charina, que creía que las mujeres de su clase han de entregarse al dueño; aquel pequeñín de la gorrita de punto que moría por falta de alimento; y aquella pobre mujer en cinta, abatida, á la que su intendente quería hacer trabajar sin piedad, después de cansada, porque no había vigilado bastante las vacas!...

La luna aparecía en todo su esplendor, blanca, tersa, casi llena, esparciendo por el jardín, junto con su luz, sombras largas y negras y haciendo relucir el techo de hierro de la casa ruinosa. Y como para saludar la luz, los ruiseñores, que callaban hacía un rato, llenaron el espacio con sus cristalinas notas.

Neklindoff recordó que en Kusminskoje se sintió perplejo pensando cómo debía resolver las dificultades que se oponían á la vida que quería llevar en lo sucesivo. Ahora todo le parecía fácil. Es que ahora no pensaba en las consecuencias de su plan; sólo se cuidaba de lo que *debía hacer*: no pensaba en lo que podría ocurrirle á él; no pensaba sino en lo que debía hacer en favor de los demás. Ahora le parecía imposible no reparar las tierras entre los aldeanos; comprendía que no podía abandonar á Katiusha, sino ampararla y rescatar su culpa para con ella; advertía la necesidad de estudiar profundamente todas las cuestiones relacionadas con los tribunales y con las cárceles y castigos en las cuales parecía ver algo que escapaba á la penetración de los otros. No sabía lo que resultaría de ello; pero tal era su deber.

La nube negra se extendía por el cielo tomando un tinte sombrío; los relámpagos, más seguidos cada vez, iluminaban con vivísimo resplandor la casa y las grandes puertas desquiciadas, y el trueno resonaba sobre la cabeza del príncipe. Todos los pájaros callaron de nuevo y en seguida

las hojas de los árboles se agitaron, y una ráfaga de viento llegó hasta Neklindoff. Luego cayó una gota gruesa y otra y otra que resonaron sobre los techos; de repente pareció incendiarse el cielo con el fulgor de un relámpago, siguió un instante de silencio y Neklindoff no había tenido aun tiempo de levantar la cabeza cuando oyó el estallido seco y fuerte del trueno, que se esparció retumbando por el espacio.

El príncipe entró en la casa.

—Sí,—pensaba,—es imposible comprender la razón de la vida, saber su significado. ¿Por qué habian vivido las dos ancianas tías? ¿Por qué había muerto Nicolás Irteneff? ¿Por qué conoció á Katiuscha?...

Y no comprendía tampoco sus locuras, la vida desenfadada que llevó luego. Pero, si no era dado comprender el por qué de la obra del Señor, por lo menos podía seguir su voluntad, impresa en su conciencia de hombre.

La lluvia caía á torrentes; no cesaba un momento el relámpago. Neklindoff se desnudó y se acostó, no sin temer que la cama estuviese llena de bicharracos, como se lo hacía suponer el aspecto de la habitación.

—Sentirse siervo y no amo, ¡eso es lo bueno!—pensaba y gozaba en tal pensamiento.

Su temor era fundado, pues apenas apagada la luz, se sintió acometido por una legión de insectos.

—Ceder la tierra... ir á Siberia... soportar incomodidades é inmundicias... Todo lo soportaré si es necesario.

Pero, á pesar de sus buenas disposiciones no pudo resistir; saltó de la cama y junto á la ventana se absorbió en la contemplación del cielo.

## IX

Neklindoff no pudo dormirse hasta el alba y se levantó tarde al día siguiente.

A medio día llegaron siete aldeanos, los más inteligentes.

tes según el administrador, y se sentaron en unos bancos alrededor de una mesita, bajo un grupo de manzanos. Hubo grandes trabajos para convencerles de que debían sentarse y cubrirse, especialmente al ex-soldado que se había puesto para tal solemnidad un par de calcetines y unos zuecos nuevos. Pero cuando un viejo de aspecto grave con una gran barba rizada, como la del *Moisés* de Miguel Angel, se hubo puesto el amplio sombrero sobre la tostada frente, los otros siguieron su ejemplo.

Neklindoff se sentó enfrente de ellos, apoyando el codo en la mesa y les explicó su proyecto. Fuera porque eran menos aquella vez ó porque se cuidara menos de sí mismo, Neklindoff se expresaba con mayor seguridad.

Sin darse cuenta de ello, Neklindoff se dirigía con preferencia al viejo de la gran barba gris, como esperando que hiciera algún signo de aprobación ó alguna objeción. Pero el concepto que de él formara Neklindoff era equivocado: por más que de cuando en cuando inclinara su cabeza de patriarca ó frunció el entrecejo cuando los demás interrumpían, no comprendía del todo las palabras del príncipe hasta que se las habían traducido á su dialecto. Mejor le comprendía un viejecito, casi imberbe, con un ojo bizco, que enarcaba las cejas con gran rapidez y hacía esfuerzos para comprender. También le entendía con gran facilidad otro viejo de mediana estatura, vigoroso con el pelo y la barba blancos y los ojos muy vivos é inteligentes, el cual no dejaba pasar ocasión de hacer comentarios ridículos é irónicos á las palabras del príncipe, satisfecho evidentemente de su desenvoltura. Pero quien discutía más seriamente el contrato era un aldeano alto, de barba corta y nariz larga, que llevaba un traje confeccionado en su casa y un par de zuecos nuevos. Este lo entendía todo con rapidez y tan solo interrumpía cuando le parecía necesario. Los otros dos, el viejo sin dientes y el ex soldado escuchaban con mucha atención; pero no decían ni una palabra.

Nekлиндoff explicó primero su teoría sobre la propiedad individual.

—La tierra,—les decía,—no se debe poder comprar ni vender, porque si esto fuese lícito los ricos la comprarían toda y podrían pretender lo que quisieran de los otros, porque tendrían derecho sobre la tierra. Hasta para estar en pie sobre la tierra podrían exigir dinero,—añadió,—repetiendo un argumento de Spencer.

—Habría un medio para zafarse: ponerse un par de alas y volar,—dijo el bromista.

—¡Eso es!—confirmó el de la nariz larga.

—¡Es verdad!—exclamó el ex soldado.

—¡Oh!—exclamó el patriarca,—porque la vaca de una pobre mujer ha comido un poco de hierba, van y la meten en la cárcel.

—Si uno posee un campo á cinco *verstas* de distancia y quiere arrendar uno más próximo, no puede porque los precios están muy altos,—clamó con rabia el desdentado.

—Porque sé eso,—replicó Nekлиндoff,—es por lo que quiero cederos las tierras.

—¿Por qué no? Sería una buena obra,—dijo el patriarca.

—He venido á Pánovo con tal objeto: renuncio á poseer las tierras. Ahora todo estriba en el modo de emplearlas.

—Dánoslas y no te cuides de más,—dijo el viejo desdentado.

Nekлиндoff sintió un movimiento de timidez, porque aquellas palabras parecían envolver una duda acerca de sus intenciones, pero pronto se serenó, aprovechando aquella observación para explicar mejor sus planes.

—¡Dáosla á vosotros! Me alegraría mucho. Pero ¿de que manera? ¿A quienes entre los muchos aldeanos? ¿Por qué á vuestra aldea y no á Deminskoie?

Aquel era el nombre de una aldea vecina, pobrísima.

Nadie contestó. Unicamente el soldado murmuró:

—¡Es verdad!

—Así, pues, decidme:—replicó Neklindoff,—¿cómo os las habríais arreglado si yo os las hubiese cedido sin ninguna condición?

—¿Que cómo nos las habríamos arreglado?... Las habríamos dividido en partes iguales entre todos,—contestó el que enarcaba las cejas.

—Eso es; así lo hubiéramos hecho,—confirmó otro de los viejos.

—¿De qué modo se entiende eso de las personas?—replicó Neklindoff;—¿contando todas las que trabajaban por cuenta del amo? ¿Dividir las también entre ellos?

—¡Oh, esto no!—dijo el ex-soldado, procurando dar entonación alegre á su respuesta.

Intervino entonces el aldeano alto y listo para desaprobar aquello.

—Ya que se debe dividir, justo es repartirlo entre todos,—afirmó con su voz de bajo.

—Es imposible lo que decís,—respondió Neklindoff que había preparado ya su objeción.

Dando partes iguales á todos, los que no la cultivan por sí mismos, la venderían á los ricos y así estos tendrían de nuevo mayor cantidad de tierra. Por otra parte algunos de vosotros aumentaríais la familia, y muy pronto, no bastándoos vuestra parte de tierra, los ricos os tendrían de nuevo en su poder porque tendríais necesidad de su tierra.

—Es mucha verdad,—se apresuró á responder el ex-soldado.

—Bastaría con prohibir que se vendiera la tierra y darla únicamente al que la trabajara con sus propias manos,—dijo el de las cejas haciendo callar al otro.

Pero aun para esta respuesta tenía Neklindoff una objeción: ¿cómo determinar con precisión quién laborase por sí mismo y quién por encargo de otro? Entonces, el aldeano alto, que razonaba con cierta habilidad, propuso

disponer las cosas de modo que la tierra se cultivara en comun.

—El que trabaje tomará una parte de la cosecha, y el que no trabaje, no tendrá nada, —concluyó con su voz de bajo, en tono decisivo.

Neklindoff opuso también argumentos á tal sistema. Contestó que en tal caso la justicia exigía que todos poseyeran arados y caballos en igual número y de igual valor, á fin de que ninguno se encontrara en condiciones de inferioridad respecto de los otros; ó bien que caballos, arados, trilladoras, todos los aperos de labranza necesarios para cultivar los campos, fuesen de propiedad común; pero para que pudiese hacerse así, era necesario que todos vivieran de buen acuerdo.

—Si es á eso á lo que se tira, puede asegurarse que nunca estaremos de acuerdo,—dijo el viejo desdentado.

—Será un embrollo sin fin,—confirmó el de la barba blanca y ojos inteligentes.

—Las mujeres se arañarán continuamente.

—Ved ahora otra objeción,—continuó Neklindoff.—¿Qué razón hay para que uno posea una tierra rica y fértil, y otro un páramo?

—Bastaría hacer partes iguales,—insistió uno de los viejos.

Pero Neklindoff explicó que la gran cuestión no era la de poder repartir la tierra entre los habitantes de una aldea, sino entre todos de una provincia. En tal caso, cada uno pretendería la mejor tierra.

—Esto es verdad,—afirmó el ex soldado. Los demás callaban.

—La cosa no es tan fácil como puede parecer á primera vista,—añadió Neklindoff.—No somos nosotros solos los que hemos pensado en esto; otros muchos han estudiado tal cuestión, y entre ellos, hay un norteamericano, un tal

George, quien ha resuelto el problema de un modo que ahora quiero explicaros, porque también yo soy de su parecer.

—¿Qué necesidad hay de eso?—interrumpió el viejo sin dientes;—tú eres el amo, y se hará todo lo que tú quieras.

Aquella interrupción turbó algo al príncipe; pero con gran satisfacción comprendió que los otros no la aprobaban.

El aldeano que parecía tener más sentido común, le dijo:

—¡Tened paciencia, tío Simón! Dejadle hablar.

Neklindoff empezó á explicar entonces la teoría de Henry George, sobre la propiedad territorial.

—La tierra no es propiedad de nadie,—comenzó,—pertenece á Dios.

—Es verdad,—dijo una voz.

—La tierra es propiedad común y todos tienen sobre ella igual derecho. Pero hay tierras buenas y malas, y todos, como es natural, desean las mejores. ¿Cómo arreglar esa diferencia? De esta manera: quien quiera poseer un trozo de tierra fértil, debe pagar su justo precio á quien no la posee. Pero como sería difícil y complicado determinar cuánto y á quién se debería pagar, y por otra parte es necesario recoger cierta suma para subvenir á los gastos que están á cargo de todos, es preciso arreglar las cosas de manera que los que poseen la tierra, entreguen su valor á la caja común para emplearlo en las necesidades generales. De esta manera cada cual tendrá su parte. ¿Quieres tierra? Pues paga determinada suma proporcionada á la fertilidad de la tierra. ¿No quieres poseer? Pues no debes pagar nada. Y los que tienen campos, contribuirán á las necesidades generales, hasta por la parte que te tocaría á tí.

—Eso está bien,—aprobó el de las cejas.—Quien tenga mejor tierra, es justo que pague más.



—¡Vaya una cabeza la de este George!—exclamó el viejo de la barba rizada.

—Ahora es preciso que el precio no sea superior á nuestras fuerzas,—indicó el aldeano alto, juzgando que las explicaciones del príncipe habían terminado.

—El precio no debe ser ni muy elevado ni muy bajo. Si la tierra es muy cara ninguno la querrá, porque no podrá pagarla; si es muy barata, pronto empezarán á venderla unos á otros y harán de la tierra un artículo de comercio. Y hé aquí todo el plan que he ideado en interés vuestro.

—Es muy justo, está bien, ¿por qué no probarlo?—exclamaban los aldeanos que habían comprendido la idea de Neklindoff y les gustaba.

—¡Qué cabeza!—iba repitiendo el de la barba rizada.

—¡Vaya unas cosas que ha imaginado este George!

—¿Y si yo quisiera también adquirir tierra?—preguntó el administrador con su acostumbrada sonrisa.

—Si sobra,—respondió Neklindoff,—tomadla y cultivadla.

—¿Tú? ¿Qué necesidad tienes de eso? ¿No comes bastante sin necesidad de trabajar la tierra?

La discusión terminó así.

Neklindoff repitió las líneas fundamentales de su plan, y dijo que no exigía pronta respuesta, así es, que les exhortaba á no tomar ninguna decisión sin haber consultado con todos sus compañeros.

Asintieron los aldeanos y se marcharon en un estado de sobreexcitación muy grande.

Durante un gran rato, se oyó el clamor de sus voces que se alejaba poco á poco, y la brisa de la tarde, trajo aún, durante largo rato, el eco que se alejaba más y más en dirección al río.

Al día siguiente, los aldeanos no trabajaron, y se entretuvieron en discutir la proposición del amo. La aldea se había dividido en dos partidos: uno admitía y consideraba

sin peligro alguno el plan de Neklindoff; otro quería ver en ello una celada, que temía tanto más cuanto que no podía adivinar en qué consistía. El tercer día, todos estaban de acuerdo en aceptar las condiciones del príncipe, y fueron en busca de éste para comunicarle la decisión de la comunidad.

A tal resultado había contribuido, especialmente, una vieja que explicó el motivo determinante de la decisión del amo.

La admitieron como buena los demás. Consistía en lo siguiente:

Neklindoff empezaba á pensar en su alma, y obraba así para salvarla.

Tal hipótesis estaba corroborada por las grandes sumas de dinero que el príncipe distribuía en limosnas durante su estancia en Panovo.

Por primera vez, aparecía ante sus ojos, la pobreza en todos sus horrores, la dureza y las privaciones continuas de aquella vida, y sobrecogido por aquella miseria, aún cuando sabía que era una cosa irracional, no podía dejar de dar aquel dinero que poseía en abundancia, por haber vendido los bosques de Kesminskoje y haber tomado un anticipo sobre la venta de los géneros almacenados.

Como por la aldea había corrido la voz de que el amo era muy espléndido y daba á quien le pedía, de todas partes acudían mujeres á implorarle. Neklindoff no sabía á quién ni cuanto dar; comprendía que rehusar á aquellas personas visiblemente necesitadas el dinero que le pedían suplicando, le era imposible teniendo él tanto; y por otra parte, comprendía que dar así, á destajo, era una cosa insensata.

El único medio de salir de apuros, era marcharse, y esto es lo que hizo Neklindoff.

El último día que estuvo en Panovo, quiso visitar la casa señorial antigua.

Husmeando por todos los rincones, encontró en el últi-

mo cajón de una arquilla de palo de rosa, que perteneció á sus tías, muchas cartas y varios retratos; Sofía Ivanovna, María Ivanovna, él mismo y la Katuscha, hermosa, pura, fresca, con su sonrisa jovial. Esto es lo único que tomó el príncipe; todo lo demás lo dejó al que le había comprado la casa por la décima parte de su valor, diciendo que le sería preciso derribarla.

Y como volvía á su mente el disgusto que por un momento experimentó en Kunsminkoje al pensar que debía renunciar á su propiedad, se asombraba de haber podido ceder, por un solo instante, á tan mal sentimiento. Ahora, por lo contrario, sentía la alegría de su buena acción, y de aquella novedad impensada, como un viajero á cuyas miradas se abren siempre nuevos horizontes.

## X

Neklindoff llegó á la ciudad cuando estaban encendidos los faroles y le dejó admirado algo nuevo y extraño.

Desde la estación fué á su casa. Por las habitaciones se sentía aún un fuerte olor de naftalina, y la Petrovna y Kornei, cansados y aburridos todavía, estaban arreglando la casa.

El dormitorio de Neklindoff estaba atestado de baules abiertos, hasta el punto de que apenas podía moverse; y el príncipe comprendió que su llegada estorbaba á los criados para acabar aquella operación de arreglo general, ya principiada.

En otro tiempo, aquel rebullicio le hubiese producido una sensación de alegría; pero ahora, conmovido aún por el espectáculo de la miserable vida de los aldeanos, parecióle una cosa tan mezquina é insulsa, que resolvió ir á la fonda al día siguiente, dejando que Agripina Petrovna se las arreglara como mejor pudiera, hasta que llegase su

hermana, quien se encargaría de disponer definitivamente de cuanto había en la casa.

Hacía frío.

Después de los temporales y de las lluvias de los últimos días, un frío súbito destempló aquellos primeros días de la primavera; el aire era tan cortante que Neklindoff se estremecía dentro de su abrigo de verano, y apretaba el paso para entrar en calor. Desfilaban ante su vista, las personas que viera en Panovo; mujeres, viejos, niños, y aquella vida de miserias y sufrimientos, y sin quererlo, confrontaba aquello con el gran espectáculo que ofrecía la ciudad.

Lanzaba ojeadas á las tiendas donde se vendía carne, pescado ó trajes hechos, y todo aquello le asombraba como si nunca lo hubiese visto. Le asombraban también los rostros de los tenderos y de los cocheros de lujo con sus libreas de dorados botones y sombreros galoneados, las criadas con delantales blancos y ricillos que les tapaban la frente, y más que nada, le asombraba, el aspecto de algunos paseantes, lucios, robustos y con expresión satisfecha, que lanzaban sobre los demás transeuntes miradas de indecible desprecio.

Neklindoff pensaba que muchas de aquellas gentes eran aldeanos que se habían visto en la necesidad de abandonar su país natal, donde sufrían tanta miseria. Pensaba que algunos habían sabido aprovechar los recursos que ofrece la ciudad y era los que él veía ahora satisfechos; pero que muchos otros habían caído en los abismos sin fondo de la vida ciudadana, y que sufrían más aún que en su propio pueblo.

A esta categoría de desgraciados, debían pertenecer las lavanderas y planchadoras, pálidas, delgadas, con el pelo alborotado que pasaban la plancha sobre la ropa, con las manos descarnadas, ante las puertas abiertas de par en par, por las que se escapaba un vapor que olía á jabón; unos tintoreros, con delantales de piel, tiznados de color

de cabeza á pies, con las mangas arremangadas, hasta el codo, que mostraban los brazos quemados por el sol, y que tenían las caras fatigadas y tristes, en tanto que las manos huesosas, llevaban sin descansar un minuto, cubos de tintura de un lado á otro, blasfemando. Las mismas caras tristes y fatigadas tenían los carreteros cubiertos de polvo que iban guiando los carros; iguales rostros tenían los hombres y las mujeres que mendigaban en las esquinas; parecidas caras vió Neklindoff dentro de las tabernas, ante las cuales pasaba.

Cerca de las mesillas sucias llenas de botellas y de tazas de té, estaba sentada una multitud que tenía las caras tristes ó demasiado alegres; que reía ó cantaba, pero su alegría no era la que presta el bienestar y la ponderación de fuerzas, sino la mueca del vino, la alegría buscada, artificial, la que causa pena al que la mira.

—¿Por qué están aquí esos?—se preguntaba Neklindoff en tanto que el viento helado traía en su masa un olor de tintura y aceite rancio que afectaba.

En una de las calles pasó por su lado un carro cargado de barras de hierro, que al chocar entre sí á cada vaivén producían un gran ruido que le ensordecíó. Fastidiado y aburrido, aceleró el paso para adelantarse al carro, cuando oyó que le llamaban por su nombre. Neklindoff se detuvo y vió á un hombre con uniforme militar, con bigotes afilados que parecían lanzas, con el rostro radiante, que, medio tendido en un lujoso carruaje, le hacía signos amistosos, sonriendo y enseñando sus blanquísimos dientes.

—¡Hola, Neklindoff! ¿Eres tú?

La primera impresión del príncipe fué agradable.

—¡Shembok! —exclamó con alegría.

Pero comprendió en seguida que no había para qué alegrarse.

Era el mismo Shembok de siempre.

Había mucho tiempo que le había perdido de vista, pero había oído decir que tuvo que abandonar el regimiento

á causa de sus enormes deudas y que se ocupaba en varios asuntos, y principalmente en la compra y venta de caballos ganándose la vida como Dios le daba á entender. El aspecto satisfecho que tenía, demostraba que no le iba del todo mal.

— ¡Qué dicha que estes aquí; casi no hay nadie en la ciudad! ¡Pero veo que has envejecido!

Había bajado entretanto del coche y echaba el busto hacia atrás para desperezarse.

— Te he conocido en el andar... ¿Comemos juntos hoy?... ¿Dónde iremos para comer bien?

— No sé; pero temo que no tendré tiempo,—respondió Neklindoff, pensando en el modo de desembarazarse de aquel compañero, pero sin ofenderle.—¿Y tú, á qué has venido?

— Negocios, negocios, querido. ¿Quizá no sabes que soy tutor? Administro los bienes de Samanoff, aquel ricachón desvergonzado. ¿Le conoces? ¡Tiene cincuenta y cuatro mil fanegas de tierra!

Schembok pronunció aquellas palabras con tono de importancia, como si hubiese sido él quien poseyera aquella fortuna.

— Era una dejadez espantosa; los campos estaban todos en manos de los aldeanos que no pagaban nada; había atrasos que subían á ochenta mil rublos... Pues bien, en un año, he transformado todo eso y he logrado un interés del setenta por ciento. ¿Qué te parece?

Neklindoff se acordaba haber oído decir que Schembok, quizá por haber disipado todo su patrimonio, y contraído deudas que no podría pagar nunca, había sido nombrado tutor de un viejo rico, á quien se puso bajo tutela; y ahora resultaba que de aquella tutela se mantenía.

— ¿Cómo voy á soltar á éste sin ofenderle? — se preguntaba Neklindoff.

Y en tanto que escuchaba la charla de su excompañero, que le explicaba del modo expeditivo como arreglaba los

asuntos de su pupilo, miraba aquellas facciones lustrosas de luna llena con bigotes afilados.

—¿Dónde almorzaremos, pues?

—Es que no tengo tiempo,—respondió Neklindoff, mirando su reloj.

—Pues bien, entonces, hagamos otra cosa. Esta tarde hay carreras de caballo; supongo que irás.

—No.

—¡Sí, hombre ven! No tengo ya caballos propios; tengo los de Griscia (disminutivo de Gregorio), poseo una magnífica cuadra... Ven y cenaremos juntos.

—Ni aún esto, querido; no tengo tiempo para cenar contigo,—contestó el príncipe sonriendo.

—¡Vaya un hombre! ¿Dónde vas ahora? ¿Quieres que te acompañe en mi coche?

—Voy á casa de mi abogado; gracias; pero está aquí cerca.

—¡Ah, es verdad! Me había olvidado que te ocupas mucho en asuntos carcelarios. Me han dicho algo de ello los Korchagin. Por cierto que están ya en el campo. ¿No quieres explicarme de qué se trata?

—¿Cómo es posible que te cuente ahora aquí, en un momento, en la calle?...

—Siempre has sido muy original. ¿Vendrás á las carreras?

—¡No, hombre, no! No tengo tiempo ni ganas. Te ruego que no te enfades por eso.

—¡Qué enfado ni qué ocho cuartos! Imagínate.

De momento su rostro se puso serio con la mirada fija y el entrecejo marcado; evidentemente quería recordar algo, y el príncipe advirtió en su rostro la misma expresión de imbecilidad que le llamara la atención momentos antes, al verla en la cara de un hombre que estaba junto á la puerta de una taberna.

—¿Qué frío hace hoy, eh?

—Ya lo creo.

— Ya lo creo.

—Adiós, pues, querido. He tenido mucho gusto en verte.

Le estrechó fuertemente la mano, y subiendo al coche, agitó su mano elegantemente enguantada de gamuza blanca, y lo saludó de nuevo con una sonrisa que hizo aparecer sus blancos dientes.

—¿Es posible que yo me haya parecido á éste?—pensaba Neklindoff, siguiendo su camino hacia la casa de su abogado.—Si no he sido así, he querido serlo por lo menos... y me figuraba que así podría pasar toda mi vida!...

## XI

Fanarin introdujo al príncipe en su estudio sin hacerle esperar turno, y empezó á hablarle en seguida del proceso de los Menschoff que había leído, mostrándose indignado de aquella acusación que no tenía el menor fundamento.

—Es una cosa que indigna,—exclamaba.—Todo induce á creer que el incendio lo produjo el mismo propietario para lograr de la sociedad aseguradora el valor de la casa; pero de lo que no cabe duda es que no se puede probar la culpabilidad de Menschoff: si la vista se verifica aquí y no en el tribunal del distrito, respondo del éxito y no quiero ningún estipendio. En cuanto al asunto de la aldeana Fedossia Birinboff, he extendido la súplica á S. M. I. en nombre de la condenada. Os aconsejo que vos mismo la llevéis á Petersburgo, y que tratéis de buscar influencias para los que forman la comisión de recursos de gracia.

—Mé escriben además...

—Veo, príncipe que os habéis convertido en el portavoz de los presos,—dijo sonriendo el abogado.—Creo que



tomáis demasiado á pecho todo eso, y que al cabo no sabréis como arreglaros.

—No; oid eso, que es tremendo.—Y en pocas palabras expuso el hecho.

Se trataba de un aldeano que, sabiendo leer, explicaba el Evangelio á sus compañeros. Los curas se pusieron de por medio, el aldeano fué encarcelado y la Audiencia confirmaba la sentencia del juez.

—¡Es una cosa horrible!—concluyó Neklindoff.—¿Creéis que sea verdadera?

—¿De qué os asombráis? Sabed que jueces, fiscales y magistrados no son si no empleados que esperan el sueldo á fin de mes, y para ganar ese sueldo acusan, juzgan y condenan al lucero del alba.

—Pero, ¿existe una ley que permita condenar á destierro á una persona por el solo hecho de haber explicado á otras el Evangelio?

—No sólo á destierro sino á presidio, si resulta que al explicarlo le ha dado otro sentido que el que le dá la Iglesia. Entraña eso una condena á presidio por tentativa de variar la fé ortodoxa.

—¡Eso es una enormidad!

—Sí; y tanto es así que cada vez que veo á los magistrados no puedo por menos de sentir reconocimiento hacia ellos, porque no os mandan á vos y á mí á la cárcel. Con la mayor facilidad del mundo podrían acusarnos y enviarnos á Siberia.

—Pero si todo depende del fiscal y de los magistrados, ¿para qué tener tribunales?

El abogado soltó una carcajada.

—No me preguntéis eso, querido; eso se llama filosofar... También podemos hablar de eso si os gusta. Venid á verme el sábado; encontraréis literatos, pintores, hombres científicos y entonces hablaremos de todo eso... ¿Conocéis á mi mujer?... Os ruego que vengáis.

—Haré lo posible por no faltar,—contestó Neklindoff sintiendo que mentía, porque aquella reunión le daba grima.

La carcajada del abogado al hablarle de la justicia y de las enormidades de jueces y magistrados, el acento con que pronunció «filosofar,» demostraban á Neklindoff que si se había sentido muy alejado de su antiguo compañero Schembok, aun lo estaba más del abogado y de la sociedad en qué éste vivía.

## XII

Como había bastante distancia hasta la cárcel y se le hacía tarde, Neklindoff tomó un coche.

Por la calle, el cochero, hombre de mediana edad y de rostro bondadoso, se volvió hacia el príncipe y señalando un edificio en construcción, dijo:

—¡Mirad qué hermosa casa están levantando!

Lo dijo de un modo que parecía tener parte en ella.

Era, en efecto, una casa desmedida, de un estilo complicado y artificioso. Sobre las andamiadas se movían los albañiles como hormigas atareadas; subían los peones cargados con sacos de cemento ó pesadas artesas; los picapedreros tallaban y pulían los bloques, otros arreglaban y transportaban viguetas de hierro y vigas de madera, y un señor de importante aspecto, señalando en alto, decía algo al encargado de las obras, que le escuchaba con sumisión, mirando á veces á los carreteros y peones que descargaban los carros á dos pasos de ellos.

Neklindoff observaba la casa y pensaba:

—¡Cuán persuadidos están los que trabajan y los que hacen trabajar, de que debe ser así... Y en tanto que en

su casa las mujeres se agotan en su traba superior á sus fuerzas, y los niños, con las gorritas astrosas, y los viejos sonrien de hambre, ellos se entretienen en edificar esta casa estúpida é inútil... Es verdaderamente una cosa tonta,—dijo en voz alta resumiendo su pensamiento.

—¿Cómo tonta? —exclamó el cochero ofendido.— No véis que dá trabajo á mucha gente. No es tonta ni mucho menos.

—Es un trabajo inútil.

—Si la construyen, señal de que es útil,—replicó el cochero.—Y así dan qué comer á mucha gente.

Neklindoff calló; pero poco después el cochero reanudó la conversación.

—¡Cuánta gente viene á la ciudad! No es extraño que luego no haya trabajo para todos,—dijo señalando á Neklindoff un grupo de aldeanos que llegaban en dirección opuesta y llevaban hoces, segures y un hatillo de ropa sobre el hombro.

—¿Vienen más que otros años?—preguntó Neklindoff.

—Sí, y por eso los jornales han bajado y nadie les solicita; pero ellos se meten por todos los agujeros.

—¿Y de qué previene eso?

—De que se multiplican más y más y no saben cómo vivir luego.

—¿Qué importa que se multipliquen? ¿No tienen acaso sus tierras?

—Es que las tierras que tienen no les bastan.

Ocurriasele á Neklindoff lo que á aquellos que tienen alguna parte del cuerpo dañada: parece que la gente se le da un toque de caso pensado.

—¿Es posible que en todas partes ocurra lo mismo?—pensó Neklindoff.—Y preguntó al cochero cuánta tierra tenía en su país y porqué vivía en la ciudad.

—Somos cuatro y tenemos una deciatina para cada uno,—contestó el cochero.—Mi padre y un hermano mío cui-

dan de la tierra; otro hermano le tengo en el servicio; yo vine aquí. Tan mal están mi padre y mi hermano que éste quería irse á Moscou.

—¿Por qué no arrendáis más tierras?

—¿Y hallarlas? Todas están ahora en manos de comerciantes y con esos no se puede tratar... Quieren hacerla labrar por cuenta propia. El dueño de nuestras tierras es un francés y no quiere oír hablar de arrendamientos.

—¿Un francés?

—Sí, un francés, Dufar. Quizá le hayáis oído nombrar. Es el peluquero de las actrices, y parece que el oficio es bueno, porque ha hecho una fortuna... Ha comprado á nuestra dueña todas sus posesiones y puede disponer á su antojo de nosotros... Sin embargo, como es bueno, no nos quejamos. Su mujer, en cambio, que es rusa, es un mal bicho, de que Dios nos libre; es una calamidad para nosotros... Aquí está la cárcel. ¿Dónde queréis bajar? ¿En la puerta grande?... Creo que no os dejarán pasar.

---

FIN DEL TOMO PRIMERO

---









BIBLIOTECA NACIONAL



1001980768